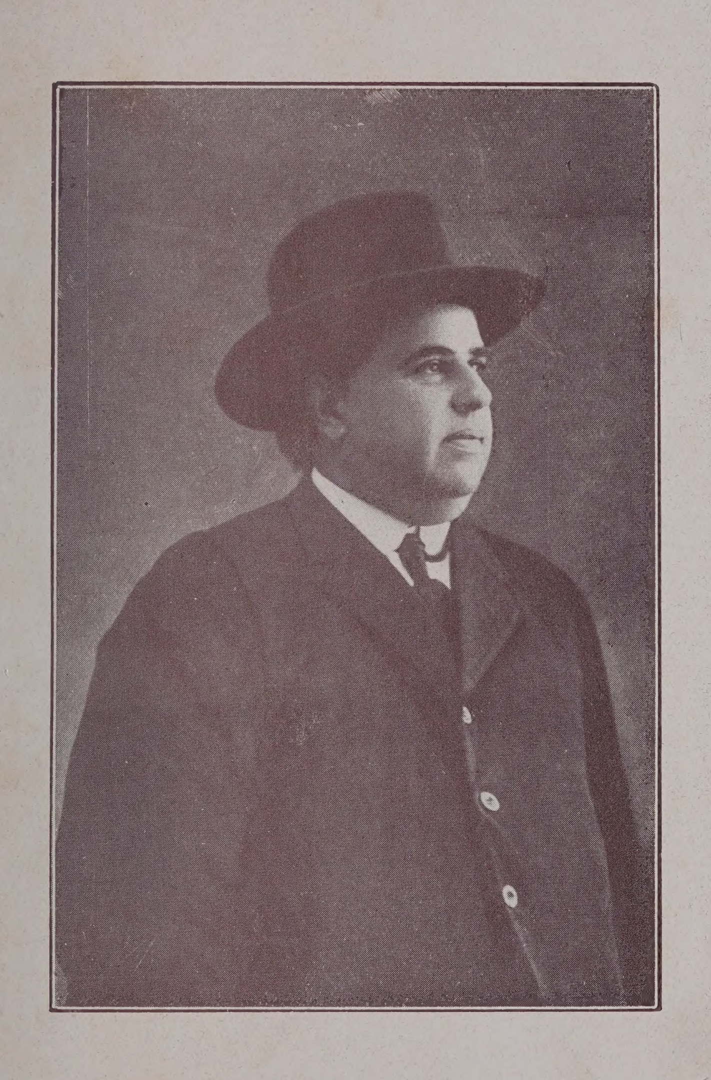

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00015047548

IRIGOYEN... ¡TAL CUAL ES!





EDUARDO ISLA

IRIGOYEN...
¡TAL CUAL ES!

(Seguido de una serie de juicios sobre él, escritos expresamente por los mas esclarecidos ciudadanos de la República.)



BUENOS AIRES

1927

ADVERTENCIA A VUELA PLUMA...

No miréis hacia la derecha, ni hacia la izquierda; ni siquiera hacia atrás, para contar las fauces que os persigan; ni tampoco hacia adelante, que es el mirar del hombre simplemente fuerte; mirad siempre por encima de todas las cosas, de la tierra, de los hombres, aún de los mismos astros, que es el mirar del hombre-dios... Yo.

Políticos prominentes aconséjanme que acuda yo al anónimo, broncíneo escudo de ignominia, grato al cobarde y al traidor...

Mi demonio particular — que diría Sócrates — me ha infiltrado en el ánima la idea de que es verdaderamente harto tilingo e incomprensible afán ese mío de convertir, a sabiendas, mi propia frente en pararrayos del fanatismo.

Mas, al mismo tiempo, he puesto el pensamiento en Prometeo, mi gran padre, el más divino de los dioses, y también en Esquilo, y en Demócrito, y en Epicuro, y en Lucrecio, mis sublimes hermanos en Helios, los más esclarecidos cumplidores de la verdad, la hermosura y la justicia... Y, pensando en esos titanes, fervorosa el alma, trémulo el labio, le repito, con olímpico desdén, *al protervo dios de la conveniencias,* aquel altísimo verso del

Dante: *"Che di vederli, in me stesso m'esalto"*. ¡En mí mismo me elevo al contemplarlos!

Es posible también, como se me insinúa, que la incógnita acrecentara considerablemente el éxito de la obra, si el pueblo, perplejo y confuso, le atribuyera indistíntamente la paternidad a Castellanos, Barroetaveña, Gallo, los Melo, Villafañe, Roca, de la Torre, Rojas o Lugones, mis grandes y buenos hermanos en el amor a la patria y al progreso.

Mas mi obra es toda mía... ¡Con mi propia sangre la escribió mi alma! ¡Con lampos de sol la forjó mi espíritu! ¡Imposible, pues, confundir lo inconfundible!

Por otra parte, solamente yo podía escribir esa obra, no sólo por el papel que el destino me asignara en los acontecimientos políticos, sino porque, en realidad, soy el *único* que, sin ninguna claudicación ni desfallecimiento, desde mi eterna cruz, con fervor sobrehumano bregué siempre por los principios más grandes de civilización, de cultura, de justicia, de bienestar, de progreso, en fin; siendo también el único — ¡qué detestable palabra! — entre todos los padres del radicalismo, que a esta altura de los acontecimientos, después de cien batallas en que me jugara por entero en cuerpo y alma, pueda ostentar en mi blasón, cual un timbre de gloria, este lema extraordinario: Yo no le debo a mi partido... ¡ni siquiera un vaso de agua!

¡Anónimo, anónimo! ¡Ponerme careta yo..., yo que jamás osé calzar ese adefesio, ni en el carnaval de los cuatro días, ni en el de todo el año, de que nos hablara don Mariano José de Larra! Las máscaras me

perturban, me irritan, me sobresaturan el alma de dolor y de angustia. ¡Yo no podría soportar sobre el rostro de una mujer, por más olvidada de Dios que hubiere sido, una careta, aunque reprodujera las líneas estupendas y embelesadoras de Afrodita!

Tentado estoy de decir que soy de los que admiran con toda el alma a aquel Copérnico que, por un milagro de su ciencia, puede decirse que había puesto en movimiento a la tierra inmóvil hasta entonces; a aquel Copérnico que, frente a la multitud ignara y al fanatismo de los clérigos, al ver que Osiánder en su prólogo, para salvarlo de la envidia y del furor de los fanáticos, había osado disfrazar su teoría sobre el movimiento del astro en que vivimos, con el tímido nombre de *hipótesis,* se sintió inmensamente consternado, por lo que el gran Keplero, animado por una valerosa libertad de pensamiento, le nombra, en su introducción a las tablas rodolfinas, hombre de espíritu independiente, tan notable por su valor y por la firmeza de su carácter como por su ciencia.

Al revés del *Unico* que, misteriosamente, en su propia casa, *se hacía pasar por el espectro de sí mismo* y en las calles llegaba hasta destrozar a bastonazos las máquinas fotográficas de los que lo enfocaban con la pretensión de estampar su efigie en las revistas; yo quiero tener la soberbia estupenda, como su *inversus* en todo que yo soy — ¡a alta honra lo tengo! — de exhibir en las carátulas de esta obra mi nombre como una clava y mi frente como una cumbre... ¡prometeica!

Resulte lo que resulte, blanco o negro, amarillo o

azul, violáceo, verde, rojo o ultravioleta..., ¡cúmplase la ley de mi destino! Ya Esquilo, que fué el primero en concebir el universo como la tragedia de los astros, los hombres y los dioses, hace exclamar de pronto a los ancianos consejeros que pretenden, memorando las proezas de Darío, reanimar el patriotismo de las huestes persas ávidas de aniquilar el poderío de la Grecia: "¿Qué mortal escapará a la engañosa astucia del destino? ¿Quién tan ligero de pies que con fácil salto salve sus redes?"

Un mito singular, que pudiera ser considerado símbolo de todos los tiempos, tráenos el antiquísimo Talmud... Según la leyenda, en la región de Borsippa, el aire es tal que hace perder la memoria. La acción aberrante del fenómeno hace que los hombres olviden el lenguaje de sus padres, que se desconozcan, riñan y se desaparten, solitaria y angustiada el alma y con el horrendo peso del egoísmo a cuestas. Sobre aquella planicie álzase un promontorio de tierra informe y de bloques vitrificados por el fuego. Son los menguados restos de la gigantesca mole de la torre de Babel, cuya amplia y atrevida espiral no llegó a hender el firmamento, cual una flecha, ni aún siquiera a rozarlo lédamente, cual al mar la golondrina con la punta de sus alas, porque esfuerzo tan titánico se perdió en una espantosa confusión de lenguas como una brizna de paja en brazos de cien vientos encontrados... ¡Y bien sabido es que cuando las almas no se entienden, los mundos se descuajan y derrumban!

Caos siniestro y deslumbrador de astros sin luz y de fulgurantes soles comporta la civilización de los humanos... Cien mil Babeles lleva construídas sin que

sus cúpulas asienten su grandeza sobre el soñado empíreo de la felicidad. La antigua y sublime Europa, en tremenda crisis de derrumbamiento, desgarraráse de dolor las entrañas hasta que el destino marque en el reloj del tiempo el estupendo florecimiento sobre la tierra de la civilización, aun no lograda, toda verdad, toda hermosura, toda justicia, toda progreso, toda bienestar; en fin, toda bien, con que sin duda soñaban a toda hora Demócrito, Protágoras, Anaxágoras, Esquilo, Sócrates, Platón, Epicuro, y Lucrecio; civilización tan alta, tan amplia, tan divina, que ni aun pudo ser presentida por hombre alguno, excepción hecha del gran Juliano, desde los tiempos en que el grandioso vate de la Roma conquistadora vivió entregado a la contemplación de aquel estupendo infinito descripto plácidamente por Epicuro en su jardín: todo inundado con la lluvia de los átomos, todo resplandeciente de estrellas, todo poblado de mundos, en que el colosal imperio de los Césares semejaba un simple escollo perdido en el inmenso y móvil océano de la eternidad...

La maravilla de tal florecimiento se la reservó el destino a mi gran patria, la actual divina gestadora de los hombres hélicos del futuro, engendradora, en los tiempos idos, de un Rivadavia, de un San Martín y de un Paz, que sólo tienen sus iguales en Pericles, el Olímpico, y en Alejandro, el Magno.

Mientras llega la hora santa y bendita cual ninguna, séame permitido, auroleado de cívica santidad, subir a la cumbre del Tupungato y, desde allí, frente a frente a todas las auroras, hacer flamear, a los cuatro

vientos de mi patria, una nueva bandera de radicalismo, cuyo paño sea el mismo cielo tachonado de astros, convertido por el sol en mar de luz...

Sí, blanco o negro, ya pueden las hienas y los chacales de la envidia y del odio rugir hambrientos, afilar las zarpas y abrir las fauces aprestándose a la tremenda dentellada... Ya pueden irse disputando, como una piltrafa, mi propio corazón... ¡Oh, no han de faltar tampoco en la patria veneranda de Moreno, Belgrano, Rivadavia y San Martín; de Paz, Alberdi, Mitre, Sarmiento y Ameghino hombres honrados que sepan enaltecer a quien dijo la verdad desde la cumbre de su amor a la ciencia, la hermosura, la justicia, el progreso, el bienestar y la felicidad de cuanto ser humano, santo o protervo, sabio o torpe, surja sobre la haz de la tierra...!

¡Ay de mí! ¡Todo el misterio estriba en que yo he nacido para contemplador del bien cara a cara, *panin al panin,* cual el mayor de los profetas, según la leyenda hebrea, contemplaba al Dios!

El Autor.

DOS PALABRAS

Yo no soy de los del Parque, como lo son hoy cuantos radicales han surgido, como hongos, después de la victoria... Ni por mi edad podía serlo. Pero aún siendo una criatura, en edad de jugar al trompo y la bolita, por un extraño fenómeno de precocidad, acompañé a los revolucionarios con todo mi corazón y aún cúpome el insigne honor de secundar, con grave riesgo, a mi heroica cuanto noble madre, en el salvamento de un soldado gubernista herido de bala en un pulmón, el cual iba a ser ultimado sin piedad por una turba semimaleva alzada en armas.

En aquellos días fríos, grises, tétricos, acongojantes de fines de julio, cuyas frecuentes lloviznas llenaban de dolor y tristeza mi corazón (conste que soy tan extraordinariamente raro que he nacido hasta con corazón), constreñido por mi temperamento que siempre me ha impulsado a apurar hasta las heces de los cálices repletos de hiel con que la vida, con cruel y horrenda obstinación me ha brindado cual si fuera el hijo predilecto del dolor, atenaceé mi honda pena leyendo, en aquellos tres días fatídicos, el celebérrimo libro de Alfieri contra la tiranía, y la popular, entre nosotros, novela histórica sobre Rosas, escrita por don Eduardo Gutiérrez, inspi-

rado autor del "Santos Vega", en cuyas manos él pusiera la dulce y brava lira gaucha.

Esas lecturas constituyeron entonces un ferviente homenaje de mi niñez a la libertad, que siempre he amado con divinas ternuras de pensador y de artista... Poco después nadie me aventajó en ejecutar al piano y en cantar el paso-doble intitulado *¡Ya se fue!*, con que el maestro Bonani celebró la caída del presidente Juárez, a quien mis correligionarios — ¡yo no! — han vituperado siempre con excesiva acrimonia, debiendo, según mi creencia, ser juzgado con espíritu más benevolente, más ecuánime, más histórico, como en cierta ocasión lo insinuara en el parlamento don Osvaldo Magnasco.

Yo ya en aquella época repudiaba todo lo que fuera egocéntrico, ya oliera a personalismo, demagogia, despotismo, plutocracia, oligarquía, etc.; y ya amaba intensamente, con el alma entera, la ciencia y la hermosura, que me parecían formar una escala mucho más bella y luminosa que aquella con que soñara Job en el desierto... Es que, sencillamente, yo había nacido radical, cual nacen potentes de alas el cóndor y el albatros. ¡Lo fuí desde la cáscara! Pero entendámonos... Mi radicalismo es una cosa muy vasta y muy compleja, divina, que no tiene ningún punto de contacto con la ruin politiquería de don Hipólito Irigoyen, toda barro, toda escoria, toda miseria humana...

Mi radicalismo está enlazado, por medio de innúmeras poleas, con la divinidad universal; vale decir, con las leyes que rigen la vida del cosmos, cuya progresiva dominación por el hombre al través de los tiempos, cons-

tituye el proceso de su propia transmutación en dios y la gradual conquista del bien, o sea, de la felicidad sobre la tierra.

En la vasta y gigantesca obra intitulada *Agerpericleísmo,* que escribiera a *petición* traidora del mismo ex presidente Irigoyen, creo, de una manera definitiva, la política de los tiempos nuevos, o sea, *la ciencia de la felicidad,* hecha, por así decirlo, de tierra (*ager*), pero con alma periclea, vale decir, con alma divina.

En ella amaso el barro, modelo la estatua y le infundo un *soplo hélico,* cuya grandiosa significación merecería el amor sin medida de Asclepios, Demócrito, Protágoras, Sócrates, Heráclito, Pericles, Fidias, Esquilo, Alejandro, Lucrecio, Juliano, Holbach, Schiller, Beethoven, Wagner, Nietztche, Darwin, Sarmiento, Ameghino y cien más.

¡Esa eminente e ilustre pléyade constituye la corona de soles con que he querido honrarme al orlar con ella mi frente! ¡Nadie se sorprenda, pues, si digo que el plinto de mi dicha estatura es más sólido, más grande, más augusto que si estuviera constituído por montañas, dado que está formado por los siguientes mundos: la sabiduría, la hermosura, la justicia, el bienestar, el progreso y la *indemortalidad,* los cuales constituyen el Paraíso de la era nueva *en que ya estamos...!*

¡Vaya si tengo razón para decir que fuí radical ya antes de naber nacido...! Aún a riesgo de repetirme, digo que el universo me hizo radical como dióle amplias alas al águila, al cóndor y al albatros, e hizo tan colosal al Kaurisankar y al Aconcagua como si les hubiera dado

por misión atlántida soportar el peso del cielo sobre sus cumbres...

Antes y después de la Revolución del 90, estuve presente en muchos actos que nunca he visto que le interesen a los niños... Aún me fué dado asistir al nacimiento del partido radical, pues encontréme presente, con fervor de hombre, en la memorable escena del Jardín Florida, que algún argentino Quinet futuro, algún día ensalzará hasta las nubes, comparándola con aquella célebre escena del frontón francés en que fué jurado el magno cuanto redentor pensamiento que constituyera el alma de la Revolución Francesa y que abriera sobre el mundo la era divina del alma libertada.

No tenía yo aún diez años cuando concurrí afanoso al Puerto de Buenos Aires a recibir con viril entusiasmo al esclarecido patricio Don Bartolomé Mitre, a quien admiraba al través de los entusiasmos de nuestro gentil y gran tribuno Aristóbulo del Valle, tan temprana como aciagamente arrebatado a la causa del progreso y felicidad de la República...

Pertenezco a la grey de aquellos hombres libres que nacieron en la *imposibilidad orgánica* de crear o de admitir ninguna clase de ídolos... ¡Oh, ciertamente, Epicuro hubiera encontrado en mí su *alter ego*: el alma que vive de rodillas ante la divinidad en abstracto!

Ya en aquella época de mi niñez, el filósofo John Toland hubiera hallado en mí el mejor de sus discípulos, pues yo ya hubiera comprendido aquella sublime enseñanza de libertad que prodigaba en su escuela, cuando decía: "No juréis..., ¡ni aún por Sócrates!"

Esto lo digo porque en aquel día mi espíritu, que había echado alas apolíneas, experimentó de improviso un hondo quebranto y se sintió herácleo-dionisíaco...

¿Qué fué lo que ocurrió? Un hecho demagógico harto sencillo... para todos, menos para mí. Volantes de diversos colores, arrojados de los balcones por el fanatismo, revoloteaban por encima de la multitud como enjambres de avecillas. Uno de ellos, que cayó en mis manos, decía: "¡Viva Mitre, Dios de Buenos Aires!"

Esa leyenda debió pesar en mi alma como una montaña, porque la aplastó... Mas, por reacción, me sentí compenetrado por el espíritu de Dionis y de Heracles.

Triste, pero sonriente; con muchas lágrimas en el corazón, mas no obstante sereno y enérgico, lo hice pedazos entre mis manos con el mismo coraje con que el titán de la leyenda hesiódica se *entretenía,* cuando niño, en estrangular, sobre su seno, serpientes...

Quiero dejar constancia de que mi gesto aquel fué muy diverso de aquél que le inspirara al Dante el monstruo constrictor que oprimiera entre sus vértebras el cuello del hombre que se había mofado de su dios: *"¡Indi quel giorno me fú la serpe amica!"* ¡Tal furor, oh, no cabe en mi alma!

Agregaré al pasar, aunque para algunos resulte una extraña disgresión, que tampoco me causa agrado la afirmación feroz, brutal del sabio fisiólogo Carlos Richet que creía que debía castigarse con la pena de muerte a todos los que cometan grandes crímenes, sean o no responsables, se les considere cuerdos o locos.

Bien abominables me parecen estas palabras suyas,

aunque ellas hayan merecido la aprobación de Lombroso: "Cuando un caballo hace un esquince, se le corrige con el látigo o la espuela, para enseñarle a que no vuelva a empezar. ¿Por qué no ha de suceder lo mismo con los hombres? El hecho de ser conducido por sus pasiones, ¿implica que no debe ser castigado si esas pasiones son malas? Un bicho venenoso es por completo inocente desde el punto de vista de la moral: sigue su instinto de destrucción. ¿Debemos respetarlo aún más a causa de su inocencia moral? Ciertamente que no, — agrega. — "Por amor al arte, puede discutirse si son o no responsables y si deben ser castigados. Pero ésto es una cuestión secundaria que no debe venir sino más tarde. Son malhechores y criminales... ¡Basta con eso! Merecen castigo y menosprecio; castigo como la víbora que se esconde entre la hierba; menosprecio, como el perro que no sabe cazar o que huye al sentir el olor del lobo, como en la plaza el toro que no sabe afrontar el acero del espada".

¡Oh, tampoco dió en la tecla el Cristo cuando en su célebre Sermón de la Montaña aconsejaba amar hasta a los enemigos, y hasta, después de haber recibido una bofetada en una mejilla, ofrendarles la otra beatíficamente, lo que implica una especie de morboso deseo de exacerbación de pena, algo así como si se tuviera una úlcera en el alma.

¡Ah, no, no! Yo repudio todos esos antihumanos modos de sentir y de pensar, ayunos de sabiduría, de hermosura, de justicia, de bienestar, de *indemortalidad*, o, dicho en una sola palabra, de *helicismo*.

Así como el criminalista Carnevale creó la palabra

malalgia para designar el sentimiento de repugnancia que todo castigo nos inspira, aunque sea el de un tipo lombrosiano, porque el castigo "es mal, sin más, sin otra consideración", yo me permito, para expresar mejor aquí mi manera de pensar, crear dos vocablos colosales: *pandolorofobia* y *pambenefilia,* expresando con el primero el sentimiento de repulsión que nos produzca todo mal que acaezca en el universo, fuere a quien fuere, por lo que fuere y adonde fuere, ya sea a un hombre, a una bestia, o a una cosa cualquiera, a un ser de otros mundos o a uno de esos mundos; llamando pambenefilia al inverso sentimiento de atracción al bien; es decir: a todo lo sabio, a todo lo bello, a todo lo justo, a todo lo que acrecienta nuestra salud y prolonga nuestra vida, a todo lo que tienda a tornar los mundos en Paraísos...

El mal, o sea, el dolor — no la víbora, no el criminal, no el rayo destructor, — es mi enemigo. Yo le mato o él me mata, cual diría Pelletán; pero no le presento beatíficamente mi costado para que me devore.

La vida entera de la humanidad entera debe ser vivida en continua y progresiva dominación del mal, cual si se tratare de una hidra de innúmeras cabezas; y en continua y progresiva adaptación del bien, ampliando más y más su esfera, escanciando el néctar del placer en todas sus flores, ya se encuentren éstas en la tierra o en otros mundos.

Con toda esta disgresión sólo quiero decir que ningún rencor guarda mi alma para Irigoyen; que le perdono todo el mal que haya podido causarme, máxime cuando su propia vida y toda su fortuna no alcanzarían

a mitigar ni un minuto de mis dolores; que aunque en esta obra lo nombre a cada instante no tengo en cuenta su persona para nada, pues hago abstracción de ella, deseándole no obstante el mayor bien sobre la tierra.

Habiendo yo nacido *pandolorofóbico* y *pambenefílico,* sólo merecerá mi anatema *como símbolo maldito del mal,* combatiendo, no a él, sino a los males inmensos que ha hecho a la patria y a los que aún, con bárbaro y loco frenesí, está dispuesto a hacerle, hasta verla hundida en el caos y en la ciénaga de la vil y proterva demagogia...

El mismo orgasmo de tristeza y de dolor que impulsárame en mi niñez a destrozar el nefando volante entre mis manos, guíame hoy a querer triturar ese vampiro llamado personalismo irigoyenista, capaz de aniquilar a la Nación y hundirla en todos los abismos, sin ascos, ni pena, ni piedad, porque así lo quiere, porque así lo impone la voluntad de un caudillo, de un tirano sin ciencia, sin arte, sin otro afán que el del absolutismo, del goce torpe, materialista y brutal del poder, sin otro amor que el cien mil veces maldito amor de sí mismo...

No por el camino de él han de llegar los pueblos al estado de pandolorofobia y pambenefilia, que es el camino que conducirá la tierra entera hacia la felicidad; filosofía política que requiere espíritus hélicos, divinamente bienhechores como el de aquel Pericles el Olímpico, alma e inspiración de Atenas, que tuvo a su lado hombres como Sócrates, Anaxágoras, Fidias, Sófocles, Eurípides y Aristófanes; que puso en todo el sello de su genio junto con el de la verdad y la hermosura, que hizo de su patria el santuario de la ciencia y de las artes; to-

do lo cual permitió que Atenas reverbere como un sol a través de las edades; que la ciencia penetrara en todos los misterios humanos y divinos y que bajo la dirección de Fidias — su igual — surgiera el Partenón, templo de Palas, cuyos mutilados mármoles aún admira el mundo; el Odeón, teatro reservado a los concursos de música; el Erectón, el templo de Eleusis, las Propíleas, que formáronle a la Acrópolis una magnífica entrada; esculpiendo aquel titán del cincel, en síntesis aún no igualada, dioses en cuya frente resplandecía todo lo humano y todo lo divino, cual un presentimiento de los ensoñados hombres-dioses que algún día habitarán sobre la tierra, engendrados por nosotros mismos...

Mas, de las alturas en que me he remontado, quiero volver aún a los tiempos de mi niñez para dejar bien especificado que fueron la inocencia y el candor los níveos ángeles que me abrieron de par en par las puertas de oro y de diamante del verdadero cuanto augusto radicalismo.

Aún no me he dado clara cuenta de por qué razón misteriosa, Liliedal, el grande y fiel amigo de Alem, que a veces oficiaba gentilmente de portero en casa de aquél, no me daba con la puerta en las narices, cuando yo, con aires de gran señor, penetraba muy orondo en sus reuniones íntimas, casi secretas, a donde no les era fácil llegar a encumbrados señores de la política.

¡Fenómeno singular! En mi primera juventud, desnudo aún el labio de todo bozo, ninguna puerta se cerró ante mí. Así como en los bíblicos tiempos, el joven cuanto osado Eliú pudo decir que "la sabiduría no era ya pa-

trimonio de los ancianos'', yo, en aquellos, mis tiernos años, hubiera podido objetar que la magnitud del sentimiento no se mide por la estatura, ni por las canas.

En tiempos del presidente Don Luis Sáenz Peña, cursaba yo el bachillerato en el Colegio Nacional de Buenos Aires, en la Casa Central. Cuando Don Aristóbulo del Valle, a la sazón ministro de la guerra, queriendo regenerar la República organizó desde la altura la revolución de la Provincia de Buenos Aires en el año 1893, con el fin inmediato de destruir el despotismo demagógico que había asentado allí sus reales, tuve, en aquella ocasión, el insigne honor de ser uno de los directores de aquella famosa manifestación estudiantil que concurrió a darle alientos al gallardo e ilustre tribuno, cierta noche, en su propio palacio de la Avenida República.

Seguía yo siendo una criatura imberbe, cuando tuve el honor de ser nombrado secretario general del club radical de la Parroquia de San Cristóbal, denominado familiarmente Comité de la calle Pichincha; comité que después correspondióme presidir, en los primeros albores de mi juventud, actuando a mi lado José Camilo Crotto (1), Justo González, Alfredo Moyano, Emilio Solari (2), Camilo Canevary (3), Eduardo Lozano, el comandan-

---

(1) Llegó a ser presidente del Comité Nacional, senador nacional por la Capital Federal y gobernador de la provincia de Buenos Aires.

(2) Fué jefe de policía de la provincia de Buenos Aires durante el gobierno del señor Crotto.

(3) Fué comisario de órdenes de la provincia de Buenos Aires durante el gobierno del señor Crotto.

te Bello, Gregorio Almaestre, Eduardo Reibel (4), Jaime Fiorito, y los hermanos Bonifacio (5).

En los tiempos en que no era muy cómodo ser radical porque todo lo que lográbamos era ser desalojados de los atrios por las bayonetas del general Roca, al club de mi presidencia le cupo el insigne honor de ser el único que estuviera organizado en forma, contando con un ejército de adherentes.

Durante los grandes desfiles cívicos por la calle de la Florida con que conmemorábamos todos los años el aniversario de la Revolución de 1890, aún cuando los demás comités, harto ralos, harto escuálidos, hiciera ya largo rato que hubieran desfilado, el público no se alejaba esperando ansioso ver pasar, cual si fuera el porta-bandera del radicalismo, al benemérito Comité de San Cristóbal, que, por razones de distancia y organización, llegaba a las cansadas, marcial, imponente, formando en cierta ocasión una columna no menor de seis mil hombres, cifra extraordinaria en aquellos tiempos, que no ha sido después superada, ni siquiera alcanzada, ni aún en los rientes y amables tiempos posteriores a la victoria en que los radicales del Parque se multiplicaron al infinito, repitiéndose el famoso milagro aquél de las santas astillas de la cruz en que fuera ajusticiado el Cristo, las cuales, amontonadas, formarían hoy una montaña más alta que el Tupungato, y, si por otro mila-

---

(4) Fué diputado nacional por la provincia de Entre Ríos durante la presidencia del señor Irigoyen.

(5) Uno de ellos, Benjamín, ya fallecido, fué diputado nacional por la Capital Federal.

gro, pudieran volver a su estado primitivo, daríannos tantos árboles como los que forman las inconmensurables selvas de Misiones y del Chaco.

Fué en aquel entonces, y no más tarde, que dicho comité mereció el honor de ser llamado Baluarte del Radicalismo, que hoy ufanamente ostenta.

En mi condición de presidente de él, correspondióme el honor insigne de formar parte del Comité de la Capital, llamado entonces Comité de los Veinte, el cual, antes de la Revolución del 4 de Febrero de 1905, organizó, con un empuje después no superado, todo lo que constituyó el radicalismo de aquella época.

Bajo la presidencia de Don Santos Arévalo, primero, y después, por su fallecimiento, bajo la de Don Fernando Saguier, el Comité de los Veinte, sin que nada lo arredrara, desplegó a todos los vientos, la por mí tanto amada bandera del radicalismo, correspondiéndome a mí sólo, aún en aquella época y a pesar de mi juventud, la gloria de fijar en su paño, cual si fueran astros, los grandes ideales que fatalmente hoy tendrán que constituirse en su alma para que el radicalismo sepa y pueda llevar a la patria a la culminación de sus grandes destinos.

Sabedlo: es aquí donde, pese a quien pese, opóngase quien se oponga, aunque Don Hipólito Irigoyen pretenda hundir la patria en la abyección demagógica; es aquí donde va a fulgurar la Hélade ensoñada por Platón y otros sabios helénicos, para que por fin impere sobre la tierra la ciencia, la hermosura, la justicia, el progreso, el bienestar, la *indemortalidad*, la alegría y

la felicidad; aquí es, por último, donde se implantará el reino venturoso del *Homus deus indemortalis,* que constituye el ideal supremo de mis obras. ¡La República Argentina es la bendita Tierra Prometida de los tiempos nuevos..., en que ya estamos! (1).

Aquellos fueron los buenos tiempos en que Gallo, Delfor del Valle, Goyeneche, Cantilo, Crotto, Pradere y yo, presidimos todas las asambleas, organizamos todos los comités e hicimos derroche de oratoria; algunos, como Delfor del Valle, hablando siempre, como hasta ahora, de sangre y lágrimas, y otros, como yo, sin pronunciar jamás esas palabras, entonando puros himnos de libertad y redención, soñando siempre, a la manera de los sabios griegos, con principios y leyes beneficiosas para la vida, a fin de que el hombre, en un ambiente de sabiduría y hermosura llegue a ser cual el ángel Israfil del Paraíso de Mahoma, que todo lo embellecía de felicidad, realizándose así aquella síntesis platónica consistente en la armonía de un cuerpo y de un alma perfectos.

Después... — ¡oh, después! — qué sé yo qué sacrificios, qué esfuerzos, qué ternuras, qué ensueños no le prodigué al partido político de mis grandes y fervientes amores de patriota...

A esta altura de mi vida, creo que nadie hasta esta hora en la República me ha superado, ni siquiera igualado en el esfuerzo y el sacrificio, cosas que se pondrán

---

(1) En mi obra *Agerpericleísmo* demuestro por qué este destino le está reservado a mi patria y no a Norte América, no obstante el esplendor merecido e indiscutible de su hora actual.

de relieve por sí solas en el resto de esta obra, escrita en brevísimo término en una serie de cuadros, a la manera de los pintores, sin continuidad aparente, pero dentro de una unidad vívida y palpitante como un corazón; escrita vertiginosa, relampagueantemente, sin otra pretensión que la de expresar leal e ingenuamente mis sentires, y exhibir, ante el escenario nacional, cual en un anfiteatro, los dos radicalismos al desnudo: el personalista, demagógico, oligárquico, plutocrático y eclocrático, del cual es el dios Don Hipólito Irigoyen; y el otro, el de los grandes principios, que no tiene más dioses que la sabiduría, la hermosura, la justicia, el progreso, el bienestar y la indemortalidad; ni tiene más Olimpo que el de la felicidad aquí en la tierra, como fin supremo de la vida.

De todos los miembros sobrevivientes del famoso comité y de los cuatro o cinco radicales que desde afuera luchaban con nosotros, como ser Hipólito Irigoyen, Leopoldo Melo, Tomás Le Bretón, Marcelo T. de Alvear y en ciertas épocas el mismo Don Bernardo de Irigoyen, yo fuí el único que tuviera la cruenta honra de no llegar a ser nada dentro del radicalismo, ni *siquiera* diputado, senador, ministro, gobernador o presidente, como dijo sarcásticamente, en cierta ocasión solemne, mi ilustre amigo el sabio Don Eduardo Holmberg hablando de sí mismo, al tiempo de presidir un congreso mundial de librepensamiento...

¡Y no me pesa! Ostento esa cruz con el mismo honor con que el Manco de Lepanto, el gran Cervantes, ostentaba su gloriosa manquedad.

Verdad es que tuve en mis manos la conquista de todas las cumbres... Y esto puedo decirlo sin jactancia, dado que me ha sido dado ver a analfabetos, semi-sirvientes míos, convertidos en legisladores, en padres de la patria, sin otro mérito que su servilismo al gran caudillo.

Yo hubiera podido llegar, ¿qué duda tiene?, a donde hubiera yo querido..., si posible hubiera sido darle flexibilidad a mi columna vertebral, hecha de bronce y de una sola pieza, que es de aquellas *que se rompen pero que no se doblan;* si hubiera sido posible que mi alma pudiera haber querido prosternarse ante el ídolo; pero, ¡ay de mí!, por mal de mis pecados soy de una pasta tan prometeica que no hay fuerza humana ni divina que me haga doblegar ante los hombres, ni ante los dioses, aunque me siento condenado eternamente a la cruz del amor a todas las cosas divinamente bellas.

¡Qué le voy a hacer...!, *¡Soy un Prometeo!* Por tanto, no he podido, porque no me ha sido dado poder querer, alcanzar ningún galardón, ninguna prebenda, ni antes ni después de la victoria. No obstante, yo he coronado de bien a cuanto hombre ha pasado por mi lado...

A esta altura de mi vida, por suerte y gloria lo tengo que el radicalismo triunfante no me haya discernido cargo alguno. Hasta le tengo una especie de regocijado reconocimiento, pues ¿qué papel hubiera podido representar yo en el Parlamento, por ejemplo, que no es más que el templo del *yoísmo,* del *selenismo,* donde a fuerza de insípida cháchara los *padres de la patria*

sólo se ocupan, en forma mísera, de cimentar su bienestar personal, sin importarles tres hojas de agreste trébol la felicidad de la tierra en que nacieron?

Ha hecho muy bien el irigoyenismo en convertir en eminentes legisladores a la flotante escoria de los comités, vana, torpe y ruín. Casi estoy tentado de bendecirlo, porque mediante su ingratitud no he esterilizado mi vida y he podido, en pleno olvido y obscuridad, dedicarme, con amor sobrehumano, a la ciencia y al arte; vale decir, a todas las cosas que dignifican la vida y la enaltecen.

Debo agregar, para dejar aclarada toda mi verdad, que no considero que comporte gloria alguna llegar a ser Presidente... Sócrates y Platón, Esquilo y Fidias, Demócrito y Epicuro, que no llegaron a nada, siguen siendo en el orden intelectual, aún después de muertos, excelsos emperadores de la humanidad. Pericles no necesitó ser ni rey ni presidente para ser consagrado por la historia como olímpico legislador. Vale decir, entonces, que la verdadera gloria no proviene de los cargos públicos, sino puramente del bien que se realice sobre la tierra. Y ese bien comporta una obra magnífica que sólo puede construirse a fuerza de amor, de ciencia y de arte. ¡Todo lo demás es tontería, ignorancia, impotencia, miseria humana; en una palabra: sometimiento al mal..., *¡selenismo!* (1).

El señor Irigoyen, con un cerebro desnudo de pen-

(1) En el curso de esta obra se comprenderá mejor el mundo de ideas que con la palabra *selenismo* abarco.

samiento, con un corazón desierto de *tuísmo,* aspira, poseído de un delirio senil tan torpe como vano, a ocupar nuevamente el sitial de Rivadavia, a que otrora lo llevara, no un talento y un patriotismo que no tiene, sino ese determinismo ciego — al no estar concorde con nuestra divina aspiración a lo mejor, — que rige por entero la vida del cosmos, que lo mismo destruye una plástida que hace surgir un mundo en los espacios siderales, que tanto maldice o crucifica a un genio como endiosa a un ser protervo... ¡Rivadavia, el Pericles, nada menos, sólo pudo, a pesar de la excelsitud de su espíritu, gobernar un año tan sólo en la misma patria en que poco después, Rozas, el Maldito, gobernara, se puede decir, durante toda su vida! ¡Oh, sarcasmos e incongruencias del destino!

Irigoyen aspira a la tan vana gloria, como *eminente* selénico que es, dicho sea en mengua de él... Sí, él quiere ser el amo, vivir en la cumbre de su propia miseria, aunque la patria ruede a sus pies y se despeñe en el abismo de todas las retrogradaciones... ¡Oh, patria! ¡preciso será impedir tamaña catástrofe, aún más trágica que una hecatombe sísmica!

Yo tengo, sí, el derecho incuestionable de alzar así mi voz, dado que los dirigentes del radicalismo saben que ni una sola vez en mi vida, ni aún en los primeros albores de mi juventud, ni en la época en que grandes decepciones llenáronme de pena y amargura el alma, en asunto chico o grande, o aunque violentara los deseos del ídolo o de mi mismo partido, costara lo que me costara, sangrara mi cuerpo o sangrara mi alma, dejé de

cumplir mi deber con el estoicismo de un Zenón o un Marco Aurelio. Todo ello por la simplísima razón de que nací más libre y soberano que el águila, el cóndor y el albatros juntos, más aún que los mismos vientos de la pampa y las mismas nubes de los cielos.

En la venturosa tierra de Atenas, bendita e insuperada, surgida para darnos la visión de todos los Edenes de otros mundos — conquistables siempre para el hombre, — aquel Aminias que en Salamina, perdiendo un brazo, conquistara el premio del valor entre los griegos, al ver a su hermano Esquilo — el semidios — expuesto a ser apedreado por *el horrendo delito de impiedad de tener la suprema misericordia* de descorrer el velo de todos los misterios suprasensitivos del cosmos y la vida, no vaciló, por esa única vez, en hacer noble y altruísta alarde de su bravura y gloriosa manquedad... El Areópago, así que vió el horrible muñón que aquel soldado ostentaba cual si fuera una estrella engarzada en la frente de una diosa, en memoria de la hazaña realizada por el héroe, absolvió a Esquilo del *delito* que hoy nimba su recuerdo como con una corola de soles, poniendo en evidencia, una vez más, la espantosa cuanto desconcertante ceguera del destino...

En esta, para mí inmensamente solemne hora de la patria, en que la demagogia irigoyenista pretende arrasarlo todo para placer y gloria de su amo; en que ella pretende escarnecer y envilecer nuestra tierra para dejarla tendida cual una hosamenta sobre el escenario mundial; en que la nación entera clama por la realización de los más grandes ideales de progreso; en que ya está

madura la civilización mundial para que pueda surgir aquí una nueva era, continuadora de aquella que constituyó la gloria impar de Grecia; en esta hora solemne, digo, preciso es que resuene, de uno a otro ámbito del país, una voz serena de sinceridad y de verdad, o, mejor dicho, que surja un hombre exento de miedos, que, con el coraje de David, el espíritu democrático de los Gracos y los sobrehumanos ensueños políticos de Rivadavia y de Pericles, bajo la ruda imposición de su destino, tire la primera piedra contra la frente del gigante personalista, señalándole al par a su patria la ruta de oro y de diamante por do se va a la ciudad del bien... ¡donde el dolor no existe!

Esa misión, me agrade o no me agrade, correspóndeme de pleno derecho y de pleno e ineludible deber... Así como, por otro fatalismo ineludible, correspondióme a mí, quisiera o no lo quisiera, ser el *factor más eficiente del triunfo del radicalismo,* o mejor dicho, del irigoyenismo con su natural consecuencia la exaltación a la Presidencia de Don Hipólito Irigoyen; así, en esta ocasión solemne, ante el espantoso peligro de que vuelva a caer la patria, madre de todos los argentinos, en manos del ídolo funesto, asumo un papel semejante al de Aminias, y, ostentando una pureza cívica por nadie superada ni igualada, exhibo, ante el electorado de la República, por esta única vez, mis dolores, mis tristezas, mis torturas junto con la grandeza de mis principios, demandando piedad para la patria a todos los argentinos y a todos los extranjeros que en esta hora tengan el insigne honor de habitar en la tierra de San Martín y Riva-

davia, cuyo próximo destino, aunque se opongan todos los Irigóyenes que en el mundo existen, será el de constituir la Hélade ensoñada por los más esclarecidos genios de la Grecia; o sea, la patria de la sabiduría, la estética, la salud, el bienestar, la alegría, el progreso y la *indemortalidad*.

Magna hazaña es ésta que realizo sin decir que no ni aún decir que sí..., *sabiendo*, no obstante, que, irremisiblemente, como único galardón, he de ser clavado en la cruz de todas las calumnias.

Una ineludible necesidad me impulsa. No hago más que cumplir mi ley. A nadie le es dado eludir su destino. ¡Cómo conocían bien estos misterios Esquilo, Homero y Platón: Esquilo, cuando en sus tragedias le asignaba el papel primordial a Zeus-Fatalidad; Homero, cuando en su *Odisea* pone en labios de la diosa Atena que ni los dioses ni los hombres pueden escapar a la ley fatal; y Platón, cuando en su *República* sostenía que en el universo, al son de las celestes armonías, todo se determina por la ley de causalidad: Laquesis cantando el pasado, Cloto el presente y Atropos el porvenir..!

Mas debo decir, para ser completamente sincero, que hubiera seguido guardando, por el resto de mis días, el mismo hermético silencio que estoica y escépticamente he guardado hasta ahora, a no mediar dos circunstancias verdaderamente extraordinarias: la posibilidad, en primer término, de que el personalismo, enfermo de ignorancia e insensatez, pretenda afrentar y hacer retrogradar la patria llevando al gobierno nacional al ídolo protervo; y, segundo, la posibilidad, bien fundada, de

que a la inexorable Atropos se le ocurra cortar el hilo de mi existencia a breve término...

Estirpe la mía propensa a la longevidad, concedióme natura fuerzas para matarle el punto al mismo Matusalén. Digna de ser estudiada por el Instituto Pasteur de Francia sería la fagositosis de mi sangre, que me ha librado hasta ahora de toda enfermedad. No he *conocido* ni la tos convulsa, ni la grippe, ni la picadura de un diente, ni siquiera un grado de fiebre. ¡Soy el inmune por excelencia! No es pequeño, sin duda, el prodigio; pero, en cambio, ¡ay de mí!, soy el hiperestésico absoluto. Mi sensibilidad externa, interna y psíquica no tiene límites. *Siento todo* de tal modo como si el universo mismo estuviera dentro de mí. Tanto sentir ha puesto más de una vez en peligro mi existencia. (Mi madre murió así, *en plena salud*) (1). Y ahora, desde hace más de un año, una neuralgia se ha enseñoreado de mi cerviz con la misma implacable tenacidad con que el tigre hambriento se prende con dientes y garras al cuello del toro y sacia su hambre chupándole la vena yugular, sin importarle tres hojas de agreste trébol los horrendos quejidos de agonía de su víctima que, por fin, se tambalea, da vuelta sobre sí misma, dobla las rodillas y cae pesadamente para no levantarse más...

En solo treinta días de gestación en el canicular Enero, pasándome los días pluma en ristre, casi de "claro

(1) Los médicos, ante su cadáver, no pudieron certificar la existencia de ninguna enfermedad... Aquello no fué un síncope. *Murió de muerte*, nada más. La ciencia no pudo decir otra cosa.

en claro y de turbio en turbio'' como diría Cervantes, desfalleciendo, agonizando a ratos, deteniéndome a veces en el umbral mismo de la muerte, por no sé qué milagro de titánica fuerza y de perseverancia un tanto sobrehumana, surgió a la vida esta obra deshilvanada — bien se ve, — hecha como a aletazos, sin pretensiones, ni mayores méritos literarios, nunca abundantes éstos ni encomiables en las realizaciones vertiginosas. Las obras perfectas requieren la labor paciente y obstinada de los años. Tres decurias, no treinta días, empleó Copérnico en escribir sus *Revoluciones de los cuerpos celestes*. Cuatro años, nada menos, requirió Leonardo de Vinci en iluminar el rostro de su *Monna Lisa* con una sonrisa enigmática...

No encontraréis en ellas las Catilinarias con que Cicerón fustigaba a sus adversarios políticos; ni las Filípicas con que Demóstenes pretendía encender en Grecia el fuego del patriotismo; ni la política de Tucídides, ni la austeridad de Jenofonte, ni la elocuencia de Tito Livio, ni el pincel de Tácito... Mas esto no quiere decir que mi obra carezca en absoluto de méritos... Una cosa tendrá en ella el relieve de la imponente cordillera andina: la ingenuidad, el candor, la lealtad con que la he escrito. En eso mismo, precisamente, fincaba el principal mérito del *Facundo* de Sarmiento, que Unamuno, con justicia, ensalzara hasta las nubes. Y otra cosa tendrá en ella tanta luz y tanto fuego como mi egregio amigo el sol: el amor a mi patria, a la ciencia, a la estética, a la justicia, a la salud, al bienestar, al progreso y a la *indemortalidad* para todos los hombres que habiten el mundo;

ciclópea escala todo ello, sí, aún más bella que la que ensoñara Job en los desiertos, que hará bajar del cielo a la tierra el reino divino de la ansiada y bendita felicidad; todo lo cual constituye la manera más grande, vale decir, la *manera hélica* de honrar y amar la patria y la humanidad (1).

¡Oh, sí, hombres todos los que habitáis la tierra! ¡el gran problema no consiste, como lo han creído millares y millares de sabios, en alcanzar el feliz maridaje de la civilización helénica con el cristianismo! ¡No! El problema supremo, prometeico por excelencia, consiste en extirpar el mal, o sea, el dolor, de toda la faz de la tierra. Ello comporta, en realidad, la libre síntesis de todas las civilizaciones, de todas las religiones, en todo aquello que tengan de cierto y de bello, vale decir, de divino (2).

¡Qué socialismo, ni qué comunismo, ni qué bolcheviquismo, etc.! El mejor gobierno del mundo es el que sepa hacer más felices a todos los hombres, sin distinciones de especie alguna, tanto al pobre como al rico, al ignorante como al sabio, al malo como al bueno; pues todo ser humano, por el sólo hecho de haber nacido, tiene tanto derecho natural y pleno a la felicidad como al aire que respira.

Hacer feliz al hombre no es otra cosa que libertarlo

---

(1) Ya se comprenderán mejor estas ideas al través de mi obra *Agerpericleísmo.*

(2) Cada religión es una secta de la *religioteantropía*... Existe, sin embargo, la *religiociencia* que explico ampliamente en *Agerpericleísmo.*

del sufrimiento... No hablemos más, pues, del innocuo "amaos los unos a los otros" (1), de libertad, fraternidad, igualdad; palabras con más estruendo y luz que el rayo..., que en labios de los politiqueros se convierten míseramente, como diría Toqueville, en esos vasos y cubiletes de doble fondo que emplean los prestidigitadores para sus juegos engañosos, sacando de ellos objetos sin ninguna relación de causa a efecto.

So pretexto de justicia y redención no intervengamos *manu militari* las provincias, a la manera del ex presidente Irigoyen, para encumbrar a cuanto incapaz dragonee de radicalismo, sin otro mérito que el de tener la columna vertebral hecha de goma o de mucílago... Intervengamos la República entera, sí, desde el Plata hasta los Andes y desde Jujuy hasta la Tierra del Fuego, pero no por la bárbara fuerza de las bayonetas, sino por el imperio divino de la ley bienhechora, más rica en bienes que las aguas del Nilo. Hagamos como Rivadavia, cuya mente soberana gestaba, aún en sueños, cuanta ley pudiera beneficiar la vida... Hagamos la obra del radicalismo, la verdadera, la grande, empezando por asegurarle el pan de cada día, con sabor de mieles, a la tosca e ignara multitud... El arbotante, recio y rígido brazo de hierro sin la gracia ni la esbeltez de las columnas góticas; el cimiento hundido en la tierra, con su humilde y obscura labor de sostén; uno y otro hacen

(1) El tan celebrado lema cristiano, lo reemplazo en mi obra *Agerpericleísmo* por este otro de mi cosecha: *¡Haced de modo que los hombres puedan amarse mutuamente!* Demás está decir que eso implica el arte supremo de la vida.

posible las delicadezas de los encajes de las torres, la elegancia de los calados pináculos, los refulgentes fanales de los templos góticos, de la misma manera que la sólida base de las montañas hace posible esos vértices supremos, que ven, mirando hacia abajo, las tremendas cuanto ineludibles tempestades de los cielos...

¡Oh, poco importa que algunos fanáticos furiosos maldigan mi obra insanamente...! ¡Ya fructificará algún día! Ella tiene en sí más vida que aquellos granos de trigo extraídos de las tumbas de los Faraones que, transportados a Francia, volvieron a dar su pan bendito..., después de varios miles de años.

Bien echarán de ver mis detractores que no solamente una de las obsesiones divinas tengo yo... Yo las tengo todas: la de la ciencia, la de la belleza, la de la justicia, la del amor, la de la salud, la del bienestar, la del progreso, la de la *indemortalidad*, la de la felicidad; todo ello a realizarse sobre el astro estupendo en que vivimos, donde se ensamblan, para formar la vida, todos los Infiernos, Purgatorios y Paraísos ensoñados.

Ningún reato, humano ni divino, ha encontrado mi pensamiento para decir la verdad... ¡Qué diosa más grande ni más bella que la verdad misma! ¿Cadenas? ¡Ni de perlas y diamantes! ¡Mi alma es un avión!

Quien pretenda aprisionar su pensamiento estrechamente, correrá riesgo de destruir su singular encanto, logrando tan sólo mancharse los dedos con el polvo áureo de las alas deshechas... El mío, en todas las circunstancias, por efecto de construcción, hiende el espacio con tanta libertad y eficacia como la que los venturosos vien-

tos alisios soplaron en las jarcias de las benditas naves de Colón.

Exento estoy de orgullos y vanidades... Ni palmas, ni laureles me cautivan. Si me nombraran rey del mundo, no saltaría de gozo mi corazón; respondería desdeñoso, con una mueca o un encogimiento de hombros. Los amantes de las cosas divinas, no son esclavos de tales fruslerías, ni tienen a honra pertenecer a la estirpe de los Mussolini y Primo de Rivera, que no dejarán sobre la tierra ni una semilla de bendición... ¡por más que el fatalismo histórico los tolere y justifique!

Por otra parte, yo sé que siempre venceré, que seguiré siempre venciendo, eternamente, no obstante la desintegración total de mi ser, porque los principios que hoy lanzo a todos los vientos son como coronas de soles para todas las patrias y como alas de zafir para todos los hombres, los cuales, sí, algún día se han de convertir en dioses, porque ese, y no otro, es el destino humano-divino de los humanos....

Por ello, al estampar en esta obra mi verdad, he tenido presente aquel símbolo de Vignig, recordado preclaramente por Rodó: ''La botella arrojada al mar durante la tormenta, portando el mensaje supremo de los náufragos; sacudida por los vientos, mecida por las olas sobre los abismos oceánicos, arribará algún día a la playa, salvando para el porvenir de los hombres el pensamiento imperecedero, irradiación inaufragable de las extinguidas vidas humanas''.

Puedo morir súbitamente..., bien lo sé. Dictando un libro de derecho murió del Valle. Si Sarmiento, por

mandato de su voluntad, vivió aún ocho años más cuando los señores médicos le asignaban sólo unos cuantos días de vida, yo he de quebrarle su hoz entre mis manos a la Parca cuantas veces se me acerque con intención aviesa, pues yo tengo la voluntad titánica de impedir que siga imperando en mi patria esa tremenda mistificación, esa bábara mentira que se llama el dios Hipólito Irigoyen... ¡Que la verdad resplandezca como un sol para bien de todos, aún sabiendo de antemano que la calumnia que los fanáticos tendrán, fatalmente, que lanzar a todos los vientos de la República, va a ser tan certera y eficaz como aquel caparazón de tortuga que, según cierta leyenda, habiendo sido levantado en los aires por un águila, vino a caer justamente sobre la frente de aquel Esquilo impar que había cometido el *pecado estupendo* de darle, a plena luz de sol, relieve de montaña a los abismos...!

¡Oh, el antipersonalismo es una fuerza que nadie, ni nada podrán detener! Su triunfo es seguro, ineludible. El *llegará,* por un decir, quiera o no lo quiera el presidente Alvear, aunque bien sabemos que lo quiere, y con toda el alma, porque su espíritu ha sido forjado en la Francia de todas las sublimidades.

La victoria nos espera, no por la voluntad de un hombre, sino por designio de los tiempos, por efecto del progreso y la cultura, por natural florecimiento de los gérmenes de luz sembrados a manos pródigas por nuestros próceres...

Tenía que suceder... Así como antes siempre hubo quienes no se convencían de la esfericidad de la tierra,

porque comparaban las elevaciones y depresiones de su superficie con su propia talla en vez de relacionarlas con el radio del planeta; así, por mucho tiempo, habrá ciudadanos que creerán eterno el imperio del personalismo, porque lo medirán egocéntricamente con prescindencia de los factores sociales, de las exigencias de los tiempos, del cáncer mismo que lleva en sus entrañas como una sentencia de muerte.

Los tiempos están maduros para la desaparición del irigoyenismo y el advenimiento de un radicalismo de orden superior que, desplegando a todos los vientos una bandera divina, toda empíreo y toda sol, haga de nuestra patria la primera del mundo en la sabiduría, en la estética, en la justicia, en la salud, en el bienestar, en la *indemortalidad;* en una palabra, en la felicidad. ¡No se requiere el estro de Platón para ensoñarlo, ni el penetrante ingenio de Montesquieu para comprenderlo!

Un cáncer, he dicho que lleva el irigoyenismo en sus entrañas... ¿En qué estriba él? En qué ha de estribar sino en lo mismo que ha constituído hasta ahora su cohesión, su fuerza, su *gloria*: en su *adhesión incondicional* a un solo hombre, tanto más censurable e ignominiosa cuanto que ese hombre tiene menos ideas que una piedra y es más mudo que un recinto al cual una máquina pneumática le hubiera sacado todo el aire... ¡Es un vacío de substancia!, como diría Edgar Quinet.

¿Por qué fué que sucumbió la gran patria de Ciro, de Darío, de Cambises y de Jerjes, dotada por Zoroastro, que era un espíritu de gran tendencia *hélica,* de una religión magnífica, cuya reasunción final del mal y del

bien en un mundo de venturas, constituye un símbolo que hubiera podido servirle de sol al mismo Prometeo?

La Persia lo tenía todo... ¡Nada le faltaba! Sus soldados eran tantos como estrellas tiene el cielo o arenas tiene el mar. Con su oro podía haber construído montañas... No obstante — ¡he aquí el fenómeno!, — este gigante, dueño ya del mundo asiático y hasta de la africana tierra de los Ransés, resultó ante la Grecia tan débil como Goliat, el coloso, ante la certera piedra de David...

Es que la fuerza del inmenso imperio persa, estribaba en no tener otra fuerza que la de la adhesión incondicional a un hombre solo...

Esta vil adoración del despotismo daba, sin duda, a ese conglomerado de naciones, una apariencia de unidad, de prepotencia colosal, de mole gigantesca y única capaz de aplastar la Grecia entera bajo sus plantas cual al león bravío el elefante; pero esa unidad ficticia y pasajera, implicaba tanta absurdidad como ver al sol reducido a la simple condición de un disco de fuego en las manos de Hœfœstos.

En realidad, ese monstruoso dinosaurio carecía de vida... Pueblo que se estanca de ese modo, desaparece o se momifica. Estaba escrito que esa pirámide de tan ancha base y de vértice tan bajo, sucumbiera ante los embates del destino, cual la ballena, arrojada sobre los acantilados por el oleaje embravecido, muere aplastada bajo el peso de su propia y gigantesca mole.

Dentro del despotismo persa, el progreso era imposible, y por consiguiente la decadencia y la ruina eran

el final inevitable. Puesto que el progreso no es sino una serie de cambios, una mudanza continua, ¿qué cambios se pueden concebir en una organización fundada en el despotismo de un hombre considerado como un *ser divino*, en una organización en que toda mudanza es un pecado, una indisciplina, una traición, un crimen contra el dios?

Era fatal... El Asia, formidable, debía, cual el mar contra las rocas, estrellarse contra Atenas, la diminuta, tintilante como una estrella, fulgurante como el sol, movible como las alas de una mariposa posada en una flor, toda pensamiento de bien, cual son todos cantos divinos los que en el Paraíso, según Mahoma, entona el angel Israfil, a la sombra del árbol divino de la felicidad, para embellecer, deleitando, la vida de los muertos...

Jerjes, no obstante ser su ejército tan numeroso como estrellas hay en el cielo o arenas en la mar, vióse constreñido a mecerse los cabellos y a dar rienda suelta al río de sus lágrimas, adolorido, desesperado, impotente ante los trescientos espartanos, que, como trescientas montañas, le cerraron el paso en las Termópilas... ¡No podía ser de otro modo! ¡El Asia tenía que encontrar su tumba en Salamina, en Platea y en Micala!

Irigoyen, por más que la comparación parezca traída de los cabellos, es una especie de Jerjes de nuestro actual momento político. Tolumba, la inmortal, recuérdame las Termópilas. En Tolumba, para gloria de la ilustre Córdoba, empieza el descalabro del personalismo. Razón sobrada tuve cuando escribíles este dístico a mis grandes amigos Melo y Gallo:

¡Fué allá en los comicios de la gran Tulumba,
Donde el personalismo halló su tumba!

¡Oh, presiento que están muy próximos los días venturosos en que una Salamina, una Platea y una Micala, mejor dicho, grandes batallas comiciales, nos liberten para siempre del despotismo hipolitista, refractario a todo progreso, encumbrador de la escoria, enemigo a muerte de todo lo que constituye las hélicas grandezas de las patrias!

Ya veremos — porque así está escrito — al poderoso ídolo de sí mismo y de la turba ignara, mecerse el cabello y llorar de impotencia como Jerjes al ver surgir triunfante al radicalismo de los grandes ideales, haciendo flamear a todos vientos un Lábaro que resulte ser la misma Atenas, o, mejor dicho, la Hélade misma presentida por los inmortales esquíleos sabios de la Grecia...

Nada es inconmovible sobre la tierra... Todo está en ella en movimiento. Hoy se sabe que hasta las mismas montañas que parecen enclavadas por Hœfœstos como yunques hasta la entraña de nuestro astro para forjar en ellas el rayo, viven en perpetuo movimiento. En nuestros días hemos visto a la *piedra del Tandil,* que, según una leyenda, el tirano Rozas no pudo voltear, ni empleando muchas yuntas de bueyes, caer tranquilamente al suelo cual la taladrada manzana a un leve soplo de la brisa. Ya estamos curados de sorpresas... ¡No nos va a maravillar ni que resulte existir otra *América* más allá de la Groelandia!

¡Qué importa que seamos hoy cuatro, veinte o qui-

nientos, si nos sentimos grandes y poderosos con el inmenso tesoro de ideales que llevamos en el corazón, aún más grande que el inconmensurable de las minas que guarda nuestra tierra en sus entrañas; si somos como dioses, pues vamos por el mundo *calzados de sol* y con la frente aureolada de estrellas!

Cuando la Convención del personalismo de la Provincia de Buenos Aires, tuvo la tremenda cuanto inicua osadía de renegar del radicalismo principista que creara Alem y de postrarse de rodillas a los pies del ídolo de sí mismo y de la turba ignara, proclamándolo nada menos que el igual de Belgrano y el creador de la bandera no-bandera, tal insensatez llenóme el alma de vergüenza, de tristeza y de cólera.

Belgrano fué grande, sí, cuando creó la bandera de la patria como símbolo de libertad, de justicia, de honor y de progreso. Esa bandera azul y blanca comportaba un mundo de principios redentores. El sol que la convertía en cielo, constituye en sí el ideal más alto ensoñado por la mente humana: aquel ideal magnífico que constituyó la gloria más grande de la cultura helénica, según el cual el hombre, transformado en cuasi numen, llegaría a dominar todas las fuerzas del universo que le fueran hostiles, mediante el poder de su genio apolíneo-socrático-herácleo-dionisíaco.

La *bandera* creada por Irigoyen es, evidentemente, una bandera negativa, producto de una macábrica aberración; es la bandera negra, la bandera-noche, la bandera-abismo, la bandera maldita, tan fatídica, tan siniestra como aquella que otrora paseara el Tigre de los

Llanos por los desiertos y las selvas del interior, ostentando, en vez del sol — símbolo sublime de todas las redenciones, — una calavera, un símbolo espeluznante digno de aquellas bestias trogloditas cuyos labios vampirescos podían, al través de un orificio, absorber la masa encefálica de los cráneos de sus hermanos: los monstruos diluvianos, con la misma facilidad y deleite con que nuestros niños chupan el inocente jugo de las naranjas...

Temblando de indignación y de coraje, con más tristeza en el alma que nieblas en las regiones polares, recordaba casi moribundo, casi agónico, uno de mis primeros discursos, en que, combatiendo precisamente el personalismo menguado del general Roca — maestro de Irigoyen, que al menos tuvo el mérito de procurarse inteligente colaboradores, — yo clamaba a todos vientos de este modo:

"Hoy, por suerte, vemos con profundo regocijo que el primer toque de llamada dado por el clarín guerrero del Parque, ha tenido el privilegio de sacudir el marasmo de ese pueblo soberano que había abandonado sus derechos y perdido la virtud del sufragio, y que había venido a ser la repetición histórica de otro soberano, el emperador Valeriano, que habiendo caído prisionero de Sapor, rey de Persia, se vió reducido en su cautiverio — ¡oh, desgracia, él, el general de las legiones de Roma, él, el César! — a prosternarse con su corona de oro delante del caballo del vencedor, para que su cuello le sirviera a aquel bárbaro de miserable estribo!"

¡Ay de mí! ¡ay de nosotros! ¡ay de nuestra patria!

¡haber luchado durante toda la vida con un fervor divino a fin de destrozar entre nuestros brazos al personalismo cual a una serpiente, por considerarlo más corrosivo que el vitriolo, más horrendo que la lepra, más temible que una catástrofe sísmica, padre excecrable de la demagogia y de la tiranía con toda su cohorte de envilecimientos, adyecciones y bestialidades; haber soportado cuanta cruz ha querido brindarnos el martirio para que, quien se considera jefe del radicalismo, créase nimbado de excelsa gloria al herir de muerte el alma de éste con un puñal traidor, reduciendo a estiércol todo lo que constituye su grandeza, su divinidad, justamente con el derecho de existir y triunfar sobre la tierra!

¡Oh, yo que nunca había comprendido la tremenda fiereza de que hace gala el Dante ante la serpiente que estrangulara al impío que se mofaba inicuamente de su dios; yo que me he sentido más de una vez horrorizado ante su "*indi quel giorno me fú la serpe amica*", hoy, si bien mi alma hélica sigue siendo incapacitada por la naturaleza para sentir tan bárbaramente puesto que al colmarla de amor no le reservó al odio sitio alguno, hoy comprendo que esas cóleras bestiales deben tener una justificación sobre la tierra!

¡Cuánto sufrí aquel día...! Nadie dude de mi palabra si afirmo que el dolor llevóme a los umbrales mismos de la muerte, y que si no fuí derribado fué por un gigantesco esfuerzo de mi voluntad heroica que no quiso que yo acatara la orden de marcharme de la haz de la tierra.

El misterio es éste.... Si natura dióme por alma

un corazón más sensible que un arpa eólica, puesto que hasta las brisas la hieren cual con puñales, dióme también, en compensación, las fuerzas de Atlante para llevarlo con ufanía sobre mis hombros cual si fuera de tan leve peso como un cestillo de flores...

Mas un dulcísimo ensueño tuve yo... Cuando parecía que todos mis ideales iban a quedar aplastados dentro de mi alma bajo el peso de la fatalidad; cuando ya me parecía que al día riente, luminoso y bello lo iba a reemplazar una noche eterna y lóbrega, de improviso, yo no sé de qué fondo mismo de mi alma surgió, como una aurora boreal, la estupenda visión de una mujer divina... Reunía ella las hermosuras de Atena, Ceres y Afrodita. ¡Ni aun Fidias hubiera podido ensoñarla más bella y exquisita!

Al sentirla venir hacia mí con los brazos abiertos y una celestial expresión de amor materno, mis labios musitaron maquinalmente aquellas palabras, más dulces que todas las mieles, que Esquilo pusiera en los labios del desventurado cuanto divino Prometeo, al tiempo de aproximársele las consoladoras Ninfas oceánidas:

"¡Ay de mí! ¿Qué rumor, qué invisible perfume me envuelve con sus alas?"

Y ella me dijo:

"Nada temas para el futuro... ¡Yo soy toda sol! En el mismo momento en que el irigoyenismo levantaba en la ciudad de La Plata su horrenda bandera personalista, decretaba él, sin saberlo, su propia sentencia de muerte... ¡Dios ciega siempre a aquellos que quiere perder! ¡Hijo mío! ¡nadie ni nada podrá arrancarme de

la frente la corona de estrellas con que tú me sueñas! Está escrito por la mano del destino... Tal como tú lo quieres, yo seré: ¡la patria-diosa, dispensadora de la felicidad sobre la tierra!''

Así habló la patria, porque las patrias y los dioses no conocen otro lenguaje que el de nuestras almas...

¡Oh, venturosos ciudadanos y habitantes, en general, de la magna República creada por la espada de San Martín, templada en el mismo sol; y por el pensamiento de Rivadavia, todo fuego y luz solar! ¡Oídme...! ¡El principismo os abre las puertas del *mundo mío*, de ese mundo que no podría columbrar ningún Moisés, más allá de las *cumbres eleusinas* donde quedan por siempre eclipsadas las glorias todas del Edén perdido!

¡Oh, *mi mundo...!* Así como las intrépidas y audaces carabelas de Colón abrieron una estela de argentada luz sobre las ondas del movedizo y anchuroso océano — de ese mundo líquido donde quiébranse los fulgentes rayos de las celestes luminarias..., como simientes, como gérmenes cósmicos, oscilando en el seno de un plasma germinativo en que lockenianamente duermen en potencia las manifestaciones todas de la vida orgánica; — así como el hélico almirante genovés, cual podría decirse, hizo por un milagro portentoso de su genio, por un ''*fiat*'' también divino, surgir la América del tenebroso fondo de las aguas; así mis no menos audaces e intrépidas carabelas cargadas celestialmente de verdad, de belleza y de justicia, describiendo la radiante estela de los aurorales tiempos, surcarán por el mar proceloso de la vida desparramando a todos vientos las simientes

de oro de la humana felicidad, haciendo surgir, por obra de otro milagro, de las obscuras y profundas entrañas de ese océano, el ensoñado y suspirado mundo edénico, todo música, todo canto, todo flores, todo pájaros, todo sol, todo cielo..., todo pródigas exuberancias blandas como el pan, tibias como la leche, fecundas como la sangre, dulces como la miel...

Ese mundo mío *era* la Tabla Redonda de las fraternidades verdaderas y universales, el asiento augusto y glorioso de la nueva Troya, en que Atenas celebrará su última y definitiva victoria; el arca milagrosa do se salvarán las Tablas de la Ley Humano-Divinas del hombre transformado en dios. Allí, por primera vez, se cumplirá la aspiración sacrosanta del antiguo dios Satria Muni Gautana: "¡Padre mío! ¡redime del dolor a todo cuanto existe!" Allí, al sublime pero *selénico* clamido de Tolstoy: "Lo más difícil y lo más meritorio es amar la vida por los sufrimientos", la humanidad opondrá este sublime, pero *hélico* hosanna y aleluya: ¡Lo más divino es amar la vida por su propia divinidad! Allí, el hombre actual, sempiterno peregrino desterrado del cielo, caminando descalzo sobre espinas y guijarros, desnudo, hambriento de bien, será reemplazado por el hombre caminando virgilianamente por rítmicos senderos, exentos de necrópolis, de tumbas y de cruces, tachonados de soles, todo perfume, todo risas, todo flores... ¡sí, todo rosas y jazmines, todo lirios y azahares, y azucenas y claveles, perfumados, exquisitos, los más puros, los más bellos y fragantes de la eterna primavera del amor, libando en ellos la misma miel que constituía el secreto de

la inmortalidad y la felicidad de los gallardos, sonrientes, afables y divinos dioses de la Hélade inmortal... Sólo allí el hombre se sentirá mecido, arrullado, cual un niño, cual un astro sobre la divina alma y el corazón también divino de la divinidad universal... ¡Oh, sí, en ese mundo mío, el hombre será definido así: *es el Todo hecho conciencia dominando a la fatalidad.*

UN BESO PARA SU HIJO Y EL ALMA PARA LA PATRIA...

He aquí el testamento político de aquel apóstol del civismo que fuera llamado *sublime pordiosero* por el doctor Barroetaveña; que se inmolara tranquila y estoicamente en aras de la patria; que le legara a su tan amado pueblo el alma entera, no teniendo otra cosa que dejarle a su propio hijo, que un beso en la frente... "¡por única herencia...!"

*

* *

¡He terminado mi carrera! ¡He concluído mi misión!

Para vivir estéril, inútil y *deprimido,* es preferible morir... ¡Sí, que se rompa, pero que no se doble!

*

* *

He luchado de una manera *indecible* en estos últimos tiempos; pero mis fuerzas, tal vez gastadas ya, han sido incapaces para detener la *montaña...* ¡Y la montaña me aplastó!

*

* *

He dado lo que podía dar; todo lo que humanamente se le puede exigir a un hombre. Y al fin mis fuerzas se han agotado, y, para vivir inútil, estéril y deprimido, es preferible morir.

Entrego *decorosa* y *dignamente* lo que me queda: mi última sangre y el resto de mi vida.

*

* *

Los sentimientos que me han impulsado, las ideas que han alumbrado mi alma, los móviles, las causas y los propósitos de mi acción y de mi lucha — en general, — en mi vida, son, creo, perfectamente conocidos. Si me engaño a este respecto, será una desgracia que yo no podré ya sentir ni remediar.

*

* *

Ahí está mi labor y mi acción desde largos años, desde muy joven, desde muy niño, luchando siempre de *abajo*. No es el orgullo el que me dicta estas palabras, ni es debilidad en estos momentos, lo que me hace tomar esta resolución. Es un *convencimiento profundo* que se ha ido apoderando de mi alma en el sentido que lo anuncio en los primeros párrafos, después de haberlo pensado, meditado y reflexionado mucho, en un solemne recogimiento.

*

* *

Entrego, pues, mi labor y mi memoria al juicio del pueblo, por cuya noble causa he luchado constantemente.

*
* *

En estos momentos, el partido popular se prepara a entrar nuevamente en acción, en bien de la patria. Esta es mi idea, este es mi sentimiento, esta es mi convicción arraigada, sin ofender a nadie. Yo mismo he dado el impulso y, sin embargo, no puedo continuar. Mis dolencias son gravísimas, *necesariamente mortales* (1).

¡Adelante los que quedan!

*
* *

¡Ah, cuánto bien hubiera podido hacer este partido, si no hubieran promediado ciertas causas y ciertos factores...! ¡No importa! Todavía puede hacer mucho. Pertenece principalmente a las nuevas generaciones. Ellas le dieron origen y ellas sabrán consumar la obra...

¡Deben consumarla!

Leandro N. Alem.

---

(1) Estas dolencias eran de carácter puramente espiritual. Sabido es que el doctor Alem gozaba de buena salud. Los desencantos, las deslealtades fueron las que acibararon su alma. El se despidió por carta de todos sus amigos y de todos sus parientes... ¡menos de su sobrino don Hipólito Irigoyen! — *Nota del autor.*

UNA PALABRA TAN MENGUADA COMO AFRENTOSA PARA NUESTRA TIERRA

En el momento de entrar en prensa esta obra, ha abierto la boca don Hipólito Irigoyen (1).

Su osadía ha sido más grande que una montaña. Con petulancia infinita se ha endiosado a sí mismo. Sobre un plinto descomunal ha puesto su propia estatua, pequeña como un grano de mostaza. ¡Cuán ridículo parece ver al Tupungato sirviéndole de pedestal a un monito tití!

"La Acción", con flechas más certeras que las de Guillermo Tell, ha dejado la estatua del dios convertida en criba...

He aquí lo que el denodado campeón le dice faz a faz:

UN POCO DE HISTORIA

El señor Hipólito Irigoyen, ha sido, en sus mocedades y en su edad madura, uno de los elementos más

---

(1) Referímonos al reportaje político que don Hipólito Irigoyen hizo publicar hacia fines de Septiembre de 1926, el cual ha sido reproducido por todos los diarios de la República.

adictos y más serviles del régimen. Los hombres que gobernaron allá por el 80 a la República, apreciando debidamente sus cualidades para ciertos menesteres, lo nombraron comisario de policía, cargo que desempeñó con toda eficacia, aunque alguna vez sus procedimientos, fuera de la ley, obligaron a sus superiores a llamarlo al orden. ¡Fué esbirro del régimen!

Poco después, en un momento en que ningún ciudadano de los que militaban en el viejo partido oficial, se atrevió a presentarse al Congreso con actas vergonzosas y nauseabundas; cuando los escrúpulos de todos los correligionarios del gobierno, los inducía a mantenerse a la expectativa por temor a la sanción moral que ese diploma debía provocar, el señor Hipólito Irigoyen, que ya entonces sentía las ambiciones más bastardas y consideraba que todos los caminos eran buenos y santos para satisfacerlas, ocupó una banca en el parlamento argentino, al mismo tiempo que don Marcelino Ugarte, que también había sido electo por los comisarios de campaña y los jueces de paz que volcaron los padrones, renunciaba a esa representación que era una pragmática de ignominia. Y fué diputado del régimen. Y desde ese cargo legislativo, con su silencio y con su actitud siempre pasiva, resultó uno de los más eficaces servidores del régimen, siendo de los diputados siempre listos para votar por la afirmativa todos los proyectos gubernamentales, pues perteneció a la "mayoría regimentada" que tantos daños causó a la República.

EL SEÑOR IRIGOYEN, RADICAL

Un día, contra el unicato, se alzó la juventud briosa y gallarda de Buenos Aires en una protesta soberbia por su significado y por su amplitud. El país entero respondió al clamor de los hombres nuevos que estaban hartos del espectáculo que ofrecían los esclavos, los "incondicionales" que aceptaban en esos momentos "un jefe único e indiscutido".

Alem encarnó en esa hora la protesta hecha hombre. Puso su verbo al servicio de la Nación y su coraje al servicio de la patria. Encendió con el valor de la arenga la sangre del pueblo, y con la honda filosofía de sus escritos despertó la conciencia de las muchedumbres. Y la revolución estalló con el magnífico significado de una gran afirmación de argentinismo.

Alem tenía la debilidad de sus afectos.... La familia fué siempre para él un refugio espiritual y un oasis de ternura. Y el hombre de las grandes visiones; el hombre-cumbre, pauta, metro, línea; el hombre que había nacido para ser cabeza de columna porque tenía probidad moral y mental suficiente para el cargo, y honradez personal, que no todos los políticos tienen, arrastró en la carrera del éxito a Hipólito Irigoyen, su sobrino, el cual, con el correr del tiempo y habiendo llegado a la presidencia de la República, no tuvo empacho en decir, ante varios universitarios, "que Alem había sido un politiquero y por eso se mató". Alguna vez esas palabras siniestras y sacrílegas, le han de quemar los labios al gran filibustero criollo.

Mientras Alem es el primer jefe de partido contemporáneo, que tiene por derecho propio su consagración en el bronce, Hipólito Irigoyen la tiene en la aparcería de la chusma delincuente del bajo fondo o de los que tienen motivo para estar gratos a sus favores.

Alem llevó al Parque a su sobrino y, conociendo sus aptitudes y su capacidad, hizo que lo propusieran para jefe de policía de Buenos Aires, cargo que ejercería en el caso de que triunfara la revolución.

No le encomendó ni que tetanizara a las muchedumbres, con palabra cálida, en la tribuna callejera donde la verba armoniosa de del Valle parecía poner en música divina la condenación de los malvados; no se le encargó que desde las columnas de la prensa afecta, tocara atención al espíritu de las muchedumbres; no le pidió que fuera a electrizar con su coraje a lás tropas del Ejército para arrancarlas de sus cuarteles; no se le confió ninguna tarea destacada, porque nadie mejor que él conocía su falta absoluta de condiciones.

Para la policía estaba bien. Y por eso fué designado jefe de policía, el antiguo comisario del régimen.

LAS REVOLUCIONES VENCIDAS

Vencida la revolución del 90 y vencida también la del 93, que triunfó solamente donde no intervino el señor Hipólito Irigoyen, vinieron días aciagos para el radicalismo. Muchos hombres de vanguardia habían muerto o se alejaron. Alem, que tenía la traición en su propia casa, se eliminó en una noche inolvidable, de-

jando como un anatema para los que habían trabado su labor persistente y sus generosos sacrificios, el testamento político que es como un índice que señala a todas horas a don Hipólito Irigoyen, y el preámbulo de la carta orgánica de la Unión Cívica Radical que es una condena permanente para los afanes absurdos de don Hipólito Irigoyen.

LA POLITICA ENRIQUECE

El régimen volvió a gozar de la más completa impunidad. Pellegrini, después de una conversación tenida por su ministro Balestra con el señor Irigoyen, encarceló a Leandro N. Alem y a otros dirigentes, e hizo fracasar una nueva protesta que se preparaba, siendo esa circunstancia la que decidió a mucha gente a abandonar la prédica radical.

Y cuando el régimen volvió al auge, cuando don Hipólito Irigoyen no tuvo frente a sí a la figura soberbia del apóstol, gozó otra vez de los favores de los poderosos que le dieron una cátedra en la escuela de mujeres, a fin de que solventara su situación personal, que era difícil, porque carecía de fortuna.

Y cobrando el sueldo y enseñando o no enseñando la materia por la cual se le pagaba — que no fué nunca ni puntual ni asiduo, — pasaron los años, hasta que exonerado a raíz de la revolución del 4 de febrero, apareció como un hombre de dinero, para llegar a la actualidad en que es poderoso terrateniente.

El modesto catedrático convertido en estanciero, es

todo un milagro de la política argentina; todo un milagro que los dioses conocidos, son incapaces de realizar.

El señor Irigoyen, que no tiene oficio ni industria, ha llegado por extraños medios a ser poderoso terrateniente en Buenos Aires — Micheo, de la Riestra, — en Córdoba, en San Luis y en otras partes...

No tiene por qué dar cuenta a nadie de los medios que lo han llevado a ese triunfo económico, pero, por lo menos, estaba alguna vez en la obligación de decir a sus amigos cómo gastó el dinero postulado para costear las revoluciones.

Que no procede de esta fuente su riqueza, lo sabemos, lo sabe el país, lo saben todos los que han deseado saber el origen de ella.

Siempre ha tenido una inclinación atávica a defender a los débiles, y ya se sabe que la debilidad es a veces el mejor camino de la fortuna.

LA PRESIDENCIA FAMOSA

Después de su cobarde huída de la noche del 4 de febrero, gracias a la cual cayeron ametrallados tantos radicales de primera fila en la Capital, en las provincias y en Pirovano — especialmente en Pirovano, — las acciones del señor Irigoyen estaban por el suelo. El desprecio de los hombres lo cubría con un manto de crespones; pero él, hábil dentro de su sensualismo, engañó a unos y a otros con el eterno sermón de su desprendimiento, y así pudo conseguir que los delegados de las provincias votaran en la convención su nombre para

integrar la fórmula presidencial, seguros de que renunciaría, porque *urbi et orbe,* lo había proclamado.

Cuando la artimaña surtió los efectos que esperaba, al serle comunicada la elección, aceptó el cargo y apareció en toda su desnudez la falsía.

Fué su presidencia una vergüenza nacional. El robo se oficializó, porque no otra cosa significaron los negocios del azúcar — los permisos para exportar se vendían descaradamente por sus familias, — de los metales, de las bolsas, del Bahía Blanca y mil otros que provocaron la reacción del parlamento, y, para evitar que se le diera un voto de censura que hubiera sido el primer paso hacia el juicio político, compró dos votos dando por uno de ellos el gobierno de una de las más ricas provincias del norte.

Todo lo pervirtió y todo lo corrompió, hasta las instituciones armadas en que reposa la paz y la tranquilidad de la República. El coronel Señorans, jefe del Estado Mayor, llegó al suicidio para conmover su conciencia y llamarlo a la realidad. Más tarde, el doctor Domingo Salaberry, también se suicidaba para pagar con su vida las culpas del señor Irigoyen.

EL HOMBRE HABLA

Este hombre pernicioso para el país, ha creído que después de un largo período de mutismo que podía ser de olvido, tiene derecho a volver a la actividad política, dando rumbos y señalando derroteros.

En el reportaje concedido al diario "El Orden" de

Tucumán, aparece de nuevo al desnudo, con toda la inexcrupulosidad de los días pasados. El no cambia, él es incapaz de modificarse e incapaz de arrepentirse.

LA FE EN LA PALABRA EMPEÑADA

"Cuando empeño mi palabra — dice, — la cumplo siempre, cueste lo que cueste, como hombre que me respeto, porque en ello reposa la lealtad y la dignidad de las personas".

Olvida, sin duda alguna, que ante el país — ante el mundo, para usar el término grato a su egolatría subalterna, — prometió hacer un gobierno ejemplar. Y la palabra empeñada en esa oportunidad se ha cumplido a través de todos los latrocinios realizados, y las impresiones digitales están estampadas para una eternidad en cuanto documento oficial pasó por sus manos.

Hizo limosnas con los dineros de la lotería, llevó a los cargos de la enseñanza a infinidad de incapaces, sometió a su férula al comité y se rodeó de hombres que, en un momento dado, podían ofrecer a la República el ejemplo cívico de la urna de Andalgalá, robada para robar una elección, tal como se hacía en los tiempos del régimen, de donde procede y con el que tiene concomitancias contubernistas.

Corrompió la vida cívica, atropelló las autonomías estaduales, y sus representantes en las provincias se alzaron con el santo y la limosna, teniendo más tarde el erario nacional que devolver las sumas substraídas en forma delictuosa.

Los malhechores eran indultados antes de que se produjeran las condenas, y centenares de hogares obreros tienen una maldición para su nombre, porque siniestramente preparó y ejecutó la San Bartolomé de los trabajadores en los horas aciagas de la semana trágica.

FIRME EN SUS PRINCIPIOS

''En los años que llevo vividos — agrega, — acostumbrado al tráfico de las ambiciones y egoísmos políticos, he sabido mantenerme fiel a los principios que han modelado y regido mi acción pública, sin un solo desmayo ni una claudicación, inspirándome desdén esos políticos o, mejor dicho, aventureros de la política, que cambian de un día para otro de credo y de moral, y, si pudieran o tuviesen ventaja, cambiarían también de nombre''.

Seguros de que no se refiere ni a Torello, ni a Ortega, ni a Soria, ni a Rincón, ni a tantos otros que cambiaron la toga del régimen por la del irigoyenismo, cabe atribuir a esta declaración, un valor extraordinario. El señor Irigoyen que jamás ha tenido ''principios'', como lo demostró en el llano y en el gobierno, sólo busca por medio del sacrificio y del esfuerzo ajeno soluciones pecuniarias, ventajas materiales, beneficios inmediatos para su persona.

Sin un sólo desmayo, ha tendido a esa finalidad a lo largo de su acción pública, no siendo de ''orden común'' sus nítidas probidades que avergonzarían a los hombres probos.

NO ES UN BUSCADOR DE POSICIONES

Dice más adelante con su prosa admirable:

"Pero, mi misión es superior a ese juego de mezquindad política y oprobio democrático. Yo no soy un buscador de altas posiciones".

A lo largo de su vida no ha hecho otra cosa que buscar posiciones. Por eso trabó la acción de Alem; por eso, aún sabiendo que carecía del valor cívico necesario para llevar al triunfo a la revolución, se puso al frente de la del 4 de febrero, especulando con el sacrificio y la abnegación de los correligionarios.

Llegó por medio del engaño a la presidencia de la República y, cuando el doctor Alvear asumió el mando, pretendió ser su director espiritual, su amo, su señor. La hidalguía varonil del nuevo mandatario lo llamó a la realidad, y desde ese momento no ha cesado un solo instante de lanzar a los cuatro vientos las clarinadas de sus ambiciones.

Por orden suya en todas partes se le ha proclamado futuro presidente, sin importarle mucho ni poco las fórmulas elementales de honradez democrática que indican la conveniencia de confiar esa tarea o esa parodia a las convenciones.

Para ello fué a Entre Ríos a pactar un oprobioso contubernio con los hombres del régimen y, en el mostrador de su indecoro, vendió los votos que le podían corresponder a cambio de los que podía darle en otras

partes el diputado conservador, del más puro "régimen", Martínez.

Y sueña con la futura presidencia, para continuar desde ella su labor destructora y para satisfacer, en la fuente del presupuesto, su sed insaciable y su codicia que raya en la locura.

JEFE UNICO E INDISCUTIDO

"Yo no soy un buscador de altas posiciones, sino un hombre de partido a quien ha colocado en una eminencia de primera fila el mismo pueblo que lo sostiene y fomenta los principios de la gran causa nacional del radicalismo, hasta investir, con derechos auténticos, emanados de su soberana voluntad, el puesto de jefe único e indiscutido, al que no logran ni lograrán disminuir en su propio relieve, ni amenguar el sólido pedestal sobre el que se erige su figura histórica, ni el egoísmo, ni la perfidia, ni la injusticia".

Juan Manuel de Rozas, que tenía más talento y más coraje, más viveza y más envergadura que don Hipólito; don Juan Manuel que asistió a su Waterloo de Caseros y que oyó el silbido de las balas que lo destronaron, se habría avergonzado de decir esas palabras que son como una losa sobre la vida pública de un hombre.

Facundo, en cambio, pudo pronunciarlas. Facundo es el símbolo más grande para el personalismo, según la declaración formulada, no hace mucho, por el senador

Caballero en la Cámara de que forma parte, con la anuencia del señor Irigoyen.

Proclamarse a sí mismo jefe único e indiscutido, es salvar los límites de la más elemental delicadeza en materia de civismo.

Concebimos los jefes a la manera de Alem, arrastrando a las muchedumbres con el gesto soberbio de su ademán demoledor; lo concebimos rugiendo el credo de la revolución — "con el verbo en los labios y el hacha en la mano"; — lo concebimos como Alem ofreciendo su pecho a la metralla en los muros del Parque; lo concebimos a la manera de Aristóbulo del Valle, predicando con la palabra, toda armonía, las razones del derecho público, adoctrinando en la cátedra, en el diario, en la calle, en la tertulia familiar. Lo concebimos como Alsina, definiendo posiciones y principios, o como Urquiza, al frente del ejército grande, para vencer, en jornadas de democracia, a la tiranía entronizada como una amenaza para el futuro.

Pero al señor Irigoyen, siempre mudo, sin que jamás haya expresado una idea, sin que nunca haya afrontado un debate ni una revolución, sin que jamás haya sido ejemplo ni de altivez ni de probidad mental por lo menos, no lo concebimos como jefe de nada, como no sea de muchedumbres hambrientas de saqueo, como cacique de una tribu gitana; porque cuando el civismo renuncia a sus derechos de libre examen y cuando el hombre se prosterna para vender su libertad de pensamiento, es un esclavo, es un montón de miserias, es un pedazo de carne de matadero.

En tales condiciones, aceptamos que el señor Irigoyen sea jefe único, como lo es de sus arcas el capitanejo beduino, el moro que asalta y quema el aduar ajeno porque para él no hay ley escrita y la única que tiene, el Corán, la interpreta torcidamente como el señor Irigoyen interpreta la Constitución.

Chico de alma tiene que ser quien en estos tiempos de amplia democracia, en que los valores cívicos se funden en el crisol de la verdad, se aplique con jactancia de capitán de filibusteros un título semejante, que no ha de discernir honores a quien aspira a conservarlo como un testimonio de su dictadura ejercida sobre los esclavos.

Los señores feudales y analfabetos del medioevo, también eran jefes únicos e indiscutidos, porque tenían el derecho de ''pernada'' y la horca y cuchillo de su justicia sin apelación.

EL PAIS, AMERICA, EL MUNDO...

''Yo no hago sino servir los elevados fines de la democracia argentina, haciendo honor a la posición que ocupo como ciudadano en el país, en América, y en el mundo''.

Como ciudadano, en el país — en América y en el Mundo, — no hay, no puede haber, no habrá más, para suerte de la patria, otro hombre que como el señor Irigoyen tenga tantos motivos de arrepentimiento y de castigo, y que goce todavía de libertad.

Los criminales que libertó; los piratas que saquearon las arcas fiscales bajo su protección directa y descarada; los mil motivos que provocó para dar margen a un juicio político, son suficientes factores para condenar eternamente a ese hombre que no tiene por cierto iguales en el universo.

Por mucho menos, M. Caillaux fué al destierro. Por mucho menos, tantos políticos españoles viven y vivirán en el ostracismo.

Nosotros, pueblo más bondadoso o más cobarde, toleramos aún las jactancias del que sólo tiene motivos para avergonzarse de los males que ha causado y de sus desviaciones, igualmente intolerables en la vida pública y también en la privada.

DIOS NO ES PERSONALISTA

''Hemos perdido la reciente elección de Entre Ríos por obra de la naturaleza, que se interpuso a los anhelos de la democracia radical. Nunca ha llovido como en ocasión de esa campaña electoral, lo que dificultó la labor de propaganda que nos habíamos impuesto, pues toda la provincia se inundó bajo un verdadero diluvio. Pero la fibra cívica del radicalismo quedó bien templada, y en una ocasión próxima demostrará su fuerza y entereza''.

Atribuir el contraste de Entre Ríos a una lluvia, es de una ingenuidad sólo concebible en quien dice en

forma ingenua tantas falsedades y teje la urdimbre de tantas mentiras.

En esa provincia llovió para todos. Los ríos crecieron para todos. Dios no es personalista — ya lo sabemos, — pero es difícil que pensara que las aguas subieran de nivel para malograr los esfuerzos de sus adversarios políticos, porque los radicales y los concentracionistas sufrieron idénticas molestias.

La única lluvia que malogró los esfuerzos del señor Irigoyen, fué la falta de capital político y el haberse puesto de rodillas ante el diputado conservador Martínez para conseguir los votos de éste en Paraná-ciudad, a cambio de los suyos en Paraná-campaña.

El contubernio fué lo que mató al señor Irigoyen en Entre Ríos. El contubernio y el desprecio que ese pueblo viril siente por los jefes únicos e indiscutibles que desfilan por las calles de los pueblos, con fajos de billetes en la mano, silenciosos y pausados como los toros de las ferias.

LA POLITICA "AVIESA" DEL DOCTOR ALVEAR

"No he podido llegar a explicarme satisfactoriamente la política aviesa que, contra el radicalismo tradicional que lo encumbró al poder, no sólo ha tolerado, sino fomentado, el doctor Alvear, de quien he sido y sigo siendo amigo, al extremo de que, gran parte de las resistencias que he tenido que afrontar en el seno del

partido, se debieron por entero, precisamente, a su elección para la primer magistratura del país, que contó con mi auspicio incondicional, contra otras personalidades que se vieron postergadas en sus aspiraciones y en la recompensa a sus méritos''.

La aviesa política del presidente Alvear, ha consistido en impedir que los ladrones públicos siguieran actuando en las reparticiones nacionales; que vivieran en la cueva cómoda de los Ferrocarriles del Estado, de la Aduana, de la Casa de Moneda, de la Policía y de tantas otras partes.

Ha consistido en impedir que el señor Irigoyen lo manejara a su arbitrio y lo arrastrara por el lodo de sus declinaciones cobardes; en evitar que el jefe Unico e indiscutido, lo convirtiera en un Cantilo cualquiera, instrumento ciego de sus bajas pasiones y de sus malos instintos.

Marcelo T. de Alvear, que es expresión de gallardías, de hombría de bien, de probidad moral y mental, de fervor patriótico y de dignidad cívica; Marcelo T. de Alvear, que jamás ha manchado la alcurnia de su nombre con una traición o con una deslealtad; que ha sido amigo de Alem y aprendió a su lado honradez democrática, ni por cultura, ni por afinidades espirituales, ni por carácter, ni por ser gobernante de orden común, puede estar ni ha estado en ningún momento a las órdenes de nadie, porque tiene un jefe más alto que todos los jefes únicos e indiscutidos: su conciencia de argentino.

Política aviesa es la política de la decencia, de la hon-

radez personal, de la dignidad... para el señor Irigoyen.

Política aviesa es la que no se traduce en una sumisión vergonzosa y ruín; la que no se traduce en una declinación de los fueros de varón de que nunca ha dado pruebas el hombre mudo, que por su silencio ha podido llegar a todas partes.

Manifiesta el señor Irigoyen que prestó su "auspicio incondicional" a la candidatura del doctor Alvear, lo que importa decir que le reconoció todas sus cualidades sobresalientes y le rindió el homenaje que se merece el ciudadano que siempre estuvo en las filas del radicalismo, ofreciéndole lo que no ha podido ofrecerle jamás al partido el ex presidente: valor cívico, altivez, elocuencia, moral acrisolada.

¿Este auspicio incondicional lo consideró acaso una moneda que le permitía adquirir a un hombre? Si en algún momento ese pensamiento canallesco cruzó por su mente, hay que confesar y aceptar, o que está loco cuando lo dice, o que en la perversión de sus sentidos no hay nada que lo detenga.

Sólo loco o ebrio, un hombre puede decir que ha mercado a un hombre o que ha pretendido mercarlo. Los chalanes de las ferias, no tendrían un concepto tan primario y tan burdo de las cosas humanas.

El señor Irigoyen al prestar su "auspicio incondicional" al doctor Alvear buscaba un cómplice; pero se equivocó, y de ello hace bien en arrepentirse, porque, quien tiene una tradición unida a un nombre honrado, no

puede ser cómplice de un pirata de la política como es el Jefe Unico.

Su odio contra Alvear obedece a múltiples razones: éste habla, aquél es mudo; éste piensa, aquél cavila; éste hace un gobierno de manos limpias, aquél hizo un gobierno de impresiones digitales; éste jamás fué instrumento del régimen, aquél fué un seide del régimen; Alvear fué de los fundadores del radicalismo tradicional y por eso procura reconfortarlo y lo lleva de nuevo a la victoria; aquél ha tratado siempre de destruir al radicalismo porque su carta orgánica es una valla insalvable opuesta a sus sensuales ambiciones; Alvear ha dado todo al partido; Irigoyen ha restado todo lo que pudo al radicalismo, y ha vivido de él.

Y, ya que ha considerado oportuno hablar de política y fijar rumbos, se ha colocado en la mesa de las grandes disecciones, y por eso estamos dispuestos a entrar en sus carnes con el escalpelo de la verdad, para mostrar que el mal que lo acosa es un mal orgánico, una tara incurable, un verdadero cáncer en el que se han acumulado alguna vez los dineros entregados por muchos correligionarios, que él luego distribuyó como propios rindiendo un admirable culto a la falsía.

La política argentina no tolerará más tiempo a los filibusteros, ni el presidente Alvear tampoco. De ahí lo avieso de sus procedimientos, según el sentir de Irigoyen, el hombre de las nítidas probidades que están manchadas con las señales de todos los peculados que se realizaron durante su gobierno, siendo la suya una túnica

sucia, que no alcanzarán jamás a limpiar las palabras con que se pretende disfrazar la verdad.

*

* *

Hasta aquí la formidable filípica del diario "La Acción".

En verdad que causa grima que haya un hombre en mi patria tan pequeño para creerse tan grande, que tenga la olímpica audacia de llamarse a sí mismo Unico e Indiscutido, ante su patria, la América y el Mundo...

¡Oh, no es la modestia la virtud primordial de este dios de sí mismo, ni lo es tampoco la sabiduría, pues si tuviese algo de sabio, tendría presente a toda hora el sublime cuanto inmenso aforismo de Sócrates: "¡sólo sé que nada sé!", que pone en evidencia la efímera relatividad de todas las cosas humanas, dado que el hombre no ha podido *todavía* vencer a la muerte, hervidero de gusanos que ha hecho presa de cuanto ser nació de vientre de mujer, así se llamara Alejandro, el Magno, y dominara al mundo entero, o Cristóbal Colón, y descubriera otro mundo...

Llamarse a sí mismo el Unico e Indiscutido, es afrentar a la República. Es creer que la democracia argentina es una vil recua de ilotas. Es ser mil veces más soberbio que Luis XIV cuando decía que el Estado era él. ¡Eso constituye la cúspide de la soberbia y de la insensatez!

Si Irigoyen hubiera salido siquiera alguna vez de

sí mismo, de su yo mezquino y miserable, no infiriera tamaño insulto a mi patria.

Si hubiera contemplado, en alguna ocasión, los mundos — esos astros que giran constante y majestuosamente dentro de sus órbitas inconmensurables hubiera abatido la frente y caído de rodillas ante su propia pequeñez y la magnitud del universo. Acaso, entonces, hubiera podido decir como el gran Pascal: ''El circuito del sol en los cielos, es en sí mismo un punto delicado cuando se le compara con los circuitos aún más vastos que son ejecutados por las estrellas. Más allá del alcance de la vista este universo no es sino un punto en el dilatado seno de la naturaleza. Sólo podemos pensar en átomos si lo comparamos con la realidad, que es una esfera infinita, cuyo centro está en todas partes y la conferencia en ninguna. ¿Qué es el hombre en medio de ese infinito? Pero existe otra perspectiva no menos sorprendente: es el Infinito debajo de él. Dejadle que vea la más pequeña de las cosas que caen bajo su observación: una cresa, por ejemplo. Tiene miembros, venas, sangre que circula en ellas, y lóbulos en esa sangre, humores y suero. Dentro de la cubierta de este átomo os voy a mostrar no solamente el universo visible, sino hasta la misma inmensidad de la naturaleza. Quien quiera que entregue su mente a pensamientos como éstos, se aterrorizará de sí mismo, temblando en el lugar que la naturaleza le ha asignado, suspendido, por decirlo así, entre lo infinito y la nada''.

Newton, aquel que con la batuta del número, regía, por decirlo así, la sinfonía de los astros, *abrumado de*

relatividad se sentía a sí mismo cual un niño que jugara a orillas del mar, mientras que el océano de la verdad se extendía ante él inmenso e inexplorado.

Irigoyen no entiende nada de estas divinas humildades... a pesar de ser un dios. Toda su misión en su vida consiste en loarse a sí mismo y sembrar a todos vientos discordias y rencores. Es que la vana y monstruosa obsesión del poder, le perturba la visión de todas las cosas y le ha cegado en su corazón las frescas y benditas fuentes del amor. ¡El no tiene otro amor sobre la tierra que el amor de sí mismo!

Conviértese en usurero, sin piedad y sin entrañas, el que ama demasiado el oro; el que ama demasiado el placer vuélvese un inmoral repugnante; el que al poder lo ama sobre todas las cosas, sólo aspira al despotismo, a ser el verdugo de su patria. Lo mismo pensaba Epitecto cuando decía: "Ninguno que sea un amante de las riquezas, o un amante del placer, o un amante de la gloria, puede ser, al mismo tiempo, un amante de los hombres".

Mas sólo amando a los humanos, pueden realizarse maravillas... Pericles y Rivadavia fueron cumbres insuperadas porque divinamente amaron. También lo entendía San Antonio así cuando exclamaba: "¡Ser un amante de los hombres, es en verdad vivir!"

Las grandes almas no sueñan con discordias y rencores, sino con un amor difundido, como un sol, por toda la creación...

Oigamos la palabra siempre inspirada de Emerson... "El amor — decía — daría una nueva faz a este fati-

gado y viejo mundo, en el que habitamos como paganos y enemigos demasiado tiempo; y haría bien al corazón ver cuán pronto serían suplantados por este niño desarmado, la vana diplomacia del hombre de estado, la impotencia de los ejércitos, las marinas y líneas de defensa. El amor se arrastra donde no puede caminar; llevará a cabo — por medios imperceptibles siendo, a la vez, su propio punto de apoyo, palanca y fuerza motriz — aquello que nunca realizará la fuerza. ¿No habéis visto en los bosques — continúa, — en una mañana del fin de otoño, a un pobre hongo o seta, planta sin solidez alguna, aún más, que no parecía ser sino una blanda gelatina, cómo con su constante, atrevido e inconcebible empuje suave, consigue abrirse paso a través del helado suelo y levantar al fin sobre su cabeza una costra dura? Este es símbolo del poder de la bondad. La virtud de este principio en la sociedad humana, en su aplicación a los grandes intereses, está fuera de uso y olvidada; en la historia ha sido tratada una o dos veces en esclarecidos casos, con señalado éxito. Este gran cristianismo nuestro, a un tiempo mismo exhuberante y apagado, aún mantiene vivo, por lo menos, el nombre de un amante de la humanidad. Pero algún día serán amantes todos los hombres, y toda calamidad será disuelta en la solana universal''.

¡Así sea! — digo a mi vez. Y así será cuando reine, para el amor, ambiente propicio sobre la tierra. ¡Oh, el amor universal es como un pájaro sublime que sólo puede vivir, volar y cantar pleno de gozo, al borde de las fuentes puras de la verdad, la hermosura, la jus-

ticia, el bienestar y la *indemortalidad!* ¡Mientras no imperen soberanas sobre el mundo la estética y la ciencia, no será posible el reinado del amor, ni el de la felicidad, que es su natural consecuencia!

Esto es lo que nunca podrá comprender el señor Irigoyen, por haber nacido sin el *órgano* cerebral adecuado a esa función, como nunca, sobre piedras, extenderá la magnificencia de sus colores y perfumes, el rosedal, embeleso de los ojos y el corazón...

Para entender estas cosas hay que haber nacido para sabio y para santo; tener un alma tal en cuyo cielo esté escrito con estrellas el lema divino de los hombres-dioses: ¡Aprende como si hubieras de vivir por siempre; vive como si hubieras de morir mañana!

Mas Irigoyen no ha nacido para nada que valga la pena. Es el egoísta, el utilitario por excelencia. Su escuela de la reparación no es más que una manifestación torpe y brutal de su egocentrismo delirante. Parece que Sydney Smith hubiera escrito para él estas palabras: "¡Sí, el pertenece a la escuela utilitaria! Es un hombre tan duro que podría pasar por sobre él un carro con anchas ruedas sin que le produjera impresión alguna. Si le hiciérais agujeros con un barreno, estoy convencido de que de él saldría aserrín. Esa escuela trata a los hombres como si no fuesen sino meras máquinas; los sentimientos o el corazón jamás entran en sus deliberaciones".

¡Qué enorme distancia hay entre un Irigoyen y un Wáshington! El primero jamás ha abierto la boca como no sea para deificarse a sí mismo e injuriar a todos

los que no se prosternan a sus plantas y reconocen en él talento, sabiduría, genio, patriotismo, por encima de los hombres, por encima de los dioses, pues ni aún éstos han logrado todavía ser Unicos e Indiscutidos, ni lo serán nunca.

Quédense con Irigoyen todos los efímeros; yo me quedo con Wáshington... Este gran libertador, en la victoria se dominaba a sí mismo; en la derrota, era inconmovible; en su vida entera, magnánimo y puro. Yo quisiera saber quién le aventajó en la nobleza de su carácter, en el fuego de su patriotismo, en la pureza de su conducta y en la bondad de su corazón. En vez de concitar al mundo entero al odio o al rencor, cuando renunció su puesto de comandante en jefe, dirigió un memorial a los gobernadores de los diversos Estados, en cuyo final les decía estas memorables palabras, que los argentinos deberían recordar eternamente: "Es mi oración constante pedir a Dios que os tenga a vos y al Estado que gobernáis, en su santa protección; que incline los corazones de los ciudadanos a que cultiven un espíritu de subordinación y de obediencia hacia el gobierno; que abriguen un fraternal afecto y amor el uno por el otro, por sus conciudadanos de los Estados Unidos en general, y particularmente por sus hermanos que han servido en sus ejércitos; y, finalmente, para que bondadosamente nos disponga a todos a hacer justicia, a amar la misericordia y a conducirnos con aquella caridad, humildad e índole pacífica de ánimo que eran los rasgos característicos del autor divino de nuestra santa religión. *Sin una humilde imitación de su ejemplo en*

estas cosas, nunca podremos esperar que lleguemos a ser una nación feliz''.

Oh, Irigoyen, todo lo sabe... ¡según él! Su olímpica jactancia lo ha llevado hasta pregonar a todos vientos que él ha penetrado el misterio de todos los tiempos idos, con todas sus civilizaciones y todos sus ensueños. ¡Oh, su penetración sería, entonces, más prodigiosa que la de un dardo divino que atravesara de parte a parte todos los mundos! Ojalá su ciencia no hubiese sido tan colosal y se hubiera limitado a grabar en su corazón aquellas palabras con que en la antigüedad, Confucio, el gran maestro de diez mil siglos, como le llamaban sus discípulos, quiso moralizar a los pueblos orientales, cuando les decía: ''Ponderad la rectitud y practicad la virtud; el saber, la magnanimidad y la energía, son lazos universales; la formalidad, la generosidad del alma, la sinceridad, el celo y la bondad, constituyen la virtud perfecta''.

Más hablarle de estas cosas a Irigoyen, es como mentarle la vida de otros mundos. El ha nacido para la farsa, para la mentira, para el embaucamiento. ¡Es un tragicomediante! ¡Cómo hubiera podido Alma Fuerte esgrimir contra él sus sarcasmos de fuego, más aplastadores que montañas, más aniquiladores que el rayo!

Irigoyen nunca ha tenido en sus labios una palabra de justicia, ni de piedad, ni de misericordia. Sólo alguna vez tuvo clemencia... pero con asesinos, que tenían, para él, una virtud que los redimía de todos sus pecados: la de arrastrarse a sus plantas y llamarlo dios.

Por fuerza me quedo con Marco Aurelio, aquel an-

tiguo emperador romano, modelo de sabiduría y de estoicismo... "Aquel que obra injustamente — decía este gran maestro, — obra impíamente, porque la naturaleza universal nos ha hecho animales racionales en beneficio mutuo, para ayudarnos el uno al otro conforme a nuestros merecimientos; pero en ninguna manera para dañarnos entre sí; y aquel que viola su voluntad es claro que se hace culpable hacia la misma divinidad. Y así mismo, aquel que miente es culpable de impiedad también hacia ella, por la naturaleza universal de todas las cosas que son; y todas las cosas que son, tienen una relación con todas las cosas que vienen a la existencia. Y además, esta naturaleza universal se llama Verdad, y es la causa primera de todas las cosas que son verdaderas. Aquel, pues, que miente intencionalmente, es culpable de impiedad, por cuanto obra injustamente al engañar; y también aquel que miente sin intención, por cuanto perturba el orden al combatir contra la naturaleza del mundo; porque pelea contra ésta, aquel que es llevado por sí mismo hacia aquello que es contrario a la verdad, porque ha recibido facultades de la naturaleza, y a causa del abandono que hizo de ellas no está ahora en aptitud de distinguir el error de la verdad".

Oh, ciudadanos argentinos: ya el anciano don Hipólito Irigoyen, que frisa en los ochenta años, está en edad de hacer el balance de su vida y tratar de remediar todos los males que haya podido causar, no olvidando el famoso cuanto noble verso del Petrarca: *¡Un bell morire, tutta una vitta honora!*

El poeta Wordsworth, con la frente ya circundada de nieves y teniendo el corazón atenaceado por un pesar de familia, decíale a un amigo estas bellas palabras: "Fuese lo que fuese, aquello que el mundo pueda pensar de mí y de mi poesía, es ahora de poca importancia; pero hay algo que es un gran consuelo en mi avanzada edad: que ninguna de mis obras, escritas desde los primeros años de mi juventud, contiene una línea que yo quisiera borrar, porque haya adulado a las bajas pasiones de nuestra naturaleza".

¡Oh, Pericles, sí, que era *un Impar,* como diría el gran Lugones — lo que no quiere decir que él se jactara de ello, ni Atenas lo creyera Indiscutible; — que ha pasado a la historia como el divino arquetipo de los legisladores; en el último momento de su vida, mientras estaban todos en torno suyo elogiándole por cosas que él creía que otros pudieran haber hecho en igual forma, se volvió dulcemente para reprocharles que no tuvieran presente la parte más grande y santa de su carácter: "que por culpa suya nunca había habido un solo ateniense que hubiera tenido que llorar!".

¡Inspírese Irigoyen en la sublimidad de esos hombres extraordinarios! ¡Abandone, para siempre, la felonía, el odio, la traición y la mentira, que nada durable pueden edificar sobre la tierra! ¡Evite que la posteridad no tenga más que anatemas para su memoria! ¡No olvide que el mal y el bien se perpetúan sobre la tierra al través de los tiempos! Nuestros actos y pensamientos son sus semillas... El bien o el mal que realicemos, algún día, en alguna parte, darán frutos de oro o de mal-

dición. Nunca mueren ni el bien ni el mal, pues viven en perpetua resurrección, disputándose la victoria, en tremendo match, sobre el amplio *ring* que constituye el mundo. El mal y el bien que se ha hecho, hecho queda; mas algún día, como lo soñó solamente Zoroastro, la lucha entre ellos dejará de ser eterna; primero Ahrimán y sus genios serán vencidos por Ormuz y desterrados al Infierno; luego este infierno mismo, morada de la derrota y del odio, dejará de ser un límite puesto al imperio bienhechor de Ormuz, desapareciendo por fin en una reconciliación perfecta que devuelva el universo entero a la paz y a la felicidad.

Mientras esta maravilla no se realice allá, en el infinito de los tiempos, será siempre una verdad lo que dijo Tomás de Malmesbury: ''No hay acción alguna del hombre en esta vida que no sea el principio de una cadena tan larga de consecuencias, que ninguna providencia humana es suficientemente elevada para darnos una perspectiva de su fin''. Babbage, abundando en el mismo pensamiento, proclamaba: ''Todo átomo impregnado con el bien o el mal, retiene en el acto los movimientos que los filósofos y los sabios le han dado, mezclados y combinados, en mil diversos modos, con todo lo que es indigno y bajo. El aire mismo es una vasta biblioteca, en cuyas páginas está escrito *para siempre* todo aquello que el hombre dijera alguna vez, lo susurrara o lo hiciera''.

Bien podía, pues, el señor Irigoyen, pensando en todo ello, abominar de su pasado, renegar de su menguada divinidad y renunciar a sus locas pretensiones de

ocupar por segunda vez el sitial de Rivadavia, dejándole libre el paso a toda la inteligencia argentina, que parece que, impaciente, estuviera por reventar en auroras por todas partes.

Un odio insensato es el que aguijonea su pasión por la presidencia. A lo que aspira es, desde esa altura, a envilecer a toda la República, a echarla a rodar por el caos de la demagogia. ¡Qué diferencia entre él y el emperador Diocleciano! Instado éste por Maximiliano para que volviera a tomar las riendas del gobierno, sus labios pronunciaron estas memorables palabras: "Si os pudiera mostrar las coles que he plantado con mis propias manos en Salona, y los hermosos melones que he estado madurando, y los encantadores plantíos que he puesto en *mi villa*, ya no se me exigiría por más tiempo que abandonara la fruición de la felicidad por la prosecución del poder".

¡Vanidad de vanidades! ¿Qué inmensa locura es esa del señor Irigoyen, de aspirar otra vez a la presidencia, a esa cumbre donde él no supo poner ni quiso que se pusiera, ni un hito de bendición? ¿Acaso no ha llegado aún a saber, en sus ochenta años, cuán vanas y cuán efímeras son todas las cosas de la vida? *Habiendo leído cuanto el pensamiento humano ha producido*, ¿cómo es que ignora el amargo y trágico desdén que por las vanas ilusiones del mundo tuvieran Bossuet, Pascal, Chateaubriand y Massillon? ¿Ignora, por ventura, que todo en esta tierra termina en desolación, en muerte, en nada? Bien lo decía Savonarola: "Me preguntáis, en general, cuál será el final del conflicto. Yo contesto:

¡la victoria! Pero si me lo preguntáis en particular, os contestaré: ¡la muerte!".

Jerjes, el bárbaro rey de los persas, con quien lo he comparado a Irigoyen honrándolo, conoció esas inmensas tristezas, cuando en presencia del aluvión humano que mandaba, derramó abundantes lágrimas de compasión al pensar que de tantos millares y millares de hombres no quedaría uno al cabo de cien años...

No dejar ni un recuerdo de amargura, es lo que importa... Un hombre puede no haber nacido con el don divino de realizar la hermosura; pero debe esforzarse en sembrar de bienes las praderas de la vida. Dichoso aquel sobre cuya tumba pueda escribirse este epitafio: ¡Ninguna espina dejó clavada en el corazón de nadie!

Así lo pensaba también Kant, el único filósofo moderno, digno de otear en aquella cumbre de los iguales a que se refiriera Víctor Hugo, donde todos se miran con mirada horizontal... Así lo pensaba, sin duda alguna, aquel insigne varón cuando, ya frisando en los ochenta años y dialogando estoicamente sobre su próximo fin, decía: "No temo a la muerte, pues sé cómo morir. Os aseguro que si yo supiese que esta ha de ser mi última noche, levantaría mis manos y diría: ¡Alabado sea el Señor! El caso sería muy diferente, si alguna vez hubiera causado la desdicha de alguno de mis semejantes".

¡Por todos los dioses que constituían la gloria del Olimpo! ¡Ya, oh anciano vano y jactancioso, tendrás que reconocer, quiéraslo o no lo quieras, que sólo la

muerte es *Unica* e *Indiscutida*..., a menos que por fin, en un arranque sublime, se desencadene de la propia alma humana, el Prometeo que no acaba de desencadenarse, y, cual a una serpiente, la haga pedazos entre sus brazos, o, mejor aún, la extirpe de la tierra cual a la obscura noche el sol...

Mas, hasta que llegue esa, la hora más bendita, hunde Irigoyen tu frente en el polvo, y reconoce conmigo, triste, desconsoladamente, el plúmbeo epitafio universal con que, en forma de dogal, aprisiona nuestros corazones el destino en el instante mismo en que nacemos: *Hic jacet.* ¡¡Ha muerto!!

CUAL UNA AURORA EN MEDIO DE LA NOCHE...

Hondos y perniciosos son los males que han determinado la crisis que, como una montaña de plomo, gravita sobre la espalda del pueblo argentino...

---

(1) Este discurso fué un juvenil grito de redención... Tiene para mí el encanto singular de ser mi primer discurso político.

Lo pronuncié en Buenos Aires, en el salón Worwarts, nombre que no otra cosa que *adelante* significa en el idioma de la patria de Guillermo Tell.

En lo sucesivo ese ¡adelante! fué mi gran grito de combate.

Me complazco en recordar que mis juveniles entusiasmos fueron objeto de plácemes fervorosos por parte de los siguientes ciudadanos: Bernardo de Irigoyen, José Camilo Crotto, Vicente C. Gallo, Enrique de Madrid, Domingo F. Demaría, Gustavo Villamayor, Enrique Demaría, Justo González, Eduardo Lozano, comandante Bello, Federico Isla, Agustín Péndola (hijo), Damián Recalde, Pedro Diez Gómez, Isaac Arcondo, Enrique Alcántara, Máximo C. Rivas, Carlos P. Cabrera, Aquiles Levenme Rocca, Antonio Díaz, Camilo Canevary, Gregorio Almaestre y Emilio Solari.

Estampo el nombre de todos ellos aquí como un simple homenaje de gratitud al través del tiempo para aquellos que me echaran flores al dar yo el primer paso oratorio por la senda política, en la que después no encontraría más que espinas y guijarros.

Pronuncié después muchos discursos, principalmente en la época en que pertenecí al Comité de la Capital, antes de la revolución del 4 de Febrero de 1905. Hubo un mes en que creo he de haberle batido el record al mismo Demóstenes, por lo menos en el desgaste de saliva, pues pronuncié durante él 32 peroraciones, entre ellas algunas de *gran calibre.*

Acompañáronme en esa gran cruzada Vicente C. Gallo, José Camilo Crotto, Delfor del Valle, Arturo Goyeneche, Luis Cantilo,

Su alejamiento de los atrios, principalmente, y, como consecuencia lógica, forzosa, la nulidad de los hombres que nos gobiernan, nos ha creado una situación desastrosa.

El comercio y la industria, que comprenden los más graves y fundamentales problemas económicos, no logran conmover la criminal incuria de nuestros mandatarios; la inmigración, esa poderosa fuente del progreso de las naciones americanas, no les merece atención; la instrucción secundaria está supeditada a las antojadizas

---

Pradere, Spangember, Fernando Saguier, Mariano Calvento y alguno que otro ciudadano más.

Alguna de esas peroraciones fué el producto de largas y hondas meditaciones. Podía, pues, haber escogido alguna de ellas para incorporarlas a este libro; pero me ha parecido que ninguna refleja tanto como este primer discursillo el candor y el entusiasmo mío, así como el amor a los principios, a los ideales, que después constituirían la médula, la esencia de todos mis afanes políticos.

Lamento no poder publicar mi primer conferencia, plena de amor a la ciencia, a la estética, a la justicia, al bienestar, a la felicidad de los hombres y los pueblos.

Esa conferencia fué publicada en una especie de revista-folleto, conteniendo el retrato del señor Hipólito Irigoyen y el mío.

Tal publicación, obra fué, sin duda, del radicalismo; más yo nunca pude saber quién dió las órdenes pertinentes, ni quién corrió con los gastos.

Siendo el señor Irigoyen presidente de la Nación, creyendo que había llegado la hora de que él y yo realizáramos muy grandes cosas, puse en sus manos, por intermedio del señor José Camilo Crotto — senador a la sazón, — el único ejemplar que conservaba. Y allí lo tendrá el señor Irigoyen *arrumbado* en algún baúl repleto de papeles muertos, haciéndole compañía a un trabajo filosófico que un día, en 1912, puse en su poco leales manos, en razón de que se me había ocurrido soñar que íbamos a realizar los dos — yo y él, — por el interior de la República, no sé qué mundo de maravillas para abrirle a nuestra tierra una era nueva, digna de los aplausos de Rivadavia y de Pericles.

veleidades de ministros sin preparación y, lo que es más grave aún, el hambre levanta su faz angustiada... ¡en el país de la carne y del trigo! ¡aquí, donde la tierra nos ahoga y el desierto nos sofoca!

No quiero detenerme en bosquejaros tan terrible cuadro, no sólo porque tendría que embarcarme en largas disgresiones impropias del momento, sino también porque todo el mundo lo conoce y, además, sabe que la nave del Estado, sin norte, sin hélice, sin timón, ni velas, flota en el turbulento mar de la situación actual, a merced de las olas y los vientos, próxima a encallar en la arena de las dificultades, a hacerse pedazos en cualquier escollo, si el pueblo todo de la República no se yergue prepotente y, con la frente cargada de sublimes ideales, no se dispone, con fe patricia y alientos de gigante, a evitar el tremendo cataclismo.

El oficialismo imperante, infatuado por sus fáciles triunfos, había creído que sobre la frente del pueblo podía gravar el epitafio de las lápidas mortuorias, porque enervado éste por el desencanto que producen las desilusiones, había, con la resignación del mahometano que no quiere luchar contra su suerte, visto cavar su propia tumba, dispuesto a dejarse enterrar en vida, en la plenitud de sus fuerzas, por no desentumecer sus miembros y, poniéndose de pie con arrogancia, demostrarle al sepulturero que alienta todavía, pues que arde en su corazón un sentimiento, el de la patria, y vibra en su cerebro una idea, la de la sacrosanta libertad.

Hoy, por suerte, vemos con profundo regocijo, que el primer toque de llamada dado por el clarín guerrero

del Parque, ha tenido el privilegio de sacudir el marasmo de ese pueblo soberano que había abandonado sus derechos y perdido la virtud del sufragio, y que había venido a ser la repetición histórica de otro soberano, el emperador Valeriano que, habiendo caído prisionero de Sapor, rey de Persia, se vió reducido en su cautiverio — ¡oh desgracia, él, el general de las legiones de Roma, él, el César! — a prosternarse con su corona de oro delante del caballo del vencedor, para que su cuello le sirviera a aquel bárbaro de miserable estribo.

El pueblo argentino estaba casi aclimatado a esta atmósfera de corrupción política, y, al valiente entusiasmo de nuestros antepasados, había sucedido la apatía de los pueblos débiles, la indiferencia glacial en presencia de los más escandalosos fraudes electorales que se hayan visto y de las demás desgracias de la patria.

¿Y cómo iba a protestar si le faltaba sus grandes voces, los tribunos de elocuencia brillante y acerada; si le faltaba, en una palabra, esos inspirados tribunos, en los cuales hubiera hablado el alma ardiente y caballeresca del gran pueblo argentino? Por otra parte, ¿para qué iba a protestar, si de todas maneras, los raciocinios mejores y las frases más elocuentes se hubieran estrellado contra el soberano desprecio de nuestros gobernantes como las olas del Atlante contra el rudo Patagón; si pretender convencer con el mero arte dialéctico a nuestros gobiernos hubiera sido lo mismo que querer, con pedregullo arrojado con la mano, derribar una artillada fortaleza de granito?

Un sabio ministro francés, el gran Guizot, ha dicho:

"Cuando las generaciones que poseen por un momento la patria, tienen la absurda arrogancia de creer que les pertenece a ellas solas, y que el pasado, en presencia del presente, es la muerte en presencia de la vida; cuando rechazan de este modo el imperio de las tradiciones y de los vínculos que unen entre sí a las generaciones sucesivas, reniegan entonces del carácter distintivo y eminente del género humano, de su mismo honor y de su gran destino; y los pueblos que caen en este error grosero, caen también en la anarquía y en el envilecimiento, pues Dios no tolera que la naturaleza y las leyes se vean a tal punto impunemente desconocidas y ultrajadas".

Esta verdad axiomática, señores, ha sido comprendida por el partido radical... El se ha dado cuenta del derrumbe político y, presentándose al combate con la vista fija en la bandera de la patria y el alma llena de sublimes ideales, tocando llamada, envía los sones de su clarín guerrero a todos los ámbitos de la República.

Es que en él despierta el alma de los hombres de Mayo, dentro de cuyos pechos varoniles — fuertes como la roca para todo lo que no era noble, — en sus ardientes corazones labró su nido el altruísmo, así como el águila cuelga el nido de sus amores en algún peñasco de la cumbre de los Andes, allá, donde no llega ni el más leve rumor de las miserias humanas.

El entusiasmo que anima al partido radical y satura el ambiente de este recinto, hace soñar con días de luz y calor y, el corazón repleto de esperanzas, cual en otrora un sabio y esclarecido patriota argentino, no puedo menos que repetir, refiriéndose a nuestro parti-

do, la célebre exclamación que brotó de los labios de Franklin al tiempo de firmar la constitución norteamericana: "¡Gracias a Dios! Ese sol que aparece en el horizonte, es el sol que nace para el largo día y no el sol que se pone para la noche de la República".

Nuestro partido, señores, levanta una bandera muy amplia... Bajo sus anchos pliegues pueden cobijarse todos los hombres de buena voluntad. Un anciano venerable, aunque harto débil, que preside los destinos de un partido que hoy se llama Republicano, ha guiado la marcha de varias generaciones hasta el presente, las ha ilustrado con su talento y en cien lides parlamentarias ha probado la pureza de su alma; pero... hoy es un astro que después de haber descripto una órbita inmensa en el cielo de la patria, ha perdido la plenitud de su brillo; llegó a la cumbre de la gloria, pero hoy carece de bríos para escalar la montaña abrupta, llena de espinas, escasa de flores, en cuya cima luce augusta y majestuosa, cual un sol de redención, la antorcha de la libertad, el divino faro de todos los progresos!

A vosotros todos, que venís ostentando el lábaro sagrado de vuestros santos principios, os digo fervorosamente: ¡peñas arriba, la mirada serena, el pecho abierto, con la confianza de nuestra fuerza y la seguridad de la victoria; peñas arriba, para apoderarnos de esa antorcha nuestra, de ese faro, y, triunfantes, pasearlo luego, en todas direcciones, de uno a otro ámbito de la República!

Mas, un momento, señores... Declaremos ante todo que nuestra finalidad no es escalar el poder para usu-

fructuarlo torpe y banalmente... ¡Baldón eterno para los partidos que no tengan por finalidad implantar sobre la tierra el reino de la verdad, la hermosura, la justicia y el bienestar! ¡Y bendito sea el radicalismo si algún día, desde la cima, dejando un tanto de lado el *gobernar es poblar* de Juan Bautista Alberdi, se decide a cumplir el deber primordial de estos tiempos: el de poner en movimiento las riquezas inconmensurables de nuestra tierra, no sólo en agricultura y ganadería, sino en toda clase de industrias, en minas y hasta en aguas y en vientos! ¡Oh, si ese bien augusto realizara, todos los demás bienes le serán dados *por añadidura,* como se dice en el Sermón de la Montaña!

Señores: de pie para saludar al partido radical, que en medio de tanto desquicio y obscuridad tanta, avasallador como un torrente, recogiendo la herencia del noble mártir, surge a la vida y toma su puesto de combate, presentándosenos cual si estupenda y sublime reventara, con la luz de cien volcanes, una aurora en medio de la noche...! (1).

He dicho.

---

(1) No hay que decir, ¡oh contraste singular!, que, después de este discurso, en las primeras elecciones a que concurrimos, fuimos desalojados de los atrios por vigilantes y bomberos armados a remington... ¡Ese era uno de los frutos de la política roquista!

"¡MIENTRAS EXISTA UNA MUJER HERMOSA...!"

Los ensueños colosales de mi mente, relativos a democracia, cultura, progreso de mi patria, iban, en aquel día venturoso, a tener por fin un principio de realización...

El destino había encontrado un pretexto en la actitud asumida noblemente por el Ministro de Gobierno de la Provincia de Santa Fe Don Estanislao López, miembro conspicuo del Partido Constitucional.

El Presidente de la Nación Don Roque Sáenz Peña, *agente del bien* designado por la *ley de causalidad* que rige, desde el átomo a la estrella, cuanto existe en el universo, había enviado, sin percatarse de la magna trascendencia que el acto tendría para el futuro, una Intervención amplia a la dicha provincia, a los efectos de sanear aquel ambiente para que la vida democrática pudiera dar sus frutos anhelados en comicios libres...

El Teatro Municipal de Santa Fe, en la noche aquella, vestía de gala... En honor del Interventor y sus ministros estrenábase la comedia intitulada: "¡Mientras haya una mujer hermosa...!", de los hermanos Quintero, escrita, especialmente, para honrar la memoria del poeta Gustavo A. Bécquer, desventurado cuanto exquisito autor de aquellas popularísimas cuanto melancólicas endechas que empiezan así:

"Volverán las obscuras golondrinas
En tu balcón sus nidos a colgar,
Y, otra vez, con el ala a sus cristales
Jugando llamarán;
Pero aquellas que el vuelo refrenaban
Tu hermosura y mi dicha a contemplar,
Aquellas que aprendieron nuestros nombres...
Esas... ¡no volverán!"

Los hermanos Quintero, exquisitos poetas también, habían, con su acostumbrado donaire, bordado una afiligranada comedia en torno de aquella otra becqueriana estrofa inmortal, amada intensamente por todos los sabios y por todos los artistas, que irradia tanta luz como un astro, constituyendo, al par, ella sola, toda la gloria del poeta:

"Mientras haya unos ojos que reflejen
Los ojos que los miran;
Mientras responda el labio suspirando
Al labio que suspira;
Mientras sentir se puedan en un beso
Dos almas confundidas;
Mientras exista una mujer hermosa,
Habrá poesía!"

Desde mi asiento en la platea, muy próximo al palco del Interventor y sus ministros, podía percibir hasta los parpadeos de los ojos de todos ellos. Los míos acribillaban sus rostros como en continua proyección de dardos...

El tema era encantador... Un hidalgo había visto pasar, al través de un bosque, en una berlina, rauda, fu-

gazmente, a una mujer que su corazón vió divina, que apenas lo había mirado a él, que se había desvanecido como una sombra entre los árboles, pero que había pasado por el cielo de su alma como una estrella errante, dejándoselo iluminado de amor y poesía...

¡Oh, dolor! El hidalgo, ardiente, fervoroso, la soñaba a todas horas, la buscaba por todas partes con loco frenesí, la percibía en el misterioso y blando rumor de las auras suspirando entre las frondas, en la gota de rocío, en la flor, en el rayo de luz... ¡Todo en vano! ¡Nunca le fué dado al infeliz el placer divino de volverla a ver...!

Mientras las aladas frases de los Quintero revoloteaban en el escenario como alegres y bulliciosos pajarillos de mil colores, mi fantasía, dispuesta siempre a reverenciar férvidamente la "gloria de la belleza, que se eleva por encima de todo" al decir de Goethe, recordaba el sublime pensamiento que éste pone en los labios del Doctor Fausto, cuando la mujer amada, le interroga, angustiada, si cree en Dios... "¿Quién se atreverá a nombrarlo — excxlama él en lenguaje de sabio, divinizando al amor — y a hacer acto de fe: Creo en él? ¿Quién se atrevería a sentir y a decir?: *No creo en él? Lo* que lo contiene todo (1), que todo lo sostiene, ¿no te sostiene a ti, y a mí, y a él mismo? ¿No se sustenta el cielo allá arriba? ¿No se extiende la tierra por aquí abajo, y no se elevan los eternos astros mirándonos amigablemente? ¿Mis ojos

(1) Las versiones castellanas dicen: él que lo contiene todo; yo, sin embargo, pongo: lo que lo contiene todo; porque ese *lo* es el amor, el eterno constructor de Empédocles.

no ven los tuyos? ¿No arrastra hacia ti mi cabeza, y mi corazón, y todo cuanto existe? ¿Y lo que hacia ti me impele, no es un misterio eterno, visible o invisible? Por profundo que sea, llena tu alma de él, y si con ese sentimiento eres dichosa, dale el nombre que quieras: ¡felicidad! ¡corazón! ¡amor! ¡Dios!''

En la noche aquella, pleno de ternura estaba mi corazón... ¡El eterno ensueño del hidalgo se había hecho también ensueño mío! Y el Interventor y sus ministros, en cambio, bostezaban... Parecían enfermos de aburrimiento y de fastidio... Estaban como ahítos de cosas bellas. La poesía, sin duda, no tenía para ellos aromas embriagadores, ni constituía la ambrosía de los dioses, el deleite supremo de la vida. ¡El caso no es de extrañar, sin embargo! En nuestra época es harto frecuente ver que todos los encantos de la vida encuéntrenlo nuestras eminencias políticas sentándose en torno de una mesa de pocker. ¡Oh, recordaré siempre con espanto que un senador nacional tuvo el coraje de abandonarme un día en el Colón de Buenos Aires, para ir a las jugadas del Jockey Club, a causa de que la ópera *Las Walquirias,* del inconmensurable Wagner, que esa noche se interpretaba con arte singular, parecíale una obra insípida, un torturante engranaje de ruídos sin encanto alguno...!

De improviso, Sus Excelencias, a mitad de la función, abandonaron furtivamente el teatro. Mi decepción, entonces, fué completa. Cólera y tristeza, a un tiempo mismo, inundáronme el alma. Si sus Excelencias carecían de papilas para gustar de esas exquisiteces, ¿cómo iban a paladear aquellas otras, también divinas, que cons-

tituyen la esencia de los grandes ensueños de patria, república y progreso?

Una intuición asaltóme en el acto... El gran pleito santafecino — pensé — no va a resultar más que un mísero pleito, cual lo son, sin duda alguna, cuantos en los estrados de la justicia ventilan los curiales. El radicalismo va a triunfar, porque *así está escrito.* Eso comportará un fallo, como todos los del destino, inapelable. Mas ello no será la obra del Interventor, sino la del tiempo. Ellos nunca comprenderán los mundos de luz que implican esas tres palabras mágicas: patria, república y progreso. Mas la obra ensoñada por Alem, será consumada, quiérase que no se quiera, por encima de la Intervención, por encima de la Presidencia de la Nación misma, por encima de todos los partidos, por encima de todos los obstáculos. Más tarde o más temprano, por obra del radicalismo triunfador, surgirá de las fatídicas sombras que la envuelven, fulgente como un sol, una República Argentina nueva, poderosa, titánica, capaz de transportar el mismo cielo a sus llanuras y montañas...

Ya en camino del Hotel Italiano, confortado con los alientos gigantescos de mi fe divina en los estupendos destinos de mi patria, cruzó por mi alma, misericordiosa, consoladoramente, el recuerdo de aquel Zola herácleo, libertador de hombres y de pueblos con la recia clava de la verdad, que, en la primera alborada de mi juventud, había nutrido mi pensamiento con las mieles de su saber profundo...

"¡Si es que no aman!" — exclama en su gran obra *El trabajo,* el protagonista, el apóstol de la falansteriana

sociedad futura con que soñaba el soberbio autor del *¡J'acusse!* Todo — pensaba el apóstol — podía perdonárseles, ¡hasta el crimen!, a los míseros que habían nacido sin el divino don de amar... ¡Oh, no amar es no poder comprender ninguna de las cosas prometeicas que dignifican la vida y la enaltecen!

Miré, entonces, hacia lo alto, cual siempre mira el hombre cuando tiene angustiado el corazón... Terso y limpio estaba el cielo como la frente de un dios. Venus, en audaz competencia con el astro de nácar y ópalo, tenía esa noche no sé qué fulgores misteriosos... Al posar, deslumbrado, la vista en él, mi pensamiento horadó los cielos y llegó hasta el empíreo mismo de los grandes, insuperados e inmortales ensueños eleusinos... Entonces, mecido el corazón en el oleaje de un mar infinito de piedad, exclamé:

¡Oh, consoladora Palas Atenea y Afrodita Anadiomena! ¡Benditos sean los que os aman! ¡Sean perdonados, en vuestro nombre, todos los desventurados del mundo que hayan nacido incapaces, impotentes para amar vuestra estupenda y sacrosanta hermosura!

LA PARABOLA DE JUAN EL BUENO Y PEDRO EL MALO (1)

Y dijo Dios:

Hubo una vez, en cierto país, dos hombres que se llamaban Juan el Bueno y Pedro el Malo.

Pedro, todo soberbia, fué engendrado por el espíritu del mal... Apoderóse del gobierno con mañas de raposa. Fué un tirano. Tenía el corazón seco como la paja de los esteros. En él labró su nido el egoísmo, como un buitre ruín y hambriento. Las arcas públicas pronto se quedaron sin moneda. Los bolsillos de Pedro, en cambio, semejaron árganas cargadas de oro. El pueblo fué en sus manos la fiera indómita y salvaje con que divertían sus ocios los satánicos emperadores de la Roma antigua.

A Juan, en cambio, lo engendró el espíritu del bien... Pudiera haber adoptado como divisa la célebre leyenda grabada en Francia sobre el frontispicio de la abadía de

---

(1) Bien sabido es que recorrí los pueblos del Norte de la Provincia de Santa Fe, esparciendo a todos los vientos manifiestos y carteles... Sólo quiero que se conozca éste, porque fué a éste a quien le correspondió el alto honor de ser el primer manifiesto radical que se publicara en dicha provincia...

Sencillo e ingenuo como es, yo lo tengo grabado con letras de oro en el templo de mis recuerdos...

Telemo: "¡Haz lo que quieras!", porque no hubiera podido querer más que lo bueno. Su corazón fué el carcaj de todos los ideales; el águila, amiga fervorosa de las cumbres, encontró en él su mejor nido. No hubo mal que no hiciera vibrar en sus labios la protesta heroica. Fué como la simbólica arpa eólica que, colgada de un árbol en la vieja Palestina, vibraba tanto al impulso de los vientos fuertes como al de las brisas ledas. Blanca y pura como una hostia fué su alma. Parecióse al armiño que según una fábula hidalga de un bardo ibérico, rinde su vida al borde mismo del lodazal antes que manchar su piel de felpa blanca. Por la ancha senda, florida y grandiosa del progreso, hubiera querido conducirlo al pueblo hasta el pináculo mismo de la gloria. Cuando no pudo hacer otra cosa, le dió lo que tenía: su sangre.

Y agregó Dios:

Dos partidos se disputarán el triunfo en los próximos comicios: la coalición y el radicalismo. Forman el primero los hombres funestos que gobernaron la provincia con ansias vampirescas. El segundo está compuesto de hombres heroicos, que ya va para veintidós años que bregan por el bien de la patria, que es el bien de todos. La coalición es Pedro el Malo; el radicalismo es Juan el Bueno.

Y terminó Dios con voz tonante:

¡Pueblo soberano! La coalición os llevará al abismo. El radicalismo os conducirá a la cumbre. ¡Elegid! Si votais por la coalición quedará evidenciado que no mere-

céis los bienes excelsos que os promete el radicalismo. Si votais por el radicalismo, demostraréis que sois un pueblo consciente, digno de alabanzas y capaz de cumplir los destinos colosales que te predijeron aquellos de tus poetas que, rasgando las sombras del futuro, te vieron sobre la cumbre de la gloria irradiando luz por todo el orbe (1).

Eduardo Isla.
(Presidente).

---

(1) Este fué, como ya he dicho, el primer manifiesto, de origen radical, que fuera fijado en las paredes de la Provincia de Santa Fe, durante la Intervención del Dr. Gil y siendo presidente de la Nación el Dr. Sáenz Peña.

¡Cuánta inocencia y candor campean en él! Creo, sinceramente, que en mi patria nunca se escribió otro semejante.

¡Ay de mí! Lo grave fué que Juan el Bueno, por obra de Don Hipólito Irigoyen, resultó cien veces peor que Pedro el Malo...!

¡ARRIBA, CORAZONES! (1)

Señores:

Al izar por vez primera en esta provincia la bandera inmaculada del Parque, séame permitido invocar, para que presida los destinos de la actual contienda cívica, los manes de dos patricios venerandos: el de Aristóbulo del Valle, el de la verba afluente, dulce cual la miel del monte Himeto y deslumbradora como el relámpago que en lo alto fulgura iluminando tierra y cielo; y el de Alem, el de la palabra ardiente y alma ciclópea, cuya luenga barba, blanca cual la hostia, parecía, en las horas de bonanza, símbolo de pureza inmaculada, y en los comicios y en los combates, semejaba el penacho blanco de un guerrero.

Ya otra vez ondea al viento nuestra enseña... Bajo

---

(1) A este discurso correspóndele el honor de haber sido el primer discurso radical que se pronunciara en el norte de la provincia de Santa Fe, y, tal vez, el primero de la provincia entera...

Correspóndele el honor de haber sido el segundo, al que, en el mismo acto, pronunciara don Enrique B. Mosca, que entonces se iniciaba en el radicalismo, fué después gobernador de dicha provincia e interventor nacional de la de Mendoza.

Fué pronunciado en Ceres, pueblo que colinda con Selva, la Alpina y otros lugares de la provincia de Santiago del Estero, cubiertos de bosques.

su amplio paño pueden todos confortar sus corazones. Ha sonado ya la hora de la redención de esta provincia. Preciso es que en ella *consumamos la obra* que nos encomendara en su testamento el apóstol de la luenga barba blanca.

El partido radical, cada vez más poderoso, bajará otra vez a la palestra y probará al país entero que, no obstante defecciones censurables, se asemeja a aquellos ríos que se pierden momentáneamente a nuestra vista para reaparecer más allá, pujantes y soberbios, con el torrente de sus aguas más límpidas aún porque han dejado sus impurezas entre las piedras del camino...

Fuéronle a nuestro país propicios los dioses inmortales... A raudales volcaron en su suelo riquezas y bellezas. Nuestra tierra es una ubre gigantesca capaz de nutrir a la Europa entera... En el norte quema el sol, en el sur las nieves queman, sus montes llegan al cielo, sus ríos parecen mares, su llanura nunca acaba. Todo es grande en ella... El Aconcagua y el Tupungato sólo tienen un rival en todo el orbe: el Kaurisankar.

Grande como sus montes ha de ser el porvenir de la raza latina en América. Sin duda no son pequeños nuestros progresos, alcanzados en una centuria de vida independiente; pero son nada o poca cosa si se les compara con los que hubiéramos podido alcanzar si nuestra democracia se hubiera desenvuelto en un ambiente de paz y libertad, triunfando en los comicios la voluntad popular, cual suele ocurrir en la gran nación del Norte, para timbre de honor de la raza anglosajona y menoscabo de la nuestra.

Cuentan que en la Grecia antigua un barco armado en guerra fué detenido de improviso en alta mar, cual si un monstruo gigantesco, desde bajo de las aguas, lo hubiera sujetado con tentáculos de hierro, a semejanza de aquel Milón famoso que tomando de los cuernos a los toros enfurecidos los paraba en mitad de su carrera. La batalla se perdió... Se atribuyó el desastre a la intervención de los dioses inmortales. Hoy se sabe que todo fué la obra de un pequeño e insignificante animalito acuático: la rémora que, circundando al barco en legiones infinitas, lo estrechó como entre muros de piedra, impidiéndole avanzar en su camino.

Cosa semejante, señores, ocurre con la barca de nuestro Estado... Debió marchar a velas desplegadas por la ruta del progreso; pero una rémora fatal se le cruzó al paso. La rémora — ¿habrá que decirlo? — fué, en materia política, la ambición inmoderada de los más, la abstención musulmana de los otros, la torpe venalidad de muchos y la clásica incuria de la mayoría de nuestros gobernantes, los cuales fueron *procurator in rem suam* y arrojaron los dineros del pueblo a la marchanta. Por eso, más de una vez, la barca del Estado, sin timón y sin expertos, se vió expuesta a encallar entre las rocas. ¿Era, acaso, tu destino, ¡oh patria!, diría Aristóbulo del Valle, perecer, como la Niobe del poeta, bajo el peso de tu propia e inmensa fecundidad?

Siempre fué en nuestra patria, señores, una palabra hueca la libertad, semejante a esas nueces cuya carne el tiempo y el sol resecan. Pero he aquí que un presidente de la noble estirpe de los Wáshington y los

Lincoln, resuelve, con formidable entereza, desviar el cauce de la historia para que por fin resplandezca la suspirada y ansiada libertad, y cumpla nuestra tierra sus colosales destinos, como Andrade los soñara cuando alzándose como antiguo profeta de Hebraín nos dijo en versos de oro y piedra:

"Un pueblo va adelante en el tumulto
De la cruzada audaz; un pueblo grande
A quien dió Dios la Pampa por alfombra
Y por dosel el Ande.
.. ..
Es mi patria, ¡mi patria!, yo la veo
A vanguardia de un mundo redimido,
De un mundo por tres siglos amarrado,
Que cual bajel, en mar desconocido,
Rompiendo las cadenas del pasado,
Se lanza con audacia,
Cargado de celestes esperanzas
Al puerto de la santa democracia".

Para que llegue un día en que el pueblo, más feliz que el Prometeo de la leyenda griega que Esquilo cantara en divinas trovas inmortales, pueda robar el fuego sagrado a los mismos númenes olímpicos, es necesario que reine la libertad, lo mismo que el cóndor requiere aire bajo las alas para mantenerse en el espacio y ascender hasta la cumbre misma de los Andes.

No todos pueden comprender la libertad, porque hay algunos hombres que nunca la sintieron aletear dentro del alma. No pasará así con vosotros, los que habitáis las selvas mostrándoos enamorados fervorosos de

la tierra, cual aquellos sacerdotes de los antiguos cultos que asistían de rodillas al orto del sol; pues en vuestra vida un tanto nómade, que no conoce reatos ni cortapisas, os sentís soberanos y dueños de vosotros mismos, llevando a la boca, a manos llenas, la *mishuga* melosa, los rosados *kiskaloros* y las guindillas de los mistoles, en pobres ranchitos de paja y barro, donde sollozan las guitarras y entonan endechas arrobadoras las calandrias; o cuando a la sombra de quebrachos y algarrobos, mientras humea el cabrito rezumando aceite, paseais la vista dominadora por el azul vigoroso de los cielos y por el verde-esmeralda de la llanura inmensa y prolífica donde, de trecho en trecho, se ostenta, para romper la monotonía de este acorde magnífico, la belleza árabe de las palmeras hieráticas y litúrgicas, implorantes como sacerdotes en oración, abriendo desmayadamente las hojas en un gesto de dolor inconsolable; o cuando, tiesos y elásticos a un tiempo mismo, retrepados sobre fletes soberanos enjaezados con lindas prendas, vais de noche a otros pobres ranchitos de paja y barro, buscando nido de amores, escuchando con embeleso el chis-chis agorero de las lechuzas lo mismo que si fuera un canto gozoso de esperanza, perdida la vista en el azul insondable de los cielos bañados en la serenidad lívida de la luz astral, mientras los perros, siguiendo huella cien veces recorrida, marchan delante del pingo a la carrera, buscando entre los pastizales rastros de perdices y de liebres...

La libertad, señores, es cual un árbol colosal, cuyas raíces absorbieran el sustento de la tierra, pero cuya

copa se columpiara majestuosamente en la misma región etérea de los cielos. Busquemos, señores, su sombra augusta y protectora, convencidos de que sacudiendo su tronco con mano firme y ánimo sereno, de su copa se desprenderá abundante lluvia de oro, cual caen las guindillas de los mistoles, que las mujeres juntan con la escoba y levantan con las palas.

Señores:

Invocando otra vez los manes de Alem y de del Valle, declaro abierto el acto, no sin antes recordaros el aforismo que la sabia experiencia de la Suiza ha estampado en sus monedas de oro: "La unión hace la fuerza". Pensad, también, que si vosotros, aisladamente considerados, no podríais *consumar la obra* a que se refiriera en hora solemne el apóstol de la luenga barba blanca, unidos a los demás comités de la República, con el calor inagotable de nuestros sacrosantos ideales daremos riego prolífico a la democracia, cual acontece en los paisajes de complicada red de arroyuelos, en que el agua, semejante a un dios helénico, bordea los verdes bancales, distribuyendo en ellos, con su frescura murmurante, el regocijo de la vida...

He dicho.

EN FRANCA REBELION CONTRA UN MANDATO DE DON HIPOLITO IRIGOYEN

Expresión de agravios contra la Intervención de la provincia de Santa Fe

¡Adelante los que quedan!

San Cristóbal, septiembre 13 de 1911.

Al Presidente de la Junta de Gobierno del Partido Radical de la Provincia de Santa Fe.

Pídesenos por telegrama que, en el término perentorio de algunas pocas horas, informemos sobre los procederes de todos los funcionarios del Departamento de San Cristóbal, y a esta Junta, que solicitada por las mil y una incidencias de la actual contienda cívica, reconoce no tener tiempo suficiente para ello, se le ocurre formularse esta pregunta: ¿El presidente de la Nación podrá, al través de sendos memoriales, penetrar en la tupida maraña de los mil y un detalles de la política

coalicionista que hacen en su inmensa mayoría los funcionarios de la provincia? (1).

No sólo la tarea a nosotros encomendada, resultaría ardua y penosa porque nos veríamos obligados a darle al memorial las proporciones de un libro, sino que nos parece un tanto innocuo, pues se requeriría concretar car-

---

(1) Así entendía la política don Hipólito Irigoyen... Los santafecinos, que habían renunciado a toda voz y a todo voto, no hicieron más que inclinarse ante el amo. El procedimiento no encuadraba, sin embargo, con mi manera de apreciar los acontecimientos.

No quise comprometer a nadie, ni aún a mis secretarios. Por ello fué que redacté la nota y la firmé yo solo. Como temiera que don Ignacio Iturraspe no le diera la importancia que para mí tenía, le remití una copia de ella a don José Camilo Crotto, presidente del Comité Nacional, rogándole que la pusiera en las propias manos del presidente Sáenz Peña.

El señor Crotto la recibió con sumo agrado, la hizo publicar en el diario ''La Argentina'' y él mismo se la entregó a Sáenz Peña.

Todo esto, bien insignificante en sí mismo, no valdría la pena de ser citado, si no fuera porque produjo consecuencias extraordinariamente favorables para el radicalismo.

Parece ser que el señor Sáenz Peña, según después lo supe, le encantó la altura con que me expresaba y la lealtad de que hacía gala, al censurarle su actitud en Roma y, al mismo tiempo, batir palmas en su loor. ¡Todo ello prueba hasta la evidencia que era un gran ciudadano!

Más tarde dióme las más innegables pruebas de consideración, y debido a ello convertíme en el factor más eficiente del triunfo del radicalismo. En lo sucesivo, el presidente Sáenz Peña que, según díceres populares de la época, hacía *todo lo que le indicaba* don Hipólito Irigoyen, enaltecióme honrando siempre mi manera de pensar en los casos en que estuve en abierta pugna con el criterio irigoyenista.

Ya se verá más adelante que el triunfo del radicalismo en Santa Fe fué una obra mía, exclusivamente mía, y no del señor Irigoyen, quien se limitó a actuar como una fuerza negativa, derrotista, revolucionaria, antipatriótica...

gos soberanos e incontestables, siendo que esos funcionarios van, con habilidades de baqueano, tapando prolijamente los rastros de sus pisadas con una pericia adquirida en largos años de aprendizaje a la sombra de un oficialismo que ha sido maestro consumado de mañas y artimañas.

Todos ellos, según hemos podido palparlo en cien diversos casos, hacen esfuerzos poderosos para mantenerse, en apariencia, en una situación equidistante de los partidos en lucha, con un arte que envidiaran los famosos equilibristas que atravesaron la catarata del Niágara sobre un cable tirado de banda a banda, si las muecas y contorsiones grotescas que se ven obligados a hacer, no pusiera en evidencia su juego simulatorio ante el ojo experto del psicólogo que adivina el pensamiento en el vuelo fugitivo de una mirada y ve a la misma alma reflejada en una frente, de un modo mucho más claro que en las supuestas fotografías espíritas que hoy pregonan otros embaucadores de nuevo cuño.

A través de tantos y tantos pequeños engranajes de hierro como tiene la complicada máquina intervencionista, no es fácil constatar el número de resortes flojos y gastados que dejan pasar la acción coalicionista, como no lo es en presencia de un pozo que se desagota misteriosamente por sí solo, encontrar, en las sólidas paredes de portland, el punto por donde se filtra el agua y se difunde en la tierra.

No obstante, algo intangible e impalpable queda siempre en la atmósfera que indica la acción continua,

callada y misteriosa de esta máquina, de la misma manera que el hombre, en estado de hiperestesia, devorado en su lecho por la vigilia, columbra, oye, percibe, en el silencio pavoroso de la noche, el paso tardo y blando del enemigo que va en su busca.

En las selvas hay una sierpe traidora que, con maña diabólica, protegida por su color grisáceo turbio-obscuro, se desliza y se escurre entre los pastos y las ramas, pero no sin que delate su presencia el continuo tintineo de su cola que los corceles perciben a la distancia, por lo que piafan, bufan y se espeluznan señalando a los jinetes el peligro.

El clarín del Parque, viejo y polvoriento, tocó a generala como en sus buenos tiempos... A su mágico conjuro llenóse de radicales la provincia, cual si el alma misma del viejo Alem, errante y vagabunda, anduviera infundiendo alientos de civismo en los poblados y en el desierto, de casa en casa y de rancho en rancho. Hecho tan insólito, que ni siquiera fué sospechado por nuestro adversario, ha dado lugar a que muchos echen mano a todos los recursos trapisondistas con verdadera pericia de veteranos avezados al manejo de todas las armas innobles.

Por otra parte, sería desconocer en absoluto la naturaleza humana suponer que con un simple decreto de neutralidad, cual con un divino *fiat lux,* se podría modificar instantáneamente la idiosincracia de unos hombres que no conocieron otra ley de la vida que el egoísmo...

Lógico y humano es suponer que, previendo la ca-

tástrofe final, juntamente con la pérdida del pan de cada día, se agarren del pasado con dientes y uñas, cual se adhieren los pulpos a las rocas con todos sus tentáculos para no ser arrastrados por las olas mar afuera...

Nosotros pensamos que si el Presidente de la Nación pudo, desde la cumbre del poder, empeñar su palabra de estadista y caballero en el sentido de que removería a los funcionarios hasta por simples sospechas, el partido radical, desde la cumbre de la honestidad política, bien puede decirle al doctor Sáenz Peña: ¡Ha llegado la hora de que cumpláis vuestra promesa! ¡Os doy mi palabra de honor de que la Intervención ha olvidado sus deberes! ¡No me exijáis la prueba! ¡Contentaos con mi palabra como yo me contenté con la vuestra! ¡Creo que la una valdrá tanto como la otra! (1).

¡En estas alturas, señor presidente de la Junta de Gobierno, no cabe otro lenguaje...!

Esta es la opinión de esta otra Junta de Gobierno de ese partido radical, noble y generoso cual ninguno, a cuyos hombres les parece poco imitar a la Francia de los grandes ideales, porque sueñan con sobrepujarla en muchos codos, aun cuando el titán que surgió al mundo en Besazón, el más amado de las musas de todos los titanes de la lírica, se hundiera en las sombras de la noche eterna sin haber columbrado otra tierra prometida más hermosa que la Francia que entreviera en sus ensueños de oro.

---

(1) El presidente Sáenz Peña, en un célebre manifiesto al pueblo argentino, le había prometido, solemnemente, comicios libres.

Esta es también la opinión sincera e insospechable, serena y reposada de un hombre que no teme decir la verdad y que, si ayer no más, cuando ocurrió la exaltación al poder del doctor Sáenz Peña, tuvo horas de profunda amargura porque su actitud en Roma no había revestido la alta dignidad que exige el pensamiento moderno a los hombres de progreso, hoy considero que basta sólo con que haya intentado, con noble empeño, la redención de la República, para que la Gloria se sienta obligada a prepararle un honroso sitial al lado de Belgrano y Rivadavia.

Esto es también lo que exige, más que el partido radical, esa multitud que Cicerón llama *plebs,* que Besarión llama *canaglia,* que Walpole llama *mob,* que de Maistre llama *populace,* y que nosotros llamamos *pueblo soberano* de acuerdo con la Constitución Argentina.

Saluda al señor presidente con su consideración más distinguida (1).

Eduardo Isla.

S|c. San Cristóbal.

---

(1) Debo agregar que en una entrevista que tuve en Buenos Aires con don José Camilo Crotto, éste tuvo palabras de elogio para los procedimientos por mí observados, agregando: ''El asunto de los concretos no me ha causado ninguna gracia. Pienso como usted. Implica bastardear nuestra causa recurrir a procedimientos dignos de procuradores y leguleyos''.

MI SIMIL HERACLEO-DIONISIACO

Era hacia el 20 de septiembre de 1911...

En esos días me encontraba yo en el norte de la provincia de Santa Fe, en el relativamente importante pueblo de San Cristóbal, cabeza del departamento del mismo nombre.

Proponíame, en aquella ocasión, organizar el radicalismo del pueblo de La Verde y de los campos conocidos con el nombre de Establecimiento La Forestal.

Organizar, he dicho, siguiendo la actual política costumbre de expresarse así, cuando lo justo era haber dicho *crear,* dado que en aquellos parajes ni siquiera sabían que existía un partido radical en la capital de la Nación.

Ya se sabe que fué después de la victoria cuando surgieron radicales por enjambre en toda la República — los de la mesa tendida, que nunca faltan, — ni más ni menos que hongos en el campo después de la abundante y prolífica lluvia. Aquellos eran los tiempos cruentos en que para ser radical había que empezar por ser un héroe...

Ocurriéronme una serie de peripecias, que ponen en evidencia la mediocridad del radicalismo que emergía en torno mío, así como la enorme suma de molestias y

contratiempos que hubo que vencer para llegar a la suspirada meta, los cuales, en apariencia pequeños, requerían, en realidad, para vencerlos, la pujanza de Hércules y Dionis, dioses que, según mi creencia, no muy en consonancia con la del ilustre mitólogo argentino don Leopoldo Lugones, simbolizan, el primero, la voluntad humana elevada a la potencia enésima en alas del heroísmo, y el segundo, la fatalidad del dolor, aún inevitable, hecha estoicamente victoria y alegría.

Yo debía presidir la *organización* de las fuerzas en dichos campos de La Forestal, distantes más de veinte leguas del pueblo de San Cristóbal.

La fatalidad del destino quiso — ya sabemos que siempre anda suelto el diablo por este pícaro mundo, — que para esa misma fecha, conmemorando el gran aniversario itálico, se celebrara una fiesta en el hospital local, al tiempo de inaugurar un pabellón que, no recuerdo en qué proporciones, implicaba una donación de don Ignacio Iturraspe, presidente de la Junta de Gobierno del radicalismo provincial.

Asombrado, abriendo unos ojos más grandes que los llamados ojos de buey de los telones de los teatros, constaté que las gentes le asignaban al acto una importancia trascendental. Quizás aquello equivalía para ellas al acto de la declaración de la independencia argentina.

Aquellos ciudadanos se predisponían a ir al hospital a presenciar la modesta ceremonia, con el mismo afán y regocijo, por lo menos, con que yo hubiera asistido al edénico jardín de Epicuro, a dialogar con el inmor-

tal a la sombra de sus árboles, mecidos por suaves y frescas brisas perfumadas, acariciados por los dulcísimos sones de la orquesta.

Lo presuponía: ¡nadie quiso acompañarme! ¿Pero quién iba a ser el héroe, digno de ser comparado con Aquiles, que despreciara la *fiestita* donde iba a haber sanwichs y cerveza a discreción, para azotarse, nada menos, al través de los desiertos, soñando románticamente con la grandeza de la patria?

Como un pordiosero de la política, fuí de casa en casa y de puerta en puerta solicitando que me acompañara, como se estila en casos tales, una delegación. Todos, para rehusarse, expusieron fútiles pretextos, dignos de una carcajada a lo Rabelais. Nadie, por supuesto, mentó la cerveza y los sanwichs que, para muchos constituyen un manjar digno de los dioses.

¿Había, quizá, en el fondo de tanta banalidad, un sentimiento de progreso y amor por los hombres? Tal vez algo de ello hubiera, inconscientemente, *en forma transmarginal o sublimal* — como dirían los psicólogos norteamericanos Myers y James, — en alguna de las *conciencias* de aquellos hombres (1), si me es permitido expresarme aquí de acuerdo con la teoría que he vertido en mi psicología antropogenética; pero debo decir, en honor a la verdad, que lo que más impulsaba a aquellos eminentes patriotas era una obcecada vani-

(1) En *Agerpericleísmo* he creado la teoría de las siete conciencias, las que dan la clave de todos los fenómenos del alma humana.

dad, el deseo de lucir los trajes nuevos de la familia y no sé qué otras fruslerías que no quiero recordar.

Lo curioso y bien desagradable fué que, como si aquellos radicales se hubieran complotado con carruajes y caballos, no encontré ni caballos ni carruaje. Todos los vehículos de alquiler estaban comprometidos. Un carromato desvencijado se me ofreció. Yo quedé encantado. El problema quedaba resuelto. Pero ocurrió que en todo el pueblo no pudo hallarse una yunta de jamelgos disponibles, que hubieran podido soportar la larga travesía.

Por aquel entonces, las mangas de langostas y la sequía habían hecho estragos en el norte de aquella feraz provincia. Los campos, al decir de un colono, estaban más limpios que un patio recién barrido. Pastos y maizales brillaban por su ausencia. Ni una mata verde alegraba los campos. Ni las huellas se veían en los caminos, cubiertos por un colchón de tierra. Lo que había eran mosquitos, tantos como estrellas en el cielo y arenas en la mar. Parecía que el aire había sido suplantado por una nube de tan insoportables vichejos, los que nos daban mil estiletazos por minuto, obligándonos a estar callados por temor de que se nos introdujeran a montones por la boca.

No obstante yo clamaba a grito herido: ¡un matungo! ¡siquiera un matungo, aunque fuera como el rucio aquel que montara aquel famoso hidalgo manchego que hizo la gloria de Cervantes, o cual el que montara aquel no menos famoso hidalgo gazcón que Dumas hizo tan inmortal como el Aquiles del poema homérico!

¡Todo en vano!... Estaba escrito: no había que pensar en delegados, ni en carruaje, ni en caballos. Mas, como yo no pertenezco a la raza de Averroes, y el dios que me place es Prometeo, no quise darme por vencido.

Alguien me sugirió la idea de que hubiera sido muy conveniente que yo asistiera a la *fiestita, donde con un discursito de cuatro palabras, me hubiera anotado una porotada.* Pero éste que tal ignoraba que yo era más quijote que el Quijote y más gazcón que D'Artagnan. Yo había de ir, fuere como fuere, costare lo que costare, aunque un genio maléfico, un encantador tuviera la peregrina ocurrencia de ponerme atravesada en el camino las murallas chinas o la misma Cordillera de los Andes para interceptarme el paso.

Así rumiaba yo en aquel momento mi impotencia, sintiendo que algo temblaba dentro de mí, no sé si la columna vertebral o el alma, como el gigante de la leyenda soportando sobre el pecho el peso del Etna.

De pronto se me ocurrió que estaba resuelto el gran problema con sólo planteárselo al radical más eminente del lugar, al personaje que desempeñaba el cargo más alto en el comité departamental. ¡Dicho y hecho! Era aquello tan sencillo... ¿Cómo diablos no se me había ocurrido antes?

A paso redoblado me trasladé a su casa... Recuerdo que al pasar por un almacencillo con despacho de frutas y bebidas, atendido por las dos lindas hijas del dueño del negocio, al tiempo de saludarlas piséle la

cola a un enorme can que sesteaba en la vereda, lo que casi me hizo rodar por tierra y contar que sé yo cuántas estrellas.

No siempre, aunque se trate de cosas baladíes, puede uno decir como el conquistador de las Galias: *Veni, vedi, vinci*... ¡Chasco y no pequeño, me llevé! Hubiera querido ocultarme de improviso bajo tierra como un topo, para dominar la terrible rebelión de mi espíritu...

¡No era para menos! El caudillo aquél, que entendía de radicalismo menos que yo de escalar montañas, por cuanto por lo menos ideológicamente no hay cumbre adonde mi pensamiento no llegue, me dijo lo siguiente con un desparpajo inmenso, mientras yo, no él, me ruborizaba ni más ni menos que una pudibunda doncella que fuera desnudada en público: "¡Qué esperanza! No faltaba más... Yo no puedo perder la fiesta del hospital, tanto más cuanto que representaré al señor Iturraspe, que no vendrá... Y en cuanto a prestarle el coche con los caballos, comprenda usted que es imposible. ¡Ni loco que estuviera! Hálleme usted razón... He hecho pintar el coche expresamente para lucirlo con mi familia en la fiesta y para que lo vea todo el pueblo. ¡Qué diría la gente si me viera llegar a pie? ¡Usted comprenderá que por el radicalismo nadie va a hacer semejante sacrificio!"

¡Tableau! No me quedaba más remedio que irme

con la música a otra parte. Metí violín en bolsa y, desorientado, me encaminé hacia una confitería. (1).

No me daba, sin embargo, por vencido. Con espíritu herácleo y sonrisa dionisíaca iba pensando en Ayax Telamón que, según Homero, se reía de la furiosa pujanza de las olas que borbotaban contra su pecho y exclamaba gallardamente: *¡Etiansi!* ¡Adelante! ¡Yo he de vencer a pesar de todo!

Yo sé que el amor es capaz de engendrar dioses... Por ello fué que, pletórico de esperanzas, entré a la confitería... Se encontraba allí, por incidencia, el señor Larrea, quien, al verme, se levantó con presteza para brindarme un whisky con goma y soda que era el *vermouth* que allí, en aquellos días, se estilaba, por haberlo puesto de moda un hotelero inglés, apellidado Brown.

Larrea era toda una voluminosa persona, que hacía, demás está decirlo, buena yunta con la mía.

Era hijo de la Banda Oriental y descendiente de

---

(1) Después de haber dado por terminada esta obra, llega a mi conocimiento, en forma cierta, incontrovertible, que a este ciudadano analfabeto, sin una idea de gobierno en la mollera, sin un sentimiento de patricio en el corazón (honra y prez, por tanto del irigoyenismo), el señor Irigoyen le ha ofrecido una senaduría; vale decir, un cargo de legislador, de padre de la patria, de confeccionador de esas sabias y benditas leyes que requieren los pueblos para encaminarse por la senda de la civilización y del progreso.. ¡Oh, patria augusta! ¿cómo es posible que ocurran estas cosas en tu tierra?, ¿cómo te vilipendian?, ¿cómo admitir un radicalismo tan mísero como el del señor Irigoyen, sin que el alma tiemble de indignación y de coraje? Con razón mi gran amigo el gobernador Villafañe lo proclama a todos vientos... ¡estafador de la gloria!

eúskaros. En esos momentos desempeñaba el cargo de mayordomo de una estancia. En su ser ardía el espíritu levantisco tan común entre los uruguayos. Pero a mí me son gratos todos los rebeldes, empezando por Satán, cuando la rebelión es impulsada por altos ideales. Era, además, jovial, fervoroso y excelente compañero para correr una aventura. Jugando al billar de compañero con él, yo había advertido, como alguna vez se lo dije, que tiraba admirablemente en yunta. Por otra parte, a mí me cautivaba por su amor a la poesía y porque, con muy hermosa voz de barítono, cantaba en la guitarra endechas arrobadoras, creaciones de la lírica uruguaya, no igualada por nuestros bardos.

Poseído de una súbita inspiración, le dije: ¡Usted es mi hombre...! ¡Era a usted, sin duda alguna, a quien yo, con la lámpara de Diógenes, andaba buscando por todas partes sin darme cuenta de ello! ¡Es el destino el que nos ha dado cita aquí!

Rápidamente, en dos palabras, le expuse mi plan y las dificultades insuperables que habían surgido ante mi paso... Cinco minutos después, subíamos en un furgón de carga. Y héte aquí que, a las once de la noche, nos encontrábamos en la estación La Verde, correspondiente a un magnífico pueblo, consistente todo él en un latifundio colosal (1).

---

(1) Diré de paso que el señor Juan Lossada, administrador de dicho latifundio, que pertenecía a miembros del antiguo partido autonomista nacional, me secundó decididamente, no obstante ser el doctor Rosa, ministro de la intervención, hijo del ministro nacional del mismo nombre, el cual era miembro del directorio que dirigía y financiaba dicho establecimiento.

En aquel gran pueblo no había más que dos casas: la estación y la fonda del turco Elías, todo un gaucho por lo servicial, de quien conservo gratos recuerdos, como ser el de un famoso baile que mi secretario Sourigues organizara en cierta ocasión, al que concurrí con Larrea y el señor Lassaga, médico de San Cristóbal; baile en que me ví obligado a danzar toda la noche, con el mismo espíritu un tanto ceñudo que puso el dramaturgo don Enrique Ibsen, autor de *Los Espectros,* quien al ser obsequiado *por traición* con una gran comilona, mostróse al principio bastante huraño con la actriz que le ofreció el homenaje, lo que no impidió que al retirarse confesara ingenua, bonachona, afablemente, que había pasado una noche muy sabrosa.

Siguiendo el cuento, diré, que no hubo más remedio, en el caso aquél, que encaminarse en dirección a la gran casa del turco Elías.

Empresa homérica resultó conseguir que se abrieran sus puertas... ¡Cuánto sentí, entonces, no conocer algún Sésamo providencial! No era para menos... Una jauría tan numerosa como esas que defienden los ranchos de los gauchos en los territorios nacionales del Sur y con las cuales salen éstos por las pampas a cazar avestruces, nos recibió, en aquella lóbrega noche, con una bandalisa formidable, cercándonos y obligándonos a un *futing* sin-

---

Ello le valió la pérdida del cargo, pero yo no lo olvidé después de la victoria, pues lo recomendé al gobernador Menchaca con entera decisión. Sus esfuerzos fueron premiados con el cargo de jefe político del departamento de San Cristóbal, puesto que creo ocupa nuevamente en la actualidad.

gular... Más claro: aquello resultó todo música, pues nuestras piernas acompañaron la banda lisa con redobles, en que ellos hacían de palos y la tierra de tambor.

Allá a las cansadas, cuando estábamos ya rendidos de tanto gambetear y ya no dábamos ni una *chirola* por nuestra piel, apareció en la puerta la alegre y riente faz del turco Elías, tan orondo, tan tranquilo como... si él no hubiera pasado por riesgo alguno.

En verdad que fué aquella una noche de perros... La gran posada sólo contaba con un par de catres, y esa noche, por una endiablada coincidencia, pernoctaban ocho o diez personas. Don Elías había tenido que brindarles hasta el último trapo y, estoicamente, había hecho cama en el suelo utilizando varias polleras como colchón. ¡Para nosotros no quedaba nada, ni un poncho, ni una carona, ni una simple almohada para reclinar la frente!

Mientras yo recordaba una amarga noche de invierno, fría como los mismos polos, en que me ví obligado a tenderme en medio de un campo sin pasto, sin un poncho para cubrirme; en que tuve que bendecir los restos de la paja de una escoba vieja que me sirviera de almohada, Larrea, que no era de los que se amilanan en un dos por tres, trajo dos fuertes y amplias sillas de madera, las plantificó con fuerza contra el suelo, empuñó la guitarra y me dijo: ¡Nos pasaremos la noche sentados, cantando y *pegándole al cimarrón!*

Debo confesar que me sonreí filosóficamente, por aquello de que siempre debe ponerse a mal año buena cara; pero que el programa no me sedujo ni poco ni

mucho. Mi mirada inquirió en todas direcciones... Mi magín se torturaba... ¡Todo en vano! ¿Pero no habría ni siquiera una prenda cualquiera de recado, tirada en el patio, rota, deshilachada, que le sirviera de cama a los perros?

Fuí a averiguarlo... ¡Qué feliz ocurrencia! En el medio del patio había una jardinera atestada de cueros vacunos y de lienzos de arpillera conteniendo lana, sucia, maloliente, asquerosa, pero al fin lana, es decir, la materia blanda que requerían nuestras pobres espaldas para descansar.

En un abrir y cerrar de ojos, rebosantes de alegría, improvisamos amplias camas bajo el carro y nos tendimos largo a largo sobre ellas, sin más preámbulos. Todo esto quiere decir, que dormimos... ¡como Dios o el Diablo quiso!

En cuanto el sol, como diría Cervantes, asomó la cara por los balcones de Oriente, una infernal algarabía de gorriones me despertó.

Diez minutos después estábamos listos para emprender la marcha... ¡Pero ahí fué Troya! No contábamos con la huésped. ¡Famoso caso! En aquella ciudad, no había más vehículo que una zorra que se empleaba para levantar estiércol fresco, para abonar lechugas, y *leña seca de vaca,* para el fuego. ¿Y caballos? Sólo había dos yeguas, ni aún siquiera redomonas, sino completamente chúcaras, que sólo, según don Elías, habían sido volteadas con boleadoras. ¡Oh, aquellas señoras yeguas, víctimas del hambre y los mosquitos, estaban tan anémicas,

en tal grado de consunción, que apenas *podían con la osamenta!*

¡Como para azotarse con ellas a través de los desiertos! ¡Yo creo que ni el Quijote, ni D'Artagnan hubiéranse atrevido a realizar tan quijotesca y dartagnesca empresa!

¿Mas, por eso, íbamos nosotros a cejar de nuestro empeño? Primero se detenía el sol en la mitad de su carrera, dicho sea de acuerdo con Josué que, entre paréntesis, debió ser un *astrónomo* que todo lo vió patas arriba.

Sin vacilar, atamos las yeguas a la zorra, ante el asombro colosal del turco, el cual atronaba el espacio con una catarata de homéricas carcajadas. *Aquellos puebleros,* acababan, para él, de bajar de la luna. No era para ellos *la bota e potro...* ¡Pero, bah, para hombres como Colón y como Admunsen, siempre hay una América y un Polo al alcance de las manos!

Es que amar es gestar auroras, crear nueva vida y nuevos mundos condensados en belleza; es que amar es renovar el mundo físico, moral y espiritual, sirviendo de palanca para ello el pobre corazón; es que amar es diluir en sangre y en fiebre amorosa, en espasmos de paciencia y santidad, en sutil y ambrosíaca sabiduría la eternidad que duerme en todo: en el goce y el dolor, en la materia muerta y en la materia viva, en el insecto y en el sol.

A nosotros se nos había metido entre ceja y ceja que las tales señoras yeguas, qué sé yo en virtud de qué milagro, nos habían de llevar hasta la estancia de un

correligionario, presidente de un comité constituído en medio del desierto, distante unas cinco leguas de La Verde, donde, con toda seguridad, encontraríamos toda clase de medios de locomoción.

Recurrimos al látigo... ¿A qué otra cosa podíamos recurrir? Pero las desventuradas se dejaron golpear sin moverse, sin chistad, como si hubieran sido de piedra. Por suerte, las pobres bestias, extenuadas por completo, sin espíritu para revelarse, no tuvieron fuerza ni voluntad para levantar las patas y emprenderla a coces con la zorra.

Ya nos mirábamos, desconsolados como mancebos deshauciados por sus novias, cuando acordándome de un extraño amor que los animales me suelen prodigar de improviso — cuando yo era niño las perradas me seguían por la calle, — me bajé del carromato, las tomé del cuello, les canté al oído, con potente voz, el *Vendetta, sí, tremenda vendetta...* del Rigoletto, que ellas escucharon mansamente y con agrado; experimento que he realizado con diversos equinos, en diversos casos, siempre con el mismo sorprendente resultado.

Yo quedé encantado... ¡Victoria se llamaba la primera nave que dió la vuelta al mundo! — le grité a mi compañero con verdadero entusiasmo.

Acto seguido tomé a las yeguas del freno, sintiéndome tan *hipolitus,* es decir, tan conductor de caballos — que es lo que tal cosa significa esta palabra en griego, — como aquel Irigoyen a quien sus padres bautizaron con este nombre, el cual, por un error del azar,

nos ha resultado un conductor de pueblos, verdaderamente extraordinario.

¡Oh, milagro! Las yeguas debieron tomarme por el mismo don Hipólito, porque, sin más ni más, mansitas como corderos, cabrestearon llevando tras sí el carromato, y en él, triunfante, orgulloso como un emperador, la voluminosa persona de mi acompañante, que no había olvidado su guitarra — ¿cómo olvidarnos de ella los de la bendita patria de Santos Vega? — y que, en el momento aquél, dicho sea en honor de su espíritu lírico y valiente, tuvo el coraje de celebrar el triunfo cantando una hermosa endecha con su voz dulce, clara y sonora, ante el regocijo, sin duda, de las yeguas, y antes las novilladas chúcaras que con asombro y en tropel nos circundaban.

A ser aquellos extraordinarios equinos, los primeros que cayeran en manos de Cuvier, los hubiera clasificado en el orden de los tardígrados, y quizás los hubiera denominado *tortugas*, con la misma seguridad que decía que *no había hombres fósiles ni podía haberlos*, porque sin duda el celeste alfarero le había contado, al través de la Biblia, que la fabricación de Adan y Eva era un suceso que había ocurrido, como quien dice, ayer.

Mas todo llega en este pícaro mundo... ¡hasta la muerte! Turnándonos a ratos mi compañero y yo, en el oficio de *hipolitus* — ¡no es muy lindo que digamos!, — aquellas malditas... digo, aquellas benditas bestias, nos arrastraron, más que condujeron a la suspirada estancia, a paso... de no llegar, que no era, por cierto, aquel

de *vencedores* con que el general Córdoba, mozalbete denodado, llevó en Colombia sus huestes al combate.

Debo decir, en honor de la verdad, que ni a mi compañero ni a mí nos pareció larga la larguísima, la interminable travesía, y eso que los mosquitos nos hacían sudar la gota gorda en la infernal y abrumadora tarea de espantarlos, en la que nuestros brazos funcionaban sin cesar como aletas de ventilador... ¡Tan deleitados estábamos que creo que aún a ese paso y a pesar de los mosquitos, al son de las endechas y la guitarra, hubiéramos dado la vuelta al mundo sin darnos cuenta de ello!

La huella, como se dice en el campo, nos condujo a los portones de la estancia... Un jovencillo, al parecer boyero, nos salió al encuentro y nos anunció que su patrón se había marchado el día antes para la ciudad de Santa Fe.

A poco estuvo para que nos cayéramos del carro perplejos, patidifusos, boquiabiertos... El contratiempo, tan imprevisto, era como para hacerlo echar a uno más ternos que los ladridos con que nos había obsequiado la terrible cuanto endemoniada jauría del turco Elías.

Ni volver para atrás nos era dado, sin que nos hubiera otorgado el destino la gloria de quemar las naves como Juliano en Asia, Julio César en Bretaña y Hernán Cortés en América.

La cuestión era que las yeguas no podían dar un paso más, así vieran verdear un pastizal a cincuenta metros de distancia. Entonces, sacando fuerzas de fla-

queza, interrogué afanosamente al jovencillo aquel, quien me informó que su patrón, en plena luna de miel, se había visto obligado a marchar precipitadamente a la capital de la provincia...

—Pues bien, — le dije, dándomelas de Napoleón; — vaya usted a decirle a su patrona que su esposo, a quien ví ayer en la estación San Cristóbal, nos ha autorizado para que le pidamos su volanta y su mejor yunta, para continuar el viaje hasta los campos de La Forestal.

El ardid nos salió a pedir de boca. ¡Era lo lógico y natural...! ¡En plena luna de miel, toda mujer es una diosa!

Previas las cortesías de ritual, satisfechos y gloriosos, dentro de un magnífico breack arrastrado por una espléndida yunta de alazanes de gran sangre, emprendimos de nuevo la marcha, contemplando con satisfacción a nuestras idolatradas yeguas despachándose a su gusto nada menos que en un alfalfarcito reservado; ondulante mar de esmeralda donde la bondad y cortesía de la gentil matrona las había hecho conducir. (¡Ni a ella ni a su esposo, los volví a ver más... Supongo que me habrán perdonado el ardid, a que me condujeron, fatalmente, el patriotismo y la fuerza de las circunstancias).

¡Oh, aquellos sí que eran caballos... y con herraduras! Más que trotar, parecía que volaban. Mi compañero, ufano, satisfecho, ya no cantaba, sino que lanzaba al aire estridentes clarinadas, no sin que yo pretendiera sobrepujarlas con otras aún más estridentes. Mas el viejo gaucho Vizcacha, que más lo sabía por viejo

que por *leido,* debía saberlo bien cuando en el "Martín Fierro" proclamaba filosóficamente: "¡Nunca cantés victoria...!"

Un serio problema, verdaderamente inaudito, nos esperaba en La Forestal... ¡Caso singular! ¡Los ciudadanos argentinos que en dicho establecimiento nos aguardaban con impaciencia alrededor de una vaca con cuero y algunas ovejas al asador, no sabían hablar ni una palabra en castellano! ¿Quién hubiera podido adivinar, que en plena provincia de Santa Fe, existiera un lugar en que un enjambre de hijos de la patria sólo supieran hablar el guaraní?

En aquellos latifundios, los paisanos aquellos vivían tan apartados de la sociedad que ni siquiera supieron contestar mis cordiales saludos con una simple inclinación de cabeza. Huraños, inmóviles, hieráticos, con el cabello desgreñado y sus incultas y largas barbas, formaban una como tribu de *indios blancos.*

¿Cómo espectarles, por Júpiter tonante, un discurso repleto de ideales, de ensueños sobrehumanos, de ciencia, de arte, de justicia, de bienestar y felicidad a unos hombres que no hablaban mi idioma y que ni siquiera sabían en qué dirección se encontraba la capital de la República, ni qué cosa era la Europa, ni si nuestro sistema de gobierno era republicano o monárquico?

¡Oh, grande e ilustre ciudad de Buenos Aires, perla de América, rival de París, gloria y orgullo de mi patria! ¡Tú, que conoces tantas y tantas cosas, que tienes tantas y tantas instituciones científicas, qué poco conoces el interior de la República, de ese interior que de-

biera ser como la áurea corona de tus sienes! No sólo parece que quisieras aniquilar esas fuentes de la riqueza del interior que se llaman el arroz, el azúcar, el algodón y la vid; no sólo, con criminal incuria, no has hecho nada por poner en actividad las minas portentosas que las provincias andinas guardan en sus entrañas, capaces de convertir la patria en la nación más rica del mundo; no sólo pareces ignorar que en las costas patagónicas hay tantos y tantos peces como para abastecer al mundo entero; no sólo desprecias la hulla y el hierro de las provincias, tan necesarios para las industrias y la defensa de la patria como el comer para vivir; no sólo vives esa vida *falsamente* egoísta, sino que hasta ignoras qué maciegas de ignorancia, en tierras adentro, ostentan al sol abrojos y espinas cual si fueran perfumados y albos jazmines! ¡Oyeme para vergüenza tuya...! En cierta ocasión, en una gira política por la provincia de Santiago del Estero, caí yo a los lares de un gran caudillo radical. Tratábase de un acaudalado estanciero que oficiaba en su pueblo, patriarcalmente, de médico, juez y sacerdote. Queriendo honrarme en debida forma en su casa, puso a asar, en una rastra de hierro, un novillo con cuero, pero como yo estaba harto de esa comida, le supliqué me brindara con un modesto puchero. A ese fin mató un tierno corderillo... Mas mi sorpresa rayó en lo descomunal cuando ví que en el agua hirviendo echaban aquellas gentes el arroz primero, y que, cuando estaba éste a punto de reventar, zampaban en la cacerola la carne, la que en seguida era servida, blancuzca por fuera y sangrante por dentro. Aquellos criollazos, que

recuerdo con simpatía porque fueron para mí tan buenos como el pan, no sabían, *en nuestra tierra,* en la casa de un hombre que oficiaba de médico, juez y sacerdote, *ni hacer un triste puchero...!* ¡Oh, una patria para ser grande, no basta que tenga un Palermo que pueda competir con un Versalles! ¡Toda ella, para merecer ese epíteto glorioso, debería ser una cultura, un incesante progreso!

En realidad, volviendo a La Forestal, yo no sé cómo se las entendía con ellos sin hablar el guaraní, el señor Fagot, mayordomo del establecimiento, oriundo de Francia, persona de tan respetables proporciones que yo, haciendo broma, me vi obligado a llamarlo Su Majestad Voluminosa.

Tocóle a mi compañero sacarme del atolladero... Por suerte tenía unos pulmones que podían haberle servido de fuelle a Hoefœstos, dios del fuego, y un tal amor al canto, que se hubiera pasado mil años entonando endechas... De seguro que, si cual a Santos Vega, a él también lo hubiera desafiado Mandinga, — el ilustre cuanto poderoso rey de los infiernos, — la empresa le hubiera resultado ardua en exceso a ese gran señor, porque él, por lo menos, no se hubiera sentido fatigado nunca...

Sonaron las cuerdas... Un canto decidor en que se hablaba de yerras, de domas de potros, de mugidos, de relinchos, de carreras de caballos, de cantos, de amores, de boleadoras y talerazos, hendió el aire y llegó a los oídos del paisanaje, el cual lo escuchó con el mismo halago y el mismo religioso e imponente silencio con que en

el Teatro Colón de Buenos Aires se escuchan aquellas filigranas de oro que acompañan al coro de las sirenas cuando Sigfrido surge del seno de las aguas de pie sobre un cisne blanco...

La paisanada, atraída por la dulzura del canto, se arremolinó en torno del cantor que estaba sentado a mi lado sobre una calavera de buey y, *roto ya el hielo,* un señor comisario, que hacía rato se afanaba en demostrar ser un gran *taura* para la taba, acercóseme, en comisión con dos o tres vecinos, para pedirme que hablara. Y, metido en el fandango, ya no hubo más remedio que bailar. Hablé... sí que hablé, e hice un esfuerzo mayúsculo para no decir absolutamente nada. Vale decir, que hablé tan bien como cualquier Castelar de nuestros parlamentos. Sin embargo, algo *de bueno* debía haber en mi peroración, aunque más no fuera el tono de mi voz, porque aquellos paisanos tan huraños, al tiempo de yo partir, como un terrible dolor ciático me impidiera subir al coche imposibilitándome todo movimiento cual si dos lobeznos me devoraran despiadadamente la cintura, me levantaron en vilo, sin que nadie se lo solicitara, y me sentaron tranquilamente en él.

Los caballos, briosos como eran, hendieron los aires, como saetas, *al volver para el lado de la querencia.* Mi compañero, que era un insigne chupador de mate, me propuso una parada. Mientras él encendió fuego y calentó el agua, yo me puse a curiosear un número de "La Prensa", con que me había obsequiado el señor Fagot.

El sitio era encantador.. Los árboles, majestuosos,

estaban tranquilos como templos. El silencio era imponente. Sólo lo turbaba el mugido lejano de alguna vaca llamando a su becerro.

¡Qué delicia poder desplegar al viento, cual una bandera, un gran diario, en aquellas lejanas y vastas soledades...! De pronto mis ojos se toparon en sus columnas — casi digo: bretes, — con un discurso que en esos días pronunciara en Lomas de Zamora, lugar de la provincia de Buenos Aires, la maestra Ana Acerboni.

El discurso me gustó... Estaba saturado de hermosura. Yo experimenté, al leerlo ante el misterioso y solemne silencio del desierto, una extraña emoción y regocijo. Me parecía aquello como un himno a la civilización y al progreso, entonado por la mujer argentina ante el ara bendita de Palas Atenea.

Entonces allí — ¡qué satisfactoria sorpresa para ella cuando esto lea! — le presenté mis armas; vale decir: me descubrí y lo leí por entero, con voz que hubieran percibido claramente diez mil espectadores, mientras mi compañero, alevosamente, aprovechaba la ocasión para despacharse, uno tras otro, no menos de veinte cimarrones.

Y fué, entonces, cuando pasó una cosa extraña, portentosa y trágica...

Frente a nosotros, a no muy larga distancia, en la punta del tronco de un quebracho seco, se divisaba un soberbio nido de horneros. Yo ya lo había contemplado con deleitación, pues mucha simpatía me merecen esos pájaros alegres y bullangueros con sus sólidas aunque modestas chozas de barro.

Parece ser que entre el hornero y yo existiera una especie de parentesco espiritual, cual lo siento también muy pronunciado con relación al ruiseñor. ¡Tentado estoy por decir que esas avecillas son hélicas como mi alma, y que, si fuese cierta la teoría de la metempsícosis, yo habré sido alguna vez un hornero constructor y un ruiseñor trovero...

De improviso, sin decir agua va, rompió la calma extraordinaria de los cielos... ¡un rayo!, sin que una gota de agua, ni una obscura nube, ni una ráfaga de viento, ni nada, pregonara de antemano su estallido. La calma que reinaba era tan verdaderamente grande que quién sabe si en presencia de este caso, Castelar hubiera podido afirmar que el poeta siente en su ser la chispa antes que estalle en los cielos.

Aquello fué como si todo el aire se hubiera encendido de improviso... El estruendo nos dejó casi sordos, y la luz, casi ciegos. Una conmoción eléctrica conmovió nuestros cuerpos. Aquello nos pareció el fin del mundo. Sin embargo, nada había ocurrido...

¿Nada, he dicho? ¡Oh, no! ¡Todo un drama se desenvolvía a nuestros ojos! ¡Capricho singular e inicuo del destino, de la naturaleza o lo que fuere! ¡El rayo, cual un hachazo de fuego, había encendido el quebracho y hecho volar en pedazos el magnífico palacio del ave!

¡Pobre hornero! — exclamé yo, apiadado del desastre, rebelde, como siempre, ante las injusticias del cielo; — pero el orgulloso emperador, dueño de aquel castillo, que debía haber presenciado la catástrofe desde algún árbol no muy lejano, acudió al punto, y, sin ami-

lanarse en lo más mínimo, sin entrar en hondas y tristes meditaciones contra el destino aciago, batió al viento sus alas con dionisíaca ufanía, y con herácleo corazón prorrumpió en gritos triunfales, que resonaron en el bosque y en mi corazón como cantos de victoria.

Y entonces — ¡oh, cómo lo recuerdo! — yo, pleno de admiración y simpatía por ave tan gallarda, así como Andrade, con regios sones líricos, cantó la gloria del soberbio cóndor que en las cumbres del Ande anida, y puso en labios del perínclito San Martín, estas inmensas palabras: "¡Mirad...! ¡Esa es mi gloria!", yo, a mi vez, me erguí cuan alto soy, y señalando con la diestra a aquel hornero, exclamé: "¡No hay rayo que el alma me aniquile! ¡Yo soy como tú, hermano mío, que al ver tu nido despedazado por la chispa eléctrica, lanzas al espacio triunfales clarinadas como pregonando a todos los vientos la libertad de tus alas!

¡Oh, este símil herácleo—-dionisíaco, convirtióse en el símil predilecto de mi espíritu! Desde entonces, en todos los momentos culminantes de mis cruentos desengaños y tremendas amarguras, ha resonado siempre en mis oídos a la manera de aquel canto de la espada de las walkirias wagnerianas que es "como una especie de levantamiento plutónico en el cual se siente la terrible alegría de los héroes libres"; voz semejante a los terribles gritos de Aquiles, cuando, coronado de llamas, se presenta inmensamente vengador ante los muros de Troya, o a la conmoción que experimentan los inmortales cuando Júpiter declara que pueden tomar parte en el combate; conmoción que Homero describe así: "El pa-

dre de los dioses y los hombres hace retumbar el trueno, y Neptuno, concitando las olas, desquicia la tierra inmensa; el Ida sacude sus cimientos, y sus fuentes se desbordan; las naves de la Grecia y la ciudad de los Troyanos vacilan sobre el inseguro suelo''...

Nada ocurrió después de singular..., como no fuera el hecho de que las yeguas, durante su permanencia en el alfalfar, aprendieron a galopear. Esto quiere decir que en un soplido estuvimos de vuelta en la fonda del turco Elías.

En La Verde, acto seguido, tomamos el tren de pasajeros y nos fuimos a comer a San Cristóbal, al hotel del inglés Brown.

Este nos esperaba con una buena mesa, y con su famoso vermouth de whisky con goma y soda.

Entre los platos que había preparado especialmente, figuraba su plato favorito: costeletas de lechón al horno, con papas. Varias veces me lo brindó afablemente. Pero yo hacía treinta días que estaba a pura carne asada con cuero. Las comilonas me tenían poco menos que intoxicado. ¡Hablarme de carne era mentarme al Diablo!

La sorpresa del inglés fué enorme cuando me oyó decirle: ¡No quiero más que caldo!, siendo proverbial, en todo el norte de la provincia de Santa Fe, mi protesta contra todos los caldos, hasta de los de gallina, sobre todo en verano. ¡Cuánta gracia le causaba a don Ignacio Iturraspe cuando me oía exclamar: ''¡Salga de ahí con ese plato de invierno...! ¡Prefiero la fruta y el dulce de leche!''

En seguida me tiré sobre una cama... Requería

yo el descanso tanto como un buen aguacero las polvorientas y resecas praderas de San Cristóbal. Morfeo, siempre amable y complaciente, tuvo piedad de mí, pues me brindó una noche deliciosa. Mi espíritu se lo pasó vagabundeando por las inmortales cavernas que constituían el divino templo eleusino... De pronto, visitado por el estro, mi alma ideó una ópera colosal con largos comentarios líricos, a semejanza de aquella que describía el rapto de Perséponá o Prosperina, hija de Demeter, por Hades o Plutón. En ella se simbolizaba, como supremo ideal moderno, una especie de ensamblamiento o conjunción del dios Heracles, que representaba la voluntad humana llevada a la heroicidad y lo divino, con el dios Dionis, que representaba la fatalidad del mal aún no vencido, hecho estoicamente victoria y alegría; dios más hélico que selénico, que nada tiene que ver con el dios Baco, que no es, en resumidas cuentas, más que la barbarización romana del bello dios helénico.

Y el símbolo, dicho sea para gloria y honor de la avecilla constructora, y, por tanto, de esencia hélica, estaba representado por un hornero que, al ver su nido despedazado por el rayo, lanzaba al espacio estridentes y triunfales clarinadas, como pregonando a todos los vientos la libertad de sus alas...

MI PRIMER TRIUNFO ANTE EL Exmo. SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPUBLICA, Dr. ROQUE SAENZ PEÑA

Carece éste de importancia, pero debo relatarlo porque comporta un precioso antecedente con relación a la poderosa influencia que tuve en los acontecimientos posteriores.

Al grano...

Al pasar por una confitería de la ciudad de Santa Fe, percibí un chistido... Di media vuelta. En una pequeña mesa departían afablemente sobre política Enrique B. Mosca, Atanasio Páez, un desconocido y el farmacéutico Menchaca, ya muerto, hermano del que fué gobernador, cuyo nombre se me escurre de la memoria en este instante (1).

Me senté al lado de ellos... Una grave cuestión los preocupaba. El desconocido aquel venía huyendo del departamento de General Obligado, perseguido por piquetes de gendarmes armados a remington.

—Quieren darme casa como a una liebre — decía.

---

(1) El señor Mosca fué gobernador de Santa Fe, el señor Menchaca diputado por la capital de esa provincia, y el señor Páez, secretario privado del gobernador Manuel J. Menchaca.

— Ese jefe político es un cobarde. Cuando, en volanta engalanada con cuatro banderas radicales, paso por frente mismo de la jefatura, se hace el que no me vé; pero cuando estoy en medio de los desiertos, lejos de mis amigos, me manda tomar preso por medio de sus esbirros.

—¿Cuál es su delito? — le pregunté.

—Son dos — me contestó al punto. — Ser radical y tener carácter.

El desconocido aquél era presidente del Comité Departamental de General Obligado, lugar donde, en otras épocas, había sido jefe político, según creo. Su prestigio se extendía también por el departamento de Vera. A fuerza de bizarría y de lirismo se había catequizado la simpatía y el afecto de las paisanadas de las selvas del Norte, a cuyo corazón podía él llegar certeramente hablándoles en guaraní, único idioma que ellos entendían.

Yo lo escuchaba con singular agrado... Era, en verdad, un tipo bello y culto. Su elegante indumentaria y sus finos modales contrastaban con sus hábitos gauchescos, pues según me informaron sus amigos, dábale quince y raya al correntino más pintado en el arte de domar un potro o de pialar un novillo.

En aquel momento no pude menos de pensar en el general Lavalle, encontrándole un parecido físico y espiritual. Sobre todo se asemejaban en eso de tener un alma *a la europea*, como diría el general Paz, y, al mismo tiempo, poder hermanarse con los gauchos, sintiendo verdadero agrado en compartir su bárbara manera de vivir.

Recién al tiempo de despedirnos, en el acto mismo de estrecharnos las manos, advirtió mi amigo Páez que no habíamos sido presentados el uno al otro.

Al oir mi nombre el desconocido, me abrazó efusivamente, abrazo que yo le retribuí en la misma forma al saber que él se llamaba Francisco Layana, cuyas mentas conocía y a quien ya tenía en muy gallardo concepto.

Salimos a la calle tomados del brazo... Me planteó de nuevo su situación. Sin más ni más, pidióme que lo apadrinara, pues deseaba resolver el entredicho batiéndose con el jefe político de sus lares, tanto más cuanto que estaba distanciado del presidente de la Junta de Gobierno, don Ignacio Iturraspe, pariente de él muy cercano.

Conseguí que desistiera del lance de honor y que dejara a mi cargo sacarlo del atolladero, con plenas garantías para su vida.

Al otro día, yendo yo por la calle, divisé que iban en una victoria don Rodolfo Lehmann y don Enrique B. Mosca (1). Se detuvieron. Como me hicieran saber que se dirigían a la Casa de Gobierno en defensa del señor Layana, les entregué un escrito que yo ya tenía preparado, con cargo de entregárselo al Interventor en propias manos.

El coche partió velozmente y yo me quedé disgustado conmigo mismo. Mi alegato era personal. En él yo defendía, como simple ciudadano argentino, los derechos

---

(1) Ambos fueron gobernadores de esa provincia.

de la justicia, de la civilización y la democrcaia. Ellos, en cambio, iban representando al radicalismo.

Seré breve... Al día siguiente me apersoné al ministro Rosa y al Interventor. Los señores Lehmann y Mosca nunca me hicieron saber, hasta el día de la fecha, el resultado de sus gestiones. Yo ni siquiera me informé de si habían presentado mi alegato. Lo único que puedo aseverar es que el Interventor tenía fuertes prevenciones contra el señor Layana, a quien consideraba como un gaucho alzado, torpe y bruto.

Conseguí que el Interventor, a quien le especté un fervoroso discurso, cambiara de opinión, si he de juzgar por las exquisitas cortesías que tuvo para conmigo.

No contento con eso, enviéle al presidente Sáenz Peña una carta explicativa, que ahora pienso que, más que una carta, debió ser un poema. El señor José Camilo Crotto, presidente del Comité Nacional del radicalismo, correspondiendo a un pedido mío, tuvo la gentileza de ponerla en las manos de aquel ilustre mandatario.

Dos días después, con gran asombro de mi parte, el excelentísimo señor presidente de la Nación, no se limitó a exonerar al jefe político, como yo se lo pedía, sino que dió de baja a toda la policía del departamento de General Obligado..., ¡hasta al último gendarme!

Don Francisco Layana otorgóme, por este hecho, un afecto singular, enviándome, para testimoniarlo, su retrato y el de su esposa. Después de la victoria, pocos días antes de ser asesinado, me remitió una larguísima carta, plena de sentimiento, en que se quejaba amargamente del gobierno del señor Menchaca; hacía cargos

graves contra funcionarios radicales, se manifestaba pesaroso de ser inspector de jefaturas, me enaltecía hasta las nubes y se lamentaba de que no hubiera sido nombrado yo gobernador de esa provincia...

¡Pobre amigo mío! Muchas lágrimas vertí al conocer tu infausta suerte... ¡Sea la tristeza que anubla mi alma en este instante, un nuevo homenaje a tu memoria!

EL PRIMER BINOMIO RADICAL

Discurso pronunciado en la ciudad de Santa Fe, en el Hotel Italia, en el banquete dado en honor de los señores Manuel J. Menchaca y Ricardo Caballero, candidatos del radicalismo a gobernador y vice de la provincia de Santa Fe (1).

Señores:

Hoy no estoy en vena de grandes discursos... Fáltame el impulso lírico. Muy cercano está ya el día de la

---

(1) Muy descorazonado me encontraba en aquella ocasión... Había departido largamente sobre política futura con los señores Raúl Villarroel, Alcides Grecca, Luis Bonaparte, Miguel Expósito, Edmundo Fernández, Juan B. Nigro, Atanasio Páez, Publio Benuzzi, Máximo Coria, Angel Majoan, Vallejo y varios otros ciudadanos.

El señor Villarroel, *leader* del liberalismo, creía, con intensa fe, que el señor Menchaca realizaría una gran obra de gobierno, inspirándose en los más altos ideales.

Yo me manifesté nostálgico, huraño y completamente excéptico... Recuerdo que le dije: ''Nuestro amigo Menchaca arrojará al viento su *programita* de gobierno, exento de todo ideal de orden superior. No se preocupará de otra cosa que de mantenerse tranquilamente en la altura... Todo su gobierno se reducirá a pruebas de equilibrio. Creo, eso sí, que algún día, mejor ilustrado por los acontecimientos, volverá sobre sus pasos y tratará de orientar al radicalismo por rutas de oro. Hay en su espíritu gérmenes benditos que podrán, en alguna ocasión, desarrollarse y dar ópimos frutos. ¡Oh, me siento seguro de lo que digo! Por eso me atrevo a hacer tan extrañas profecías. Pero desengáñense ustedes... Durante sus cuatro años de gobierno no hará

victoria, que yo presiento grande, segura, indiscutible... No obstante — lo confieso, — encuéntrome triste, nostálgico en medio de esta justa y potente algazara, como si siniestros presagios sobre el futuro se empeñaran, contra mi voluntad, en amargarme la real y esplendorosa visión del presente.

Es que mi ensueño de patriota es más amplio que el mar Atlante y más alto que esos picachos nevados de la sierra andina, que se empinan sobre sus pies para escrutar el cielo por encima de las nubes...

Yo deseo que mi patria sepa, la primera en la tierra, *consumar la obra*, que no es otra que aquella que nos encomendara al tiempo de morir el santo e inspirado fervor de Leandro Alem. Para mí, *consumar la obra*, no

---

otra cosa que inclinarse del lado de la oligarquía, del nepotismo y la demagogía.

"Nos iniciaremos, pues, con un inmenso fracaso que será funesto para el desenvolvimiento del radicalismo y de la patria".

El señor Vallejo, defensor entusiasta del señor Caballero, me replicó: "La salvación está en manos del doctor Caballero. Es un hombre que toda la vida ha sido medio socialista y medio ácrata. ¡Ahora sí que practicará sus grandes ensueños de redención!"

Me encontraba yo tan triste, que no pude reir a carcajadas... No sin cierta irritación velada por la cortesía, le contesté: "En cuanto al señor Caballero, ni siquiera me ha parecido oportuno nombrarlo, porque creo firmemente que *ni ahora ni nunca* se preocupará de tales cosas, ni sustentará jamás idea alguna que no sea la de realizar el fácil y cómodo papel de *tirar en yunta* con el señor Irigoyen, aunque se hagan pedazos todos los principios y nuestra desventurada patria ruede al fondo del abismo... El señor Caballero es, sencillamente, un conservador que no hará en toda su vida otra cosa que conservar y apretar bien fuerte lo que la fortuna ponga en sus manos".

¡Ay de mí! La profecía se ha cumplido en todas sus par-

consiste en conquistar la gobernación de Santa Fe, ni aún la presidencia de la Nación. ¡Eso fuera bien poca cosa! *Consumar la obra* es transportar el Paraíso a la tierra como diría Renán, o, si se quiere, hacer imperar en nuestra patria aquella Hélade famosa, ensoñada por los eleusinos inmortales, donde el hombre, mediante la belleza, la verdad, la justicia, el bienestar, la salud y la *indemortalidad*, se convierta en el super-hombre de Nietzche y Sarmiento, en el ser perfecto por el cuerpo y por el alma de Platón y de Juliano, en el hombre-dios que yo he columbrado desde mi niñez como la suprema y fatal conquista de la civilización y la cultura sobre la tierra.

Bien comprenderéis, señores, que soñar así implica

---

tes... Menchaca, felizmente, levantó bien alto el pendón principista con motivo de la reforma de la Constitución de la provincia de Santa Fe. Caballero, hasta ahora, que yo sepa, no ha salido de la subalterna categoría de apuntalador de la mísera política irigoyenista, sin programa, sin principios, sin ideales, demagógica; vale decir: antiradical... ¡Cuánto me placería que su espíritu evolucionara en el sentido del bien de la República!

Traigo a colación estos recuerdos, que tanto dolor me causan todavía, para poner en evidencia mi estado de espíritu en aquella solemne ocasión, en que hubiera podido escalar todos los éxitos *marcando el paso tras de la banda, entonando simples laudatorias.*

¡Oh, en aquel banquete, víme forzado, sacando fuerzas de flaqueza, a *congratularme* de la próxima victoria, cuando yo, en mi fuero interno, la concebía como tremenda y trágica derrota para mis ensueños e ideales!

¡Ah, no se podrá decir que no supe cumplir *hasta el fin* mi deber estoicamente...! ¡No se podrá decir, tampoco, que el destino aciago no me obligara, como siempre, a imitar al hornero herácleo y dionisíaco que, al ver despedazada su choza por el rayo, lanza estridentes y triunfales clarinadas pregonando a todos los vientos la libertad de sus alas...!

llevar sobre el corazón la inmensa pesadumbre de una montaña... ¡No es ninguna suerte, sino el mayor de los dolores! No extrañéis, pues, verme un tanto cejijunto y perturbado en esta mesa donde la alegría se manifiesta con la bullanga de mil castañuelas y panderetas.

Mas — ¡perded todo cuidado! — no perturbaré vuestras sanas y alegres digestiones, descorriendo ante vosotros, con mano tétrica, las cortinas del futuro, exhibiendo ante vuestros ojos las tremendas incógnitas que mi demonio intuitivo, con feroz ensañamiento, se empeña en presentarme ante los ojos. Eso no sería cortés, ni oportuno. Cada día y cada hora deben tener su labor y sus preocupaciones. Dejemos, pues, al presente gestar en paz su obra futura, mientras nosotros, regocijándonos con la victoria, que yo presiento — repito, — grande, segura, indiscutible, entonamos hosannas y aleluyas, levantando nuestra copa de champagne para brindar por la felicidad de la patria, por encima de nuestros intereses, ambiciones y egoísmos partidarios.

Permitidme, pues, que en vez de un discurso rimbombante, exhornado con las galas que mi estro pudiera brindarme, me limite a conversar amablemente con vosotros, pensando, al propio tiempo, que los grandes discursos de sobremesa jamás tienen oidores, y que en tales casos son más oportunas cuatro flores ofrecidas galantemente, que la magna e insuperable sabiduría de un Esquilo.

Oidme, pues... En una barca que por su forma y lentitud me recordaba a esas voluminosas y pesadas

tortugas que pululan en la costa brava del rudo Patagón, embarquéme ayer por la tarde en el Paraná con rumbo a esta ciudad de Santa Fe, que los historiadores futuros, si han de ser justos, designarán con los epítetos de ínclita y benemérita, porque ella, en este momento trascendental en que se juega el porvenir de la democracia argentina, ha prodigado sin reticencias su ternura y su entusiasmo a ese adalid del progreso, a ese radicalismo, de cuyo seno, no sé si de aquí diez o veinte años, han de surgir los principios redentores, llamados a cimentar ese paraíso, esa Hélade que yo presiento, que no es otra cosa que el fin supremo de la política, como ya Benthan y la misma Revolución Francesa lo columbraron en momentos de sobrehumana inspiración...

Para acortar el aburrimiento de la lenta travesía, amplio acopio de pasquines liberticidas me traía bajo el brazo, de esos pasquines que urde con malicia la envidia y la impotencia, de esos pasquines lanzados con soberano descaro a la faz del pueblo por una prensa asalariada, donde nunca brilla el bronce del carácter ni el oro del sentimiento, por una prensa felina que pretende convertir al altivo león de Mayo en un cordero manso e indefenso para aplastarlo con el pie de la barbarie.

Punzante curiosidad aguijoneaba mi espíritu... Quería saber con qué denuestos saludaba esa prensa a la fórmula consagrada, más que por nuestra Convención, por el anhelo ferviente y entusiasta de los pueblos... No fué chica mi sorpresa al ver que la diatriba diaria se convertía, por una parte, en un continuo quemar

incienso y entonar hosannas en loor de sus binomios adventicios, y por otra parte, en un continuo recordar en contra del nuestro, en mil diversos modos, la terrible ironía de aquel verso famoso de Horacio el divino:

Parturiunt montes, nascitur ridículus mus.

Entonces, altivo, desdeñoso y espeluznado a un tiempo mismo, dibujándose en mi rostro la mueca de los ascos supremos, abrí mis manos y al río tiré los diarios cual un manojo de víboras, no sin antes recordar aquella frase del gran Hugo, a mi espíritu siempre grata, en que señalaba el hecho de que la envidia arroja con preferencia sus piedras a los árboles que dan mejores frutos.

Un momento oscilaron los pasquines suspendidos sobre el ala del viento, cual las alas deshechas de un ave que debió ser blanca... Cayeron luego al agua y huyeron enarcados en las olas para después hundirse en el fondo del Paraná. ¡Justo es que el lodo volviera al lodo!

Queriendo, entonces, remontar mi pensamiento a las alturas, mientras una suave y fresca brisa rizaba con la seda de sus plumas la líquida llanura solitaria y triste, esgrimió mi mente la varita mágica de las creaciones fantásticas, cuyo secreto manejo está reservado a los poetas, y a su influjo soberano pobláronse de florestas las islas del Paraná, avecillas multicolores saltaban de rama en rama lanzando al espacio sus mejores trinos y gorjeos, ninfas candorosas huían de los sátiros perdidas en los zarzales, se obscurecía el cielo, brillaban los relámpagos, las olas se encrespaban...

No obstante, por encima del espectáculo imponente en que mi imaginación se recreaba, una obsesión perturbaba mi mente, acostumbrada a no retroceder ante ningún misterio, cual si hubiera sido forjada en el mismo templo de Eleusis. La conducta de nuestros adversarios, a manera de un interrogante, de un punto obscuro, giraba continuamente en mi cerebro como una golondrina cerniéndose en lo alto. Entonces interrogué a las aguas *que me hablaban de prismas y de espejos,* y las aguas, siempre amigas de los que consagraron su vida a Apolo, me dieron la teoría filosófico-literaria de los espejos y los prismas, que, de seguro, Strauss hubiera celebrado con entusiasmo; teoría inspirada por el movimiento de las olas, cual el movimiento de una lámpara le diera a Galileo, en cierto templo, las leyes de las oscilaciones isócronas del péndulo.

Hela aquí...

Cada hombre lleva en su cerebro un prisma... De estos prismas, unos son opacos e insensibles; otros turbios o manchados; algunos teñidos con tintas fijas e inmutables que no permitirán jamás percibir otros colores; y varios claros, límpidos, al través de los cuales pueden percibirse los inconmensurables matices espectrales. Sólo los espíritus superiores, es decir, los hombres que posean uno de estos prismas claros y límpidos, podrán ver una *porción más o menos grande* de las verdades que, en número infinito, el universo encierra.

Pasa con la verdad lo que con el sol — diré imitando a Herrero. — La luz blanca del astro diurno es

azul a través de un vidrio de cobalto; amarilla a través del cristal de urano; no tiene resplandores, ni se ve, ¡ni existe!, al través de un vidrio recubierto de negro de humo...; ¡pero en el diamante tallado fulgura en todos sus matices!

En vano es que, por otra parte, la industria moderna multiplique los cristales en torno nuestro y que los espejos de Venecia y las lunas biseladas reflejen con exactitud geométrica la luz y la verdad; en el preciso momento en que los rayos luminosos van a herir nuestra retina y a pintarnos tal cual somos, el amor propio se yergue de improviso y con la punta de su varita mágica nos coloca delicadamente sobre el nervio oftálmico un prisma engañador que perturba nuestra visión, y así sean nuestros rasgos fisionómicos horriblemente simiescos, nos da la imagen de un ser divinamente hermoso, de esos que los griegos, tan enamorados de la belleza, hubieran adorado como a un dios.

De todos los prismas que en el mundo han sido, desde el primero que salió de las manos divinas de Newton el inmortal, ninguno ha poseído una fuerza de refracción tan poderosa, ni producido colores tan vivos y seductores como el prisma del amor propio... Mi teoría de los espejos y los prismas, señores, explica satisfactoriamente por qué nuestros adversarios al par que denigran nuestra fórmula, ensalzan la suya hasta las nubes.

Pienso, señores, que nuestro binomio, auspiciado, más que por los propios merecimientos de Menchaca y Caballero, por los hondos anhelos de redención que el

radicalismo encarna, ha de ser votado por todos los hombres de la provincia, por todos los que sientan nobles aspiraciones, por todos los que hayan, en una palabra, sentido penetrar el ideal democrático hasta el tuétano de los huesos del alma misma, porque habéis de saber, señores, sin que esto os asombre, que he descubierto en estos últimos tiempos que el alma tiene esqueleto, excepción hecha de aquellos infelices que la tienen mucilaginosa, invertebrada, a modo de barro blando, de pólipo o de esponja. Los que tengan alma vertebrada, con huesos que la mantengan en pie y mirando al cielo, han de tener la serena visión del porvenir y, pensando sólo en la grandeza de la patria, han de darnos su voto en los próximos comicios, como la mejor manera de honrar las páginas de oro y de diamante de nuestra historia.

Bien sabido es que al partido radical no lo constituyen hombres cuyas frentes se encuentren nimbadas por estrellas, ni siquiera por esas personalidades creadas y magnificadas por obra y gracia de los presupuestos con que se esquilma al pueblo. No. El está constituído por ciudadanos modestos que prefieren su dignidad a la vana y fútil pompa de los palacios, por republicanos de la noble estirpe de aquel Montesquieu que rechazaba con desprecio títulos ducales; por hombres libres que tanto se deleitan en contemplar el vuelo soberano de las águilas caudales como al modesto hornero, mi grande y simpático amigo de mis giras políticas por las selvas del Norte, el cual, aun cuando el rayo despedace su humilde choza de barro, lanza estridentes y triunfales clarinadas como

pregonando a todos los vientos la libertad de sus alas... (1).

He dicho.

---

(1) Este discurso, aunque muy aplaudido, no fué, como estará demás decirlo, ni comprendido, ni escuchado por nadie..., no obstante no ser más que dos los oradores oficiales nombrados al efecto: el señor Amavet y yo.

Aunque él estaba muy lejos de ser un portento de belleza, yo lo recuerdo con inmenso agrado porque, aún en esa ocasión, recordé, al finalizar, mi símil herácleo-dionisíaco.

Debo confesar, paladinamente, que, como discurso de circunstancias, no valía nada; pero juzgo que si en él hubiera habido una savia divina, aún menos hubiera sido escuchado, porque a aquellos eminentes radicales no los preocupaba ni poco ni mucho el enjambre de ideales que yo sentía rebullir en mi corazón cual si tuviera en el cien águilas aprisionadas.

Una importancia máxima tiene él, sin embargo... Refiérome al mundo de las intuiciones que agitaban mi espíritu como en un continuo parpadear de luces enfocadas hacia el futuro... ¿Cómo hubiera podido yo reir a carcajadas con mis dichosos compañeros, si columbraba, al través de las ideas que me sugería mi incurablemente majadero *demonio* particular, la montaña de males que el radicalismo echaría sin compasión sobre los hombros de la patria?

Debo agregar, no obstante, que al través de esas brumas, una luz columbraba, que daba estoica fuerza a mis manos para llevar los manjares a la boca: esa fuerza era la de una patria lejana, llevada hasta el empíreo en brazos del radicalismo que tanto amé, y al cual le consagré mi vida entera, con un desinterés, una lealtad y una ternura que no tienen par en toda la extensión de mi país...

Y si hoy no digo, entonando el lenguaje de la esperanza, que la suerte quiera que se realice mi visión, es porque un fatalismo herácleo, dionisíaco y esquíleo bríndanme la incontrovertible, la absoluta seguridad de que, aunque se oponga el mundo entero con Irigoyen a la cabeza, ha sonado ya la hora en que surja a la faz del mundo una nueva patria períclea, en que por fin sea una ver-

dad el Paraíso, la Hélade ensoñada por Platón, la transformación de la bestia-hombre en hombre-dios; bellas, amantes y rientes las mujeres, cual si fueran la ensamblación de Atenas, Ceres y Afrodita, dispensadoras de la alegría y de la felicidad sobre la tierra; poderosos, estoicos, alegres y triunfadores los hombres, como por ensamblación de Apolo, Heracles, Dionis y Prometeo...

UN CORAZON DESHECHO... ¿EVOLUCION O REVOLUCION?

Háse proclamado a todos los vientos, por toda la extensión de la República, que la redención democrática de nuestro pueblo constituye la gloria más pura e inmortal de don Hipólito Irigoyen...

Esa aseveración, es, en realidad, una de las más solemnes y descaradas mentiras que puedan concebirse. Sólo tiene su igual en aquella otra que circula, en la misma forma, como una verdad incontrovertible; aquella según la cual el presidente Sáenz Peña cumplió a medias la palabra de garantía y prescindencia que le empeñó a la Nación.

La verdad pura e incontrovertible, en cambio, es que don Hipólito Irigoyen no creyó nunca que el radicalismo pudiera triunfar en comicios libres; que vivía entonces absorbido por la obsesión revolucionaria; que ansiaba que piras de cadáveres humanos le sirvieran de escala para llegar al poder; que anheló con toda su alma la derrota del radicalismo en Santa Fe para justificar con fraudes imaginarios la revolución sangrienta que le teñía de rojo la visión de todas las cosas, cual si padeciera de un daltonismo espiritual. La *verdad pura e incontrovertible* es que el gran Sáenz Peña cumplió su

palabra por entero, sin ninguna vacilación, por encima de las míseras maquinaciones del señor Irigoyen, con una nobleza, con una altura *que no tiene igual sobre la tierra*... ¡Proclamémoslo, bien alto: *urbi et orbe!*

Ya es hora de que la verdad histórica resplandezca como el sol... ¡Por suerte estamos vivos todos los radicales que intervenimos en aquel gran drama! ¡Huyan, pues, las sombras, cual la noche ante la aurora!

Era aquella la época de la Intervención a la provincia de Santa Fe... Don Horacio Oyhanarte, fervoroso panegirista del ídolo, dice elocuentemente en su obra *El Hombre*: "El pueblo de Santa Fe, fué agitado hasta en sus fibras más recónditas por aquella bocanada cálida, que quemaba los entusiasmos y erguía las voluntades. La provincia se sentía como desvelada por una turbación hasta entonces no conocida. Un viento de fronda agitaba las multitudes y las cabezas trepidaban como sus trigales en sazón. Era el verbo de la democracia resurrecto desde las tumbas antiguas, eran treinta años de proscripciones y de desvelos que hallaban su ruta y se precipitaban para vencer. Era un espectáculo digno y reconfortante. Sobre el trabajo de la provincia agrícola habíase descubierto, por así decirlo, otro trabajo superior. Como una cabeza que no sabe pensar y de pronto se orienta en una idea y acampa en un razonamiento: tal aquel pueblo absorbido por la preocupación mercantil, replegado en su trabajo y en su indignación, como el de toda la República, ante la primera oportunidad de pensar y de exteriorizarse.

"Aquel estado — agrega, — como todo el país, es-

taba maduro para el gobierno propio, que pasó, sin solución de continuidad, desde la oligarquía a un gobierno dado por el pueblo, al único gobierno de verdad: el de la ley''.

Así era, en efecto. En esos cuatro hábiles rasgos está bien explicada la fermentación política que se produjo en la tierra de Nicasio Oroño, a raíz de la Intervención Nacional enviada a ella por obra y gracia del presidente Sáenz Peña. Más esa luz pierde su pristina pureza en cuanto el panegirista trata de enfocarla sobre la frente del ídolo para revestirlo de un nimbo de gloria. ¡Oigámosle...!

''La Unión Cívica Radical jugaba en aquel momento su pasado histórico y su porvenir grandioso. La derrota le hubiera quebrado las armas en la mano. El régimen habría dicho que ella era la minoría, que había mistificado treinta años al país y que la revolución era la impotencia. Muchos creyeron que el pensamiento del doctor Sáenz Peña, al cumplir a medias, como cumplió, su palabra de garantía y de prescindencia, no era ostensible y confesado. Se dijo que el presidente hacía comparecer al radicalismo a una emboscada, que en Santa Fe no triunfaría, porque así se había decidido en la Casa Rosada.

''El rumor fué más que insistente, llegando a consolidarse con las fluctuaciones, con las ambigüedades del primer mandatario. La intervención fué perfectamente parcial.

''No respondió ni al momento histórico, ni a la palabra empeñada por el presidente.

"Se recordará que el doctor Sáenz Peña llegó a declarar, en elogio del interventor, quien no se dió por aludido, que la intervención era él. Aquella fué una intervención de regateos. Cada denuncia era un proceso y cada proceso era un montón de papeles que no se terminaban de coser.

"Era la *sombra del presidente* la que desacomodaba las cosas y, en lugar de colocar el poder federal en el plano superior, inaccesible a ninguna otra consideración que no fuera la de la justicia, lo achicaba hasta las camaraderías; en una palabra: lo embanderaba en el régimen.

"Era la *sombra del presidente* que actuaba, la misma que había ido a defender la ley electoral con un dudoso apasionamiento y que, a espaldas de aquél, hacía signos convencionales al interventor (1).

"Era la *sombra* que reaccionaba desde las antecámaras mismas del despacho presidencial; e, intranquila por la obsesión de su encumbramiento, trataba de consolidar en su beneficio, para su futura candidatura presidencial, los oficialismos de provincia, siempre claudicantes ante la suprema autoridad. Era la *sombra* que había equivocado el camino y, en vez de entregarse, ardorosa y patrióticamente, a la obra reparadora, con lo que se habría creado una personalidad y se hubiera acercado más a su objetivo, conspiraba, engañándose a sí mismo, al presidente y al pueblo.

---

(1) Se refiere a su Ministro del Interior, don Indalecio Gómez.

"Por eso la intervención federal a Santa Fe defraudó la expectativa pública, no respondió a las altas sugestiones del patriotismo y, en lugar de abrir una escena, digna y purificada, abrió una crujía, un recinto siniestro, sin calor y sin fe, donde, si la reparación no fué vencida, se debe únicamente a la justicia de su causa y a que ya había sonado la hora de su advenimiento.

"Así fué que, terminado el acto eleccionario, el Comité Nacional publicó un documento en el cual se hacía el proceso de la intervención nacional reconociendo que la única garantía con que contó la opinión, fué la presencia del ejército que guardó los comicios. Nadie puede pensar que, después de un triunfo, se hable por otra consideración que no sea la estricta de la verdad. En Santa Fe había triunfado la reparación, pero había que puntualizar los procedimientos. Pocos son capaces de hablar después de un triunfo, tan severamente. Pero, ¿es acaso el triunfo y el gobierno lo que mueve y abroquela a la reparación? Así, únicamente así, pueden hablar los que viven el pasado y el porvenir en la patria. Cuando la delegación nacional, presidida por el doctor Irigoyen, partió para Santa Fe, lo dije en el Congreso y creo oportuno repetirlo: uno de los ministros de la intervención le dirigía a la *sombra* un telegrama en el que se le comunicaba, sin retraimiento y sin escrúpulos, *que el triunfo de la coalición estaba asegurado.*

"Quería esto decir: la consigna está cumplida. ¡No haya cuidado! Esta era la imparcialidad del interventor federal, que, en puridad de verdad, no fué el doctor Gil,

ni el presidente, como lo había declarado y prometido, sino la *sombra*.

"La parcialidad de la intervención hizo fracasar a la Unión Cívica Radical. Los dirigentes santafecinos, que tenían la responsabilidad de aquella jornada, vivían en permanente zozobra. Cada reclamo creaba una nueva susceptibilidad con la intervención. Por un milagro de paciencia no se echó a rodar todo, quebrando con aquella autoridad tan celosa con la reparación, como ostensiblemente amiga de los hombres del régimen".

El panegirista, más adelante, afirma categóricamente que el presidente Sáenz Peña era un monarca sin cetro que nos enviaba la Europa, "trayendo en sí mismo el agotamiento de su milenaria civilización cansada; un pertinaz y obcecado descreído, que al manifestar que los pueblos ya no votaban, no hacía otra cosa que declarar en falencia la democracia para restaurar sobre la armazón ficticia de la República el cesarismo o la monarquía". Y agrega de un plumazo: "Fué el doctor Irigoyen quien marcó el rumbo y obró el milagro".

¡Oh, no, ciudadanos argentinos! ¡En todo eso no hay ni una sola palabra de verdad! Empiezo por consignar que la gloria de la ley electoral le corresponde por entero al ilustre y benemérito presidente Sáenz Peña, quien, con inspiración extraordinaria, supo formularla noble y valientemente, faltándole sólo, para ser divina, la calificación del voto.

En efecto, ella lleva en sí misma como una maldición, como una úlcera, como un cáncer, ese sistema simplemente mayoritario condenado a todas horas, y con

razón, por el eminentísimo ciudadano don Leopoldo Lugones; pues bien evidente es, como diría Ibsen, que la verdad no es patrimonio del mayor número, que la verdad no es verdad porque la sustente la mayoría.

Yo afirmo, al través de toda la historia, que la verdad más verdadera es don excelso de las mentes cumbres. Por otra parte, es contrario al verdadero concepto de la justicia que cada hombre valga por un voto, y que, para conquistar la felicidad de un pueblo, esté tan capacitado un imbécil como un genio.

Las democracias puramente mayoritarias están, y lo han estado siempre, indefectiblemente condenadas al fracaso en cuanto estén en presencia de grandes problemas que haya que resolver, porque la demagogia, que es su fatal e inevitable consecuencia, es impotente para arribar a las grandes soluciones, las que requieren siempre ambiente de amor, patriotismo y sabiduría.

Las convulsiones mundiales sacudieron, ha poco, todas las instituciones. Muchas de ellas fueron derrumbadas por la tempestad. Los gobiernos nacionales no pudieron remediar de inmediato el caos y el sufrimiento económico e industrial, que fueron la consecuencia más próxima de la guerra. Su labor se hizo aún más complicada y enojosa por causa de los cambios territoriales y la creación de nuevos estados independientes.

Primo de Rivera, aunque no merezca mi simpatía, tiene razón cuando afirma que las instituciones parlamentarias se desmoronan porque ya no representan las fuerzas productivas de la nación, ni están de acuerdo con las realidades económicas del momento.

"El pueblo — acaba de decir en la Universidad de Salamanca, al recibir las borlas de doctor *honoris causa* — no quiere que los parlamentos sean la arena donde los políticos pierdan el tiempo disputándose el poder, arrullados por la música de la elocuencia. No le importa al pueblo que exista la dictadura, si ésta le da la protección en la lucha por la existencia".

Los sectores, en realidad, están puramente supeditados a los intereses del círculo en que se mueven, que no son, por cierto, los del interés público, los cuales no pueden tener otro norte que el bien y la felicidad de la Nación.

En mi sentir, dos cosas influyen decididamente en el fracaso parlamentario: primero, que no existe en ningún país una voluntad nacional común plenamente desarrollada, y sí una división de opiniones públicas sobre casi todas las cuestiones, lo que origina interminables cuanto insubstanciales controversias y paraliza las actividades gubernamentales en lo que se refiere a la realización de grandes empresas constructivas; y, segundo, que el mecanismo parlamentario mismo es ya harto anticuado para que pueda adaptarse al volumen siempre creciente del trabajo que hoy en día se le somete.

Pero estas dos cosas se resumen en una: falta de inteligencia superior, de clara visión de las cosas, de espíritu sintético. Y esta sola cosa tiene una sola causa: el sistema simplemente mayoritario. Las mayorías — lo dice la historia del mundo entero, — rara vez comprenden al hombre de gran verdad y gran belleza; en una palabra: al genio del bien.

Débese a ello que nueve países del hemisferio oriental sean gobernados actualmente por dictadores, que podrán ser benéficos transitoriamente, en el sentido de que, cual a una cuádriga embravecida, contienen y dirigen el caos.

A ello débese también el fracaso absoluto de nuestro parlamento, cuyas obras magistrales son, para vergüenza de la época presente, la célebre *Ley de alquileres* y la actual *Ley de jubilaciones*, que acaba de derogarse. ¡Diez años de parlamento, a impulsos de las auras de la reparación, nos han producido tan grandiosa cosecha, tan óptimos frutos!

Yo me pregunto si los hombres que han sancionado esas *leicitas*, embriones o adefesios de ley, o como quiera llamárseles, podrían realmente, aunque estuvieran animados de la más grande y noble voluntad — ¡bien sabido es que ni pueden comprender lo que es eso! — estar, por su sabiduría, capacitados para resolver nuestros grandes problemas industriales y culturales para regular nuestras relaciones internacionales, la hacienda pública, la instrucción, la legislación, la justicia, la higiene y la seguridad públicas, facilitando el trabajo, abaratando y embelleciendo la vida, poniendo en eclosión la estupenda riqueza de la República, convirtiendo en oro todas sus minas y hasta sus aguas. Pensar que el parlamento argentino, producto de la demagogia, pueda, a fuerza de amor, de ciencia y de arte renovar el mito griego de aquel rey Midas que trocaba en áureo metal cuanto tocaba, me parece que es soñar con cosas inverosímiles e imposibles.

Ya en aquella época, no me alucinaba, en mi fuero interno, con la Ley Sáenz Peña... Tenía la clara visión de que triunfaría por todas partes el radicalismo, pero que su acción gubernativa sería un total fracaso, pues ese sistema, simplemente mayoritario, nos conduciría a la demagogia hipolitista. Debo agregar que, en algunos días brumosos, entristecido al infinito, así lo proclamé a todos vientos.

Nada me extrañaría que una intuición semejante le llenara al presidente el alma de melancolía. ¡He ahí su famoso descreimiento, mal interpretado!

Mas esa ley, tal como salió de las manos de ese benemérito ciudadano, era la *ley de ese tiempo,* tenía que ser así, no podía ser de otra manera.

Si en ella se hubiera establecido el bien supremo de la calificación del voto, hubiera sido rechazada, como una monstruosidad, por toda la República. Para que fuera viable, para que ella preparara el camino para ulteriores conquistas, fué fatal que surgiera con ese cáncer, como es menester ahora, si hemos de llevar al país hasta la cumbre de su grandeza, que surja el político prometeico que lo extirpe con inspiración divina.

Debo agregar que no existe ningún documento público ni privado del señor Sáenz Peña que evidencie que la redención de la democracia argentina no fuera la suprema aspiración de su política.

La *ley electoral* fué carne de su carne, alma de su alma... ¿Cómo dudarlo ante aquel olímpico manifiesto que desde la Presidencia dirigiera al pueblo, que envió por correo a todos los habitantes de la Nación, en que

les prometía comicios libres y garantidos, exortándolos, al propio tiempo, para que tuvieran la virtud de cumplir sus deberes cívicos, bajo la fe de su palabra?

La América entera no puede presentar un manifiesto más puro, más honrado, más leal. ¡Bien puede la gratitud nacional poner sobre su frente el nimbo hélico con que sólo pueden ser honrados los grandes benefactores de la humanidad!

E implica una inmensa, una descomunal falsedad sugerir que elaboró dicha ley sugestionado por don Hipólito Irigoyen y que, después, cometiera la deslealtad de no hacer honor a su enorme palabra...

Lo que ocurrió, fuera de toda duda, es que él le manifestó al señor Irigoyen su dolor por la criminal incuria de sus conciudadanos, en la que tuvo no poca influencia la sempiterna abstención votada por el radicalismo, si bien ella fué producto de circunstancias en que toda, o la mayor parte de la culpa, le correspondía al partido político del cual era el ídolo el general Roca.

Ambos coincidieron en que era necesario que el gobierno garantiera por fin los comicios; pero esa similitud de juicios no comporta gloria alguna para uno ni otro, pues el país entero pensaba de ese modo y los tiempos estaban maduros para ello.

La gloria de Sáenz Peña consiste, no en pensar de ese modo, sino en la *creación*, en el hecho estupendo de haber convertido la idea en obra, de transformar la flor ideal en fruto de oro. Y en ese sentido, es inicuo pretender despojarle a Sáenz Peña de su gloria o pre-

tender nimbar con parte de esa luz la frente del nuevo ídolo. ¡Con razón mi gran amigo Villafañe, gobernador de Jujuy, a todas horas lo llama a don Hipólito Irigoyen, *falso apóstol, estafador de glorias, embaucador, raquítico, tanto de inteligencia como de alma!*

Niego, en absoluto, que el alma de Sáenz Peña flaqueara en ningún momento..., ni aún dormido, en sueños. La *sombra*, o sea el Ministro del Interior, don Indalecio Gómez, no tuvo la tan marcada influencia contraria que le atribuye el señor Oyhanarte, porque la verdad pura y neta fué que el interventor Gil no fué otra cosa que un muñeco en manos del Presidente, cuyas órdenes él acataba sin vacilación alguna, como ante un amo, como ante un emperador. Con razón el Presidente, imitando a Luis XIV, se atrevió a decir ante la Nación que *el Interventor era él*. ¡Y así era, en efecto! ¡El *fué el Interventor!* ¡Y, si en ese sentido, su obra no fué aún más grande, más fecunda, es porque en ninguna forma quisieron secundarlo ni Irigoyen, ni Crotto, ni Iturraspe, ni nadie, como yo entonces lo lamentara a todas horas, sin poder entender jamás, como no la entiendo ahora, tan epimeteica cuanto funesta aberración! (1).

El hecho cierto, innegable, es que el Interventor y sus ministros no simpatizaban con el radicalismo o, si se quiere, con sus dirigentes. Por otra parte, aquellos hombres carecieron del talento necesario para compren-

---

(1) Epimeteo, en contraposición a Prometeo, el sabio, el previsor, personificaba en la mitología griega, al que nunca sabe nada, ni nada prevee.

der el gran drama que a los ojos de ellos se estaba desenvolviendo. Ellos estaban convencidos, con entera buena fe, con toda lealtad, que el destino le tenía reservado un sonado e inevitable triunfo al partido conservador, allí denominado coalición. No se preocuparon mayormente de los anhelos del pueblo, porque su evidente miopía se los impidió ver. Más todavía... ¡La ceguera de ellos fué absoluta! Pero eso no nos sorprenda mayormente porque *lo mismo creyó el radicalismo de toda la República, con don Hipólito Irigoyen a su frente;* todo lo cual quedará evidenciado en este capítulo y en los dos siguientes.

Es bueno que se sepa que no encontré ningún radical, en Santa Fe, ni en Buenos Aires, ni en ninguna parte, ya fuese un dirigente o un simple soldado, que compartiera mi modo de pensar y pudiera comprender o abarcar, un átomo siquiera, de mis magnas intuiciones.

Cuando yo, poseído de una seguridad absoluta en el triunfo del radicalismo en Santa Fe y en toda la República, así, serena, olímpicamente, se lo vaticinaba al Interventor Gil y al Ministro Rosa, ambos me miraban, aunque sin cólera, sin irritación alguna, perplejos como si estuvieran en presencia de un habitante de otros mundos. El Interventor solía decirme: "En todo el radicalismo que pueda haber en el país, no hay un hombre que tenga semejante fe en la victoria". Y yo le respondía: "¡Es una intuición que no puede fallar; mi voz es la voz del destino!

Este modo de encarar las cosas, esta firmeza in-

quebrantable de mi convicción, nunca me perjudicó en el concepto de ellos; por el contrario, me granjeó su respeto y simpatía, no habiendo recibido de ellos más que atenciones y cortesías, las que obligan mi reconocimiento y el de mi partido.

No se puede decir, por lo tanto, que la Intervención fuera enemiga acérrima o declarada del radicalismo. Lo que hubo fué que, como alimentó el prejuicio del triunfo de la coalición, se mantuvo en *cierta neutralidad,* sin darle mayor importancia a los acontecimientos, deseando, en el fondo, sin duda, pero no con mucho ardor, la derrota del radicalismo.

Indudablemente, el *movimiento* de la Intervención, por culpa principal de uno de sus ministros, era *ondulante,* como diría Edgar Quinet. Mas quien manejaba, en realidad, la brújula, era el mismo presidente Sáenz Peña.

Ya es hora de que a la Intervención se la juzgue con criterio más amplio, más profundo, más sabio... No era la Intervención la que movía al Poder Ejecutivo Nacional. En el *sistema* intervencionista había, en realidad, diversos movimientos, los que conviene señalar.

Para la mejor comprensión de lo que quiero decir, ensayaré una comparación astronómica... Laplace, que concebía a los astros como péndulos inmensos de la eternidad batiendo siglos, surgidos de una nebulosa primordial, creía que todos los movimientos planetarios, tanto de los planetas como de los satélites, debían operarse en el mismo sentido.

Es cierto que en virtud de la ley de las áreas de Keplero, la rotación del sol y la circulación de los planetas debe efectuarse en el mismo sentido, y que, en los sistemas secundarios, que son casi independientes, los satélites deben moverse alrededor de sus planetas respectivos en el sentido de la rotación de éstos; pero de todo ello no se sigue, como decía Faye, que los movimientos de esos sistemas secundarios o parciales deban ser del mismo sentido que los del sistema entero.

El sentido de los movimientos interiores depende de la naturaleza de las fuerzas de esa misma índole, mientras que el sentido de los movimientos del sistema entero, vale decir, de los planetas alrededor del sol, es independiente de esas fuerzas.

Así se comprobó que los movimientos de los cuatro satélites de Urano no son, como los de éste, *directos* alrededor del sol, sino inversos o retrógrados.

El gran descubrimiento de Faye consistió en establecer que en el sistema solar hay dos regiones en lo que toca al movimiento de sus satélites: la región interior, en que los planetas antiguamente conocidos giran sobre sí mismos con sus satélites en el sentido directo, y la región exterior, mucho más vasta, en la que los satélites circulan alrededor de los planetas en sentido retrógrado.

Así, en Santa Fe, en aquel mundo o sistema intervencionista, aunque la Intervención aquella estaba a cien mil leguas de la ideal con que mi mente sueña, la que está por encima de la neutralidad, de la *gran cruzada de brazos,* porque debe ser la sabia y artística

gestora del bien, tan activa y tan hábil como la mano del cirujano que extirpa del cuerpo del hombre el tumor maligno que lo infecciona, restaurando al mismo tiempo todos sus órganos; aunque la Intervención resultó todo lo mediocre y todo lo vulgar que yo había presentido en la velada del Teatro Municipal, menester es declarar, en honor a la verdad, que en aquel mundo o sistema intervencionista había dos zonas de movimiento: una, en que todo era correlativo con relación a la suprema aspiración democrática, y otra en que todo le era un tanto adverso; la primera emanaba del acatamiento absoluto que el Interventor le prodigaba a cuanta orden recibía del Presidente, así como de la, por lo menos satisfactoria, neutralidad que desplegaban, por lo general, los jefes militares destacados con cargos públicos por toda la provincia; la segunda, la zona del movimiento adverso, emanaba de las relaciones desarmónicas y a veces tirantes o antagónicas entre la Intervención y la Junta de Gobierno del radicalismo, si bien le corresponde una gran parte de culpa, sino la mayor, a esa misma Junta, que en el fondo no deseaba otra cosa que provocar actos incorrectos por parte de la Intervención, para cargarle después, al presidente Sáenz Peña, toda *la culpa de la derrota*, que ella consideraba inevitable. Pero en suma, todo el movimiento de la Intervención, venía, en última instancia, a ser resuelto por el señor Presidente, por lo que todo el sistema intervencionista gravitaba en torno de él, como ante un sol, con un *movimiento directo*, correlativo en un todo con su gran ensueño democrático. ¡Esa, y no

otra, es la verdad histórica, como lo iré poniendo de relieve poco a poco!

En realidad, la Junta de Gobierno del radicalismo, marchaba con el pie cambiado. Yo lo veía, lo palpaba a todas horas, impotente para cambiar el curso de la historia, dado que en ninguna forma podía influir en la tal Junta, o más bien porque ella, consciente o inconscientemente, marchaba al unísono con la estrecha, egoísta y pésima manera que tenía don Hipólito Irigoyen de concebir la política.

Los hombres que componían dicha Junta, en vez de hombres de gobierno, eran meros soldados de Irigoyen, que vivían auscultando sus deseos, no porque él se hiciese jefe de ellos, sino porque ellos, carentes de entereza y de carácter, se sentían felices en subordinársele.

Ninguno de esos hombres tenía alma prometeica. Aunque todos simulaban ser rebeldes contra el mal, en realidad no aspiraban a otra cosa que a suplantar a los adversarios en las posiciones oficiales. La cuestión, para ellos, era llegar a usufructuar el poder, y nada más. Creyeron que la jefatura de Irigoyen les convenía, y ellos mismos, ufanos y satisfechos, se hicieron sus esclavos, con la docilidad de ciertos corceles que alargan el cuello para que les pongan el freno.

Ni Irigoyen, ni la Junta de Gobierno del radicalismo santafecino, ni el Comité Nacional, hicieron absolutamente nada para secundar al presidente Sáenz Peña, ni siquiera por formar un ambiente noble, distinguido, correcto, en torno del Interventor, a quien quiero

juzgar con la mayor imparcialidad, con la más estricta justicia.

Un episodio asaz vulgar nos dará la medida de la para mí detestable política seguida allí por el radicalismo en sus relaciones con el Interventor.

Un cierto día, don Ignacio Iturraspe, presidente de la Junta, se presentó, acompañado por varios correligionarios, en la Casa de Gobierno.

Cuentan que la marcha de ellos por la galería, era demasiado estrepitosa. La muleta de don Ignacio — así le llamábamos en privado y en público, — parece que golpeó en el suelo con estrépitos de martillo.

Yo nada afirmo, porque nada ví; pero fuere lo que fuere, lo cierto es que el Interventor, incomodado en grado sumo, no le dió audiencia.

Y hete aquí al señor Iturraspe y a la Junta de Gobierno ofendidos hasta la médula de los huesos. Sin más ni más, haciendo de sus vanidades, o, si se quiere, de sus derechos personales, una cuestión trascendental, resuelven sacrificar al radicalismo, a la provincia entera, así como a los ideales de redención democrática. En consecuencia, sin llamar a asamblea, sin consultar con nadie, sin apelar al Presidente, por sí y ante sí, decide cortar toda clase de relaciones con la Intervención.

Sin embargo, don Horacio B. Oyhanarte ha estampado en su libro lo siguiente: "Cada reclamo creaba una nueva susceptibilidad con la intervención. *Por un milagro de paciencia no se echó a rodar todo, quebrando con aquella autoridad tan celosa con la reparación como ostensiblemente amiga de los hombres del régimen*".

No obstante tan rotunda aseveración, el hecho histórico, tan cierto como que el sol alumbra, es que la Junta quebró con la Intervención por un motivo tan nimio, echándolo a rodar todo como un niño enfunfuruñado a quien se le ha quitado un juguete.

Mas no debe extrañarnos que Oyhanarte desvaríe así en ese punto como en varios otros. Todos esos hechos que relata, los conoce de oídas, por referencias antojadizas o interesadas. El no fué actor de ninguno de ellos. No tuvo ocasión de conocer y juzgar al Presidente. Su apología, por lo demás, no tiene otro objeto que loar a su ídolo, sin preocuparse poco ni mucho en ahondar en los problemas. A él le ha bastado, en su fanatismo, hacer de su ídolo un dios para postrarse a sus pies (1).

Cuando yo conocí la resolución de la Junta, espantado y colérico lancé una carcajada homérica... Por todos los dioses del Olimpo, ¿en qué estarían pensando aquellos hombres? ¿Se habrían enloquecido, acaso? ¿Era, por ventura, posible concebir que por una cuestión tan necia, tan banal, tan insignificante, los mismos radicales echaron a pique la santa barca de sus más caros ideales?

Yo me negaba a creerlo. Aquello me parecía un sueño. Tal acto comportaba la derrota, el suicidio mismo frente a la victoria, a darse por vencido a poca distansia de la suspirada y bendita playa redentora.

---

(1) Oyhanarte no hizo otra cosa que acompañar a Irigoyen en una pequeña gira por las ciudades de Santa Fe, Rafaela y Esperanza, como vocero del ídolo.

¿Yo, yo, nada menos, iba a acatar ese fallo epimeteico? (1). ¡Antes habían de juntarse la tierra con los cielos! ¡Jamás!

Impulsado por el Prometeo que en mi pecho mora, me dirigí, haciendo de cuenta que el tal decreto no existiera, a la Casa de Gobierno. Solicité hablar con el Ministro Rosa y con el señor Interventor. En el acto se me hizo pasar. Fuí acogido con singular benevolencia y simpatía. Y les dije con inmensa entereza e inmensa lealtad:

"Señores: La Junta de Gobierno habrá tenido buenas o malas razones para cortar toda relación con la Intervención. Yo, despojándome de la representación que invisto, en mi calidad de simple ciudadano y de veterano del radicalismo, no puedo tolerar que mi partido, por la obcecación de unos cuantos hombres, ruede hacia el abismo a que ellos quieren precipitarlo. Así está escrito en el libro del destino, y ese mismo destino quiere que sea yo quien se preocupe en este momento de su salvación. Hay miles y miles de ciudadanos radicales que no van a poder votar por no tener en forma sus libretas. Es necesario que se cumpla la promesa del señor Presidente. Luego, es menester que la Intervención me oiga como si yo encarnara la representación del radicalismo de toda la República".

¡Oh, debo decir la verdad! Si el ministro Rosa me escuchó con agrado, el Interventor me escuchó con singular encanto. En el acto mandó buscar y traer en au-

---

(1) Epimeteico, como ya lo he dicho, significa, insensato, aberrante, falto en absoluto de previsión.

tomóvil al jefe del Distrito Militar, el cual era un teniente coronel, pariente muy cercano del señor Iturraspe, cuyo nombre se me escapa en este instante. En mi presencia le dió las órdenes pertinentes, las que fueron escuchadas con visible desagrado.

La conversación fué larga y amena. Yo había entrado a las doce y salí a las cinco.

Esto pone en evidencia que el Interventor tenía un fondo afable y justiciero.

Entre pocillo y pocillo de café, había llegado a decirme, en un momento de franca expansión, que "lo que le disgustaba era el radicalismo amorfo, híbrido, sin cabeza directriz pensante, sin prejuicios, sin ideales, sin el noble y generoso lirismo de Alem". "Yo — agregó — me siento radical, o, mejor dicho, tendría la mayor simpatía por un radicalismo a cuyo frente hubiera estado el malogrado doctor Aristóbulo del Valle; pero me molesta un radicalismo populachero, que quiere llegar a la Casa de Gobierno a paso de conquistador, haciendo tabla rasa de la educación y la cortesía. ¡Si todos los radicales fueran como usted, yo me sentiría encantado!"

El doctor Gil cumplió lo que prometió, por lo que los radicales debemos estarle agradecidos, y por lo que no debemos amontonar tanto vituperio contra su acción.

No habrá que decir que yo oculté mi victoria cual si hubiera sido un delito. A mí me bastaba la satisfacción de saber que había cumplido con mi deber.

Nada hubiera trascendido al público si el popular diario rosarino "La Capital", órgano del partido de-

nominado entonces Liga del Sur, no hubiese publicado un suelto con este título: *Conferencia Isla-Gil,* bordando, en torno de ella, comentarios en tono asaz misterioso.

Tampoco la cosa hubiese pasado de ahí, sin embargo, a no haberse sentido otra vez herida de muerte la banalidad de mis ilustres compañeros, héroes estupendos del radicalismo.

Me encontraba presidiendo una reunión política en el pueblo de San Cristóbal, cuando mi secretario Sourigues puso en mis manos una nota que me enviaba la tan patriótica Junta de Gobierno. Mi secretario creyó, triunfalmente, que en ella se resolverían varias grandes dificultades, respecto de las cuales yo venía clamando a todas horas. Mi sorpresa fué casi tan grande como mi indignación al enterarme de que era un apercibimiento en regla.

La Junta de Gobierno, sin más ni más, sin inquirir nada, sin saber ni palabra de lo que se había tratado, bajo la firma de su presidente, el señor Iturraspe, y de uno de sus secretarios, el señor Domingo Frugoni, Zabala (1), creía conveniente hacerme saber que ella había resuelto cortar sus relaciones con la Intervención, cosa que yo debía haber ignorado por haberme encontrado ausente, exigiendo la disciplina del partido que no se repitiera el hecho, pues su repetición *perjudicaría* al radicalismo.

¡A buen puerto venían por agua...! Al leer el

(1) Llegó a ser Fiscal de Estado, Diputado Nacional y Auditor de Guerra.

apercibimiento noté que mi espíritu hervía de noble emulación y que estaba dispuesto a repetir todos los días el *santo pecado*, el *pecado sublime*, como Santo Tomás llamaba al amor a la belleza y la justicia del filósofo pagano Platón, de quien San Clemente decía en los *Stromates*: "Es el amigo de la verdad y está inspirado por Dios mismo".

Inmediatamente, con la tinta roja que era la única que tenía al alcance de mis manos, contesté... lo que debía contestarle, impulsado otra vez por Prometeo.

¡Hablarme de disciplina a mí para, en su nombre, sacrificar al radicalismo y llevarlo a la derrota y a la muerte! ¡Já, já! ¡Qué ilusión! ¡A nadie se le ocurra eso ni en sueños...! *¡Yo soy el rebelde del bien sobre la tierra!*

Entre otras cosas le dije que cuando todos traicionaban su deber, yo no podía traicionar el mío, y que era menester que el partido radical triunfara aunque se pusiera en su contra la Junta de Gobierno con don Hipólito Irigoyen a la cabeza.

No sé, ni quiero recordar cuántas ironías y sarcasmos estampé en aquella larguísima respuesta, a la cual, dándole la importancia de un documento histórico y para que se conservara como una reliquia de civismo, copié con mi puño y letra, con la misma tinta roja, en el libro de actas del Comité Central del Departamento de San Cristóbal, donde todavía estará, sin duda alguna, perdido entre la balumba de los papeles viejos, carentes de todo valor.

Fué en esos momentos cuando adquirí la plena con-

vicción de que lo que menos deseaba mi partido, era empeñar la batalla comicial, porque la juzgaba perdida de antemano, y porque prefería la otra, la sangrienta, la que hubiera llevado a la República a la retrogradación, al caos, a la anarquía.

Mi convicción, en cambio, tan robusta y tan firme como una montaña, era que en los comicios nos esperaba la victoria, la cual nos daría el triunfo en toda la República. ¡A los comicios había que ir a buscar el vellocino de oro! ¡Juro que mi convicción era así, y que no tuve ni un segundo de duda, ni aún dormido, en sueños, y que a mi espíritu la derrota le parecía algo tan absurdo, que ni en hipótesis podía admitirlo!

Es que yo tenía la intuición de que la provincia de Santa Fe estaba madura para el gobierno propio, que el presidente Sáenz Peña cumpliría su promesa y que la República entera, puede decirse, podría pasar sin solución de continuidad, mediante el riel de las intervenciones, del despotismo y la oligarquía al gobierno de la verdad, de la ley y del progreso.

Por desgracia, en el radicalismo nadie, absolutamente nadie pensaba como yo. Su jefe, el señor Irigoyen, *falto en absoluto de espíritu prometeico,* no sabía auscultar el corazón de la patria, obsesionado por escalar la cumbre a sangre y fuego, sin otro norte que el goce materialista de la cumbre misma, como lo ha demostrado a toda hora y lo sigue demostrando desde la cumbre de su senectud, donde aún no ha florecido ni un ensueño que revele en él condiciones de legislador o de estadista.

¿Pero qué era, en resumidas cuentas, lo que quería o pretendía el radicalismo de mi patria? ¿Qué comedia o qué farsa se estaba representando en Santa Fe? Yo, desesperado, inquiría la respuesta día y noche, con el alma enfocada hacia todos los rumores. Nadie, en torno mío, sabía nada. Todos parecíanme ciegos, ciegos en absoluto, meros instrumentos del destino. Todos los dirigentes, consciente o inconscientemente, amaban la derrota. Yo no tuve la dicha de encontrar un *as,* uno tan sólo, que amara la victoria, por lo menos en la forma que yo la amaba, consistente en poner toda el alma en ese amor, sin ningún factor negativo, y en pensar y en obrar y hasta en soñar en un todo conforme con ese amor.

¡Ay de mí! Sin embargo, *yo sabía* que esa victoria resultaría la alegría para todos..., menos para mí; el éxito en la vida para los demás, y el dolor, la tristeza y el desencanto para el autor de estas memorias, no significando eso, por cierto, una derrota, porque sólo está derrotada un alma cuando está vencida. Y *aún sabiéndolo,* no alimentando ni una sombra de duda con relación a mi suerte, amarga y triste, resolví no omitir esfuerzo para que se consumara la obra del destino que yo columbraba que también sería triste y amarga para mi patria, por lo menos durante algunos años, pero sobre el cual, sin embargo, se levantaría el castillo encantado de nuestra grandeza futura.

Más de una vez, en aquella cruenta campaña, sentí el corazón deshecho; pero en ninguna ocasión mi alma dejó de estar estoicamente en la brecha, siempre dis-

Indice del tomo segundo

INDICE DEL TOMO SEGUNDO

NOTA.—Este tomo comporta un estudio prominente de la psiquis de Don Hipólito Irigoyen, bello como el firmamento, profundo como el mar... Todo él semeja una inacabable lluvia de estrellas. Contiene, además, todos los pensamientos económicos, financieros, éticos, jurídicos y hasta teodiceicos que constituyen lo que el autor llama, con profunda inspiración, el *Evangelio de la patria,* fuente perenne de bienes inefables. Y no sólo eso... Contiene, también, el programa que, *por fin,* a manera de Lábaro, deberá ostentar el radicalismo para convertir esta tierra en el suspirado Edén de la leyenda bíblica... De hoy en adelante, la noble patria de los argentinos, haciendo honor a ese Evangelio y a ese Lábaro, honrando, al par, al rutilante cuanto sublime emblema de su bandera, marcará en el mundo una hegemonía de ciencia, hermosura, justicia, cultura, bienestar e *indemortalidad,* tal cual la entrevé el autor en sus ensueños, tan gigantescos como esa Cordillera Andina que al cielo toca con sus cumbres... — *El Editor.*

puesta a evitar que don Hipólito Irigoyen hundiera en sangre a la República.

De repente se planteó el problema de si debía votarse por el padrón de 1902 o por el padrón militar de 1911. El primero era un semillero de fraudes; el segundo, recién confeccionado, ofrecía satisfactorias garantías.

A mí nunca me hubiera podido pasar por la mollera que pudiera el radicalismo, tan luego él, el campeón de la pureza, desear que se votara por el padrón antiguo, *el del régimen*, plagado de inconveniencias, repugnante, detestable, en que todos los muertos seguían viviendo. La honradez, la lealtad, la decencia, exigían que nosotros nos pronunciáramos a favor del padrón limpio, como limpios y nobles debían ser todos nuestros actos. Más esos eran simples ensueños de poeta, como alguien me dijo.

De la noche a la mañana, los señores Ignacio Iturraspe, Manuel J. Menchaca, Enrique B. Mosca y Domingo Frugoni Zabala, se transformaron en campeones y sostenedores del padrón maldito, a pesar de que el mismo señor Iturraspe, poco tiempo antes había precedido una delegación, que se había entrevistado con el presidente Sáenz Peña, en el mes de abril, y le había pedido *que el registro militar sirviera de base para la formación de un padrón electoral honesto y limpio.*

Yo me propuse impedir a toda costa que se consumara tamaña monstruosidad... ¡Ah, con razón se habían cortado todas las relaciones con la Intervención! ¡Lo que se quería, ya se votara por uno u otro

padrón, era poder achacar toda la culpa de la derrota al presidente Sáenz Peña!

Si perdíamos la elección con el padrón viejo, la pérdida estaba justificada por habérsenos obligado a votar por el padrón del régimen, *espúreo, falaz y corrompido;* si la perdíamos con el padrón militar, aunque la excusa no era tan digerible, la culpa la tendría el Gobierno Nacional también, a causa de que el rompimiento de relaciones con la Intervención nos había privado de la posibilidad de sanearlo en debida forma y de poner en condiciones electorales a muchos correligionarios nuestros, cuyas libretas adolecían de vicios.

Pero había algo más... Se pensaba que por el padrón militar, la derrota no sería muy ruidosa, pues no iríamos muy a la zaga del partido vencedor; pero que, en cambio, por el padrón viejo, resultaría verdaderamente desastrosa, poniendo en evidencia que el Presidente había faltado a su palabra, no quedándole al pueblo otro camino que el de la revolución.

En una palabra: lo que se quería era hacerle cargar el perro muerto al gran Sáenz Peña, que contemplaba el drama a la distancia con alma candorosa y pura. Y el fin execrable y maldito de todo ello era lanzar al país a todos los cataclismos de la guerra civil.

¡He ahí el maquiavelismo del señor Irigoyen, que muchos han ensalzado hasta las nubes, pero que a mí me estremece de indignación, de los pies a la cabeza! ¡Ese llamado *talento político*, esas *vivezas* deben ser por siempre escarnecidas y repudiadas en nuestra patria, porque constituyen, en realidad, uno de los más

grandes crímenes que puedan cometerse! ¡Por lo menos así lo han entendido todas las almas honradas!

Yo no podía, yo no quería convencerme, en modo alguno, de que aquellos compañeros míos, fueran tan obcecadamente al abismo... En una reunión que tuvimos en el Rosario, traté, aunque convencido de la inutilidad de mis esfuerzos, de convencer a no menos de treinta personalidades, esgrimiendo mil argumentos, de que lograríamos un triunfo memorable votando por el padrón militar. ¡Nada comprendieron! Mis razones no les produjeron el más mínimo efecto. ¡Oh, tenían el corazón y el alma ciegos!

Siete días me pasé después en Santa Fe girando, a todas horas, en torno de los señores Iturraspe, Menchaca, Mosca y Frugoni Zabala, como un moscardón insoportable. Iba de puerta en puerta con mis argumentos al hombro. Pero... ¡nada! *Ni una sola vez* pude sorprender en la fisonomía de alguno de ellos el más fugitivo pensamiento concordante con el mundo de ideas que rebullía, como un huracán, dentro de mi cráneo.

¡Oh, estaba escrito que ellos, en manos de Irigoyen, fuesen los instrumentos ciegos del *mal destino;* pero yo quise, a mi vez, sobrepujar al destino mismo, dictarle, como un dios, una nueva página de su libro, obligarle a que escribiera que era mi voluntad que no se realizara la voluntad de Irigoyen!

En realidad, lo que había era que yo intuía divinamente que yo era, a mi vez, el instrumento del *buen destino,* y que estaba también escrito que yo venciera

al señor Irigoyen en aquella contienda en que se jugaba la suerte de la patria, para que ésta, bajo la égida de la paz y la concordia, pudiera entrar en la era bendita del progreso y la felicidad, que *recién empieza* a mostrar sus primeros arreboles sobre el horizonte.

Como el señor Manuel J. Menchaca desempeñaba el cargo de secretario general de la Junta de Gobierno y, por ende, todo pasaba por sus manos, me pareció conveniente hacer converger mis fuegos contra él. A ese efecto no sé cuántas visitas le hice en su consultorio, con singular persistencia, tratando de convencerlo de que, votando por el padrón militar, alcanzaríamos una fácil y ruidosa victoria, sin el menor género de duda. El me escuchaba absorto, perplejo... Parecía no poder comprender. Alguna vez creí que no me prestaba atención, que mis palabras pasaban por su alma sin tocarla. Más de una vez sentí el dolor y el desconcierto de sentirme en presencia de una efigie. El no era expansivo, ni comunicativo, porque en realidad nada tenía que comunicar, dado que no podía su mente aclarar el drama en que él mismo era gran actor. Pero él no se irritaba..., ni yo tampoco. ¡Mi paciencia y mi afán eran infinitos!

El tiempo, sin embargo, apremiaba. Yo temía que de un momento a otro partiera una delegación para Buenos Aires a los efectos de pedirle al Presidente se votara por el padrón maldito, el de la derrota inevitable. Mas, por otro lado, estaba tranquilo y confiado, porque ningún miembro de la Junta me había dicho absolutamente nada en ese sentido. Pero mi instinto,

que nunca me ha fallado, me decía: ¡te están traicionando!

Un cierto día me decidí a entablar con el señor Menchaca una conversación terminante, decisiva, dispuesto a quebrar lanzas con el mundo entero. La noche me la pasé escribiendo un estudio que epigrafié de este modo: *¿Evolución o revolución?*

A las nueve de la mañana del día siguiente — era el 3 de febrero de 1912, — me encaminaba a casa de Menchaca, muy gallardo, con mis papeles en las manos. Mi plan era éste: leerle el estudio, sondearlo a fondo y en seguida plantearle el dilema, resuelto a impedir la revolución, cuyas alas fatídicas yo veía cernirse sobre toda la República.

En su propio comedor, a las primeras de cambio, noté una ligera agitación, un tanto extraña e incomprensible. Con cierta desesperación, me dijo: "¡Siéntese usted en este sofá, al lado mío, y dígame por qué sigue creyendo que el padrón militar nos llevará a la victoria".

Al oir tal pregunta, me desconcerté... Ví que nuestras almas estaban a cien mil leguas de distancia. Si yo no le había podido infundir anteriormente ni un átomo de fe, ¿cómo iba a inculcársela en ese momento, de una manera fulminante, aunque empleara la lógica de Sócrates y la elocuencia de Demóstenes?

Mi asombro llegó a ser colosal, cuando él me dijo con un acento que me pareció sincero, que el radicalismo triunfaría con el padrón maldito, precisamente.

Agobiado de dolor, pero, a un tiempo mismo, re-

belde como un titán, le leí mi estudio, en dieciséis nutridas páginas, que él escuchó sin pestañear, con suma deferencia, pero sin entender ni una palabra, porque la sociología era para él una ciencia abstrusa, inaccesible.

He aquí algunos párrafos de mi estudio...

*

* *

"Le revolución, nos vemos precisado a repetirlo, no es más que un mero accidente del proceso evolutivo.

"La humanidad forma parte del universo animado, y su existencia está regida por leyes universales.

"En ella, lo mismo que en la tierra, el cataclismo es inevitable.

"Todas las modificaciones de la corteza terrestre, tanto las depresiones como los levantamientos, son debidos a influencias de acción lenta pero constante, a fuerzas que obraron desde el principio y que continúan obrando todavía, a fuerzas que contenidas durante algún tiempo, si su potencialidad se acrecienta, se expanden, vencen la resistencia que encuentran, rompen el cerco que las aprisiona y oprime, se libertan y revelan su existencia de un modo brusco, violento, revolucionario.

"De la misma manera, la humanidad no se ha dado a sí misma instituciones arbitrarias y fantásticas: lo que hay es que ha descripto muchas curvas, quebradas y espirales, porque no siempre ha sabido hallar la línea

recta; sus instituciones han sido, son y serán siempre una mera consecuencia de la necesidad, creadas casi inconscientemente para satisfacción, no de espíritus amorfos e inestables, sino de espíritus característicos, de voluntad poderosa y dominante'' (1).

''Y pasa con las ideas lo mismo que con las semillas que, arrojadas sobre la tierra, primero parecen muertas a pesar de su vida latente, y después, empujadas por la fecundación, violentan y rajan la tierra que las cubre y, convertidas en plantas, aparecen ante el mundo, para cubrirlo más tarde de flores y de frutos.

''Por eso toda revolución debe ser considerada como un fenómeno tan natural como el que realiza la mariposa cuando dejando de ser crisálida, rompe la túnica de fibras flexibles que la envuelve como una mortaja, y se echa a volar por el espacio inmenso, indecisa y deslumbrada ante los vastos horizontes de luz que la circundan.

''Si una revolución, aún la más legítima, aquella que vaya dirigida contra un amo o contra un régimen funesto, produce en muchos espectadores un sentimiento de profundo disgusto, desconfianza y desaliento, no es porque no la consideren como un fenómeno normal de la vida del pueblo en que estalla, sino porque ella, como sucede casi siempre, u ostenta un programa mise-

---

(1) Llamamos espíritus característicos a aquellos en que se reconocen estas dos modalidades indicadas por Ribot: la unidad y la estabilidad. En virtud de la unidad idiosincrática, el hombre que posee esta cualidad, piensa, actúa y reacciona de una manera siempre homogénea y constante... La estabilidad no es nada más que la unidad continuada en el tiempo.

rable que traducido al lenguaje de la realidad, no significa más que provecho y ventaja para sus directores, o está condenada al fracaso por ser más instintiva que razonada, mereciendo, en este último caso, ser comparada con un barco sin velas, timón, ni brújula que, anhelando llegar a su destino, luchara en medio de un mar airado y borrascoso, con un infinito enjambre de olas enfurecidas... "De revolución en revolución — decía Reclus, — el curso de la historia parece el de un río contenido de distancia en distancia por obstáculos. Cada gobierno, cada partido vencedor, ensaya dirigir la corriente a derecha e izquierda para llevarle a su campo, a su molino... Ese eterno vaivén que nos enseña en el pasado la serie abortada de revoluciones parciales, la labor infinita de las generaciones que se suceden en la desgracia, dando vueltas sin parar a la roca que les aplasta; esa ironía del destino que nos enseña cómo los cautivos rompen sus cadenas para dejarse atar nuevamente, es causa de un gran trastorno moral, y por eso vemos hasta entre los nuestros, hombres que, perdiendo toda esperanza y cansados antes de haber luchado, se cruzan de brazos, abandonándose al azar y olvidando a sus hermanos. Amémoles como amigos débiles, como ignorantes que no sabían lo que hacían o lo sabían a medias; no veían los accidentes del camino que habían de seguir, o bien creían ser transportados por la suerte, como el navío, al que un viento favorable empuja felizmente hacia el puerto de salvación; quisieran llegar al fin, no por el conocimiento de las leyes naturales y de la historia, ni por la tenacidad de su voluntad, sino por

la suerte o por vagos deseos, pareciéndose en esto al místico extraviado de entendimiento que, convencido de que se pasea por la tierra, cree no obstante que le guía en su camino una estrella de las que brillan en el cielo... (1).

*
* *

Al terminar de leer mi trabajo, tuvo Menchaca conceptos amables para mí, que yo nó escuché, porque un tétrico dolor de desencanto me lo impedía. Quise, en un estado un tanto *grogy*, volver al ataque. Mas él me dijo entonces algo que hubiera sido más humano empezar por decírmelo en cuanto me vió:

—De todos modos... ¡ya es tarde!

Al oirlo, instantáneamente adiviné. Mas no caí... Mi alma se enderezó como la de un titán. El desastre ponía alas en mi frente.

Cejijunto, con voz profunda, pero sereno, le pregunté:

—¿Por qué?

—Porque anoche partió el memorial pidiéndole al Presidente que decrete se vote por el padrón antiguo, memorial que le será presentado mañana, en la audiencia que le ha otorgado a los delegados de todos los partidos políticos de esta provincia.

—¿Qué firmas lleva?

—La de don Ignacio y la mía.

---

(1) Este estudio me sirvió posteriormente para confeccionar un capítulo de mi obra *Agerpericleísmo*.

—¿Quiénes lo llevan?

—Don Ignacio y Lehmann.

—¿A qué hora hay tren para Buenos Aires?

—Dentro de pocos minutos.

—¿Podré alcanzarlo?

—Sí, *pescando* un auto.

—Bueno... ¡adiós!

Y no dije más... ¿Para qué? "Si el mal tiene remedio, ¿por qué te quejas?; si el mal no tiene remedio, ¿a qué te quejas?"

Todo aquello implicaba, sin duda, una perfidia inusitada. Ellos se sentían satisfechos porque habían obedecido al amo, pero yo no... Una vez más me convencí en el acto de que todos aquellos próceres del radicalismo eran los meros agentes de la fatalidad del mal. ¡Todo lo que pasaba, tenía que pasar!

En el camino constaté con emoción que mi esperanza había echado alas tan grandes como el mundo. ¡Oh, no pierdas la esperanza... ni aún cinco minutos después de muerto! El recuerdo de mi madre me alentaba. Mi corazón, hasta entonces deshecho de dolor, experimentó un alivio gigantesco. Me pareció que se había aligerado, que también él había echado alas. Es que el enjambre de dolores que lo aplastaba, se había desvanecido.

Al tiempo de arrellenarme en el asiento del tren, lancé un largo y profundo suspiro, y tuve una inmensa, una divina intuición... "¡Oh, — pensé — está escrito en el libro del destino que el presidente Sáenz Peña y

yo hagamos triunfar al radicalismo, salvemos la causa de la democracia y, con ella, a la República!''

Sentíme decidor, alegre, satisfecho... A poco andar el tren, divisé un hornero encaramado en lo alto de una araucaria. Al verlo recordé mi símil herécleo-dionisíaco, y exclamé: ¡Yo soy como el hornero que al ver su nido despedazado por el rayo, lanza estridentes clarinadas, como pregonando a todos los vientos la libertad de sus alas!

EXTRAÑA PROFECIA HECHA A DON LISANDRO DE LA TORRE

El 4 de febrero de 1912 encontréme en Buenos Aires...

Hacía un calor insoportable. Parecía que el mismo trópico se había trasladado a la ciudad.

Ambulé por toda la ciudad buscando a los señores Ignacio B. Iturraspe y Rodolfo Lehmann. Estuve no sé cuántas veces en la casa de don Hipólito Irigoyen. Recorrí no sé cuántos hoteles. En ninguna parte me dieron noticias de ellos.

La conferencia era a las cuatro... Yo quería tener con ellos una entrevista decisiva ante el mismo don Hipólito. De llevarse a cabo, ¡qué solemne hubiera sido! Estaba dispuesto a darle quince y raya al mismo D'Artagnan. Pero el destino no lo tuvo por conveniente.

Eran ya las tres de la tarde y aún no había almorzado. Sofocado de calor, no sé cuántos helados de crema me ví obligado a tomar. ¿Iría a la Casa de Gobierno en el momento mismo de la audiencia, dispuesto a librar la última batalla en una galería cualquiera? ¡Trepidé! ¡No sabía qué hacer! En la misma Casa de Gobierno iba a resultar extemporánea, ineficaz.

Llegué a mi hogar materno. Contéle mis cuitas a mi madre. Ella me dijo, con clara intuición:

—Desconfía siempre de Irigoyen. ¡Nunca recibirás un bien de manos de él! ¡Acuérdate siempre de lo que ahora te digo! ¡Será un hombre funesto para tí y para el país! ¡No te quepa la menor duda!

Lo curioso es que yo, aunque no se lo dije por no amargarla, pensaba exactamente lo mismo que ella. ¡Ay de mí! ¡cuánta razón tuvo aquella mujer extraordinaria!

Desde las 12 estaba la mesa puesta esperándome. Yo me paseaba en torno de ella sin poder disimular mi rebelión, hecha de cólera y tristeza. Era inútil hablarme de comidas. Preferí darme un baño de lluvia. Un momento después, tonificado, me acerqué a mi madre radiante de alegría y le dije:

—¡La patria está salvada...! Un *gran radical,* sin saberlo, sin quererlo, la va a salvar. El destino en este mismo momento ha puesto en sus manos esa misión sublime. ¡Ya estoy tranquilo! Los delegados del Partido Constitucional pedirán el padrón maldito; los delegados de la Coalición, claro está, pedirán el padrón maldito; los delegados del radicalismo — ¡qué horror! — también pedirán el padrón maldito; pero don Lisandro de la Torre, jefe de la Liga del Sur, el gran radical del 90, haciendo honor a su tradición gloriosa, pedirá el padrón militar y, sin darse cuenta de ello, abogará por el triunfo del partido radical.

Entonces, al día siguiente, bien temprano, sin pena, ya serenado mi espíritu, tomé la pluma y, en forma de

carta, le hice esta extraña profecía a don Lisandro de la Torre, a quien ni de vista conocía...

Doctor Lisandro de la Torre.

Distinguido señor:

Momentos antes de tener lugar la audiencia concedida por el Ministro del Interior a los jefes de los partidos políticos de Santa Fe, predije la actitud de cada uno de ellos, y hasta me parecía oir en las vibraciones del éter las palabras que se cambiarían de una y otra parte.

Esto no quiere decir que me atribuya la pretendida ciencia índica o mesmérica de aquel Cagliostro que durante la Revolución Francesa dicen que todo lo predijo, hasta el advenimiento al trono de un hombre que era entonces un simple oficialillo y luego resultó el genio de la ambición y de la guerra.

Me llevó a esa fácil solución el conocimiento que tengo de esos jefes, cuyas almas se han transparentado en manifiestos y publicaciones diversas.

Un largo proceso de deducciones e inducciones me llevó a esa síntesis como por un riel, y no esa tal llamada ciencia, preconizada por algunos quiméricos soñadores — ¡Croókes y sus famosos tubos me perdonen! — que, sobre hechos que parecen extraños y misteriosos, han fundado fantásticas teorías de desdoblamientos astrales, inconsistentes, incorpóreas como los mismos espíritus inmortales que admiten *a priori* aunque ello esté

en abierta pugna con la teoría física e incuestionable de las fuerzas y sus transformaciones, vulgarizada por Büchner y otros filósofos eminentes.

¡Quæ sunt Césaris, Césari! A no haber mediado la profunda convicción que abrigaba de que no fallaría usted a la cita, hubiera sentido una profunda amargura porque hubiera creído ver en peligro el porvenir de nuestra misma democracia. Bien columbraba yo que el más ardiente y decidido paladín de ella, con la noble entereza de los Gracos, quebraría muchas lanzas en honra y prez de su dama. Bien sabía yo que su protesta sería varonil y altiva como cuadra a los grandes tribunos, y que usted no hubiera suscrito, en ningún caso, los artículos primero y sexto del documento radical; genuflexiones palaciegas que están en perfecta concordancia con esos maestros de ceremonia, rígidos y payasescos que, como especímenes de decadencia, ornan la casa augusta donde en otra época el gran Sarmiento quiso cimentar la democracia con portland de cultura.

Esas genuflexiones, que para desgracia de los partidos populares, serán aceptadas con sumo agrado por el gobierno nacional para apuntarlar a la bamboleante Intervención, traen a la memoria las curvas grotescas de las espinas dorsales flexibles y anquilosadas.

Ellas hubieran provocado la ira brava de aquel viejo Alem que siempre buscó la puerta o las brechas, pero nunca los postigos porque encorvan la estatura. ¡Oh, nunca mejor ocasión que esta para repetir el lamento de Virgilio: "*¡Quantum mutatus ab illo!*"

Encuentro dignísimas todas sus actitudes ante el

presidente de la Nación, y veo que al defender usted los derechos de su partido, ha beneficiado, en primer término, a aquel en que yo milito, y ha salvado, tal vez inconscientemente, la causa de la democracia, que hubiera perecido fatalmente en otras manos menos hábiles y expertas.

Los que se consideren con derecho a ser tribunos del pueblo, para demostrar que no se han abrogado un derecho que no les pertenece, no deben hacer concesión alguna, palaciega o cortesana, a los gobiernos existentes, porque la soberanía popular que ellos representan es inalienable e imprescriptible como reza en la Constitución Argentina.

Yo, por mi parte, confieso a usted con profunda sinceridad que no hubiera suscrito nunca los artículos observados, no sólo porque su aceptación causará perjuicios incalculables a los partidos populares, sino porque están en abierta contradicción con mi radicalismo, que nunca, del 90 hasta la fecha, que es, como si dijéramos, *desde que vine al mundo,* tuvo un minuto de defección ni cobardía, y porque soy radical en todos los actos de mi vida, no por seguir la corriente de Juan o Pedro, sino como un resultado de mi propia idiosincracia, por lo que, si no existiesen radicales en la República, no por eso dejaría yo de serlo.

Ha salvado usted la causa de la democracia y ha beneficiado en primer término al partido radical — he dicho más arriba. — ¿Se ha dado utsed clara cuenta de ello?

No me extrañaría que su percepción hubiera sido

un tanto confusa. Los hechos sociales, siempre poliédricos, no suelen ser abarcados en todas sus facetas por las almas ardientes. En la gesta amplia, profunda y misteriosa de la revolución francesa, hubo aristócratas, cuyos actos, sin saberlo, resultaron golpes de pica asestados por la libertad en la Bastilla megalítica, en que los druidas de todos los tiempos pusieron la mano y en que cada despotismo colocó su block de piedras bárbaras.

No le molesten a usted mis franquezas... No conozco otro lenguaje que el de la sinceridad, aunque sé que ésta no se cotiza a precio alguno en ningún mercado. Acepte, pues, mis plácemes con agrado, dado que, si como es frecuente entre los lidiadores de todos los tiempos, ya esgriman espadas o banderillas, gustar del deleite del aplauso público como de un néctar paradisíaco, ningún batir de palmas hará vibrar mejor los parietales que el que dimane del adversario, por desconocido y modesto que éste sea.

Solamente le falta para completar la obra hermosa que viene usted realizando que, sin esperar esas solicitaciones tan gratas al amor propio, eche usted a volar su espíritu por las regiones excelsas e inicie y procure un acercamiento entre liguistas, constitucionalistas y radicales, sin mengua ni desdoro para nadie, tomando la resolución previa de arrojar por la ventana enojosas susceptibilidades en que suelen caer de bruces los propósitos más bellos.

No me gustan esos espíritus tibios y amorfos que son llevados por las corrientes políticas como el corcho

sobre las olas; les tengo comparados con las ropas de entretiempo, que no abrigan en invierno y en verano calientan demasiado.

La tierra fecunda no devolvería cosechas de oro, si el hombre, como dicen los economistas, no pusiera de su parte el movimiento que pone en el surco el grano.

Esto no quiere decir que me satisfaga la movilidad mercurial de ciertos hombres, presentes en cuerpo en todas partes y en espíritu en ninguna, porque del músculo sagrado por excelencia, arrancáronse el alma con feroz egoísmo dejando sólo un pedazo de ella: la ambición.

Los grandes tribunos deben tener moralmente talla gigantesca y obrar con la debida parsimonia. Los dioses andan reposada y majestuosamente..., según reminiscencias virgilianas. En esa maquinilla admirable en que el genio humano fijó con precisión en una esfera la ley de la rotación de la tierra alrededor del astro diurno, puede encontrarse un símbolo de la vida: el minutero da doce vueltas por su camino, pero sólo el horario con su eterna pachorra marca las horas.

No tema usted que su personalidad se desvanezca y se pierda dentro del mayor número como los colores anilínicos que, con ser alcaloides tan poco solubles en el agua, ni se nota su presencia si se les arroja a los senos de los mares. Las grandes personalidades necesitan de los grandes marcos. El pináculo de la gloria es como las altas cumbres, que requieren ancha base que las sustenten.

Si quiere usted elevarse a esas alturas, clave su

mirada en las sombras del futuro, que pretenden inescrutables. Escrute usted esas sombras y verá que en ellas mora soberbia matrona, divinal cual una diosa olímpica, que con un dedo sobre sus carmíneos labios, demanda silencio e impone misterio, al par que con la diestra descorre regia cortina que oculta un lecho de oró, y con una mueca ambigua y un gesto picaresco, invita a sublimes desposorios a todos los hombres grandes... ¡Anímese usted!

Ruégole guarde reserva sobre esta carta en que el espíritu quisquilloso de algunos de mis correligionarios pudiera hallar profundas lesiones a esa loada disciplina que podrán acatar, humillando la frente, los hombres nacidos para obedecer a que se refiere la terrible sentencia aristotélica, pero que yo considero como la más vejatoria *capitis deminutio* de cuantas consagraran el derecho romano y la legislación moderna.

Saluda a usted con su consideración más distinguida

Eduardo Isla.

*

* *

Fastidiado al infinito por los recelos y suspicacias de que siempre ha hecno gala el señor Irigoyen, terminé la anterior carta, como se ve, expresándole al doctor de la Torre el deseo de que no trascendiera el sentido de ella. Mas, apenas se la hube enviado por correo, sentí que mi alma entera se sublevaba. Yo con la tal carta no cometía ningún pecado. Al contrario, en ella se sentía pal-

pitar mi corazón, incapaz de amar otra cosa que no fuera el bien.

Al punto, sin más consideraciones, impresa en hojas sueltas, la hice circular profusamente, en todas direcciones, como semillas de bendición, esperando que florecieran en alguna parte... (1).

Una vez más queda en evidencia que, en todos mis actos, he cumplido mi deber a la luz del día, sin tener jamás presente la aprobación de mis amigos, ni cuidarme de censuras ni rencores. ¡Oh, siempre he puesto mi deber político por encima de toda otra consideración...!

¿Tendré que agregar que mis correligionarios, sin poder comprenderme, esclavos de su yo harto estrecho y limitado, mirábanme con los ojos desmesuradamente abiertos, en blanco, cual las vírgenes de Rafael o de Murillo contemplaban la azul diafanidad del cielo, más poblada de misterios que de astros?

Yo anhelaba en aquel entonces, entre otras grandes cosas, la formación de un gran Partido Radical con principios más luminosos y más grandes que los tales as-

---

(1) Los primeros en recibirla fueron los siguientes señores: el presidente Sáenz Peña, Hipólito Irigoyen, Ignacio Iturraspe, José Camilo Crotto, Manuel J. Menchaca, Enrique M. Mosca, Domingo Frugoni Zabala, Jorge Sourigues, José Zabala, Atanasio Páez, Alcides Grecca, Raúl Villarroel, Marcial Aguirre, Ricardo Caballero, Rodolfo Lehmann, Romualdo Kisner, Vicente Vitti, Pedro Kaiser, Moisés Leiva, Juan Rébori, Luis Lazzari, Francisco Layana, Gerónimo Lassaga, Estanislao López, Gómez Cello, el Interventor Gil y sus ministros.

Lo curioso del caso es que ninguno de estos caballeros tuvo la caballerosidad ni de acusarme el más simple recibo. Hasta ahora están en mora de respuesta. Es claro: estas cosas de la patria no interesan mayormente...

tros, los que, precisamente, constituyen la gloria del firmamento. El Partido Constitucional y la Liga del Sur que, en el fondo, eran eminentemente radicales, debían incorporársele, dado que la redención moral, económica y cultural de la provincia de Santa Fe, exigía el concurso de *todos* sus hombres más ilustrados y patriotas. ¡Oh, las grandes obras de gobierno sólo pueden realizarse en ambientes impregnados de divinas esencias de alma! Pericles no se hubiera inmortalizado en la categoría de primer legislador del mundo si no hubieran perfumado el aire ateniense que su alma respiraba, los sublimes pensamientos de Aspasia, Fidias, Sócrates, Eurípides, Aristófanes y Anaxágoras, al calor y a la luz de aquel sol archisublime que se llamó el Templo de Eleusis, ya mantenido con el fuego de Demócrito y Esquilo.

Me interesaba sobremanera esta unión como un deber de reconocimiento hacia don Estanislao López, jefe de los constitucionales y ministro del gobernador Crespo, cuya entereza y patriotismo habían tenido la gran virtud de provocar la Intervención Nacional. Además, tanto en ese partido como en el liguista — hoy demócrata-progresista, — militaban muchos hombres probos e inteligentes, que hubieran podido prestarle servicios eminentes a aquella provincia.

Yo estaba seguro como un dios de que triunfaría el radicalismo... Iba a sonar la hora del destino en el reloj del tiempo. Mi convicción, en ese sentido, era más grande e inconmovible que la misma cordillera andina, lo que no constituye una figura hiperbólica dado que en ésta ha descubierto oscilaciones la ciencia moderna.

Bien lo sabía yo, y lo pregonaba a todos los vientos contra el asombro de todos, que para triunfar nos bastaba ir a comicios libres y garantidos, sin requerir el concurso de ningún otro partido. No era, pues, el egoísmo, que nunca ha anidado en mi corazón, el que guiaba mis pasos, sino una amplísima visión de patriotismo.

Don Lisandro de la Torre, que tenía una fe inalterable en su partido, debió sentirse profundamente emocionado al leer mi carta, dado que, con amargura y desaliento, me contestó al punto a esa y a otra carta:

—¡Oh, admiro la elevación de su alma y patriotismo, y *aunque sigo convencido de que la victoria le está reservada a la Liga del Sur*, participo de su manera de encarar este magno problema político. Estoy dispuesto a esa unión... Haga usted lo que crea conveniente por ella; pero ya verá que *los otros* no participarán de su manera de pensar...''

¡Los otros!... Demás está decir que se refería, en primer término, a don Hipólito Irigoyen. Bien comprendí que esas palabras: ¡los otros!, estaban sobresaturadas de amargura, desencanto y excepticismo. En realidad, *todo ello* no era más que un vano cuanto bello ensueño de mi espíritu. Claramente lo veía... No dudaba de que, en esa parte al menos, toda la razón estaba del lado de aquel ilustre ciudadano. Más no por eso me desanimé. ¡Estoy constreñido por el destino para luchar, una vez más, contra molinos de viento! — me dije. No debo ni puedo rehuir el ensayo, aun *sabiendo*, aún conociendo de antemano la esterilidad de todos mis esfuerzos. Es la ley de mi corazón. No cumplirla sería

una cobardía y una deslealtad para conmigo mismo. A todos, sin mirar a quién, debo proponerles la realización del bien. Me estrellaré contra la fatalidad, sin duda alguna; mas caiga toda la culpa sobre *los otros*...

Extraño fenómeno el de un hombre que *olfatea* el dolor de la derrota y que, no obstante, va a ella, tranquilo, resignado, triste como el Cristo en la cruz y, al mismo tiempo, con la indomable voluntad de Heracles y el estoico júbilo de Dionis. ¡Caso único, en verdad, pues a mí, en toda mi vida, no me ha sido dado observar en los demás hombres más que el caso contrario: el del individuo que corre tras del éxito como el perro tras la liebre o que le vende el alma sin reparos, como diz que en otro tiempo algunos pecadores se la vendían al Diablo...!

Corrí de aquí para allá..., cual corre sin rumbo el corcel hidrófobo.

En Santa Fe prestaron tanta atención a mi palabra como al rumor del viento... En la ciudad de los *aires buenos* ni una simple brisa acarició mi frente... En aquella *calma chicha*, sólo por contraste, podía soñarse con aires frescos, capitosos y ozonados... En una palabra: mi ilusión quedó petrificada en un ambiente de plomo.

Mas debo decir, en honor a la verdad, que la única persona que no oyó perplejamente mis palabras como una voz misteriosa e incomprensible venida de otros mundos, fué don José Camilo Crotto, quien, por haber militado los dos siempre juntos, tenía o debía tener más de un motivo para conocer la olímpica altura de mis ensueños...

GLORIOSA VICTORIA DEFINITIVA ANTE EL PRESIDENTE SAENZ PEÑA, EL REPUBLICO.

Ya había partido hacia su destino la carta dirigida al doctor Lisandro de la Torre... Mas yo no estaba satisfecho en modo alguno. Una sorda inquietud, un misterioso desasosiego se revolvía enconado en mis entrañas.

¿Era justo, era lógico, era sensato, acaso, que la tremenda borrasca de mi espíritu se desvaneciera en esa carta cual una blanca y ligera nubecilla huyendo en alas del viento?

¿Para eso había venido yo a Buenos Aires con el empuje de un titán?

¿La *obra realizada* estaba, en realidad, en consonancia con las energías almacenadas?

Desde la ciudad de Santa Fe había llegado a la Capital Federal, como una exhalación, trayendo el corazón convertido en un carcaj de flechas de oro. Mi alma estaba en tensión soberana... Una sola flecha había disparado... ¿Sería ella tan certera y eficaz como aquella legendaria y clásica de Guillermo Tell?

La duda revoloteaba en mi cerebro como en el palomar la paloma que no acierta con su nido...

Una diabólica asociación de ideas, con sarcástico afán, se empeñaba en obsediarme con un cierto recuerdo tragicómico... Era en los tiempos del general Roca. La guerra con Chile, según se decía, iba a estallar de un momento a otro. La Nación entera estaba perfectamente alistada para ella. La Guardia Nacional había demostrado su enorme aptitud para la guerra, desfilando gallardamente, al son de tambores y clarines, por la calle de la Florida, sin que se advirtiera que ningún soldado había perdido el paso. Mas, a última hora, — ¡cosa rara! — hete aquí que el general Roca descubre con singular asombro, que la guerra se hace a fuerza de balas. Ordena, entonces, sin más trámite, que algunos regimientos hagan ejercicio de tiro. Como soldado del regimiento 8 de Infantería, tocóme, por esa razón, concurrir al Arsenal a descargar diez tiros, cosa que se consideraba archisuficiente para que los reclutas se convirtieran en tiradores superiores a aquellos boers que tantos malos ratos les proporcionaran a los ingleses con su endemoniada puntería. El héroe de aquella gran jornada fué un soldado que tomó un máuser, apuntó al blanco, cerró los ojos, hizo fuego y ¡zás! tuvo el singular acierto de... agujerearle un brazo a un ciudadano que cabalgaba a unas quince cuadras atrás del espaldón... ¡Por Belcebú! ¡Aquel, por cierto, fué un insuperable tiro por elevación!

Otro pensamiento torturante se me enroscaba en el alma como una víbora... Yo me había venido de Santa Fe con un chambergo descuajeringado y mugriento... Allá, entre el círculo de mis compañeros de batalla, po-

día pasar él, quizás, como un símbolo glorioso, pues atestiguaba con amarga elocuencia que mis grandes y patrióticos anhelos me tenían como alejado de todas las insignificantes banalidades de la vida diaria.

Apenas llegado a Buenos Aires comprendí, en su ambiente de elegancia, luces y palacios, que mi sombrero estaba impresentable. ¿Cómo arrostrar con él la presencia de un Presidente tan pulcro, tan protocolar como Sáenz Peña, a quien las crónicas le asignaban ínfulas, costumbres y gustos de emperador?

Presto me encaminé a las principales sombrererías de Buenos Aires, con la fundada y lógica esperanza de encontrar un sombrero en el cual pudiera entrar mi gran mollera... ¡Oh, aquello fué como un castigo! Yo siempre me había sentido orgulloso de tener una cabeza tan grande como la de Beethoven y hasta frenológicamente parecida. Grato me era ser un dolicocéfalo-androcéfalo (1), como lo han sido muchos genios, por supuesto que olvidando, porque así es el orgullo, que también lo han sido millares y millares de idiotas... En el tren, haciendo en mi fuero interno chistes a costa de mi propio dolor, más de una vez me había dicho:

—¡Es claro, clarito como la luz! Menchaca y yo hemos nacido para no entendernos nunca... ¡Qué contraste! ¡Yo soy la cabeza más grande y él la más chica de Santa Fe!

Reasumiendo: gasté en *auto* por el valor de un sombrero, y no encontré ninguno que me viniera bien.

---

(1) Creo, en realidad, que los tales idiotas androcéfalos, siempre son braquicéfalos y no dolicocéfalos.

Y yo me preguntaba: ¿no habría una necia cuestión de vanidad asumido un rol decisivo en mis deliberaciones cerebrales? ¿No sería el sombrero descuajeringado y mugriento el que se habría convertido dentro mi alma en un factor de pusilaminidad? ¿No sería el maldito chambergo aquel el que habría inhibido mi voluntad?

Una oleada de sangre me subió al rostro... y al punto me sentí humillado, triste, furioso contra mí mismo, lo que no quita para que diga aquí que esta clase de furias iluminan mi rostro con *dulces sonrisas relampagueantes*...

Me dirigí a un espejo para analizar mi indumentaria. ¡Horror! Estaba mi piel tan quemada por el sol, que parecía un chino. Mi sombrero, como diría un chusco, estaba en condiciones para ser vendido al frigorífico La Negra. Mi traje no estaba del todo mal. ¡Ah, pero los botines, oh, los botines! La puntera del pie derecho tenía una pequeña pero bien indiscreta rotura.

Mas este descubrimiento, asaz molesto, me sublevó. ¡Qué obstáculos ni qué trepidaciones! ¡Yo, al *dandismo,* quería llevarlo dentro el alma y no sobre la piel! Si al señor Presidente le molestaban esas cosas, peor para él. Por lo demás, había un modo muy sencillo para gambetear la dificultad: permanecería de pie ante él, en esta pose: las manos atrás ocultando el sombrero, y la pierna izquierda echada displicentemente hacia adelante, sirviéndole de pantalla al pie derecho. Mis grandes y amados amigos: Athos, con su nobleza, y D'Artagnan, con su astucia, no trepidaron nunca...

¡Bah! yo quiero ser tan demócrata como San Mar-

tín, me dije; como aquel grande entre los grandes que, cuando ejercía en Chile la dictadura omnipotente, mandaba remendar sus botas y comía por lo común en la cocina, sobria y frugalmente, mientras sus ayudantes y cortesanos devoraban los banquetes de su mesa de Estado.

A ese tiempo mismo pasó por mi mente, cual un meteoro, el recuerdo de aquella singular escena descripta por Jenofonte, según la cual, el gran rey Ciro, después de haber obsequiado a todos sus jefes con magníficas éstolas de púrpura, fué interpelado de este modo por uno de sus caudillos:

—Y tú, Ciro, ¿cuándo te has de ataviar?

A lo que el gran rey, cual si hubiera sido el *antepasado espiritual* de Don Gonzalo de Córdoba, le contestó con magnífica displicencia:

—¡Cómo! Ataviándoos a vosotros, ¿no os parece que ya estoy espléndidamente ataviado? Verdad es que si yo puedo haceros bien a todos, con cualquier vestidura pareceré hermosísimo...

Entonces, de una sola tirada, fulminantemente, escribí la siguiente carta, me dirigí a la Casa de Gobierno y la hice llegar prestamente a manos de su destinatario...

Al Excelentísimo Señor Presidente de la Nación Argentina, doctor Roque Sáenz Peña.

Señor:

El ciudadano argentino que suscribe, cuyo corazón parécele a ratos compendio del universo mismo con todos sus mundos, cuando no punto de apoyo sobre el cual

éstos giren eternamente; cuyo cerebro, a su vez, parécele el aura portentosa que todo pone en vibración, desde el átomo al astro — tal es la fuerza de su sentir, querer y pensar, — créese *depositario* de la comprensión de este momento histórico, sobre el cual, si la Presidencia lograra interpretarlo sabia y noblemente, se alzará el alba venturosa de los tiempos nuevos, sin los sangrientos arreboles de otro tiempo, bajo un cielo todo azul, ante el cual las generaciones futuras le erigirán a usted mármoles que perpetúen su memoria por los siglos de los siglos, colocando sobre el plinto de ellos, en letras de oro, estas palabras: Sáenz Peña, el Repúblico.

Invocando los manes inspiradores de los más grandes constructores de la patria: Moreno, San Martín y Rivadavia; despojándome, por un momento, de mi condición de radical y conservando tan sólo la de argentino que está por encima de todo partidismo; recordando las pruebas de superior benevolencia que, en distintas ocasiones me ha otorgado usted, señor, me descubro fervoroso ante su magnanimidad y le suplico quiera, en el acto, concederme una audiencia que, aunque fuere brevísima, estoy seguro que habría de dar, para la patria, frutos de bendición...

Suyo, de la patria y del progreso.

Eduardo Isla.

*

*   *

Pocos minutos después me hallaba en presencia del Excelentísimo Señor Presidente de la Nación Argen-

tina, doctor Roque Sáenz Peña, a quien mi imaginación se empeñaba en ver gastando una olímpica prosopopeya, cubierto con un manto escarlata.

¡Oh, sorpresa! De inmediato quedé encantado... El *emperador* estaba aureolado de noble sencillez. ¡Oh, el pomposo presidente de los ridículos chambelanes a estilo de las cortes europeas, era, en el fondo, un hombre sencillo, revestido, eso sí, de *majestad espiritual*, en que todo lo protocolar era, simplemente, una mera exterioridad, rebuscada adrede para contener la chavacanería de nuestros politicastros. Su *posse* era en un todo semejante a la que advertí en él la noche en que levantara, años atrás, en el Teatro de la Opera, un himno a San Martín, con palabra correcta y mesurada.

Sin vacilar, el ánimo sereno, sonriente el rostro, tranquila la expresión, *poniendo la pierna izquierda hacia adelante y el sombrero atrás*, le dije:

—Señor Presidente: sin autoridad ninguna, campeando por mis cabales, vengo de la provincia de Santa Fe a demandarle a usted, en nombre de nuestra común madre patria, como un hermano a otro hermano, el cumplimiento de la palabra que usted, desde la altura, ha dejado caer sobre la frente del pueblo, como una lluvia de bendición... Ha sonado ya la hora de que en esta tierra haya por doquier comicios libres que sean como sagrados altares de la democracia. La provincia de Santa Fe le brinda a usted un dilema hamletiano: *to be o non to be*. De la decisión de usted depende la paz o la guerra. Si se vota por el padrón de 1902, contaminado por todos los vicios de la trapisonda política, el partido radical,

como fácilmente se comprende, será derrotado, y ese padrón será la tea de la discordia, el pretexto que esgrimirá el radicalismo para encender la guerra civil en toda la República, en una forma tal vez más temible que aquella que en Chile durara cinco años... Si se vota por el padrón militar, o sea, del año 1911, que es el más limpio que se pueda desear, triunfará el partido radical y se abrirá una nueva era en que las revoluciones quedarán extirpadas para siempre. Ello comportaría no sólo el triunfo de mi partido, sino la gloria más grande que pueda uno imaginarse para la Ley Electoral y para su ilustre autor. En sus manos están, pues, los destinos de la patria: el país, peñas arriba, o barranca abajo. ¡Decida usted!

—¿Entonces está usted convencido de que triunfará el radicalismo en Santa Fe? — me interpeló.

—¡Cómo no he de estarlo! Mi convicción es absoluta. Véngola pregonando a todos vientos. Mi partido triunfará, con toda seguridad..., siempre que se vote por el padrón militar.

Mas él me observó con fina ironía:

—¿Pero cómo explicar, entonces, que el radicalismo se empeñe por votar por el padrón antiguo, nada menos que por el padrón de lo que se ha dado en llamar el régimen? Eso sería una política derrotista, suicida, insensata, *sin objeto alguno*. Lo natural, lo lógico, sería que repudiara ese padrón y anhelara el padrón que le diera la victoria.

Yo le contesté al punto:

—Sí, señor; eso sería lo natural y lo lógico, si lo

lógico y lo natural fuera la única manera de resolver todos los asuntos humanos. En ese caso sólo imperaría el bien sobre la tierra. El mal, que es siempre un error, quedaría totalmente extirpado.

El Presidente, un tanto confuso, agregó:

—De los cuatro partidos que se disputarán el triunfo en los próximos comicios, tres piden que se vote por el padrón antiguo. Hay mayoría...

—¡Aunque hubiera unanimidad! — le interrumpí con vehemencia. — La verdad, la razón, la justicia, no son patrimonio del número, sino de aquellos que hayan nacido para comprenderlas y amarlas. Y yo sostengo que dejando de lado toda intuición sobre tiempos futuros y sobre posibles calamidades, hay una razón simplísima que poner todavía sobre la balanza: la de la pureza del padrón militar. Entre un padrón antiguo, contaminado, como ya lo he dicho, por el virus de todas las trapisondas políticas, y el padrón nuevo, el militar, decente y honesto, el Superior Gobierno de la Nación no puede vacilar, so pena de renegar de su propia promesa y de su propia obra.

—Es indudable, — me contestó con noble sencillez. — ¡Esa razón es decisiva! Puede usted tener la seguridad de que la provincia de Santa Fe votará por el padrón de la honestidad y la decencia. La Presidencia no puede ni pensar, ni obrar de otro modo... ¡Cumplirá su promesa!

*

* *

Ya podía yo estar tranquilo... Había obtenido de

los propios labios del presidente Sáenz Peña, la declaración que anhelaba. ¡Oh, sí! Aquel que se había cubierto de laureles en los campos de batalla de una nación hermana, no mancharía su gloria deshonrándose con una promesa falaz y fementida (1).

Yo debía encontrarme encaramado en la cúpula de la satisfacción... ¡Bueno fuera que no! El partido político de todos mis amores y ensueños juveniles iba, por fin, a llegar a la meta, después de la harto cruenta y larga vía crucis.

¡Fenómeno estupendo! Estaba inmensamente alegre e inmensamente triste. En mi caso sí que se podía decir, que con un ojo reía y con el otro lloraba. Volví a mirarme en el espejo. Como no me agradan las caras hoscas, intenté sonreirme estoicamente, que es un dulce e inefable sonreir... La sonrisa resultóme franca expresión de alegría y tremenda de desesperanza. Pensé, entonces, en *El hombre que ríe*, de Víctor Hugo, en aquel desventurado titiritero que, por cruel extirpación del nervio cigomático, reía a carcajadas poniendo horrible cara de tragedia.

¿Por qué era esto? Es que una tremenda intuición, como una serpiente constrictora, me trituraba el corazón. Bien lo sabía yo: yo mismo, en mi cruz, me había clavado. El triunfo del radicalismo colmaría las ambiciones, justas o injustas, de un enjambre de adherentes. Mas, a mí, en adelante, no me sería dado otra cosa que contemplar siempre la cruenta faz del dolor y el des-

(1) Jamás me enteré de lo que conversara el presidente con los delegados de los partidos santafecinos.

encanto. Era evidente; tenía que suceder; lo que iba a triunfar era el alma demagógica del radicalismo irigoyenista, más no el alma divina de un radicalismo todo ciencia y hermosura. Por otra parte, mi pecado de bien era de aquellos que no se perdonan nunca...

Ni la sombra de una duda amortiguó mi pena. Aquella intuición era verdaderamente extraordinaria. Varias veces, dormido, se me presentó también en forma de pesadilla; pero no desesperante sino estoica. Es que hasta mi conciencia *sublimal*, que diría Myers y Jams, abrigaba la misma certidumbre.

Y así fué... Todos mis compañeros de batalla llegaron a la cumbre, menos yo. El que no fué presidente, fué gobernador, ministro, senador o diputado..., sin ninguna excepción, salvo la mía. Aún continúo siendo un soldado obscuro (1), desconocido, olvidado en absoluto. El carro de la victoria pasó por encima de mí, dándome su cuádriga cien mil coces en la frente y en el pecho.

Mas, ¡cosa extraña y singular!, a nadie le guardo odio ni el más mínimo rencor. Por el contrario: siento como una especie de gratitud por todos los que me traicionaron... porque tenían que tracionarme, y algo así como un deseo de bendecirlos, porque, creyendo anonadarme, me elevaron más y más; porque queriendo impedirme volar acrecentaron la fuerza y el grandor de mis alas. Gracias a ellos he podido, en mi obscuridad, vivir más altivo que el Tupungato y más libre que los vientos de la

(1) Menos que eso, porque aunque siempre fiel a mi bandera, no estoy adherido a ningún comité.

Pampa. Por otra parte, en esta serena altura de mi vida, yo me pregunto: ¿qué rol hubiera podido desempeñar, por ejemplo, en los parlamentos argentinos, carentes en absoluto de toda ciencia y arte de gobierno? En mi ostracismo, hice bien en encerrarme en mi gabinete de estudio y en convertirlo, ayudado por Atena, Afrodita, Ceres, Apolo, Heracles y Dionis, en alcázar divino de ensueños, en empíreo de cosas divinas.

Mi vida entera ha sido un continuo relampaguear de intuiciones, no sólo del futuro, sino hasta de los astros y de los tiempos idos, forma, esta última, que, entre nosotros, ha existido de una manera eminente en don Florentino Ameghino, que le dió vida al mundo muerto de la época diluviana, y que existe actualmente, en don Leopoldo Lugones, quien levantó con mano divina — él, el único en el mundo, — una punta del velo que cubría los *misterios eleusinos;* claves, todas ellas, portentosas de los enigmas del universo. Bien se puede, como Bruno, vislumbrar, por ejemplo, la habitabilidad de los mundos, así como lo que ocurrirá mañana y aún lo que haya ocurrido en los tiempos pretéritos. El *prophetus inversus* o retrospectivo es, pues, más que una posibilidad, una realidad indiscutible.

En aquella inmensa hora estaba tan absolutamente convencido de que estaba destinado a *mi cruz* — por obra de los hombres, no de los dioses, — como de que es duro el bronce, hondos los abismos y altas las montañas...

Mis amigos, mis amados compañeros de causa, en vez del agua fresca y bendita que hubiera consolado mis

angustias y agonías, habrán puesto en mis labios la substancia acre y hedionda de todas las deslealtades... ¡Mas eso qué importa! ¡Mi ideal, como el viento Bóreas de los griegos, que *venía del lado de Helios,* no puede morir, porque es de esencia divina...!

*

* *

He dicho, con olímpica osadía, que mi *intuición de cruz* era tan clarividente, que no pasó por mi alma ni la sombra de una duda... Era toda luz como esos cielos diáfanos sin la mancha de una nube.

Ello muéveme a epilogar este capítulo con una disgresión científica, para que el lector suspicaz no se empeñe en encontrar en mí vana jactancia, dado que las grandes verdades incitan a las detractaciones, cual a hincar los dientes en las pomas perfumadas y bermejas...

Ante todo, debo decir que en la psicología antropogenética que he creado, he formulado el *sistema sensual, metafórico y esquemático* de las siete conciencias: la primordial o terrígena, *en la base;* la aberrante o terrilunar, la mística y la mítica — las tres selénicas, — *sobre ésta, en el costado izquierdo;* la razonadora, la cósmica y la supersensitiva o supercósmica — las tres hélicas, — también *sobre* la primordial, *en el costado derecho.* Mediante este sistema que, en mi sentir, constituye la conquista más alta de la filosofía, se explican todos los enigmas del alma humana, porque nos da la clave de todas las civilizaciones, de todas las religiones, de todas las filosofías y de todos los ensueños de la humanidad.

Una sola forma de intuición tienen las conciencias selénicas, y otra sola forma tienen los hélicas.

Faye, por ejemplo, en nuestros días, intuye cósmica y supersensitivamente, el resurgimiento de un cometa en la inmensidad del cielo, pero como su conciencia mística está en él anulada por las hélicas, no se le ocurre que un dios cualquiera pueda variar la trayectoria del fenómeno.

Así, Keplero, después de haber intuído su gran ley sideral, se mofa prometeica y dulcemente de dios y de su propio destino, diciendo que bien podía él esperar cien años con santa paciencia, hasta que apareciera algún lector para su obra, cuando el mismo Padre Eterno había esperado miles de años que él surgiera sobre la faz de la tierra y formulara esa ley.

Copérnico, hélico como ellos, trabaja treinta años con infinita paciencia, intuyendo cósmica y supersensitivamente que la tierra se mueve alrededor del sol, sin que el recuerdo del Josué bíblico perturbe su visión. Bien podría decirse que sus conciencias hélicas habían realizado el milagro de poner en movimiento al astro en que vivimos, inmóvil hasta entonces en el centro de los mundos....

Así también, por las mismas razones, en *Mi nueva teoría del universo* — ¡me place la gloriosa compañía! — intuyo hélicamente que siendo todo *torbellinescamente curvo* en el universo, éste es esférico y por tanto limitado, no infinito, sino *sensualmente indeterminado;* idea que se le escapó a Euclides, Galileo, Newton y Einstein; vasta teoría que todo lo concilia porque es la realidad

misma vista al través de nuestro yo, ensamblando filosóficamente las ciencias físicas con el sensualismo; intuición de la que tuvo tal vez una vislumbre, de una parte de ella tan siquiera, varios siglos antes de la Era Cristiana, el ilustre sabio Parménides de Elea, quien concibió el *ser*, el todo único, como una esfera perfectamente circular, que no cambia ni se mueve, siendo toda modificación una apariencia vana (1).

La visión de *mis realidades*, ni una sola vez se ha sentido perturbada por el *infinito* ni el *finito*, concepciones mística y mítica que han gobernado el cerebro de toda la humanidad desde la época en que en Grecia brillaron los primeros destellos de la filosofía, cuando ya Anaximandro concebía el infinito del que emanaban todas las cosas...

Cristo, mediante las conciencias hélicas — su prestigio y popularidad débense a que era un eminente hombre selénico - hélico, con predominio de las conciencias místicas y mítica; — Cristo, decíamos, intuía supersensitivamente *su cruz* a toda hora... En la última Pascua — ágape con que los hebreos rememoraban el famoso éxodo de Egipto, — al repartirles el pan y el vino a sus apóstoles, les dijo simbólicamente: comed que

---

(1) Parménides esquivó el estudio de la ley de causalidad. Su teoría es incompleta en varios sentidos; pero lo que ella tiene de verdad y de eterno, por nadie fué comprendido.

Todos han creído encontrar en Parménides el absurdo de la negación del movimiento. Empédocles y Anaxágoras creyeron que eliminaban ese absurdo refiriendo todo nacimiento y toda destrucción a la unión y separación de los elementos, idea que Demócrito, en su atomismo, convirtió en la piedra angular de una concepción estrictamente mecánica del universo.

este es mi cuerpo; bebed, que esta es mi sangre (1); "haced esto en memoria de mí". En el huerto y almazara de Getsemaní, exclamó: "¡Tengo el ánima triste hasta la muerte!"

De todos estos pasajes resulta que Cristo tenía la intuición, firme, certera, de su próximo fin... No podía equivocarse porque era una intuición hélica, supersensitiva. (No sé cómo el gran Renán no vió con más claridad este asunto).

El *crimen de bien* de Cristo, era de aquellos que merecía la pena de muerte según el criterio jurídico-religioso de aquella época. Su pueblo y el Zanhedrín, hasta hoy execrados, no hicieron más que cumplir la ley en nombre de dios y la sociedad. No los indignos, no los canallas, fueron los que lo condenaron, sino los *buenos*, como diría Nietzche con sarcasmo divino; los que siempre son más temibles, para los hombres superiores, que los asesinos, pues la agresión de éstos puede repelerse, más la sentencia equivocada de aquéllos es santa, sagrada e inapelable. Aquellos hombres *buenos* que llevaron a Cristo al patíbulo, son los seres selénicos de todos los tiempos, los que le dieron a beber la cicuta a Sócra-

---

Pero el gran Parménides decía una verdad cuando sostenía que en el Todo Unico todo cambia o movimiento es una apariencia, porque en efecto, el universo, en su condición de esfera y de gran todo, no se mueve ni modifica; es una individualidad única e inmutable, en la que todo está en circulación, siendo los perpetuos movimientos y las perpetuas modificaciones fenómenos transitorios que actúan dentro de la órbita de nuestro sensualismo...

(1) Entre los hebreos, para la ciencia de aquel tiempo, la palabra sangre estaba *adherida* a la idea de alma.

tes, los instrumentos ciegos de la fatalidad del mal, que a veces son buenísimos, eminentes, dentro del mundo selénico, como lo fué Rozas, antes, como lo es Irigoyen, ahora, y como lo han sido siempre cuanto tirano y tiranoide de la *fatalidad del mal,* ha producido la tierra.

Los Evangelios y todos los comentadores de la cristiandad, no han sabido interpretar el episodio de la intuición de Cristo, entendiéndolo siempre, más o menos, como en estos últimos años lo ha interpretado harto *bárbaramente* el gran escritor don Juan Papini, en gran estilo, sin duda alguna, pero sin un destello de ciencias paganas, por decirlo así, interviniendo solamente su conciencia mística, y con su conciencia supersensitiva, si la tuviere luminosa, eclipsada por el fanatismo.

Cristo, desfalleciente, angustiado, casi agónico en presencia de su aciago destino, desfallece, cae de rodillas, humilla su faz en el suelo y le suplica dulcemente a su dios:

"*Abba pater*: todo es posible. Luego, padre mío, si lo crees conveniente, apiádate de mí y ahórrame este cáliz".

Es aquel el mismo dolor, la misma angustia de muerte que, ya en la cruz, próximo a expirar, le arranca esta protesta contra su dios, en lengua aramea y en forma de lamento:

Eli, Eli, lamma sabactani. ¡Señor, Señor, por qué me has abandonado?

Papini, en su obra *Victoria de Cristo,* tan grata a la iglesia romana, interpretando la súplica de aquel hombre inmensamente desventurado, dice:

"Ahora está solo, solo en la noche, solo en medio de los hombres, solo frente a Dios y puede, sin vergüenza alguna, mostrar su debilidad. Al fin, también es hombre, Hombre de carne y de sangre, hombre que respira y se mueve y sabe que su destrucción está cerca, que la máquina de su cuerpo será parada, que su carne será atravesada, que su sangre caerá gota a gota sobre la tierra.

"Es la segunda tentación. Según la palabra del evangelista, después que Satanás fué desterrado, en el desierto, *lo dejó por algún tiempo*. Lo ha dejado hasta ese momento. Ahora, en este nuevo Desierto, donde las bestias feroces lo servían — y ahora, en cambio, las fieras doctas y encapadas están próximas para deshacerlo, — en este Desierto consternado y nocturno, Satanás vuelve a insidiar a su enemigo. La vez pasada le prometía las grandezas de los reinos, las victorias, los prodigios: quería atraerlo con el aliciente del poder. Ahora recurre a lo contrario: espera en su debilidad. El Cristo que empezaba, el bautizado que esperaba, encendido en confiado amor, no se dobló. Pero el Cristo que está por terminar, abandonado por sus más caros, entregado por el discípulo, buscado con insistencia por sus enemigos, será vencido por el miedo ya que no lo venció la codicia.

"Pero él sabe que debe morir, sabe que necesariamente debe morir, que ha venido para morir, para dar con su muerte la vida, para confirmar con su muerte la verdad de la vida más grande anunciada; no ha hecho nada por no morir, ha aceptado voluntariamente morir

por los suyos, por todos los hombres, por los que no han nacido; y ha predicho a sus amigos su muerte, les ha dado ya las primicias de su muerte, el pan de su cuerpo, la sangre de su alma, y no tiene derecho para pedir al Padre que el cáliz sea alejado de su boca, que su fin sea postergado''.

¡Oh, no, señor Papini...! Todo eso no es más que una burda fantasía mística, bien escrita. Esos gritos del mártir no fueron nada más que los gritos de la conciencia mística, exaltada, en esos momentos, por el dolor, prevaleciendo sobre la intuición supersensitiva, que es *científica*, y obscureciéndola. Eran, como momentáneos eclipses de esa conciencia superior, la más grande y verdadera, por ser la *luz de lo sensual*, y, por ende, la *relativa exactitud humana*.

Las intuiciones cósmicas y supersensitivas — ¡os bueno que lo diga! — producirán, con el andar de los siglos, una luz de mil colores o *formas* para toda la humanidad, la cual consitituirá el arcoiris triunfal de la gran paz, de la gran armonía, del gran bienestar, de la gran indemortalidad, de la gran felicidad sobre la tierra; amortiguadas, muertas, aniquiladas, por desuso ascentral, las conciencias aberrante, mística y mítica que produjeron las monstruosas y, a un mismo tiempo, divinas civilizaciones del presente y del pasado, hélicas-selénicas; vale decir: a un tiempo mismo prometeicamente dominadoras y selénicamente esclavas del universo y de la vida...

¡Oh, sí; vendrá un tiempo en que Prometeo reinará El solo sobre la tierra...!

Aquella será la época venturosa, toda luz, del hombre-dios, en que éste, constituíido en Señor y Sacerdote de la creación, todo lo domine con su inteligencia, no teniendo del universo y de la vida más que una *panvérica* y *pampoética* visión... (1).

El universo entero se convertirá, entonces, en templo de la verdad y la hermosura, en que todo será divino porque todo será religiociencia (2). El hombre extraordinario de esos días, podrá, como ya lo he dicho, ser definido así: ¡es el Todo hecho conciencia, dominando a la fatalidad!

---

(1) *Panverismo*: contemplación de todas las cosas, a través de la verdad; *pampoetismo*: la misma contemplación al través de la hermosura...

(2) Ya he repetido varias veces que en *Agerpericleísmo* he creado una nueva ciencia bajo ese nombre. Todas las religiones que existen o existieron no son más que sectas de lo que yo llamo la religioteantropía...

AMARGO Y SUPREMO TRANCE PARA EL RADICALISMO

El episodio que voy a relatar, no merecería la pena de ser recordado, si él no reflejara el mísero ambiente santafecino en que se estaba jugando el porvenir de la democracia y del partido radical...

Escenario: un hotel del pueblo de Ceres.

Hora: las diecinueve.

Personajes: un numeroso grupo de radicales sentados en torno de una bien provista mesa, presidida por el doctor José Camilo Crotto, presidente del Comité Nacional, y yo, presidente del Comité Departamental.

Dispuestos ya a empuñar las armas de la lid bucólica, comentábamos afablemente el grato día que habíamos pasado todos en la estancia que en La Alpina, lugar de la provincia de Santiago del Estero muy cercano, tenía el doctor Crotto, — fervoroso cultor de la ganadería y la agricultura, — cuando se nos presentó de improviso, cual un *bólido siniestro* (esta es una metáfora de estilo radical), el comisario de la localidad, con ánimo, bien evidente, de *aguarnos la suculenta fiestita.*

En esos días había ocurrido allí un hecho... en un todo semejante a otros mil de que había sido teatro la provincia.

Un obrero que militaba en nuestras filas, que me era singularmente adicto y Frías se llamaba, estaba dotado, en evidente contraste con su apellido, de un espíritu fogoso, valiente, enérgico y un tanto levantisco.

No se caracterizaba él, por cierto, por una prudencia máxima para evitar lances y pendencias que, dicho sea en honor a la verdad, nunca provocaba.

Como en el fondo era de carácter audaz y aventurero, colijo que el destino se equivocó en grado sumo cuando puso en sus manos la cuchara y el pincel. Mejor y con más gusto hubiera él manejado una lanza o una espada en uno de esos entreveros en que hacían gala de bravura Necochea y Lamadrid.

En aquellos tales días, el tal Frías había tenido un grave conflicto con la policía...

El caso fué de este modo... Desfogando él sus entusiasmos radicales, iba por las calles victoreando, con algunos correligionarios, el próximo triunfo que él ambicionaba. Un sargento y varios agentes, en forma groseramente autoritaria, quisieron obligarlo a enmudecer. Como se pusiera a vocear más fuerte, se pretendió llevarlo preso. Aunque no llevaba armas, se resistió con su acostumbrado coraje. Consecuencia: que recibió dos cintarazos que lo postraron en tierra, y que, ya reducido a la impotencia, en el suelo, se le hicieron dos disparos con carabina, con la santa intención de *dejarlo seco*, de darle el eterno pasaporte, los que felizmente no dieron en el blanco. Luego se irguió y echó a correr...

Después... ¡oh, después, la policía no se atrevió a molestarlo, aunque él, en ningún momento, se ocultó!

Se le suponía armado y, según decían los vecinos comentando el hecho, ''no era chacota eso de tomarlo preso''.

Este que tal era también uno de los comensales en la célebre noche aquella.

El comisario, hombre tan ladino como desleal, aprovechando la *bolada* que comportaba el hecho de encontrarnos en la mesa el doctor Crotto y yo, tuvo la singular osadía de solicitarnos una entrevista reservada, con los propósitos que ya se verán...

Encerrados en un dormitorio los tres en compañía del presunto delincuente, nuestro interlocutor nos habló así:

—Me congratulo de que personas tan conocidas y respetables estén aquí, porque me es dable suponer que contaré con la gentileza y benevolencia de ellas para resolver el conflicto en que estoy metido. El señor jefe político me ha ordenado que tome inmediatamente preso a Frías. Yo no he querido hacer nada al respecto; pero lo grave es que el jefe va a llegar dentro de breves momentos. Todo se puede conciliar: ustedes me lo pueden *prestar* por un rato, por el tiempo únicamente necesario para que el jefe lo vea y crea que está preso. Y como el jefe se irá en seguida, a los cinco minutos Frías estará aquí, de vuelta, cenando con ustedes.

El doctor Crotto se manifestó dispuesto en el acto a acceder a tan amable solicitación; más, como yo tenía la espina de la sospecha clavada en el corazón, guardé un prudente silencio.

Entonces Frías, lívido de coraje, se volvió hacia mí:

—¡Cómo! — rugió. — ¿Ustedes mismos me van a entregar? ¿No comprenden que todo esto no es más que la traición de un cobarde? Lo que quiere el comisario es tomarme preso como un *otario*, para después *crucificarme a palos* en la comisaría. ¡Pero no ha nacido él para verse en ese espejo! ¡De aquí me va a sacar solamente muerto..., si puede!

La situación se estaba poniendo demasiado fea, por lo que resolví mediar en ella, tanto más cuanto que Frías se abrazó a mí diciéndome desesperado:

—¡No lo consienta usted, que es mi jefe, porque me voy a hacer matar antes que darle gusto al comisario!

Este — ¡caso realmente interesante! — sonreía bondadosa y afablemente, tratando de hacerle creer al doctor Crotto que *todo aquello era una locura*.

—Sí, locura... — bufaba Frías.

Intervine... Apacigüé los ánimos...

—Vea, — le dije al comisario; — ¿me empeña usted su palabra de honor y de caballero de que a Frías no le va a pasar nada malo y de que en breve usted mismo lo traerá a cenar con nosotros?

—¡Sí! — me contestó, estrechándome las manos. — ¡Tengan ustedes la seguridad más completa!

Entonces, volvíme a Frías y le ordené:

—¡Vaya usted sin temor alguno...! Yo le respondo de que el señor comisario no le hará daño alguno.

Luego, volviéndome al representante de la autoridad, le dije, en tono solemne, que envolvía cien amenazas:

—¡En cuanto a usted, señor comisario, llévese usted, a su vez, la más completa seguridad, de *que usted no podrá hacerle ni el más mínimo daño al preso!*

De mala gana y malhumorado partió Frías en dirección a la comisaría. Crotto y yo, hondamente preocupados, nos dirigimos al comedor...

Crotto, buen *diseur*, para *hacer pasar el tiempo* se puso a contar las peripecias que le ocurrieron después del fracaso de la revolución del 4 de febrero de 1905, allá por las pintorescas playas de San Fernando, poco antes de embarcarse en un destartalado barquichuelo, en una noche negra y tempestuosa, hacia las hospitalarias costas orientales.

En esa ocasión vióse obligado a permanecer, durante algunas horas, en el *sótano de un rancho,* donde presenció, con la perplejidad y asombro que es del caso, que un grupo de *personajes, de facha atrabiliaria,* se entregaban con repulsivo fanatismo, a obscenas cuanto bárbaras ceremonias de un culto priapístico...

Ni por esas... Todos los comensales reían ocultando su preocupación y coraje. Por fin, a los postres, ya un tanto caldeada la sangre por los vinos, la bomba estalló...

Romualdo Kísner, fervoroso radical, que hacía algunos minutos se estaba moviendo en su silla cual si sintiera invadidas sus piernas por una legión de hormigas, prorrumpió de pronto, nervioso, impaciente:

—¿Y qué hacemos ahora aquí?

Comprendí que un viento de tragedia se cernía sobre

la mesa, por lo que, pretendiendo ponerle un valladar, le contesté al punto:

—Vamos a buscarlo... ¡usted y yo! ¡En diez minutos estaremos de vuelta!

Nos fuimos en coche... (1). Un máuser llevaba mi compañero.

Al llegar a la puerta de la comisaría, le dije:

—Espéreme... Si nota que tardo demasiado u oye algo insólito, queda usted facultado para obrar según las circunstancias se lo aconsejen...

Entré... El rostro del señor comisario estaba iluminado por la sonrisa más zafia que he visto en la tierra, y eso que tenía yo bien presente la de mi gran amigo Voltaire. ¡He ahí—pensé—una sonrisa que un escultor le envidiaría para un Luzbel!

De una pared pendía una oleografía del general San Martín, siguiéndose la costumbre de todas las comisarías de la República de honrar sus oficinas con los retratos de nuestros más eminentes prohombres, no para otra cosa que para escarnecer su memoria con compadradas y hechos inicuos de todas clases.

El comisario se negó rotundamente a entregarme el preso. Procuré herir su dignidad... Recordéle su palabra de honor y caballero. Le puse por modelo de virtudes a San Martín, precisamente, que desde el cuadro parecía contemplar la escena con su mirada de águila...

Ninguna razón surtió efecto... Aquel hombre era,

(1) El conductor era hermano de doña Modesta Mansilla, dueña de la estanzuela El Mirador, tan radical ella como busca-vida, como le solía decir yo bromeando, razón por la cual le dedico este recuerdo de simpatía.

simplemente, un amoral. Echarle en cara su ignominia, era como tirarle piedras a una ciénaga. Con cinismo verdaderamente extraordinario, me arguyó:

—¡Con lo qué sale usted! ¿Quién se acuerda de esos personajes históricos? Los tiempos de San Martín ya han muerto para siempre. En vez de censurarme, elógieme usted el ardid. ¡En la guerra, como en la guerra! ¡Me propuse triunfar, y he triunfado! Eso es todo... Mañana, yo mismo, conduciré al preso a San Cristóbal.

—En efecto, — le repuse; — reconozco que su habilidad es tan grande como su cinismo, con lo cual creo hacerle un elogio inconmensurable. En cuanto a su triunfo, ahí ya no estamos de acuerdo, porque a lo que usted llama *triunfo*, yo lo llamo *derrota*. Le voy a ganar la partida. En la mitad de camino, se lo haré a usted poner en libertad. Y el premio de su habilidad será éste: el mismo día en que el binomio radical se haga cargo del gobierno, usted será exonerado... ¡indefectiblemente! ¡Le doy a usted mi palabra de honor y de caballero, de que sabré cumplirle lo que en este momento le prometo!

El comisario tuvo la gentil cortesía de reírse de mí a carcajadas.

—¡Cómo! — exclamó. — ¿Usted sueña que va a triunfar el radicalismo? ¡Esas uvas están verdes! Para esa misma fecha yo seré Jefe Político y no me dará la loca por exonerarme a mí mismo de puesto alguno.

Cariacontecidos, Kísner y yo, nos volvimos al hotel... ¡Y ahí fué Troya! Los comensales, que habían matado el tiempo con frecuentes libaciones, al vernos llegar sin el preso, se exaltaron como *unos condenados*... Aquello

fué una borrasca de furor. Los comensales, en tigres se convirtieron. Allí recuperó su imperio la ascentral ley del talión...

Uno vociferó:

—¡La revancha! Por cada diente, diez... Marchemos inmediatamente a tomar la comisaría, a libertar al preso, y a degollar al comisario, al boticario y al presidente del Comité Coalicinista (1). ¿Qué más justicia que la que vamos a realizar con nuestras manos? ¡Imitemos a Paredes, aquel radical que, en este mismo pueblo, porque le asesinaron a su hijo, fusiló a dieciséis conservadores en las calles públicas y los hizo degollar después de muertos!

En vano el doctor Crotto pretendía hacer valer su alta autoridad política. Aquellos hombres no escuchaban más que la voz de su venganza. Por lo contrario: cuanto más los aconsejaba, más los exasperaba, cosa que yo, serenamente, estaba viendo, razón por la cual me limitaba a observar y callar.

Entonces, el doctor Crotto, me condujo al patio, y allí, impotente, desesperado hasta las lágrimas, abrazándome, me suplicó:

—¡Salve al partido! ¡Préstele usted un servicio inmenso! ¡Imagínese! ¡qué cuadro! ¡Semejante tragedia a pocos días de las elecciones! ¡Esto va a ser la derrota segura, inevitable! ¡Tan monstruosa degollatina confir-

---

(1) *A los tres* les salvé la vida aquella noche. Nunca se lo hice saber a ninguno de ellos. No dejará de causarles alguna sorpresa la noticia, después de catorce años. ¡Oh, a todas horas nos circundan todos los males y todos los bienes, no pudiendo percatarnos más que de aquellos que se hacen conciencia dentro de nosotros! Los demás son... ¡como si no fueran!

mará la prédica de nuestros adversarios, que a toda hora han pregonado que el radicalismo es un partido de mazorqueros! ¿Qué no se dirá! ¿Cómo convencer al país de que el presidente del Comité Nacional y el presidente del Comite Departamental no han presidido y alentado tan siniestra conjuración? ¡En qué encrucijada nos hemos metido, yo, sobre todo! ¡No se da cuenta usted de que yo soy, nada menos que el *presidente* del Comité Nacional! ¡Sálveme usted, amigo, sálvese a sí mismo y salve el partido!

¡Cosa singular! Yo le escuché con una calma y una serenidad que no concordaban mucho con su exasperación, al par que una voz misteriosa y lejana que sentía dentro del alma, me anunciaba tristemente que yo lo arreglaría todo a satisfacción, pero que nunca nadie me agradecería el servicio prestado. ¡Portentosa intuición la mía, sin duda alguna!

Mi calma y serenidad dimanaban de que instantáneamente se me había ocurrido todo un plan estratégico para desbaratar los planes insensatos de nuestros exaltados y violentos compañeros (1).

—¡Déjeme solo! — prorrumpí. — Acuéstese... Corre de mi cargo *hacer de modo que todos salgamos bien parados del atolladero.*

Volví al salón... Con táctica inversa a la suya,

(1) Los comensales que esto lean se han de quedar sorprendidos al conocer las argucias de que me valí para evitar los efectos de la conjuración, con tanto mayor motivo cuanto que, a ninguno de ellos, le revelé el secreto nunca; secreto que, con otros muchos, me hubiera llevado a la tumba, a no mediar la circunstancia de que el destino me haya impuesto el deber de exhibir al señor Irigoyen de cuerpo entero, ante toda la Nación, a fin

procedí... En vez de contrariar a mis correligionarios, asentí a todo lo que decían...

—Todo se hará como ustedes quieren — les dije; — pero es menester que cumplamos primero una obligación sagrada, impostergable. Debo entregarle ahora mismo a mi hermano, unos fondos que traigo para gastos políticos. ¡A la vuelta lo arreglaremos todo!

Metí en un coche a los ocho hombres más exaltados y emprendimos la marcha hacia el campo de mi hermano, distante unas dos leguas. A los demás les recomendé que esperaran tranquilos, que nosotros *en pocos minutos*, estaríamos de vuelta.

Durante el trayecto, concentrado, cejijunto, no despegué los labios.

Todos respetaron mi silencio.

Eso era lo que yo quería: que no hablaran.

Contaba con cuatro factores para mi éxito: el largo tiempo que emplearíamos; el silencio; la temperatura, que iba descendiendo más y más; y el hastío de los que esperaban. Según mi cálculo, tras un proceso de enervaciones, nadie quedaría en disposición de ánimo para hablar de degollatinas a altas horas de la noche, sino en irse sencillamente a dormir, que era lo más cuerdo y agradable que podía hacerse, a fin de cuentas.

Buen cuidado tuve de prolongar, por muchos minutos, la entrevista con mi señor hermano, mientras lo enteraba de la singular incidencia y del ardid de que me estaba valiendo para desbaratar los planes de mis

---

de que no se consume el horror de una segunda presidencia suya que sería, sin duda, cien veces más funesta que su anterior, fecunda en muchos males, y en bienes, estéril totalmente...

propios compañeros. (¡Ni qué hablar hay que tuve buen cuidado de que éstos se quedaran en el coche helándose de frío!).

Mis yegüitas bayas de crin oscura, por suerte no se dieron mucho apuro por volver (1). Me resultaron en aquella ocasión, más sabias y eficaces que si hubieran sido tan *geniales* como la burra de Balaán.

¡Había que ver cómo mis ojos, cual dos dardos o dos puñales, rasgaban y penetraban las sombras para divisar el pueblo y ver si estaban ya apagadas las luces del hotel!

Aquella vuelta fría, larga, inacabable, comportaba un trance supremo para mi espíritu... ¿Qué ocurriría si yo me equivocaba en mis cálculos y, en vez de enervarse el entusiasmo de los amotinados e irse todos somnolientos y aburridos a dormir, los encontrara a todos borrachos de alcohol, de odio y de venganza?

A ocho o diez cuadras del pueblo, divisé que las luces del hotel estaban apagadas. ¡Buen indicio!—pensé, — pero no hice un gesto, ni dije nada.

En dos palabras: llegamos. Todos, protestando por la tardanza, se habían ido. Yo, no obstante, simulé cólera y mal humor.

Kísner, oportunamente, observó:

—¿Qué nos resta hacer ahora? No es la obra de cuatro gatos tomar una comisaría. Por lo tanto, ¡cada mochuelo a su olivo!

Yo me quedé encantado... Podrán ser juzgadas como se quiera las argucias por mí empleadas; pero lo

(1) Eran tan cachacientas y sobonas como mi cochero Juan Goldaraz.

cierto era que habían dado, matemáticamente, los resultados apetecidos.

Al tiempo de entregarme al sueño, pensé en aquel hombre, extraordinario por la inteligencia y el corazón, que se llamaba José María Paz, héroe y mártir de la libertad y del progreso...

Después de vencer, nada menos que a Quiroga en La Tablada, al ver que el Tigre de los Llanos se refugiaba con sus dispersos en un bosque, ordenó a su artillería victoriosa, no que barriera a cañonazos las huestes enemigas, lo que a cualquiera se le hubiera ocurrido, sino que hiciera los disparos con cierta elevación para que hirieran solamente las copas de los árboles. Este gran guerrero que era, también, un gran psicólogo, pensaba que al Tigre enfurecido no se le podía hostigar hasta el punto de barrerle sus huestes a cañonazos, porque, furioso, haciendo honor a su apodo, se hubiera vuelto sobre sus perseguidores con furor incontenible, transformando, tal vez, en un esfuerzo sobrehumano, la derrota en victoria. En cambio el descuajamiento de los gigantes de la selva, cayendo éstos con fiero estrépito sobre la cabeza de los supersticiosos soldados del Tigre, debía producirles un cierto pavor que les restara fuerzas para la arremetida... ''Piénsese lo que se quiera de estas disposiciones — decía el gran manco con su proverbial sencillez, — lo cierto es que ellas produjeron el más cumplido efecto (1).''

---

(1) A título de simple *curiosidad psicológica* se me ocurre pensar que Paz, como Scipión el Africano y Lucio Licinio Lúculo, *había frecuentado* a Jenofonte, y que se había hecho carne de su

Tomando el hilo de mi anterior narración, agregaré que, al día siguiente, el doctor Crotto y yo emprendimos viaje: él para Buenos Aires, llamado desde su hogar telegráficamente (1), y yo, a Santa Fe, a cumplir todo lo que había prometido.

En el tren, me encontré con Frías y el comisario, el cual también se había propuesto cumplir, al pie de la letra, lo que había resuelto... Compartí con ellos tranquilamente, comprobando que, por suerte, mi actitud lo había salvado a Frías de la paliza que entonces era de práctica.

En la ciudad de Santa Fe, sin quitarme ni el polvo que cubría, como un manto, mis ropas y botines, tomé un automóvil y me encaminé al domicilio del doctor Enrique B. Mosca, que después fuera ministro, diputado nacional, gobernador e interventor nacional.

Dormía él en la última pieza de la extensa casa. El portero no se animó a despertarlo; pero yo no podía vacilar: me introduje en su pieza, sin autorización de nadie, y lo desperté. El se levantó malhumorado, y cuando le conté el caso y le exigí que fuera inmediatamente a entrevistarse con el señor Interventor en nombre del doctor Crotto, protestó con desgano extraordinario.

---

carne el prudente consejo que Cyascares, rey de los medos, diérale a Ciro, futuro emperador de Oriente.

Helo aquí...

''Si los enemigos vencidos que huyeran fuesen menos que nosotros, venturoso sería perseguirlos por el hecho solo de ser menos. Mas ahora debéis pensar con cuán pequeña parte de ellos peleamos cuando ganamos la victoria. Algunos de ellos no pelearon, a los

(1) En esa noche trágica, un nuevo vástago surgió a la vida en el hogar del doctor Crotto.

Comprendí que él no estaba animado por el espíritu de la victoria. Entonces, sin más ni más, sin siquiera pedirle un cepillo para cepillarme, me fuí a ver al Interventor *en mi propio nombre,* esperando, de su acostumbrada gentileza, hiciera honor a la rectitud y lealtad de mi palabra.

Consecuencia: un telegrama del señor Interventor lo alcanzó, en medio del camino, al señor comisario, en el cual se le ordenaba pusiera inmediatamente en libertad al preso, poniendo en sus manos el correspondiente boleto de retorno.

Quedaba, pues, cumplida la mitad de mi promesa... ¡Nadie dude de que también cumplí el resto de ella!

Juzgue ahora, el lector, si no he tenido razón en epilogar este capítulo con esta leyenda: *Amargo y supremo trance para el radicalismo.*

Sin embargo, al estamparla nuevamente, se me ocurre una duda... ¡Sí, yo tengo que estar equivocado! Ello es incuestionable, evidente, por cuanto hasta ahora el doctor Crotto no me ha dado ni siquiera las gracias, ni me ha recordado jamás la singular aventura, aunque más no fuera para juntos reirnos de ella a carcajadas, cual estoy haciéndolo yo ahora, y como lo hago siempre que puedo, de todo dolor ya muerto... ¡Luego: o el hecho carecía en realidad, de toda importancia, o se trataba de un mero sueño de mi loca fantasía...!

---

cuales si ahora no nos constreñimos a pelear no conociendo las fuerzas de nosotros ni las de ellos mismos, por su poco saber y flogedad y cobardía se irán por sí solos. Mas si saben que yéndose su camino no tienen menos peligro que si esperasen, guardémonos de constreñirlos a que, aunque no quieran, se muestren buenos y

EL CELEBRE CONFLICTO DE LAS COMILLAS

Tres hombres de Buenos Aires, padres, los tres, del partido radical, intervinieron, únicamente, en la magna contienda santafecina: Hipólito Irigoyen, José Camilo Crotto y yo; los dos primeros como *agentes de la fatalidad del mal;* el último, también como agente, pero de la *fatalidad del bien;* Irigoyen, férreamente, sin conciencia, sin puritanismos, subordinándolo todo a su ansia delirante y pavorosa de poder, característica de todos los tiranos y tiranuelos del mal sobre la tierra; Crotto, bonachona, dócilmente, conduciendo al partido a través de la política, con la pachorra y fácil contento de un genovés capitán de barco, convertido, más que en muñeco, en hombro de su patrón; yo, alígero y libre como los vientos de la Pampa, que no encuentran valladares ni en las montañas; dándome en cuerpo y alma a mi patria, no aspirando a otra cosa que al bien de la República, el cual no puede consistir más que en ciencia, hermosura, justicia, bienestar e *indemortalidad*...

En forma bien explícita y bien clara, creo haber puesto en evidencia que el radicalismo, con don Hipólito Irigoyen a la cabeza, no aspiraba a conquistar la victoria en las pacíficas batallas comiciales, sino, simplemente, a escalar el poder mediante pilas de cadáveres.

---

esforzados. Bien sabes, Ciro, que tú no puedes tener mayor codicia de tomarles sus mujeres e hijos, que la que ellos tienen de guardarlos y defenderlos. Considera también que las puercas monteses, por muchas que sean, huyen con sus hijos cuando ven al cazador; mas cuando les cazan alguno de sus hijos, no huyen más, aunque sea una sola, sino que arremeten furiosas contra el cazador''.

El triunfo santafecino cayóle *de arriba,* cual inesperado bólido, rico en metales... Sí, *de arriba,* en la doble significación del modismo: *de arriba,* porque vino de lo alto, por designio de lo que unos llaman providencia y otros destino; *de arriba,* porque nada le costó a nadie, ni en heroísmo, ni en talento, ni en dinero... El radicalismo no fué más que una de las tantas ruedas del engranaje de *la ley de causalidad;* uno de los tantos minutos, segundos o terceros que fijaron la hora en el reloj del tiempo.

¡Cuántas veces hombres y pueblos, soñando con alcázares, emprenden la marcha por sendas equivocadas, encargándose factores no ensoñados, fuerzas propiciatorias enviadas por el destino, de arrancarlos casi a la fuerza del mal camino, conduciéndolos, quieran que no quieran, a la meta apetecida, poniéndoles sobre las sienes el lauro de la victoria! ¡La historia de los humanos está llena de estos fenómenos maravillosos!

El sólo mérito, y grande por cierto, de aquel radicalismo, estribaba en que amó, si bien confusamente, sin la clara percepción de las cosas porque en él predominaba el instinto, — ¡acaso los pueblos y los partidos no puedan amar de otro modo!, — en que amó el triunfo de la democracia, el de las instituciones y, de una manera aún más recóndita y confusa, el de la verdad, la hermosura, la justicia, el bienestar y la *indemortalidad*...

¡Por ello, cien veces bendito de la patria sea!

Y, si tanto amó, es claro que bien merecido tiene

el triunfo... ¡aunque su conductor fué, en realidad, un extraviado! (1).

Los que aman con heroica y profunda tenacidad, sean hombres o pueblos, tienen el justísimo derecho de esperar siempre ser favorecidos por aquellos vientos alisios del destino que, hinchando las velas de los ínfimos barcos de Colón, condujéronle, como entre brazos de amante, a las playas venturosas del Mundo Nuevo...

Darse cabal cuenta de lo que un momento histórico requiera realmente, parece que debe ser empresa maravillosa, aún cuando a mí, en aquella ocasión, me pareciera la cosa más sencilla del mundo. Lo que me dejaba absorto y perplejo en absoluto era la ceguera del señor Irigoyen, del señor Iturraspe, del señor Mosca, del señor Frugoni Zabala y de cuanto radical había en la República...

Debo, pues, *hacerme creer a mí mismo* que tal comprensión implica, en realidad, un fenómeno extraordinario.

Así, en los épicos tiempos de la Revolución de Mayo, todos los padres de la patria, con excepción de *uno solo*, no tuvieron ni siquiera un destello de que lo que requería la Colonia ya con alas, era, por disposición de los tiempos, echar a volar con absoluta independencia... El padre aquel... ¡era Moreno!

Fué eso, y no otra cosa, lo que le granjeó al gran libertador la animosidad, la envidia, el encono, el furor, el odio reconcentrado de sus couterinos libertadores, be-

(1) Y síguelo siendo aún... ¡Su enfermedad no tiene cura!

neméritos también, no cabe duda, pero, en realidad — ¡la verdad sea siempre dicha!, — meros e inconscientes agentes de la fatalidad del mal, subordinados a la fatalidad del bien, que Moreno encarnaba... ¡conscientemente!

¡Sí, Moreno era el mismo bien de su patria hecho conciencia! Pertenecía, pues, a la bendita estirpe hélica, cual San Martín, Rivadavia, Paz, Sarmiento, Alberdi, Mitre, Alem, Ameghino, Holmberg y Lugones (1).

En mi carácter de actor y fiel historiador de los acontecimientos que voy relatando, quiero prestarle a mi patria un elemento más de juicio, para que toda sombra de duda se desvanezca... ¡Un destello de luz basta a veces para iluminar el fondo de un abismo!

Veamos...

Celebrábase el escrutinio de las elecciones provinciales en la ciudad de Santa Fe, en el Palacio de la Legislatura. (Llamémosla así, por cortesía, a la casucha aquella).

Presidíanlo los tres ministros de la Intervención.

El día de mi cuento — era un sábado, — nos hallábamos sentados juntos, en la misma hilera, los señores Iturraspe, Menchaca, Frugoni Zabala, yo y algunos otros, y en la inmediata de adelante, don Enrique B. Mosca, que en ese día oficiaba de Fiscal de nuestro partido.

---

(1) No citar los dos últimos porque están vivos, implicaría una vileza. Por otra parte, yo creo que lo noble y lo justo no es esperar que los vivos se mueran para coronar sus sienes.

Ocurrió entonces un hecho asaz singular e interesante...

Al Departamento de General Obligado le correspondía elegir dos electores. El escrutinio nos asignaba a nosotros el triunfo de los dos. Mas al señor Ministro de Gobierno, presidente de la mesa, que detestaba a los radicales, se le ocurrió obsequiarnos con una gran sorpresa.

Poniéndose de pie, dijo:

—El elector tal del radicalismo, ha obtenido tantos votos. Correspóndele, por tanto, la mayoría. Luego, queda cansagrado. En cuanto al otro elector, como en las actas, al hacer el recuento, se ha omitido especificar la cantidad de sufragios, limitándose a poner comillas bajo la cantidad designada anteriormente, la mesa, no pudiendo conocer el número de votos, resuelve anular el acta en esa parte, asignándole el triunfo al elector coalicionista que le sigue, en número de votos, al elector radical ya consagrado.

Al oirlo, me sentí indignado al infinito. Eso era, sencillamente, una estafa hecha cara a cara, con el mayor de los desparpajos. Angustiado e hirviendo de coraje, miré a mis compañeros. Estaban tan tranquilos como si no hubiera pasado nada, como si estuvieran contemplando una vista cinematográfica o como si se estuviera escrutando una elección verificada en la luna.

No obstante darme cuenta que la fatalidad del mal había tomado posesión y dominio de las mentes de mis ilustres compañeros de cruzada, protesté ante ellos, más

que con palabras, con gestos y ademanes enérgicos y airados, tremantes de indignación.

—Se nos quiere arrebatar de una manotada el triunfo... Este es un desmán inconcebible. Nosotros no debemos permitirlo, cueste lo que cueste. ¡En estos casos sí que se justifica la revolución!

—¡No hay nada que hacer! — dijo Iturraspe.

—¡Tiene razón el Ministro! — dijo Menchaca.

—¡Qué error, el de los nuestros! — dijo Frugoni Zabala.

¿Razón? ¡Por los cuernos de la luna! ¿A qué razón se referiría el candidato a gobernador! ¿Acaso estaría tan convencido de la derrota que no le importara nada un elector más o menos? Una razón, evidentemente, tenía el señor Ministro: ¡la del mal! Todo cuanto existe tiene *su razón*, hasta la locura, sencillamente porque es, porque si no tuviera razón de ser, no sería.

Díle, entonces, una palmada al Fiscal, doctor Mosca, en el hombro derecho, al tiempo que al oído le decía:

—¡Cómo! ¿Usted que es el Fiscal del partido, va a dejar consumar en silencio tamaña enormidad? ¡Las comillas deben interpretarse en el sentido de ídem, ídem!

El doctor Mosca se puso de pie bruscamente, cual un muñeco de sorpresa cuando se le abre la tapa de la caja que lo contiene.

—¡Pido la palabra! — exclamó.

—¡Concedida! — el Ministro de Gobierno le contestó.

El doctor Mosca expuso:

—Yo creo que las comillas equivalen a ídem, ídem.

—No, señor; está usted equivocado, — repuso enérgica y bruscamente el señor Ministro. — No hay tal equivalencia. Las comillas no significan nada. A lo que equivalen es a cero, cero. Por otra parte, la ley es bien clara: establece que el cómputo debe escribirse con números. Por consecuencia, el triunfo le corresponde a la coalición.

Nuestro flamante Fiscal, derrotado y cohibido, resolvió sentarse como... como si sobre la cabeza de un muñeco hubiera apoyado su manopla aplastadora algún titán.

Terminó el acto. Mas yo no me dí por vencido. Ya en el patio de la legislatura, reemprendí la batalla, con mayor tenacidad aún.

No era posible dejar que se consumara tal iniquidad. El Presidente de la República no lo iba a consentir. Lo que pretendía el Ministro era estafarnos la victoria. ¡Oh, tantos años de luchas y sacrificios no podían terminar en forma tan grosera, ridícula, ignominiosa! Las comillas, puestas debajo de un número, eran como el número mismo. Eso lo sabían hasta los dependientes de tienda. La negación de esa verdad, implicaba un sofisma, una argucia de mala ley, absolutamente intolerable.

El núcleo de los radicales que me escuchaba — en ese momento eran como veinte, — me miró desconcertado, con disgusto, cual se mira a un majadero.

Menchaca, con quien me encaré, rehuyendo el debate en la forma que yo lo planteaba — él, el candidato a Gobernador, — me contestó muy fresco y muy orondo:

—¡No hay nada que hacerle al dolor...! El hecho ya está consumado... ¡Miren que habían sido imbéciles los radicales de General Obligado!

—Los cargos — le contesté, — hay que hacérselos a la Intervención y no a esos pobres ciudadanos correligionarios nuestros que no han hecho nada malo. ¡Eso es lo correcto! ¡Eso es lo justo! ¿Pero es posible que nosotros nos quedemos contentos y satisfechos, sin presentar un acta de protesta, sin elevar, siquiera, una nota al Presidente de la República, en una palabra, cruzados de brazos ante la fatalidad?

—¿Para qué? — fué la única contestación que recibí de labios del candidato, así, en su elocuente laconismo, dejándome el alma lívida de indignación y de coraje.

Me dirigí a la calle rumiando improperios; pero ya a los veinte pasos que me separaban de la puerta, había preparado un plan y tomado una resolución.

En ese instante mismo bajaba de un automóvil el doctor Zaballa, director de "La Democracia", en quien yo había notado cierta inquina contra los principales miembros de la Junta de Gobierno.

—¡El cielo me lo envía! — exclamé alborozado. — Yo iba a tomar este mismo vehículo para ir volando a verlo a usted... Esta casualidad, verdaderamente prodigiosa, es un augurio más feliz que el clásico estornudo, anunciador de la victoria, que colmara de alegría a Jenofonte. Es evidente: el destino del bien está conmigo. En dos palabras: necesito su diario. Ahora mismo voy

a dispararle en un suelto una andanada de cañonazos a la Intervención.

—¡Imposible! — me observó. — Ya se está compaginando... Dentro de diez minutos, a más tardar, estará en circulación...

—¡Ah, sí; pues entonces, hemos triunfado! ¡Tenemos tiempo de sobra! — le contesté sin vacilación alguna.

Voló el automóvil... Llegamos... Con alas en los dedos y alas en el alma, escribí, poseído de un vértigo, no un suelto, sino un *articulazo,* dejando probado — me da risa el decirlo, — que, en cuanto tomo la pluma, ni en un caso como ese, dejo de ser *larguero,* como me *llaman los que son... como flores sin polen y huevos sin galladura.*

No tuve tiempo de corregir las pruebas, ni de leer mi artículo. Yo también me dije a mí mismo: De todos modos... ¿para qué? ¡He cumplido mi deber; eso me basta! Podía ahora permanecer tan tranquilo como una montaña, tuviere mi actitud las ulterioridades que tuviese.

Y no me ocupé más de la cosa... Ni recordaba siquiera, lo que en él había escrito. Tampoco me preocupé de adquirir un número del diario, aunque, a decir verdad, nunca hubiera estado más justificada la curiosidad que en ese caso.

A la noche, saboreando helados en la confitería El Polo con mis compañeros los doctores Villarroel y Grecca, al contarles la aventura displicentemente, sin darle al caso importancia alguna, les manifesté que había escrito

vertiginosamente un artículo en "La Democracia", cuyo contenido yo *ignoraba*.

No eran aún las siete de la mañana del día siguiente, cuando ya estaba yo en marcha por las calles de la ciudad, llevando *en los brazos del alma*, como hijos tan amados por mí como odiados por *los otros*... ¡mis ensueños!

De improviso, encontréme, de manos a boca, con el canónigo Viñas, fuerte en lenguas muertas, con quien yo había mantenido una polémica por los diarios, sosteniendo yo la tesis de que la Iglesia Católica había procedido con evidente y monstruosa injusticia al *hacerlo santo* al terrible cuanto execrable inquisidor general de España, don Pedro de Arbués, *achicharrador* de media humanidad, procediendo con el mismo criterio con que la Curia Eclesiástica Argentina le había conferido al tirano Rozas—¡nada menos!—amplias credenciales después de muerto, como abogado nuestro ante la Corte Celestial, no habiéndosele, sin embargo, ocurrido a ningún Papa *hacerlo santo* al gran Colón, gloria eterna de la humanidad, que le dió al cristianismo todo un mundo; sabio más digno de consideración, bajo este punto, que el emperador Constantino, enemigo del gran Arrio y asesino de su estirpe.

Debo agregar, en honor del tal canónigo que, aún cuando yo, en la polémica había echado mano, para combatir sus ideas, de un carcaj de relámpagos, él dulzonamente, me prodigaba elogios y me llamaba "criollazo de buena cepa".

En la ocasión que voy relatando, aún cuando no nos

saludábamos porque no habíamos sido presentados, rindióme el extraño homenaje de descubrirse y bajarse de la vereda al pasar por mi lado.

Claro y evidente es que yo no hubiera podido dejar pasar ese misterio sin aclararlo. Me detuve al punto y, dándole las gracias con la mayor cortesía, lo interpelé. El, al tiempo en que me abrazaba, me dijo:

"*¡Honor a te!*" Leí ayer "La Democracia". He quedado encantado con su artículo. Así se lucha por los ideales: con tesón, con talento, con denuedo... "*¡panin al panin!*" (1).

Por otra singular incidencia, el doctor Zaballa, que iba por la vereda de enfrente, se me acercó y me dijo:

—¡Ha sido todo un éxito!

—¿Ah, sí? — le contesté. — Pues corro, entonces, a leerlo.

En el comercio de la esquina tuvieron la gentileza de obsequiarme con un ejemplar del diario. Leí mi artículo. No estaba mal del todo. Las razones eran buenas y los sarcasmos iban derechos, certeros, como la flecha de Guillermo Tell, al corazón de la Intervención.

Sin trepidar lo recorté, lo puse dentro de un sobre, puse dos líneas en una esquela y, certificadamente, se lo envié... ¿a quién podía enviárselo? ¡A mi ilustre amigo el presidente Sáenz Peña, pues a ningún radical

---

(1) Modismo hebreo que significa cara a cara. La Biblia dice que sólo a Moisés le fué dado mirar a Dios *panin al panin*.

de la República le interesaba dos cominos el triunfo del radicalismo!

He aquí lo que había escrito vertiginosamente...

Después de describir el origen de las comillas y de las palabras *ídem, ídem,* al través de Leibnitz y otros matemáticos ilustres, terminaba con un sarcasmo hiriente, que Juvenal hubiera envidiado para su carcaj. Si a los *otros dos Ministros* — decía, — el Gobierno Nacional les asignara la suma de 200.000 pesos en recompensa de sus eminentes y prodigiosos servicios prestados a la patria, y debajo del ilustre nombre de ellos pusiera el nombre igualmente esclarecido del señor Ministro de Gobierno, poniendo *comillas,* que "no significan nada", debajo, precisamente, de los estupendos 200.000, ya lo veríamos a S. E., veloz cual un gamo a pesar de su renguera y su tuertera, cruzar las calles de Buenos Aires ante el espasmo de todos, aferrando con sus manos el divino chequecito con más amor que si fuera la bandera de la patria, y llegar, jadeante, a la Tesorería Nacional, convencido al infinito de que las comillas, por lo menos en el *caso de él,* no podían significar otra cosa que ídem, ídem. ¡Con qué olímpico desprecio hubiera mirado de arriba abajo el señor Ministro al menguado palurdo que se hubiera atrevido a insinuar siquiera que las comillas equivalían a cero cero? ¡Oh, con los 200.000 en un bolsillico oficiando de maleta y cerrado herméticamente con alfiler de gancho, se hubiera convertido de improviso, el gran Ministro, en un sofista más hábil y talentoso que Isócrates, Gorgias y Pródico juntos! ¡Por Júpiter! ¡cuán grande es el poder del oro! *¡Face* ver al

tuerto y andar al cojo!, diríamos imitando al Arcipreste de Hita. ¡Oh, tengo a bien seguro que el tal famoso Ministro de Gobierno, perniquebrado y ciego en materia de ciencias y artes, sería capaz, imitando al mismo Isócrates, que pretendió inmortalizarse puliendo durante quince años su *Panegírico de Atenas*, que sólo constaba de cincuenta páginas; sería capaz, digo, de loar la sublimidad de las comillas — las de su paga, se entiende, — escribiendo, en tan sólo quince minutos, un homérico o un esquíleo poema de quinientas páginas, que contendría más primores que piedras preciosas la fantástica gruta de Aladino, capaz de abastecer todas las joyerías del mundo en perlas y diamantes, esmeraldas, rubíes y topacios...

Consecuencia: el lunes siguiente, cuando el asunto de las comillas parecía que había pasado ya a la historia en autoridad de cosa definitivamente juzgada, he aquí que el Ministro de Gobierno, que hacía un largo rato me estaba mirando de reojo, sin duda *enfermo de horticaria,* desdobla un telegrama que un ordenanza le trae, se pone de pie, suspende el escrutinio y prorrumpe:

—¡Por orden y resolución del Excelentísimo Señor Presidente de la Nación, se le adjudica al radicalismo el segundo elector del Departamento General Obligado, por considerar que las comillas deben considerarse como *ídem, ídem!* ¡Le corresponden, pues, *los dos electores!*

¡Y todavía el señor Irigoyen, con su panegirista al

frente (1), falsea la verdad histórica, repitiendo que el presidente Sáenz Peña fué un desleal, un mal caballero, que no tuvo ni el valor ni la nobleza de cumplir en Santa Fe la palabra que solemnemente le empeñara a la Nación!

El que falseó, el que traicionó, verdaderamente, a todas horas a la victoria, fué el propio radicalismo *irigoyenista,* siempre ciego, falaz, embustero, mentiroso y trapalón, eternamente empeñado, como ocurre ahora mismo, en seguir por la ruta de la *fatalidad del mal.*

Otra cosa singular debo anotar... Ni Irigoyen, ni Menchaca — primer beneficiario de todas estas cosas, — ni *ningún radical de la República,* ha creído prudente, hasta la fecha, obsequiarme ni con las gracias, que suelo darle yo a mi perro en voz alta cuando se aparta de mi camino para dejarme pasar, y eso que es un perro venido de la calle, hospedado por orden suya en mi casa, — me refiero al perro, — tan marrullero y molesto como para cansar a un santo y transformarlo en demonio.

En cambio mi actual vecino de enfrente, que fué conservador toda su vida, que se hizo radical cuando vió la mesa tendida, plena de manjares suculentos, que se pasa las noches, hasta el alba, jugando al monte y a la

(1) El señor Oyhanarte puede merecer alguna disculpa, porque nada sabe de lo que ocurrió en Santa Fe. Toda su intervención consistió, como ya lo he dicho, en un *paseíto* por Rafaela, sirviéndole de vocero al dios, pronunciando desde el tren, en cada estación, algunas palabras entusiastas, que no conseguían ser vibrantes a causa de su voz harto aflautada. Mas, el que no puede ser disculpado en ninguna forma es el señor Irigoyen, que tiene la obligación primordial de ser verídico.

taba, que para beber es cual un barril sin fondo, que no tiene otra ciencia ni otras artes que las protervas, es *padre de la patria,* ungido por obra y gracia del que se considera a sí mismo el sumum de las virtudes y talentos, del que acaba de proclamarse, descaradamente, el *Unico en su Patria...la América... y el Mundo.*

¡Oh, patria, cómo te befan y escarnecen! ¡La iniquidad ha hecho de tu bellísima cara un *puchin-boll!* Y tú, pueblo soberano, ¿habrás tal vez descendido a la vil y torpe condición de las recuas o mesnadas? Mas, no lo creo: imposible admitirlo. ¡Tú eres, sí, de esencia divina, pues que engendraste a Paz, Rivadavia y San Martín!

¡Oh! He visto a mis años, mas no por ser muchos, sino por mi inmensa experiencia, tanta banalidad, tanta pedantería, tanta farsa, tanta mentira, tanta traición a las cosas grandes, en una palabra, tanta y tanta miseria humana, que al recordar la escena relatada y tantas y tantas otras cosas, no puedo evitar que un orgasmo de repugnancia, de asco del alma, me atenacee el corazón y me estrangule la garganta.

Un día mi ilustre amigo, el sabio Eduardo Holmberg, bondadoso en extremo al juzgar una obra filosómica mía ("bondadoso, nó—me protestó;—yo no puedo ni debo ser con usted más que justo"), se quejaba ante mí, displicentemente, al pie de la Venus desnuda que él tanto ama (1), de la malevolencia e ingratitud de los humanos.

---

(1) De pie, en la sala obscura, iluminando con un fósforo las puras líneas de la diosa de la hermosura, me decía con su sonora voz de barítono, a boca llena: "¡la amo!"

Largas y curiosas historias me contó aquel hombre singular que, en un congreso mundial de librepensadores, tuviera la *prometeica soberbia humildísima* de exclamar, golpeándose sonoramente el pecho: "¡Yo, que no he sido en mi patria *ni siquiera Presidente...!*"

Yo lo escuchaba, serena, parsimoniosamente... El creía que yo, asomado al abismo de sus penas, estaba a punto de sentir un vértigo. Mas, sonriendo heráclea-dionisíacamente, le dije, dejándolo casi estupefacto:

—Permítame que, imitando a aquel gran Calderón que llorara, como yo, "tres veces en el seno materno" (1), cual si antes de haber nacido ya hubiera sentido el peso formidable de mi cruz; permítame que le diga a usted que yo recogería, feliz, todas sus penas, para deleitarme con ellas. Mas, "como toda la vida es sueño y los sueños... sueños son", para que me sea posible seguir viviendo, tiendo sobre los *sueños del mal*, que son mis sueños reales, un mundo de *sueños del bien*, elaborados a voluntad por mi fantasía..., mundo en el que a todo hombre le está prohibida la entrada, cual si fuera a una serpiente. ¡El sólo está habitado por flores, pájaros y las huríes con que soñara Mahoma! ¡Allí es donde no se experimenta ni enfermedad, ni dolor, ni llanto: "*neque luctus, neque dolor erit ultra!*" Y de este modo, viviendo y muriendo mi alma a un tiempo mismo, le digo a todas horas a mi ideal lo que el Profeta

(1) Tengo el hecho por imposible. Mas mi señora madre así lo sostenía con convicción profunda. Trátase, sin duda, de otro fenómeno, interpretado de ese modo por un simple error de imaginación.

con unción le decía a su dios: *moriatur anima mea morte justorum.* ¡Haced, Señor, que yo muera con la muerte de los justos!

Y él, frunciendo el ceño, cual si en él se le enroscara una serpiente, díjome:

—¡Diablo! ¡Diablo! ¡Eso sí que es archigrave! ¡En cuanto a su mundo, me encanta! Me resulta menos aburridor que estar siempre contemplando la cara de Dios. Convénzome de que, si usted hubiera hecho el mundo, no habría tenido la macábrica ocurrencia de obsequiar a la humanidad nada menos que con un Infierno, donde son eternos el pesar, los suspiros, las lágrimas, los gemidos, la amargura y la desesperación; donde el Padre Eterno, mostrándose no muy bueno y cariñoso que digamos con sus hijos desventurados, estampara esta *infernal* leyenda: *In infernus nulla est redemtio* (1) ¡Oh, sí, para Infierno... éste basta y sobra... amigo mío!

(1) Traduzco: en el Infierno no hay redención, ni perdón, ni nada, sino un dolor eterno...

TODO GOBIERNO, POR LA SABIDURIA DEBE REGIRSE

Paraná, Abril 27 de 1912.

Doctor José Camilo Crotto.

Capital Federal.

Estimado don Camilo:

Acabo de leer en "La Nación" de ayer que el doctor Leopoldo Melo es candidato probable para ministro de Menchaca.

Ignoro si la noticia será digna de ser tomada en cuenta... El sentido intuitivo, de que creo estar dotado, me invita a desecharla. ¡Imposible! — me dice. Luego forzoso me es creer que, desgraciadamente, tal cosa no sucederá.

No obstante estar convencido de que todo esfuerzo en tal sentido será vano, voy a quebrar un par de lanzas en su loor, aunque resulte un tanto quimérico luchar por un ideal que se *sabe inalcanzable.*

Mas usted no podrá llamar a esto locura. Sé analizarme a mí mismo. *Eso,* en suma, constituye una suerte

de quijotismo estoico y esquíleo, cuya existencia no fué sospechada por Cervantes. (¿Cuál es, en realidad, el afán de la ciencia, sino el de matar a la muerte, sabiéndola *hasta ahora inmortal?*).

Sigo siendo, como usted ve, el mismo paladín del bien sobre la tierra, a pesar de que a la vida le plugo alfombrar, no con flores, sino con abrojos mi camino...

Sigo siendo el mismo soñador aquel a quien usted, en el gentil prólogo con que honró mi modesta *Gota de agua*, le decía: Y puesto que Vd. se ha lanzado a la obra y es uno de los caballeros esforzados que, con valiente empuje, se ha decidido a quebrar una lanza por sus ideales en esta tierra aletargada con el retintín del metalismo y sacudida por los prematuros cuanto pavorosos problemas de carcomidas sociedades, tenga usted la tenacidad y la fortaleza de la gota de agua, que no sólo témpanos sí que granitos consigue desmenuzar''.

Empezaré por manifestarle paladinamente que nuestra primer victoria, considerada con la debida altura, si bien resulta para nosotros trascendental como hecho político, no lo es, sin embargo, del punto de vista del ideal democrático, por cuanto habiendo prevalecido exclusivamente el *vil metal*, ha resultado, dentro de los nuestros, el triunfo de la plutocracia y la eclocracia. El parlamento santafecino está condenado a un eterno *mutis*. Allí, en vez de la verba ardiente de Alem o de la cristalina de Aristóbulo del Valle, sólo se oirá una insípida vocinglería, más digna de un zoo que de una legislatura.

No se me observe que mucho se puede esperar de

personas que estuvieron condenadas a debatirse en un ambiente deletéreo, propicio para la asfixia pero no para el vuelo...

Con la mayor de las tristezas asegúrole que, examinando prolijamente las axilas de *nuestras eminencias,* en ninguna he palpado el nacimiento de las alas del águila. Y si usted quiere que ríamos un poco, como buenos y viejos amigos, permítame decirle que a ellas les vendría, como de molde, aquella antigua definición que consideraba al hombre como un *bípedo implume,* definición que motivó la risa homérica y rabelezca de Voltaire, quien, ajustándose a ella, exhibió un pollo *pelao* como la imagen ridícula y grotesca de un ser que se considera modelado por Dios mismo... (¡Válgame dicho Dios! ¡Cuánto me holgara que en este momento El pusiera sobre la mesa de la confitería en que estoy escribiendo, no un *hipotético pollo pelao,* como diría mi gran amigo Kant, sino uno bien real, bien gordito, bien jugoso, bien asadito al *spiedo*).

No ignora usted que como a pitagórico que soy, se me puede creer sin reparo alguno, máxime habiendo reconocido usted amablemente en mí espíritu analítico y profundo amor por la verdad. No pertenezco, por otra parte, a la amplia grey de los iconoclastas creadores de fetiches, ni a la no menos amplia de los *snobs* que han hecho del *nihil admirari* la insípida y estéril divisa de su vida.

Todo esto me permite decirle de paso, y para entre nosotros, que muchos de nuestros flamantes correligionarios santafecinos, no son aptos ni para admirar la

belleza femenina que usted tando admiraba conmigo por las calles de la ciudad de Santa Fe, para lo cual, dicho sea en honor a la verdad, no se requiere ser un eminente esteta, sino tener simplemente un principio de sentimiento erótico, dicho sea esto expresándome como artista y sin pecar de mujeriego.

En la Atenas que baña el Plata, podemos señalar, bajo el punto de vista del progreso, dos fuerzas colosales: una egocéntrica y la otra excéntrica. A ella convergen, mediante la primera, todos los intelectuales de tierra adentro, por no encontrar en sus provincias ambiente propicio para ensayar las alas; impulsados por la segunda, el capital, que no puede estancarse, busca en los campos su natural válvula de escape, llevando el progreso económico a toda la República, con sólo alguno que otro reflejo mate de civilización y cultura escapado del torrente áureo.

Habiendo desaparecido las viejas y enconadas rivalidades que entre pueblo y pueblo ponían valladares insalvables en nombre de un localismo de campanario; habiendo la democracia, en lo que tiene de fraternal e igualitario, barrido los obstáculos con su pampero para que todos los hombres se consideren libres e iguales ante la enseña de nuestras glorias, tiempo es ya de que la intelectualidad acumulada en Buenos Aires se derrame generosa por todo el vasto escenario de la patria, para que ésta surja coronada, en el segundo siglo de su advenimiento al mundo, no por aquellos laureles que se ganan con la espada cruentamente, sino por aquellos

otros más gratos a mi espíritu, que se obtienen en las batallas proficuas del saber y del trabajo.

Fundado en estas razones, con conocimiento claro de las cosas y serena visión del porvenir, escríbole al volar de la pluma desde esta confitería paranagüense, para hacerle notar a usted que sería una medida de alta política, sugerirle a Menchaca la conveniencia de formar un ministerio con altas personalidades del partido, procedentes de Buenos Aires.

Si gobernara a Santa Fe con un loable criterio político — progresista, eso resultaría la más eficaz de las propagandas en toda la República y se abriría en nuestra historia una nueva era de paz y de concordia, que, según lo presiento, comportaría otro siglo de Pericles.

Piense usted en ello, mi estimado don Camilo, que no por venir la idea de un hombre tan modesto, se la debe desechar de plano. A usted y a don Hipólito les toca llevarla a cabo sin pararse en consideración alguna, para bien de la patria y para asegurar el triunfo de nuestro partido en toda la República.

Hay momentos de inspiración que arrojan fuegos griegos sobre las sombras del futuro... Hay momentos en que, por un indicio cualquiera, se abarca el porvenir, como por el agujero de una cerradura, tan pequeña como es, puede divisarse el vasto escenario de la pampa...

Gobernemos bien o mal la provincia de Santa Fe, muchos triunfos alcanzaremos en toda la extensión de la República... Todo eso está *ya escrito* por el destino, así como que don Hipólito ocupará la presidencia. No le quepa la menor duda. Pero esté también seguro

de que vamos por mal camino... Sí, como estoy convencido de ello, Menchaca arroja a la calle los principios sagrados y divinos cual una carga inútil, adiós regeneración, adiós ensueños sobrehumanos, adiós progreso, adiós triunfos excelsos de la ciencia, la belleza y la justicia, adiós paraísos terrenales. ¡Oh, y cuando le toque tallar a don Hipólito, aquello será el diluvio universal, el acabóse de todas las esperanzas, el triunfo de la demagogía con todas sus pasiones menguadas, con todos sus vicios, con todas sus locuras, con todos sus crímenes!

¡Guay del radicalismo y de la patria si damos el primer paso con el pie cambiado; si empezamos, como estoy seguro de ello, por hacer tabla rasa del pasado *alemnista*, de los grandes e inspiradores principios...

Yo le daría cien mil consejos a Menchaca, pero él ni me comprende, ni me adivina... Habría, sin embargo, que sugerirle en cien mil formas, la conveniencia de que imitara al general Rodríguez, en el sentido de formar un gran ministerio.

El hombre que podría secundarlo admirablemente, es Leopoldo Melo. No es, por cierto, de los favoritos de don Hipólito, pero eso, entre nosotros, no constituye una afrenta, sino un mérito. Melo es un hombre entero, radical de una sola pieza, razonable, equilibrado, profundo, amante de los principios y patriota de alta escuela. Si actuara como ministro de Menchaca, se abriría una era nueva para toda la República, porque llegaría un día en que toda la República se transformaría por el imperio de la sabiduría.

Inclínome a creer que algún día lo veremos a él convertido en presidente de la República, aunque se oponga don Hipólito... Lo creo predestinado a tan alto y honroso cargo. Pero así como tengo ese convencimiento, tengo este otro: que Melo no será ministro de Menchaca. Mi deseo, mi voluntad no pueden cambiar el curso del destino. Sé que esta carta será como un puñado de flores arrojado al viento. ¿Por qué, entonces, me dirá usted, me empeño en ella en quebrar lanzas por un ideal que lo sé imposible? Pues, por lo que le dije antes: por sentirme animado de un quijotismo estoico y esquíleo, cuya existencia no sospechó el egregio manco de Lepanto (1).

Suyo y del progreso.

Eduardo Isla.

S|c. Monte Caseros 228.

---

(1) Muchas y extensas cartas cambié con Don José Camilo Crotto, a la sazón Presidente del Comité Nacional. Aún cuando su alma no podía vibrar al unísono de la mía, debió él encontrar mis cartas muy medulosas, por cuanto las designaba así: "brillantes elucubraciones".

En realidad, no eran más que claras visiones de los acontecimientos presentes y futuros...

ODA TRIUNFAL A LA CIENCIA

¿Qué me quedaba que hacer?

El flamante gobernador no revelaba ninguna condición períclea...

Para no morirme de tristeza y de fastidio, opté por olvidarme del mundo y entonarle un himno a la ciencia...

Instado por un núcleo de intelectuales fervorosos y progresistas, dí, entonces, una conferencia en un teatro de la ciudad de Santa Fe, con el objeto de contrarrestar aquella famosa Pastoral en que el obispo Boneo, violando la Constitución y las leyes, incitaba al odio y a la rebelión contra el radicalismo, diciéndole a sus feligreses:

—"¡Cuán lejos estábamos de pensar que se hallaba tan próxima y ya se cernía sobre nosotros la más amarga tempestad, y que la que despreocupados creíamos nube sin agua, fácil de disiparse a un ligero soplo, tengamos hoy, sobresaltados, que contemplarla en amenazadora actitud de desastre, en devastador torrente!"

En aquella ocasión, en tribuna fervorosa, volqué todas mis flores en el divino altar de Atenas, la de sin par hermosura.

Ello comporta para mí alta honra, pues fué mi voz la única que se alzó en toda la República en defensa del radicalismo y de la libertad de pensar.

La consigna de enmudecer impartida por don Hipólito Irigoyen, debió ser muy severa como grande fué la cobardía de toda la prensa radical, que ni siquiera intentó ni la más leve defensa en pro de la más grande conquista de la civilización moderna. Menchaca, que pasaba por ser un gran liberal, permaneció tan callado como si hubiera rodado hasta el fondo de un abismo o se lo hubiese tragado el mar. ¡Vaya una manera asaz heroica de defender su propio programa de gobierno, en el que pretendía aparecer como un pichón de redentor! ¡Oh, tremendas incongruencias de la política criolla, sin carácter, ni ideales, que no sabe más que marcar el paso tras la banda! ¡Oh, principios sacrosantos! ¡Oh sublimes ideales! ¿Quiénes son, por ventura, los que os aman divinamente en esta tierra?

Hoy, desde la cumbre de serenidad en que vivo, sólo quiero recordar afablemente, los siguientes párrafos de la tal conferencia... (1).

Señoras y señores:

La democracia es la tierra fértil por excelencia donde fecundan y florecen todos los ideales.

A su influjo soberano, un selecto núcleo de intelec-

---

(1) Ella fué propiciada por los siguientes señores: Agustín Dillón, Atanasio Páez, Dr. Manuel Francioni, Dr. E. P. Gochwind, Rafael Gismani, Dr. E. Zenón González, Máximo L. Coria, Dr. Alcides Grecca, Miguel Expósito, Orlando Lavagnino, Italo Vighi, Dr. Raúl Villarroel, Antonio Musso, Baldomero Banús, Avelino Zalvídea, Edmundo Fernández, Rodolfo Benuzzi, Publio C. Benuzzi, Francisco Kammerhoff, Dr. Angel Masjoan, Juan Bautista Brussa, Dr. A. Villadecants, Francisco Vitali, Alejandro Giménez, Zenón Ramírez.

tuales de la benemérita ciudad de Santa Fe, entre los que figuran hombres que descuellan en la ciencia del derecho, en la cátedra, en el magisterio y en el periodismo, tuvo la gentileza de invitarme a que hiciera resonar mi voz en este recinto, mi voz que nunca se ha envilecido, mi voz que nunca se ha alzado sino para propiciar la conquista de todo lo grande y de todo lo bueno.

De exprofeso he escogido el tema más formidable, el más trascendental, porque he creído que en esta hora solemne y augusta del despertar de la provincia, debía bajar a la palestra para herir noblemente en pleno pecho al adversario, con el cual ya me he medido victoriosamente en cien combates.

Desde el primer momento comprendí que la importancia y trascendencia del tema que debía abordar, no estaba en consonancia con la exigüedad del término disponible para prepararme; pero como a mí me seducen y me encantan las empresas cuanto más difíciles, no he vacilado en aceptar la magna empresa, contando de antemano con vuestra indulgencia por si no llego a presentaros otra cosa que un amodorrante manojo de amapolas...

Oh, señores; cuando a los pueblos en pleno vigor y libertad, les invade un sopor parecido al de la muerte, renunciando a sentir, pensar y obrar, menester es darles en la frente un golpe de maza para volverlos a la vida, ¡a la vida que es sentimiento, que es idea, que es acción!

... ...

Toda ciencia — digo a mi vez, — toda belleza y toda bondad derivan de la naturaleza. Estudiémosla, entonces, con amor, para arrancarle sus secretos y estar con ella siempre en armonía. Dediquémosle toda nuestra admiración y toda nuestra ternura.

La ciencia no es otra cosa que el conocimiento de las leyes que rigen a la naturaleza.

Las teorías metafísicas se parecen a esas telas que las arañas construyen primorosamente y que luego el viento desbarata. En efecto: la metafísica es simplemente un conjunto de fantasías tejidas en el aire. Cuando la ciencia sopla en ellas, las destruye.

Los pretendidos conocimientos aportados por las religiones, ante la ciencia que brota de la naturaleza como un manantial inacabable, palidecen y se borran como las estrellas cuando la aurora asoma por oriente derramando sobre el mundo todos los colores y matices de su paleta.

El universo todo está regido por leyes: tanto el mundo físico como el mundo moral, si es que el mundo moral no es parte del mundo físico. Lo que llamamos casualidad, no es más que el efecto conocido de una causa desconocida. Donde el vulgo vé milagros, sólo ven leyes el físico y el filósofo, estudiando el primero la naturaleza y el segundo la humanidad. El influjo de las leyes se reconoce hoy, dice Gide, aún en aquellos fenómenos accidentales que parecen ajenos a todo principio regulador. Hasta los vientos y las olas, emblemas de la inconstancia y del capricho, sufren su imperio; la meteorología y la física terrestre determinan las leyes que

dirigen a través de la atmósfera o de los océanos, las corrientes aéreas o marítimas.

Es evidente que si leyes rigen el mundo físico, el mundo moral también está regido por leyes naturales que el hombre no puede modificar, porque son independientes de su voluntad; estas leyes son universales y permanentes porque se aplican en todo lugar y tiempo, con prescindencia de nacionalidades y épocas históricas. Aún los que viven sugestionados por las clásicas divagaciones nemónicas y mantienen todavía la ilusión de que el hombre es un ser absolutamente libre, no podrán menos de reconocer con Kant, el metafísico de la libertad, que ''cualquier concepto que se tenga del libre albedrío, sus manifestaciones son, en los actos humanos, determinadas por leyes generales''. La sociedad, según la feliz comparación de Herrera Vega, camina dentro de esas leyes como un carruaje por la carretera, de la cual no se sale, pero dentro de la cual va haciendo curvas mayores o menores, con arreglo a las circunstancias.

Las leyes sociales no caen tan directamente bajo el dominio de nuestros sentidos, como las leyes de la materia; y la complejidad de las múltiples causas o factores que intervienen en su formación, no permiten que se presenten ante nuestro espíritu con la exactitud de los principios geométricos, ni que puedan funcionar con la rigidez absoluta de las que reglan el movimiento de los astros. Todo el talento del hombre de estado se reduce a darse perfecta cuenta de las leyes naturales que rigen las sociedades. ''Su doctrina debe estar fundada en la razón y en los hechos. No es permitido crear sis-

temas artificiosos, forjando al antojo hombres y cosas; el aforismo de Bacón referente al mundo físico, es perfectamente aplicable al social: *Natura non imperatur, nisi parendo*''.

Todo el universo está sometido a leyes — dicho sea una vez más. Nada escapa a su acción, ¡nada!, ni el pensamiento que vibra en el cerebro humano, ni los metales en fusión que guardan en su seno los volcanes.

Sufren su imperio hasta las manifestaciones de la idiosincracia individual y colectiva, hasta aquellos acontecimientos de la historia que, por su aspecto caótico, parece que no estuvieran sometidos a ningún principio regulador, y fueran, simplemente, la obra del acaso. Sutilicemos... Entre las medianías y las almas grandes, ¿no es muy diferente la óptica de la vida? ¿no es *ley* de las primeras que con todo se contenten, y *ley* de las segundas que vivan siempre inquietas y agitadas, aspirando sin cesar al mejoramiento, porque sólo el infinito puede saciarlas ¿No es una ley, que resulta del estudio filosófico de la historia, que los iniciadores de las grandes reformas, por más hermosas y nobles que ellas sean, se ven siempre combatidos por el egoísmo de los unos y el misoneísmo de los otros, y que en la lucha se templan y fortalecen, extendiendo más y más el radio de su acción, así como toma mayor incremento el fuego cuanto más se sopla encima para apagarlo, porque ''las doctrinas — como dice Virgilio, — son como las viejas encinas de los sombríos bosques de la Aljida, rodeadas por el viento y las tempestades, que se acrecientan con sus heridas, se reaniman con sus pérdidas y nuevo vigor

arrancan del hierro que los golpea?" ¿y no es también una ley, que una vez iniciada la lucha, empiece por dividirse la humanidad en dos bandos como un océano en dos mares, y concluya el bando reaccionario, más tarde o más temprano, por amalgamarse al bando innovador, formando una nueva humanidad, distinta, sí, de aquella que acataron los partidarios de la reforma, pero no exactamente igual a aquella que soñaran, porque la fusión se opera a semejanza de dos mares muy diversos que mezclaran sus olas, su color, su espuma, sus sales y las substancias muertas o vivas que contengan para formar los dos un nuevo océano?

Hásele objetado a la ciencia que de nada sirve, que ha hecho bancarrota, que ha confesado su impotencia, que deja sin solución el problema del origen del cosmos. ¡Extraña objeción, por cierto! ¡Cómo! La civilización moderna, que tanto nos enorgullece, ¿no puede ser considerada acaso, como un himno magnífico a la ciencia entonado por el mundo? El ingenio humano, ¿no ha desplegado a su influjo sus potentes alas? Tesla, Edison, Croöques, Roëngen y otros muchos cabios que le rinden culto, ¿no son grandes y verdaderos *fabricantes de bienestar?*

Por otra parte, "porque el nacimiento de un río se oculte a nuestra investigación, ¿hay que admitir que no conocemos nada del curso de sus aguas, que no podemos utilizarlas para la navegación o la industria, que nos es imposible precaver sus desbordamientos y neutralizar sus efectos desastrosos? ¿Es fuerza creer que sea inútil explorar una cadena de montañas, subir a algunos

de sus picos, estudiar su configuración, su naturaleza y sus alrededores, porque nuestras fuerzas no nos permiten escalar las cimas altas? ¿No se sabe manejar el arco de un violín porque no se es un Paganini, un pincel porque no se es un Rafael, una lira porque no se es un Musset? ¿No se sabe hablar porque no se es un Mirabeau, escribir porque no se es un Flaubert o un Renán? ¿Será, en fin, verdad que no sabemos nada porque no lo sabemos todo?'' (1).

La ciencia, la verdadera ciencia, la que estudia los hechos y descubre las leyes, es una diosa magnánima que va descorriendo poco a poco los velos que encubren esos misterios de la naturaleza que antes se creían inescrutables. ''En esa ciencia, decía Echegaray, sólo hacen bancarrota los que la desconocen; y ni aún éstos hacen bancarrota, porque como su firma no circula por la plaza, no hay ocasión de rechazarla''.

La ciencia nos reserva sorpresas grandiosas. Día a día aumenta el caudal de sus conocimientos. Descubrimientos portentosos vienen a sumarse a los ya alcanzados. Ayer conmovieron al mundo las prodigiosas cualidades del radio; mañana los rayos N nos dejarán absortos. Así el ministro González pudo decir en el acto de la colocación de la piedra fundamental del Instituto Bacteriológico, que ''la humanidad asiste en estos momentos, con viva ansiedad, a sorprendentes descubrimientos de agentes desconocidos en el espacio circundante, en el mundo orgánico y en el biológico, y acaso la osadía

(1) Sebastián Faure.

propia, disculpable, de ese empirismo intuitivo que rodea a la ciencia como una aureola de adivinación y de presagios, llegará a vaticinar la no lejana revelación material de los agentes de esa dinámica de lo invisible, sumergida aún en las nebulosidades del presentimiento, que mantiene en comunicación y en eterna vitalidad creadora el universo de las ideas''.

El ideal perpetuo del hombre es conocerse a sí mismo... ''El hombre — ha dicho Goëthe, — no se conoce sino conociendo la naturaleza exterior''. No repitamos jamás, por tanto, la frase de aquel Cristo digno del mayor respeto por sus ideales de redención y por sus angustias infinitas, pero harto místico y anticientífico: ''¡Sólo una cosa es necesaria!'' Esa frase, condenatoria de la ciencia y el progreso, sólo debe resonar hoy bajo las bóvedas de los conventos, lugares donde se congregan, no los valientes y prometeicos hijos del progreso, sino los cretinescos adoradores del pasado, los bárbaros renegados del presente y del futuro, de esas patrias universales donde vivimos y vivirán nuestros hijos, patrias que tenemos el sublime deber de embellecer con todas las flores del ensueño, con todos los edenes de la ciencia y la hermosura. Por ello, sintiendo santa curiosidad por todas las cosas, dominados por el ansia divina de ver, ¡veámoslo todo! ¡Que nada quede sin ser visto! ¡Seamos hijos del mismo sol!

Sí, amigos míos... ¡Sin que eclipse nuestra inteligencia el pesimismo con su sombra cuando nos detengamos a pensar que tal vez la humanidad no será eterna y que habrá trabajado para los volcanes, los mares y los

hielos, estudiemos con firmeza, convencidos de que todo está por hacerse y de que, a pesar de las conquistas de la ciencia, debe considerarse todo el progreso hasta ahora alcanzado, como la primera página del proemio de una obra infinita; habituémonos, como diría Liard, a descubrir la verdad positiva por medio de la observación, la comparación, la clasificación, la inducción, la deducción y la analogía; rasguemos, con audacia prometeana, los velos que encubran los misterios de la naturaleza, para arrancarle sus secretos, para ennoblecer la vida, para hacerla toda flores, toda ensueño y alegría, para llevar el bienestar y la felicidad a todo el mundo...!

LA VOZ DEL PUEBLO

Mitin de los hombres libres y conscientes de Santa Fe, celebrado en la Plaza 25 *de Mayo, el* 1º *de Diciembre de* 1912 (1).

Señores delegados de Buenos Aires, Entre Ríos, Rosario, San Lorenzo y demás lugares de la provincia:

Pueblo santafecino:

La voz del mar es una voz imponente, tanto cuando él enarca el lomo y se encabrita como un potro, como cuando se extiende mansamente a descansar en la in-

---

(1) No vió otro mitin más grande que éste la Provincia de Santa Fe. No menos de nueve mil hombres se congregaron en la Plaza de la Legislatura. Superó en mucho a la manifestación cívica que presidiera el señor Don Hipólito Irigoyen.

He aquí algunos comentarios sobre él, publicados por el diario ''Espíritu Nuevo'', que dirigía Don Raúl Villarroel:

''Esta ciudad gozaba hasta hace pocos días la triste fama de ser eminentemente clerical. Los liberales mismos, aunque nos constaba que teníamos en la clase laboriosa — obreros, comerciantes, empleados y hombres de letras — un poderoso aliado, nunca creímos que la marcha avasallante de nuestros ideales hubiesen avanzado tanto en la vieja ciudad hasta hace poco dominada por los hipócritas siervos de Loyola. El gran mitin del 1º de Diciembre fué una revelación, no sólo para los clericales, sino para los organizadores del movimiento. Nunca cruzó nuestras calles una muchedumbre más numerosa, más consciente, más compenetrada del ideal que se sustenta...

... ...

mensa prisión de sus riberas. El inmenso mar humano que me circunda no ha pedido a mis labios tenues brisas saturadas de perfumes capitosos, sino el bronco son de tempestad bravía....

Repudio los discursos banales que en mi patria se acostumbran, que sólo dejan en el espíritu un recuerdo tan fugaz como la estela que en noche oscura deja en el cielo la estrella errante.

Cuando se trata de alzar la voz en nombre de la libertad y del progreso de los pueblos, siempre lo he hecho y lo de hacer rasgando con el bisturí la carne viva, aplicando a las llagas el cauterio ardiente, plantando el disco del arado en la masa del pueblo y abriendo surcos en que germinen y florezcan los más nobles, los más grandes ideales de una humanidad que, si so-

---

"Por la vía del Central Argentino llegaron el diputado nacional Dr. Carlos Conforti y el Dr. Enrique del Valle Iberlucea, siendo recibidos por numeroso público, y, en representación del comité popular, por los Dres. Villarroel, Schwand, Zenón González, Viladecant, Gruning Rosas y los señores Grunewal, Gismani, Expósito, Fernández y otros.

"A las 2.30 de la tarde llegó el vapor Ceres, de Paraná, fletado expresamente, el cual conducía 150 delegados. Fueron recibidos entre vivas y aplausos. Venían, al frente de ellos, los Dres. Antonio Sagarna, Pedro E. Martínez, M. Ruiz Moreno, etc., y algunos profesores de la Escuela Normal y del Colegio Nacional, gran número de estudiantes y otras personas de prestigio en aquella ciudad.

"A las 4 de la tarde los manifestantes se pusieron en marcha precedidos por la Banda del Guardia Cárcel, cedida por el Gobernador de la Provincia.

"Encabezaban la manifestación las siguientes personas: Doctores Conforti, del Valle Iberlucea, Nino Novelle, Martínez, Sagarna, Isla, Cuesta, Ruiz Moreno, González, Villarroel, Grecca, Sehwind, Grüning Rosas, senador Súter, Sanguinetti, Guma, etc.".

porta sobre la espalda el embarazoso fardo de plomo de todos los errores y supersticiones del pasado, en cambio tiene alas tan vastas como el mundo para ascender incesantemente con vuelo majestuoso y rumbo al infinito...

Entre esos errores y supersticiones que gravitan sobre su espalda embarazando sus movimientos, los más formidables, los más trágicos, son las conclusiones categóricas a que arribó la ignorancia de los pueblos cuando quiso explicarse el origen inexplicable del cosmos admitiendo la preexistencia de divinidades creadoras y grotescas a un tiempo mismo, y cuando pretendió revelarse ante el hecho brutal de la muerte, envolviéndola, para consolarse, en quiméricos ensueños de ultratumba.

Las *maravillosas* y *positivas* conquistas de la ciencia han resuelto muchas incógnitas de la ecuación perturbadora del juicio de los cerebros poco sólidos. No obstante, aún entre los nuestros, hay hombres bien intencionados que creen que el cristianismo fué en el pasado un aliado del progreso y que aún hoy merece gran respeto porque sirve para moralizar a los hombres incultos.

Admito que Alfredo Naquet, apóstol triunfante del divorcio en Francia, nos dijera que las leyes y costumbres que sirven de cimiento al proletariado moderno son opresivas e irritantes, pero que se justificaban en su época cuando sus autores las crearon para modificar instituciones peores, contribuyendo a la extirpación definitiva de la gleba. Admito también que agregue que la esclavitud feudal representa un progreso sobre la esclavitud antigua y que ésta, a su vez, marca un pro-

greso sobre el canibalismo primitivo, porque si bien es monstruoso privar de la libertad a un semejante, la monstruosidad es menor que si se le sacrifica para comer su carne. Todo esto lo comprendo; pero no comprendo que haya en el mundo millares de hombres liberales e ilustres, enemigos declarados de todas las religiones reveladas, que nos digan que si bien las doctrinas de Cristo son hoy perniciosas y funestas para la civilización moderna, no lo fueron en todo tiempo, pues que ellas salvaron la civilización antigua cúando el imperio romano, decrépito, corrompido y tambaleante, amenazaba desplomarse y enterrar bajo sus escombros cuanto el hombre había producido hasta la paz octaviana, época en que nació el hijo primogénito de María, mujer de José el carpintero, o hasta el reinado de Constantino, alma ruín y miserable, capaz de todas las infamias, que para fortalecer su poder no vaciló en elevar el cristianismo a la categoría de religión de Estado.

Los que tal error afirman son seres que no han podido libertarse en absoluto de la enseñanza religiosa con que alimentaron su espíritu en la niñez. Aunque no son esclavos del presente, son esclavos del pasado. Poseen una especie de misoneísmo que yo llamaría retrospectivo, porque los lleva a justificar y encontrar buenas todas las instituciones de los tiempos que fueron.

¿Cómo hubieran podido las falsas y absurdas doctrinas del Crucificado salvar la civilización de los antiguos, si desde el momento que ellas primaron sobre el mundo demostraron sin cesar, continuamente, que ciencia y cristianismo son términos que se rechazan como la

claridad del día y las sombras de la noche? El cristianismo, señores, ¡no hizo más que eclipsar durante mil doscientos años el sol que había llenado de luz radiosa la antigüedad pagana!

Después de haberme consagrado muchos años a la investigación de esta verdad, pasando los días de turbio en turbio y las noches de clara en claro, como diría Cervantes, estoy en condiciones de poder afirmar, con pleno conocimiento de causa, que cuando el esplendor de Roma estaba en el crepúsculo, cayó sobre ella el cristianismo como un mundo de sombras, y la sociedad antigua acabó de corromperse al contacto de la nueva religión, que tantos elementos disolventes contenía y negaba de una manera tan rotunda y absoluta ¡todo lo que hizo la grandeza de Roma!

Otros hombres, señores, de tendencias vanidosas y aristócratas, afirman que la religión, cualesquiera que ella sea, es un freno para el pueblo, si atemoriza a los hombres con penas que deban cumplirse más allá de la muerte...

La idea no es nueva... Renán decía con magnífico desdén: "El alimento que la ciencia, el arte, el ejercicio elevado de todas las facultades del espíritu suministran al hombre culto, la religión está encargada por sí sola de darlo al hombre inculto". Es verdad que Renán confiesa que la educación elemental que da la religión produce frecuentemente el efecto de empequeñecer los espíritus que en ella se encierran, pero él se consuela fácilmente diciendo que la mayor parte de aquellos a quienes empequeñece la religión, eran ya pequeños antes

de entregarse a ella: "Estrechos y limitados con la religión, tal vez sin ella hubieran sido malvados".

De modo y manera, pues, que es menester perpetuar las supersticiones que encadenan al pueblo, y que debemos, penetrados de profunda gratitud, agradecer a la iglesia que conserve la ignorancia de las masas y sujete la parte de bestia que hay *en cada hombre inculto*, poniéndole una especie de bozal a fin de que no se entregue a sus malos instintos naturales, porque el que sea pobre de bolsillo, también debe serlo intelectual y moralmente. El bueno de Renán no dice, por supuesto, semejantes monstruosidades; a él le basta abroquelarse en su orgullo de filósofo: "La educación intelectual, dice, será siempre propia de un corto número; con tal que este pequeño número pueda desenvolverse libremente, se ocupará muy poco de la manera con que el resto forma a Dios a la medida de su altura!".

Siempre ha habido pensadores que sintieran el soberano desdén del filósofo francés... Polibio, político e historiador griego que floreció en el siglo segundo anterior al nacimiento de Cristo, ya lo había expresado en esta forma: "El infierno es inútil para los sabios, pero es necesario para la plebe insensata".

En nombre de los ignorantes, de los que no abrevaron en la fuente inagotable del conocimiento, a cuyos rostros va dirigido el insulto de Renán y de Polibio, protesto con todas las energías de mi espíritu. ¡Cómo! ¿El nombre, es, acaso, un ser tan ruín, tan mezquino, tan miserable como para merecer que en su niñez su cerebro sea alimentado con temores absurdos y estúpidas

consejas? ¡Mentira! El hombre ha nacido para la verdad, para ser libre, para ser grande: ¡lleva en el cerebro la fuerza inicial que es menester para realizar sus colosales destinos...!

Voltaire ha dicho: "¡Del temor no nace nunca la virtud!", y yo agrego: ¡Suprímanse todas las religiones, conviértase cada templo en una escuela, y se verá hasta qué alturas inconcebibles puede elevarse el pensamiento humano!

Para mí es tan claro como la luz meridiana que ninguna de las religiones habidas o por haber, puede serle útil en nada al hombre. Le Dantec decía con razón que se ha observado en ciertos heminópteros movimientos extraños, regulares y hechos en común, movimientos que parecían tan *perfectamente* inútiles que se ha creído ver en ellos las ceremonias de un culto religioso.

Yo podría, con millares de pruebas extraídas de la historia y de la vida actual, refutar la teoría de Renán y de Polibio; pero deseo, para ser breve, que Pí y Margall lo haga por mí en dos palabras: "Se asegura, decía aquel prohombre español, que le sirve al pueblo la religión de freno; ¿y es posible? Creo innegable que la Edad Media fué altamente religiosa, infinitamente más religiosa que la nuestra: la lucha con el Asia, la porfiada guerra con los árabes de España, el predominio teocrático, la sujeción de todos los poderes al Pontificado, cierran el camino a toda duda. ¿En qué época hubo una sociedad más cruel, más prostituída, más entregada a toda clase de crímenes, ni más encenegada en el vicio?"

La razón de esto estriba, señores, en que ninguna

influencia morigeradora ejerce sobre el mundo el dogma que mascullan los labios pero que el entendimiento no asimila porque no comprende. La moral — preciso es decirlo de una vez para siempre, — es un *hecho natural*, al que no hay que atribuirle ni un origen, ni una autoridad que la haga diferente de todas las demás obras del espíritu. La moral es un *hecho social*, o sea la consecuencia de las ideas y de los sentimientos en los cuales se inspira una sociedad para determinar los derechos y deberes de los individuos que la componen; no tiene, por tanto, un carácter absoluto, sino un carácter evolutivo; su carácter imperativo no es el de un dogma, sino el de una prescripción de la razón.

En esta hora solemne de la vida santafecina, ante el pueblo y los delegados que me escuchan, yo no vacilo en arrojar, a todos los vientos de la crítica, las afirmaciones rotundas, por más extraordinarias que parezcan, de que la moral es una ciencia física y de que está cercano el día en que la sabiduría de los hombres prescriba, desde lo alto del Sinaí sin relámpagos ni truenos de la ciencia, que el Decálogo de la civilización y de la felicidad humanas, deba empezar con este mandamiento inconmovible y eterno:

El primero amar la salud, fuente perenne de goces inefables.

Si la teoría vitalista, que erigió en dogma el principio de *Vivium ex vivo* está ya cubierta con la pátina del tiempo; si hoy, en el estado actual de la ciencia, sería torpe y ridículo pretender que los fenómenos vitales no pueden explicarse de un modo satisfactorio por las leyes

de la física, la química y la mecánica; si la vida no es, en realidad, más que una manifestación universal de la materia y la energía; si el pensamiento no es otra cosa que un producto del psicoplasma, como el azúcar lo es de la caña, como el perfume lo es de la flor, ¿qué razón habrá para que el Estado sostenga con su dinero un culto determinado, violando la libertad de sentir y de pensar que nuestros libertadores prometieran para todos los hombres del mundo que quisieran habitar el suelo de la patria? ¿qué razón habrá para esquilmar al pueblo con impuestos y gabelas destinadas al sostenimiento de los eternos enemigos de la civilización y del progreso, en un país cosmopolita como el nuestro, donde están representadas todas las razas del orbe, y cuyo Plata desbordante se ofrenda cordial y generosamente al mundo como inmensa copa donde todos los hombres de buena voluntad puedan libar en su linfa el elixir paradisíaco de la dicha, en un ambiente de trabajo, de paz y libertad, bajo un cielo esplendoroso que convida a la alegría, que convida a la ternura, fármacos potentes para todos los desgastes nerviosos de la vida?

Ya han pasado, para los pueblos de América, aquellos tiempos bárbaros de otras tierras en que las religiones apuntalaban todos los despotismos y todas las tiranías. Ya no hay hombre que no comprenda, con Alfieri y con Rousseau, que un culto del Estado, en un país republicano, es una aberración que implica una antinomia irresoluble. Nuestro pueblo, dueño y señor de su destino, dos veces soberano porque su soberanía resulta de su cultura y de la consagración de ese principio en la

carta magna que nos rige, no es la plebe insensata que en el año cuarenta se prosternaba en las iglesias ante altares honrados con la imagen del tirano; no es tampoco la mesnada ciega y torpe que en la antigua Roma sólo pedía *panent et circenses* a su amo augusto, dueño y señor del mundo. Ya resultan en nuestra tierra chocante anacronismo los ritos grotescos y las letanías en latín para que nadie las comprenda. Los hombres libres piden, como el pan de cada día, escuelas laicas y libros instructivos, repudiando el oscurantismo porque nuevos rumbos ha abierto la ciencia al destino de los pueblos. Ya han perdido su prestigio las estrellas que condujeron a los Reyes Magos al través de los desiertos. Son los libros las estrellas que guiarán el paso de los hombres en los mares procelosos de la vida. Hoy el pueblo ya no se contenta con la insigne paparrucha de la hostia consagrada. Lo que quiere es abrevar, con sed inextinguible, en la sagrada fuente de la verdad sin dogmas....

Señores delegados de Buenos Aires, Rosario, Paraná, San Lorenzo y demás lugares de la provincia:

Estos que aquí véis en legión inmensa, son los hombres conscientes de Santa Fe. Los que se quedaron tranquilamente en sus casas, son los que *no consienten* que nada vaya a interrumpir sus pesadas y somnolientas digestiones pantagruélicas, los que prefieren el paso tardo y lento de la clásica carreta de bueyes al vuelo del aeroplano formidable, dominador audaz de los espacios, símbolo magnífico de esta humanidad del presente que aspira a volar hacia todas las cumbres aún casi inexploradas del progreso.

Este enjambre humano que aquí véis, lo mismo que aquel otro formidable que con idénticos anhelos se congregara en el Rosario, piensa que las exigencias de la civilización y de la época obligan a la patria de Rivadavia a meditar, desde el trono de su opulencia, en sus destinos colosales que vislumbraran algunos de sus poetas, dado que todo no ha de limitarse al oro que enriquece pero que enerva y achata, sino que debe rendírsele pleito homenaje a la idea que mueve, levanta y dignifica.

Si nuestra tierra, por sus riquezas incomparables, pesa en la balanza de los destinos del mundo, ¿por qué no hemos de perfeccionarnos intelectual y moralmente siguiendo el ejemplo de la Francia libre y redentora, para marcarles nuevos rumbos a todos los pueblos de América? ¿por qué hemos de aferrarnos sin criterio ni examen previo a esos dogmas impositivos que a semejanza de los precipitados de que nos habla la química, no son otra cosa que las concreciones de la ignorancia? ¿por qué nuestros hombres de gobierno deberán ser tan miopes de entendimiento que no puedan darse cuenta de que no hay otros amuletos contra las supersticiones que la ciencia que enseña y perfecciona, y el arte que todo lo endulza e idealiza en una eterna expresión de juventud? ¿será acaso que en nuestra tierra nunca podrá haber un gobierno que comprenda que la democracia es un árbol que no arraiga, ni florece, ni dá frutos de oro, sino en un ambiente de libertad tan grande, tan amplio como esas inmensas pampas argentinas en que el viento, cual si fuera el aliento soberano de los pueblos, se des-

liza, gira, corre, vuela y a veces en torbellinos parece que se alzara hasta los cielos mismos?

El presidente de la Nación, desde lo alto de su investidura, ha empeñado su palabra de funcionario y ciudadano prometiéndonos los bienes excelsos de la democracia, y aunque su promesa, al pasar por la prueba de fuego de las elecciones de Córdoba, no haya resultado de puro metal noble, sino una simple pirita en que mal se amalgama el oro con minerales de poco precio, mantengamos la esperanza de que cumpliendo un deber democrático aplique el oído al corazón del pueblo para darse cuenta de sus legítimas aspiraciones y para comprender que, en nuestra tierra, sobre la montaña de la rutina de los siglos, ha plantado su garra formidable el águila caudal de los grandes ideales.

No otra cosa demanda el pueblo consciente de la República, sino que, en nombre de la libertad y en nombre del progreso, esa bella promesa cuaje en hechos trascendentales, si es que el presidente de la Nación Argentina quiere que ellos sean los riquísimos florones con que la historia orne su frente. El triunfo de la democracia, implica el triunfo de la libertad. No sería dable, no sería sensato que esa promesa, en la práctica del gobierno, pueda parangonarse a esas etiquetas de reclame con que aparecen las nuevas marquillas de cigarrillos que se arrojan al mercado para engañar la cursi novelería de las gentes, que pregonan las excelencias de un tabaco *puro habano* que luego resulta un tabaco inferior y desdeñable. ¡Si tal cosa ocurriese — lo que casi parece inadmisible, — la esperanza consternada plegaría sus alas de zafir, un llanto angustioso nublaría la hoy riente

y dichosa faz divina de la patria, y el pueblo consciente de la República, que desearía entonar con el presidente de la Nación, bajo un cielo tachonado de esperanzas, la sagrada epifanía del progreso, se alejaría de su lado rugiendo su desengaño, atronando el espacio con el aquilón de su protesta!

¡Guay, señores, de los pueblos que quieran estancarse en una época cualquiera de su vida! Los pueblos, para llegar a las cumbres, necesitan ser impulsados por grandes ideales. Mientras exista una mujer hermosa, habrá poesía, dijo el poeta de las canciones tiernas y sentidas. Yo opino que habrá ideales mientras haya en el mundo un sentimiento. El idealismo es eterno, diré imitando a un dramaturgo ibérico. El hombre se diferencia de las bestias, no en la razón, porque ellas también razonan, sino en el idealismo. El ideal lo agita y lo empuja, y se muere de aburrimiento en el prosaísmo de la vida. Transforma lo pasado en ideal por el recuerdo, y transforma lo porvenir en ideal por la esperanza. Serlo todo es no ser nada, si no se puede ser más. Quitando al océano sus horizontes, se le convierte en charco. Quitando sus cumbres a las montañas, se las convierte en monótona llanura. Quitando al cielo sus lejanías infinitas, se le convierte en mísera jaula de cristal.

¡Arrancadle al cóndor, enamorado de las cumbres, sus amplias alas, y lo convertiréis en mísero pajarraco, condenado a debatirse al pie de la montaña! ¡El alma humana también es un ave que tiene por alas amplios ideales, con los que se arranca del dolor y el desengaño del presente para remontar el vuelo hacia las cumbres luminosas de las esperanzas del mañana!

MI PUBLICO SUICIDIO POLITICO EN EL ESCENARIO DE UN TEATRO...

A la legión de mis dolores y desencantos, se le había agregado uno más... A un ayudante mío, la *policía menchaquista* le había obsequiado con la muerte, no por otro crimen que el de victorear mi nombre por las calles junto con el del señor Gobernador. (1)

---

(1) Leandro Gómez se llamaba, y me lo había enviado el señor Emilio Solari, que después fué Jefe de Policía de la Provincia de Buenos Aires, durante el gobierno del Doctor Crotto.

Dialogaba yo una tarde en la Casa de Gobierno con el Ministro Mosca, cuando un grupo de ciudadanos, presididos por Don Marcial Aguirre, vino a traerme la tremenda noticia.

De dolor y de protesta me exalté hasta las lágrimas. Gómez, en todos los trances graves, me había acompañado con la fidelidad de mi propia sombra. Era un caballero y un valiente. Por mí arriesgaba la vida hasta con deleite.

No obstante mi dolor, pocos días después, creyendo que mi justicia debía estar por encima de los preceptos y las penas del Código Penal, estudié a fondo el asunto. Comprobé, entonces, que el Comisario había procedido bajo él peso de una fatalidad ineludible.

Después de haberlo hecho exonerar, algún tiempo después lo encontré en un hotel de Hercilia, cenando con un grupo de correligionarios.

El, en cuanto me vió, se levantó de la mesa y se alejó de mi presencia, la que no le era posible soportar. Yo lo examiné hondamente. Vi que no me guardaba ni odio, ni rencor. Entonces me levanté y, displicentemente, como no dándole importancia al asunto, le pedí que continuara cenando con sus amigos y conmigo.

Nadie vislumbró el misterio; pero él se sintió feliz... Ese era el perdón y el olvido que necesitaba su espíritu.

Mano amiga tendióme la ciudad del Paraná... (1).

Para *poder seguir viviendo* allí, anestesiéme el alma mediante un esfuerzo heroico.

Varios meses permanecí olvidado del mundo y de mí mismo...

Ni un rumor de la vida santafecina llegaba a mis oídos...

Los días enteros me lo pasaba a lo Platón, arrellenado en cómoda butaca, leyendo bajo un parral, alimentándome con uvas, higos de España, agua fresca y pan... ¡Fué aquella para mí, verdaderamente, una temporada placentera!

Mas esa calma no podía ser eterna... ¡Un cierto día un rayo cayó a mis pies!

Eran como las once de la mañana de un *cierto* Sábado... Ya me disponía a entregarme plácidamente a mi frugal y sobrio almuerzo, cuando el correo trájome el telegrama que me enviara mi buen amigo don Atanasio Páez, secretario privado del Excelentísimo señor Gobernador de la Provincia de Santa Fe, doctor Manuel J. Menchaca.

No sin gran asombro me enteré de que el gobierno de dicha provincia deseaba festejar, por medio de una velada literaria, el triunfo del radicalismo, designándome a mí... — ¡vaya un contraste! — *¡el orador de la victoria!*

Pocas veces en la vida me han tomado de sorpresa

---

(1) En casa de mi pariente, ya fallecido, Don Alfredo Gil Herrera, noble y gentil caballero.

los acontecimientos, grandes o chicos. Yo, como el poeta — al decir de Castelar, — siento la chispa *antes* de que estalle en los cielos. Mas, en aquella ocasión, embargado en absoluto como estaba por la lectura de *El genio del cristianismo,* de Chateaubriand, y de las *Tragedias,* de Esquilo, tal invitación *estuvo fuera de mis libros,* como vulgarmente se dice. Ni la más leve intuición había tenido de que ese bólido iba a cruzar el firmamento, sobre el Paraná, para aureolarme con tan insigne honor...

De congoja se me llenó al punto el corazón... En primer término, ¿cómo arrancarme de la lectura de aquellas obras tan antipódicas, pero tan repletas de hermosura? Chateaubriand, por un camino de flores, pretendía llevarme hacia el ideal de beatitud que soñaba Fenelón.... Esquilo, el cuasi numen, por un camino de soles me presentaba, mágicamente, los grandiosos enigmas del universo y de la vida, vistos al través de la grandiosa cuanto libre *universidad* eleusina... Por otra parte, ¿se me quería honrar, en realidad, o se quería aminorar la libertad de mi alma, catequizándome con honores, cual si yo fuera uno de los tantos hombres vanos y fatuos de que está llena la República?

No concluía por halagarme la noticia... Prefería mis libros una y mil veces... ¡Vaya si los prefería! Tomé, al punto, la pluma, para escribir una categórica respuesta negativa. Mas, en ese mismo momento, mi *demonio particular* —que diría Sócrates, — el cual siempre está despierto y de centinela sobre las murallas de mi alma, me sujetó la mano y, sin piedad, me susurró al oído este terrible dilema:

—Si quieres el poder y la gloria, no seas tonto; aprovecha la ocasión... Se te invita para que tires un puñado de flores a los pies del Gobernador. ¡Tírale quinientos! Eso no cuesta nada... ¡Anímate! Cuatro míseras adulonerías te servirán de escala. Después llegarás a donde quieras... No habrá altura que no puedas escalar... Cien prebendas caerán sobre tí. ¡Aprovecha, que la vida es corta....! Los pueblos te llamarán gran hombre y serás, en realidad, sin mayores molestias, uno de los más ilustres personajes de la patria. Si, en cambio, te limitas a decir verdades y pretendes continuar soñando con Paraísos para tu patria, oh, entonces, ¡pobre gato!, quedarás como suicidado sobre las tablas; todos te olvidarán, todos te darán la espalda ignominiosamente porque las gentes sólo aprecian y veneran a los triunfadores del poder y la riqueza... ¡Eso sería el calvario! ¿Quién te reconocerá mérito alguno en ello? ¡No seas infeliz! ¡Ni los hombres, ni los pueblos merecen sacrificio alguno! Recuerda los casos de Rivadavia y San Martín... Elije... *"Tobe o non tobe"* ¿Morir? Dormir... ¿Dormir...! ¿Soñar, acaso!

Sereno, aunque angustiado, me paseaba en torno de la mesa... ¡Nadie pudo sospechar qué tremenda borrasca se había desencadenado dentro de mi cráneo...! ¡Estuve a punto de dar con mi corpulencia en tierra! Mas *mi demonio particular*, me dió la última solución... Erguíme cual un titán y, secándome el rostro que bañado de sudor lo sentía, telegráficamente acepté el gran honor dispuesto... ¡oh, dispuesto a cantarle la palinodia al falso radicalismo imperante, a *suicidarme* políticamente sobre

las tablas, a cortar de una vez por todas todo vínculo con un partido que no marchaba por las rutas divinas con que yo siempre había soñado, creo que desde los ocho o nueve años de edad, época en que ya, hasta dormido, columbraba cosas divinas para mi patria!

No hay que dudarlo... ¡Yo era un predestinado para la cruz! Fuí a ella a sabiendas, voluntariamente, *porque no me era dado proceder de otro modo.*

Yo era como un hermano siamés del radicalismo. El y yo formábamos un interesante caso de simbiosis. Mi propia conferencia debía ser como la operación quirúrgica que separara nuestras almas. Yo debía ser el doctor Doyen de mí mismo. Júzguese a qué inmenso dolor yo mismo me sometía..., ¡todo por libertarme, porque así es el destino de todos los hombres prometeicos!

El *Martes próximo* — día anunciado para el gran drama, — encontréme por la noche en el escenario del Teatro Municipal, rodeado por un núcleo de correligionarios, estando sentados a mi lado don Atanasio Páez, don Ignacio Iturraspe y los doctores Gómez Cello y Domingo Frugoni Zabala (1). En un palco alto, a la izquierda, estaba el señor Gobernador con sus Ministros y el señor Amavet, presidente, a la sazón, del Consejo Escolar de la Provincia. Numerosos diputados y senadores veíanse diseminados por el recinto. Grupos de gen-

---

(1) El señor Páez falleció hace algunos años; el señor Iturraspe llegó a ser senador nacional; el Doctor Gómez Cello fué diputado provincial e intendente; el Doctor Frugoni Zabala fué diputado nacional y actualmente ocupa un alto cargo en la magistratura.

tiles y elegantes niñas habían, con su presencia, transformado en búcaros de flores a los palcos. La platea estaba, de bote a bote, atestada de espectadores. No menos de trescientas personas se veían precisadas a permanecer de pie por carecer de asiento. ¡En verdad que aquello era un lleno completo!

Para que la fiesta resultara más trágicamente sarcástica, el bueno del señor Páez, tuvo la gentileza de presentarme al público derramando sobre mí todas las flores de su alma generosa, elevándome, con frase cordial y galana, hasta el séptimo cielo...

Una salva de atronadores aplausos acogióme en cuanto me aproximé a la tribuna... Aquellos prohombres del radicalismo me rendían, por anticipado, un homenaje de simpatía, en la dulce ilusión de que yo me iba a inclinar, que levantaría del suelo todas las flores que se me habían arrojado, para arrojárselas, a mi vez, a su ilustre jefe, el primer mandatario de la provincia.

Pero se equivocaron de medio a medio... Aquello fué tan sorprendente como si cayera nieve en pleno estío, como si el sol se eclipsara súbitamente.

Sin acritud alguna, sintiéndome volar por encima de todas las miserias de la vida como una ráfaga de aire puro venida de otros mundos; mirando siempre hacia el palco del Señor Gobernador, empecé por decir que me trasladaría, con el pensamiento, hasta la misma tumba del viejo Alem, para desde allí, ensamblada mi alma con la suya, proclamar hacia todos los vientos de la República, cuál debía ser la obra que debía realizar el radicalismo triunfante de mi patria.

Si el *gobernar es poblar* fué el desiderátum de los gobiernos antiguos — dije, — ya había sonado la hora de reemplazar la vieja divisa por otra que nos impusiera el deber primordial de los nuevos tiempos, de poner en actividad el oro que atesora la nación en praderas, bosques, minas, aguas y vientos. ¡Oh, sí, la deificación de la República estriba en poner en movimiento toda la riqueza de la Nación! Gobernar en esta época, es eso... ¡No es poblar!

"La tarea — agregué, — natural y divina a un tiempo mismo, consiste en poner todas las potencialidades del organismo nacional al servicio de la vida, en una suerte de integración y cooperativismo trascendental económico-financiero. Nuestro espíritu debe ser diametralmente inverso al que impera en el mundo entero.

"Mientras la Europa, aguijoneada por un afán rencoroso y destructor, se dispone a sumergirse en el caos (1), nosotros, impulsados por grandes ideales constructivos, vivamos en un eterno *fiat*. Si la industria europea parece estar hoy enloquecida por el espíritu del mal, menester es que nuestra industria, cual una divina parturienta, engendre a todas horas el progreso que a la vida acreciente y dignifique.

"La crisis, en el país del oro, es una aberración sin nombre, un fenómeno monstruoso, producto, como se comprende, no de la tierra misma, sino de sus hombres.

"¿Qué es, señores, lo que habría que hacer para poner

---

(1) Véase cómo ya vislumbraba la conflagración universal. Quince días antes de su estallido, vaticiné, con profundo convencimiento, que él era *fatal e inminente*.

en concordancia nuestra producción con nuestras riquezas? ¿Cuál sería, en una palabra, el remedio que debiera emplearse para hacer desaparecer la peste de la crisis?

"Todo el mundo está conteste en afirmar que los salarios son elevados, que los fletes son excesivos, que los gastos fiscales son demasiado grandes y que vivimos en pleno desbarajuste.

"El desbarajuste es harto evidente. ¿Habría, acaso, para contrarrestarlo, que recurrir al sistema europeo de depreciar la moneda, rebajar los fletes y los salarios y reducir los gastos fiscales?

"Esto es lo que aconsejan todos nuestros economistas y todos nuestros diarios, con lo que sólo demuestran que no saben lo que dicen. Pero todo eso no es más que rutina y de las más torpes, de las más bárbaras. No parece sino que la divisa de la economía deba ser la *economía* en su sentido de gastar poco y acumular mucho, cuando ella es, en realidad, la trascendental y grandiosa ciencia de la riqueza, subordinada ésta a asegurar el bienestar a la Nación y el de todos sus habitantes. La tal *economía*, de tan pobres economistas, es un prejuicio vulgar, torpe y mezquino, sólo comparable, por lo absurda e inmoral — por ser contraria a la vida, — a la pretensión, de aquellos mismos, de querer cubrir los déficits financieros imponiendo nuevos impuestos y gabelas a los pueblos. La tal *economía política*, así comprendida, todo podrá ser, menos una ciencia y un arte; todo menos la ilustre colaboradora de la felicidad de los hombres y los pueblos.

"Nuestros economistas, ciegos de nacimiento, *ven* las cosas así, y, como son ciegos, a *su* obscuridad la llaman luz.

"En primer término, confunden la economía política, con la economía doméstica. Podrá admitirse, como uno de los postulados de la buena administración familiar, que un buen padre de familia, con limitados emolumentos y no mayores capacidades, equilibre prudentemente su presupuesto reduciendo sus gastos. Pero el Estado no es un *hombre común*, ni el Estado Argentino es tampoco un Estado como otro cualquiera; éste es, en realidad, un coloso de la riqueza, poseedor de tesoros ilimitados; un país de oro y de diamante, en donde las crisis nunca pueden ser de la riqueza, sino de sus gobiernos, absolutamente incompetentes en materia económico-financiera.

"Es evidente que pueden y deben reducirse discretamente los fletes y gastos fiscales. No es censurable, fuera de toda duda, un cierto ahorro por parte del Estado y los individuos. Debe encomiarse, es claro, una cierta sobriedad en los gastos fiscales y en los de los particulares. Todo eso significa buen juicio, prudencia, carácter, rectitud, orden y previsión. De todo ello soy partidario, pero no de la rebaja de los salarios, porque ellos deben ser proporcionados a las necesidades y decoro de la vida.

"Mas, la reducción de los fletes, el ahorro, la sobriedad y toda la serie de virtudes domésticas aplicadas al Estado, no constituyen el *desiderátum* de nuestra economía y finanzas nacionales. Los tales problemas no son

problemas de familia que se resuelvan con simples criterios de *papás* y de *mamás*.

"No se crea que la cuestión fundamental estriba en rebajar el *standard* de la vida de la población. Al contrario, debe desplegarse una política que permita elevar los salarios y la capacidad de consumo, con beneficio de la producción nacional, pues el fin del Estado, como el de la familia — en esto sí son idénticos, — es propender al bienestar y felicidad de todos y de cada uno de sus miembros.

"¿Cuál sería, entonces, esa política maravillosa que yo estoy auspiciando? Esa política, la más lógica, la más sensata, la más sencilla, la que corresponde al coloso del oro y del diamante que se llama República Argentina, consiste en aumentar la eficiencia de la agricultura y la ganadería, en volumen, calidad, mercados y métodos, poniendo en colaboración la mecánica, la química y el taylorismo modernos; en abaratar la vida, de inmediato, por medio de la industria pesquera en aguas oceánicas, marítimas, fluviales y lacustres; en hacer producir al país cuanto el país necesite; en crear cuanta industria deba y pueda crearse; en *arrancarle* todas sus minas a la tierra; en utilizar la dinámica de sus aguas y sus vientos. En una palabra, lo que este país prodigioso ha necesitado y necesita ahora, es poner sabiamente en actividad, en movimiento, en *eclosión creadora,* por decirlo así, el tesoro portentoso, colosal de sus riquezas, sin subordinar jamás ese movimiento a monomaniáticas o caprichosas sistematizaciones proteccionistas ni librecambistas, sino sometiendo todo el engranaje de nuestra pro-

ducción a la marea de esas dos fuerzas, haciendo actuar siempre a estas, según las circunstancias, para fijar el nivel armónico, traducido en prosperidad y en bienestar general.

"La República Argentina no podrá tener jamás otro programa económico-financiero que éste, ni un partido político puede haber en nuestra tierra que no tenga eso ideal como ideal primordial, pues sólo sobre esa base grandiosa podrá levantarse el alcázar inconmovible de nuestros ensueños de redención y felicidad humanas.

"Ciegos o idiotas serán los gobiernos, los pueblos, los partidos y los hombres que no puedan comprenderlo. Yo, por mi parte, con conocimiento divino esparzo a todos los vientos de la República que en eso debe estribar toda nuestra ciencia y todo nuestro arte de gobierno en materia económico-financiera. ¡Guay de nuestra patria si ella cierra los ojos ante una verdad que tiene tanta luz como un astro! (1).

"Nuestra patria, fecunda en distinguidas personalidades, no produjo nunca ningún filósofo eminente, pues tan preclaro título no puede corresponderle ni aún a tan augustos patricios como Rivadavia, Moreno, Alberdi y Sarmiento. Y bien lo prueba la historia del mundo que donde no hay filósofos, no puede haber economistas. Por eso es que en nuestra historia no hubo una sola perso-

---

(1) Esta misma tesis sostengo ahora y explico en sendos y sendos capítulos en mi obra *Agerpericleísmo*, con el agregado de que en ella planteo la tesis de que se deben *empezar a pagar* los 8 mil millones de pesos que deben la Nación, las Provincias y las Municipalidades, presentando, al par, la forma en que debe hacerse y dando la legislación que se requiere.

nalidad que la ilustrara con verdaderas creaciones de orden económico-financiero.

"Pellegrini (1) y López no fueron más que excelentes banqueros. Sólo Moreno y Rivadavia — sobre todo el último, — tuvieron grandes vislumbres en la materia, porque ambos llevaban en sí el germen genial, vitalizado por el espíritu todo luz de la gran Francia (2).

"Debido a esta notoria insuficiencia de la argentina familia, toda la historia económico-financiera de nuestro país, desde la Revolución de Mayo hasta la fecha, no registra nada digno de la inmortalidad.

"Ya en la vida colonial se diseñaba lo que sería nuestra pobre ciencia económico-financiera, cuando aquellos incipientes Cabildos creían que el sumum de la ciencia consistía en fijar precios justos a la mercadería, con la base del veinte por ciento de utilidad, en nombre de la moral admitida por los teólogos, con Tertuliano a la

---

(1) Es preciso decir bien alto y rotundo, una vez por todas, que si Don Carlos Pellegrini demostró tener *un cierto talento* como banquero, fué, en realidad, un *nulo en absoluto* en economía política y finanzas. Para penetrar en esos mundos se requiere llevar por lámparas un alto pensamiento y un corazón magnánimo. Los *amadores de sí mismo* como Pellegrini, Roca, Juárez, Irigoyen, Salaberry y tantos otros, no nacieron capacitados ni siquiera para intuir lo que encierran esos mundos.

(2) Ya en prensa esta obra, llega a mí la noticia de que alguien, en el Parlamento argentino, propicia la idea de clausurar nuestra Facultad de Filosofía y Letras. Si el Parlamento cometiera tal insensatez, habría que admitir que en él habría estallado una epidemia de locura. Tales Facultades deben ser las primeras instituciones científicas del mundo. La grandeza de Atenas, aún no superada, débese, en primer término, al Templo Eleusino, que era, por encima de todo, una Facultad de Filosofía y Letras...

cabeza, a quien le perdono tanta insignificancia sólo por haber creado esta frase tan hermosa: "Descorriendo la cortina de los mundos, descúbrense los abismos de la eternidad".

"Después de la Revolución Emancipadora, en el año 12, la primera medida que se toma contra la carestía de la carne, obedece al mismo torpe y absurdo criterio jurídico. En aquel entonces, la carne *no valía nada* y, sin embargo, era cara. El Cabildo interviene diligentemente y logra que las carnes, mediante un convenio con los reseros, bajen al precio del año 10, a condición de que no se pague a los peones más de ocho reales por animal sacrificado.

"El primer conflicto económico, como se ve, lo resuelve, pues, el Cabildo, en perjuicio de los obreros y en favor del público y de los patrones, lo que, en realidad, no era más que una simple aplicación más de la vana, ruín y cómoda ciencia de cortar la piola por lo más delgado....

"Ignorábase, entonces, y se ignora aún, que la ciencia y el arte económico-financieros estriban en que todo el mundo tenga dinero suficiente para cubrir con cierta holgura las necesidades más primordiales de la vida. ¿En qué le molestaría al pobre que la carne valiera hoy dos pesos el kilógramo, si él tuviera siempre disponibles varios pesos para adquirirla? La cuestión primordial no consiste en que los elementos de primera necesidad valgan casi nada, sino en que nadie, por medio de sabias leyes económico-financieras, encuentre dificultad alguna para adquirirlos, valgan lo que valgan.

"Por otra parte, si el kilógramo de carne, por ejemplo, costara dos pesos, júzguese cómo quedaría acrecentado el valor de toda la ganadería nacional. Vale decir que, en ese rubro, seríamos varias veces más ricos de lo que lo somos actualmente.

"Es claro que todo esto lo digo de una manera simplista y por aclarar el concepto, pues el asunto es algo más complejo, dada las relaciones que tiene el valor de nuestra carne con el de los demás alimentos y el equilibrio que tiende a producir el mercado universal.

"Debo agregar que todo lo que nosotros hemos producido, ha sido siempre caro, aún en las épocas de mayor abundancia y holgura. En el país de la carne, del trigo, del lino, de la lana, de los cueros, del azúcar, del plomo, del hierro, del carbón de piedra, del estaño, de la leña, etc., todas esas cosas siempre han costado un ojo de la cara, aunque ésto, a primera vista, resulte una paradoja. Y paradoja es, ciertamente, real, efectiva, absurda, derivada de la desarmonía entre nuestra gran capacidad económica y nuestra inmensa incapacidad financiera. ¿Qué puede extrañarnos ahora, por ejemplo, que en la ciudad de Concordia, puerto importante sobre el Uruguay, valga el pescado como oro — según la comparación vulgar, — por la sencilla razón de que no se pesca en él, sino que se le trae de Mar del Plata, que es como traerlo del otro lado del mundo?

"Aunque parezca que en la vida de un pueblo inmensamente rico como el nuestro, la carestía deba ser el fenómeno anormal, imprevisible, derivado de grandes catástrofes sísmicas, ella ha sido y sigue siendo entre

nosotros el fenómeno normal, corriente, fatal, inevitable. Derívase ello de que nuestro país no ha producido aún los hacendistas que reclaman su riqueza.

"De ahí el absurdo estrafalario de un pueblo que se muere de hambre ante las montañas colosales de su oro; de un pueblo que en el país de la carne y del trigo, tiene que sudar sangre para procurarse estos alimentos; de un pueblo que ante su costa atlántida infinita, asombro del mundo por su pesquería prodigiosa, tiene que vivir pensando en el pescado del minúsculo mar Cantábrico, gloria de España... Estos son, señores, verdaderos sarcasmos trágicos del destino y aberraciones incomprensibles y monstruosas de los hombres y los pueblos...!"

... ...

Después condené resueltamente la política del rencor y del odio, preconizada por el tirano Rozas, que dividió la familia argentina, llamando *santa federación* a su bárbaro partido y *salvajes a los unitarios,* entre los que figuraban eminencias como Rivadavia, Paz, Alvear y Lavalle.

Con ello — claro está, — hice alusión a la política semejante de don Hipólito Irigoyen, que ya empezaba a santificar el *apostolado* y la *causa* y a maldecir lo que él ha dado en llamar *el régimen,* del cual procedían nada menos que Mitre, Avellaneda y Sarmiento.

Con todo el coraje de mi alma, gustara o no gustara, en aquella noche memorable proclamé con voz tonante:

"En nuestra patria todos los partidos son iguales, porque todos los argentinos son hermanos. Entre nos-

otros no puede haber réprobos ni elegidos. Lo único que puede diferenciar a los hombres y a las agrupaciones políticas, son los ideales y el talento y patriotismo que se empleen para alcanzarlos. En vez de fustigar el radicalismo al adversario con denuestos envenenados, debe empeñarse en realizar la magna obra de la felicidad de la Nación.

"El *régimen* y la *causa* son palabras huecas, vacías de sentido, si acaso plenas de miasmas deletéreos. Entre nosotros no puede haber más régimen que el de la ley, ni más causa que la del progreso nacional.

"No sembremos discordias a todos vientos, si no queremos cosechar frutos de maldición. Sentemos que todo ciudadano tiene el derecho inalienable e imprescriptible, de prestarle a los gobiernos, llámense radicales o conservadores, las luces de su ciencia.

"Por eso, si algún día nuestro partido llega a escalar la Presidencia de la Nación, el primer deber que tendrá que realizar será llamar a concurso, sin rencores y sin odios, a las más altas inteligencias del país, prescindiendo de colores políticos; pues la obra de gobierno es obra de ciencia y obra de arte, no de pasiones estrechas. Por otra parte, los ideales, las ciencias, las artes, la experiencia y el patriotismo no constituyen el patrimonio exclusivo de ningún partido del mundo.

"No basta, señores, ser un fervoroso radical y haber pregonado cien veces su entusiasmo a gritos por la calle, para convertirse, sin más ni más, en un estadista portentoso. La política no hace tales milagros. La sabiduría es el fruto maduro del estudio. La santidad científica es

el único apostolado que puede colmar de bendiciones a los pueblos.

"No es a fuerza de odio que se levantan castillos encantados. El odio es sólo demoledor; el amor es la fuerza constructora. Sólo el amor, árbol divinamente prolífico, puede cuajar en flores de santa inspiración. Pericles, que fué el primer civilizador del mundo, si llegó a tal altura en alas de su genio, débese, en primer término, a que era todo amor, hasta tal punto que, según imagino, no hubiera podido ni odiar a las serpientes... San Martín, cumbre entre las cumbres, decía: "Ahogad, ante el ara de la patria, la voz de los intereses locales, de la diferencia de partidos, y, sobre todo, la de los afectos y odios personales tan opuestos al bien de los Estados, como a la consolidación de la moral pública".

"Estas jóvenes naciones de América, señores, nacieron con privilegio... Por razones de orden geográfico, histórico, etnológico, político y lingüístico, todas ellas están exentas de los peligros a que están expuestas todas las naciones de Europa, siempre inquietas y preocupadas, tendidas sobre el volcán de sus propias suspicacias.

"Estas jóvenes naciones de América, señores, no aspiran a conquistas territoriales, ni hay codicia europea que pueda, en realidad, darles el clásico tarascón... Protegidas por océanos tan vastos como el firmamento, pueden, pues, vivir seguras y tranquilas cual una bandada de cisnes sagrados y benditos, tendida venturosamente sobre el agua universal bajo el radiante sol de los ensueños y progresos. Nimbadas por un esplendente cielo

de paz y armonía, deberán, exentas de toda inquietud cual la antigua Atenas, dedicarse confiadamente a los trabajos fructíferos, al fomento y desarrollo de sus riquezas, de su higiene y salud pública, de su saber y su cultura; en una palabra: de su bienestar. Ese y no otro es el programa que debe realizar el radicalismo, la *obra* que debe consumar aquel partido a quien dióle el viejo Alem toda su alma y toda su sangre...''.

... ...

Por último, ante aquel *radicalismo irigoyenista* de almas sin alas y pechos sin corazón, entoné, impulsado por un lírico delirio, un himno a mi propia libertad, que termina con un canto de amor a mi patria, candoroso y puro, el cual, al releerlo hoy, me hace creer que en aquella solemne ocasión, yo fuí, realmente, un *hornero que, al ver hendido por la fatalidad el alcázar de sus divinos ensueños, lanzó un canto herácleo-dionisíaco y pregonó, a todos vientos, la libertad de sus alas...*

Helo aquí:

''Preciso es que declare que yo no me envanezco de formar parte de ningún partido ni aún de la muchedumbre, llámese ésta sociedad, pueblo, nación o humanidad, porque aún esta última, tan vasta, tan antigua, tan grande y tan trágica, eternamente renovada y joven, plena de luz, coronada de gloria, no es, al fin y al cabo, por lo menos hasta ahora, más que un inmenso rebaño de hombres que va paciendo tarda y pesadamente por el camino de sus grandes destinos.

''A mí no me place ser un rasgo invisible de la rueda de una máquina, así sea ésta el universo mismo.

Me gusta, en todos los casos, afirmar mi personalidad, aunque a veces me atraviese el corazón de parte a parte el puñal de la amargura...

"Debe ser una muy grande infelicidad de renuncia, de anonadamiento, propia de eunucos intelectuales, sumergir y ahogar el alma en el seno de un partido o de una muchedumbre... ¡La mía flota siempre! ¡Es la eternamente flotadora!

"Hay un deleite prometeico o satánico, que la mansedumbre cristiana no puede comprender, en no dejarse llevar por la corriente, en no ser inconsciente y seguidora oveja, en querer volar alto, siempre más alto, como un cóndor, como un águila... ¡Visto está que no nací para criptógamo de sacristía! ¡Mi destino fué nacer y ser hombre de los pies a la cabeza!

"Unos, que me son afines, y otros, que me son antagónicos, han dicho que, inspirado por Epicuro, Lucrecio, Bacón, Gassendi, La Mettrie y Holbach, he hecho del sabio Demócrito, padre del materialismo científico, el primer sabio del mundo; que admiro y venero el estoicismo de los vilipendiados estoicos griegos, de alma pura y grande, dignos del amor de Marco Aurelio; que me atrae y me seduce el jardín de Epicuro con su inscripción incomparable: "Aquí te encontrarás bien, porque aquí reina el placer, que es el bien supremo"; que me encanta, no la Biblia, sino el grandioso poema *De rerum natura,* del inmortal Lucrecio, obra cien veces más profunda que la Iliada y la Odisea; que soy positivista a la racional manera de los filósofos comptianos; que bato palmas ante el anarquismo científico de Zola y de Re-

clús; que sustento el nobilísimo socialismo romántico de Proudhon, Saint-Simón y Fourrier; que condeno a las sectas cristianas como contrarias a la civilización y a la vida, pero que tengo, para el pobre ajusticiado del Gólgota, palabras de benévola justicia, más ajustadas a la verdad que las de Strauss, Holbach y Renán; que me cautiva y embelesa la civilización helénica, toda luz, toda belleza, toda bondad; que no me satisface el Paraíso prometido con su aburridora y somnolienta contemplación eterna de la blanca y luenga barba del anciano dios Jehová, deshecha por los vientos, reñida con la estética, pero que en cambio la eternidad misma me la pasaría de rodillas y en éxtasis ante la Atena, la Ceres y la Afrodita aurorales, creadas por el estro afable, poético, amoroso y riente de los griegos...

Todo eso se ha dicho y algo más... Pues bien, *yo no soy nada de eso*, o si se quiere, todos tuvieron razón, o, por lo menos, reflejaron en cierto modo, turbia o claramente, una faceta del poliedro infinito de mi alma. Pero lo que no dijo nadie, yo lo voy a decir...

"Como la pampa fecundada por el sol y regada por las nubes, así es mi alma: una tierra abierta a todos los sembradores bajo el eterno enigma del cielo; ofrecida generosamente al trabajo de todos los arados; removida por mil afanes; convulsionada por ansias infinitas.

"Como el ombú que aislado y altanero se alza sobre la inmensa planicie de la pampa, así es mi alma: un árbol robusto con ansias de cielo, en cuyo alto ramaje estalla a todas horas la triunfal e inocente algarabía de los pájaros blancos, de los pájaros rojos, de los pájaros

azules, a cuyo magnífico embeleso llénase la vida de dulcísimos plenilunios de ensueño, de aladas auroras de esperanza...

"Esa alma mía es la que yo quiero ofrendarle a mi patria... Quiero brindarle mi pensamiento como el místico perfume de los templos... Quiero identificarme con ella, ensamblarme con su alma, para sentir mejor así sus palpitaciones, comprenderla mejor y quizás, algún día, resolver el enigma de todas sus grandezas (1).

"¡Oh, sí; yo quiero ser todo de esta tierra, extendida entre los ásperos riscos de los Andes y las soberbias ondas del Mar Atlante; de toda esta tierra arrancada de la zarpa del león hispano por el heroísmo y el martirio de nuestros abuelos inmortales....! ¡Quiero... llevar dentro del alma, cual un otro corazón, el alma amante de Santos Vega! ¡Quiero... hablar el idioma de aquel genio inmensamente desventurado que creara la romántica locura del Quijote! ¡Quiero... ostentar en mi escudo el gorro frigio de la libertad y el radiante sol de Mayo, símbolo eterno de redención! ¡Quiero... considerar, como mis pergaminos de nobleza, la historia de Moreno y Rivadavia, Belgrano y San Martín! ¡Quiero... recitar con unción los versos estruendosos, como dianas triunfales, de Olegario Andrade! ¡Quiero... teñir mi fantasía con los colores y matices del soberbio manto azul arrebolado que se extiende sobre las pampas y los Andes! ¡Quiero... respirar con fruicción la perfumada frescura de los bosques milenarios de mi patria, en los que

(1) Creo que esto ya lo he conseguido en mi obra *Agerpericleísmo.*

triunfa el quebracho, duro como la piedra, y en cuyo ramaje escueto estalla, junto con la aurora, la triunfal algarabía de las flautas de pluma! ¡Quiero... cantar al progreso, sentado a la orilla del anchuroso Plata, que a las naciones se ofrece desbordante, como orfébrica copa repleta de champagne; el Plata, en el que el alma nacional, en la lira eternamente rumorosa de sus ondas, le dice a la vieja Europa siempre doliente y conturbada: Venid, hermanos desventurados, donde nuevos ríos, nuevas llanuras, nuevas montañas, nuevos astros, nuevas esperanzas y un nuevo porvenir os esperan con los brazos abiertos! ¡Aquí hay un oasis para los que tengan hambre y sed de vida, y un ara bendita para inciensar ideales al dios afablé, al dios benevolente, al dios magnánimo del progreso!

"¡Oh, señores! Sólo amando a nuestra tierra por encima de todas las pasiones, de todos los egoísmos y de todos los partidos, podremos algún día, libres de todo prejuicio, aureolados de santidad cívica, esculpir, en el frontispicio de oro del augusto templo que es la patria, esta leyenda divina: ¡esta patria desea y quiere *lo mejor del mundo para ella*, ya sea ello gestado en sus entrañas o fruto de diamante de cualquier país o de cualquier siglo; sus hijos declaran filialmente que ella es para ellos la *mejor del mundo* porque se basta a sí misma y ha desterrado de sus inmensos dominios, a fuerza de ciencias y artes, cuanto es dolor, empezando por el protervo mal de la miseria y la pobreza; esta patria declara, por último, a su vez, maternalmente, que sus hijos son *los mejores del mundo* porque aman, con toda

el alma, la verdad, la hermosura, la justicia, el bienestar y la *indemortalidad!"*

Dije... y una salva atronadora de aplausos, durante varios minutos, conmovió el recinto.

Mas yo bien lo había comprendido mientras hablaba: una ráfaga de odio selénico azotaba el espíritu de los más encumbrados miembros del partido.

El Gobernador Menchaca, un tanto lívido, se había visto obligado a aplaudirme durante toda la noche, con forzada y falsa sonrisa de satisfacción. Eso, es claro, no era lo que él ambicionaba. ¡El esperaba mirra o incienso y no aquellas cosas sublimes de que tenía yo el alma llena!

El éxito no pudo ser mayor... No obstante, dentro del círculo de mis compañeros de escenario, ninguno, ante la presencia del señor Gobernador, se atrevió a dirigirme ni la más insignificante palabra de congratulación. El corazón se me *indigestó* de horror al notar tanta pequeñez.

Sin embargo, al salir del escenario y pasar por un pasillo obscuro, el doctor Gómez Cello, al verme llevar una pared por delante, se apiadó de mí y, al punto en que encendía un fósforo, me dijo *sotto voce*, con cierta emoción:

—¡Lo felicito!

—¡Gracias! — le contesté.

Esa fué la única felicitación con que me obsequiaron los *ases* de mi partido en esa noche memorable. ¡Lo consigno para honor de él!

En el atrio me esperaba una gran sorpresa... Por

la izquierda llegaba el Gobernador; yo, por la derecha. El público, allí apiñado, lo contempló con supina indiferencia; mas yo fuí saludado con una salva de vítores y aplausos.

Una nutrida columna me acompañó hasta el Hotel Roma, donde yo me hospedaba. Allí el doctor Raúl Villarroel, siempre amable, y obsecuente conmigo, en tono familiar y en breves términos, agradeció en mi nombre el homenaje. ¡Por lo menos este *leader* del liberalismo se sentía hondamente satisfecho con mi discurso!

Todo un éxito había resultado la conferencia... ¡Imposible dudarlo! Así lo reconoció, en largo editorial, al día siguiente, el mismo diario oficial que se publicaba en el Rosario, del cual eran socios, según se decía, el doctor Rogelio Araya y el mismo señor Gobernador.

Es claro que, para engañar al pueblo y al radicalismo, no obstante haber estado yo "muy brillante" al decir del diario, buen cuidado tenía éste de ocultar las ideas que yo había propalado... ¡Así fué ahogado sin piedad mi pensamiento!

Mi discurso era de aquellos que no pueden ser perdonados nunca... Ningún diario de la provincia de Santa Fe, creyó prudente recoger alguna de las tantas ideas que yo había lanzado a todos vientos. Es que allí no había ambiente para las cosas grandes y bellas. Para aquellos beneméritos próceres de la patria, mi discurso era, en realidad, odioso y repelente. Yo, sobre la montaña de mis flores, no había hecho otra cosa que suicidarme políticamente a vista y paciencia de todos, en el esce-

nario de un teatro. Había, por tanto, conseguido mi propósito. ¡Debía darme por satisfecho!

Al día siguiente, por la mañana, impulsado por mi fiel demonio particular, salí a vagabundear por la calle, con el propósito de reírme heráclea-dionisíacamente de la cara que les vería poner a los próceres en mi presencia.

Con el primero que me topé, fué con mi antiguo compañero el ministro Mosca, que estaba en la puerta de su casa, a la espera de un vehículo. Charlamos... ¡Ni una palabra me dijo del discurso! Es claro: en boca cerrada no entran moscas. Parecía como que yo había soñado la magna escena de la noche anterior. ¿Acaso, Calderón, no nos diría que son sueños todas las cosas de la vida!

Mas yo no quería *retirarme para siempre*, sin oirle decir algo al respecto. Por ello, después de despedirme, marchando ya en retirada, me dí vuelta y le dije:

—Y... ¿qué tal? ¿qué le pareció el discursillo?

Y él, no pudiendo evitar la respuesta, murmuró con embarazo:

—Sí, sí; hubiera sido mejor de otro modo...

Y esas fueron las últimas palabras que cambiamos en la vida.

Luego, al doblar por la calle San Martín, me encontré, de manos a boca, con el Excelentísimo señor Gobernador de la Provincia, que iba en automóvil hacia el Palacio de Gobierno. Al verme, serio, un tanto hierático, se inclinó ligeramente como *forzándose* a saludarme. Yo, tranquilo, sereno, sin poner gesto ofensivo, me propuse

ahorrarle el trabajo, para lo cual me puse a mirar plácidamente la pared de la acera de enfrente.

Con este *aborto de saludo* dí por terminada mi amistad personal y política con el doctor Manuel J. Menchaca, Gobernador de la Provincia de Santa Fe (1).

Algunas horas después, gestionando no sé qué derechos que el doctor Bustamante, médico de San José de la Esquina, y otros que el doctor Stein, de Ceres (2), habían confiado a mis manos, me dirigí a la Casa de Gobierno para conversar al respecto con el doctor Antonio Herrera, Ministro de Gobierno, a quien yo no conocía ni aún de vista.

El Ministro, que se encontró conmigo por insidencia en una galería, en cuanto me vió, vino apresuradamente hacia mí, me estrechó las manos y me felicitó abiertamente.

---

(1) Este ciudadano, algunos años después, se elevó a gran altura presidiendo el Congreso Constituyente de Santa Fe, asunto de que hablaremos en el tercer tomo.

Me adelanto a hacer esta salvedad, porque me es muy grato elogiar a los hombres y muy amargo el censurarlos.

(2) Quiero dejar consignado, como ofrenda de gratitud, que ambos señores me profesaron una gran estimación.

El Doctor Stein, anciano médico alemán altamente preparado, a quien los años y los sinsabores lo habían vuelto *durísimo* de corazón, al ver mis afanes y tribulaciones, siempre, al saludarme, me estrechaba llorando entre sus brazos y tenía la rara ocurrencia de decirme: "No importa que todos lo olviden... ¡Usted está destinado a ser Presidente!"

¡Oh, sí...! Ya una vez el Dr. Crotto, me anunció que yo llegaría a ser Presidente del Comité Nacional del Radicalismo, y, no obstante tan amable profecía, hace ya muchos años que ni siquiera milito en sus filas como soldado, puesto que ni aún cometo el crimen de lesa patria de ofrendarle mi modesto voto a sus menguados cuanto torpes y míseros caudillejos.

—¿Le agradó?—le dije, queriendo esquivar toda conversación sobre el pasado, ya en ese momento, para mí, remoto.

—¡Oh, sí, mucho!—al punto me contestó.

Entonces asesté mi mirada en sus ojos. Rebosaban de bondad y de ternura. Yo, a mi vez, encantado, le tendí las manos... Y de ese modo quedó sellada una amistad bella y grande. ¡Es que aquel hombre, sencillo y magnánimo, tenía un corazón, tenía un alma! ¡Lástima grande que poco después muriera, dejando su obra apenas esbozada!

¡Sírvale mi juicio de epitafio sobre su tumba!

LA UNION GENERAL DEL PROGRESO

Sí, habíamos triunfado... ¿Quién lo duda? El gobernador había surgido de nuestras filas. Yo, sin embargo, estaba tan entristecido como si hubiéramos experimentado la más amarga de las derrotas... Es que, en realidad, los que habían triunfado eran Fulano de Tal, Mengano y Perengano, pero no los ideales que yo sustentara toda mi vida con fervor verdaderamente extraordinario.

Recuerdo que en cierta ocasión, me puse a meditar sobre estas cosas en el pueblo de San Cristóbal, contemplando las vidrieras de una gran casa de comercio. De improviso me pareció que ellas se anublaban cual si se hubiera entrado el sol. El corazón se me *cayó*... Al echar a andar, noté que me bamboleaba. Un temor me asaltó: la idea de que alguien pudiera creerme ebrio, no obstante no haber adquirido ni aún la costumbre de beber vino en la mesa. Entonces, gallardamente, eché la cabeza para atrás y, sonriendo *eginéticamente,* me acordé de aquel famoso hornero que al ver su choza despedazada por el rayo había lanzado estridentes y triunfales clarinadas como pregonando a todos los vientos la libertad de sus alas.

Aceptando el dolor estoicamente — ¿acaso la cien-

cia puede, ya, cambiar la ruta de los astros? — fuíme a Ceres, resuelto a rendirle pleitesía, en alguna forma, a mis ensueños de redención, de civilización y de cultura... Si no era posible erigirle a ellos un altar en cada pueblo, bien evidente era que el fuego propiciatorio, al menos, no podría apagarse dentro de mi pecho más que en la hora de la trágica frigidez.

Entonces fué cuando fundé aquella gloriosa institución que se denominó Unión General del Progreso (1), la cual hubiera podido rendir inmensos beneficios, no sólo a los departamentos del Norte, sino a la provincia entera.

Esa institución fué toda obra mía, del principio al fin. La palanca con que la hice andar, no contaba más que con un solo punto de apoyo: la amistad que me

---

(1) Fuí honrado con la Presidencia, en la Asamblea verificada el 25 de Mayo de 1913, en el local de la Sociedad Italiana. Los otros cargos les correspondieron a los siguientes señores: Antonio Bertolino y Marcial Aguirre, vices; José Melián y Juan Mautino, tesoreros; vocales: Pascual Morbidone, Manuel Ganín, Manuel Vinocour, Ernesto Rufino, Raimundo Facta, Alberto Daniele, Fernando Gicaglia, Juan Basualdo, Vicente Pucciano, José Santos García, Juan Cano, Andrés Sechi, Juan Savoré, Agustín Ricca, Juan Ré, Vicente Almendra, Antonio Reyes, Crisanto Martínez, Arturo Evans, Romualdo Kisner, Amadeo Vitti, Beltrán Begué, Lino Dalaglio, Luis Bono, Fermín Metheas, Pablo Santa Cruz, Simón Weill, Pedro Kaiser, Andrés Nieto, Andrés Abrati, Paulo Dubresich, Eugenio Clain, José Rodríguez, Lucas Cabanillas, Sósimo Ordóñez, Luis Dumont, Pedro Xarau, José Grossen, Pedro Speciale, Enrique Rocatagliata, Juan Taglioretti, Bartolomé Armando, Juan Audicio, Ruperto Maurer, Juan Giordano, Antonio Pozoni, Domingo Dalla Valle, Augusto Molinari, Santiago Gasman, Lorenzo Schelino, Bonifacio Sosa Oliva, Gerónimo Pascual.

ligaba al Ministro Herrera, hombre excelente, dotado de gran altura moral.

Fué aquello, en realidad, una quijotada... No había ambiente para ese ensueño, ni un airecillo siquiera. No faltaron radicales *ilustres* que se rieran de mí a mandíbula batiente, por supuesto, a mis espaldas. Más yo me había propuesto transformar en realidad aquel pensamiento de Emerson: "No hay más noble divisa de una mente soberana, a pesar de los reveses de fortuna y de las vicisitudes de la vida, que perseverar en su propósito hasta verlo cumplidamente realizado".

Por otra parte, en aquellos días me tenía encantado el recuerdo de los esfuerzos y la paciencia infinita que Edison desplegara para obtener en el fonógrafo un sonido líquido: "Durante siete meses — había dicho aquel coloso tan grande como Pasteur, — estuve veinte horas diarias ensayando una sola palabra: *specia*, que el fonógrafo repetía insistentemente: *pecia*, *pecia*, *pecia*. Había para volverse loco, pero perseveré y vencí".

No faltaron *eminentes* radicales que, haciendo mofa de mí, propalaran a todos vientos, que yo perseguía un ensueño quimérico, pues que para conseguir la anhelada victoria era más eficaz la taba que el libro, el garito que la biblioteca.

Como no es mi propósito loarme a mí mismo narrando las dificultades que tuve que vencer, sino probar, simplemente, que hay dos radicalismos: uno, que aspira a la conquista del poder por el goce brutal de ser el amo; y el otro que cree que la conquista del poder no debe tener otra finalidad que hacerlo servir de instru-

mento del bien sobre la tierra, limítome a decir por ello que, contra viento y marea, el 25 de Mayo de 1913, quedó constituída en Ceres y debidamente organizada, aquella benemérita institución.

Tan grande fué mi entusiasmo y mi empeño que logré embarcar en aquella quijotada a los sabios Florentino y Carlos Ameghino... Ellos tuvieron la gentileza de donar a la incipiente institución *mastodónticos* cajones conteniendo piezas interesantes para iniciar un museo zoológico, entre los cuales recuerdo una foca, un tigre, un jabalí, una liebre francesa, una comadreja con cría, varios monos, una colección de caracoles marinos, una de pájaros y otra de insectos.

Entre los monos figuraba el *saimiris boliviensis*, que, aunque de pequeña talla, es el ser más semejante al hombre, teniendo una curva frontal más alta que la de algunos cráneos humanos. Por ser nuestro más próximo pariente en la *línea ascendente divergente*, yo lo tenía en alta estima y le prodigaba mi mayor consideración.

Séame ahora permitido citar, para gloria de la Unión General del Progreso, los tres primeros y el último de los artículos de sus estatutos, que creo haber escrito con verdadero patriotismo:

Artículo 1º — Créase en Ceres, con el nombre de *Unión General del Progreso,* una asociación donde tendrán cabida, sin exclusión alguna, todos los hombres de buena voluntad, la que tendrá por objeto propender a la felicidad común suplantando vicios por ideales; creando instituciones protectoras de la vida, de la agricul-

tura, de la ganadería, del comercio y las industrias con el concurso pecuniario de los vecindarios y del Estado; solicitando de los gobiernos una mayor difusión de la enseñanza para llevar a todos los hogares el necesario pan del alma así como sabias leyes económicas que hagan más fácil y llevadera la lucha por la vida y permitan, como una consecuencia natural del aumento del bienestar, el más fácil desenvolvimiento de los hogares en el sentido de una mayor civilización y de un mayor progreso.

Art. 2º — Su radio de acción se extenderá principalmente sobre Ceres, Hersilia, Alpina, Selva, Monte-Fiori (La Criolla), La Rubia, Ambrosetti, San Guillermo, Ana, Las Rosas, Arrufó, Monigotes, Curupaytí, Palmeras y Palacios y, a ser posible, por las demás colonias y distritos del Departamento de San Cristóbal.

Art. 3º — Aún cuando en el artículo 1º están expresados en síntesis todos los anhelos y propósitos de la nueva institución, se mencionan los siguientes para su mejor comprensión, lo que vale decir que no quedan excluídos otros que tiendan igualmente a la felicidad común:

Inciso *a*) Combatirá el alcoholismo y el juego.

b) Establecerá hospitales o salas de primeros auxilios en los lugares en que fuere necesario.

c) Establecerá bañaderos de hacienda donde fuere menester.

d) Fundará bibliotecas y propenderá a la creación de escuelas provinciales, Láinez, agronómicas y de enseñanza superior, normales y comerciales.

e) Se creará en Ceres un museo de historia natural con el concurso de los institutos similares existentes en la República, al que los colonos podrán mandar todos los años muestras de sus cosechas, haciéndose por Secretaría los estudios pertinentes para determinar la calidad de las tierras, épocas y modos de plantación, condiciones climatéricas, costo de producción, rendimientos, ganancias líquidas y cuantos detalles sean necesarios para que sirvan de orientación a los mismos colonos en sus trabajos agrícolas futuros.

f) Podrá intervenir en los contratos de arrendamiento y contratos en general de sus coasociados, y evacuará las consultas agrícolas y jurídicas que se presenten por escrito.

g) Se pondrá en comunicación con la Dirección General de Inmigración para solicitar los brazos que se requieran tanto en las épocas de las cosechas como en el resto del año, prefiriéndose, en igualdad de circunstancias, a los trabajadores que habiten la zona, para facilitar lo cual se llevará una estadística en la que se mencionen aptitudes, sexo, etc., de los postulantes.

h) Propenderá al arbolado de calles y de campos e iniciará y fomentará estudios agrícolas que tiendan a facilitar el trabajo, disminuir los gastos de explotación, aumentar la producción y disminuir al mínimum el costo de la vida.

i) Tratará de obtener la implantación de una sucursal bancaria o cajas rurales que hagan operaciones sobre Warrant y prendas agrícolas.

j) Combatirá por todos los medios a su alcance la

existencia de latifundios, aconsejando la subdivisión de las tierras y su colonización, facilitando datos, haciendo publicaciones en los diarios de la Provincia y de la Capital Federal e interviniendo como empresa colonizadora mediante una remuneración equitativa.

h) Estimulará el progreso de la zona por medio de concursos, exposiciones, conferencias y publicaciones, gestionando de los poderes públicos de la Nación y de la Provincia todas aquellas medidas que se consideren útiles para la educación, el comercio, la ganadería, la agricultura y las industrias.

l) Publicará un periódico a fin de que todos los coasociados puedan apreciar los beneficios de la institución y estar al tanto de los progresos de la época.

m) Invitará a los demás Departamentos de la Provincia a fundar instituciones similares y nombrará delegados a congresos científicos y económicos que se propongan realizar el bien general de acuerdo con los anhelos progresistas de la época.

n) Usará de todas las medidas que a juicio del directorio sean conducentes a la realización del vasto plan que persigue la *Unión General del Progreso*, organizando conciertos, conferencias, bailes, pic-nics, compañías filodramáticas, etc., que al par que sirvan de solaz y entretenimiento a los vecindarios, eleven los espíritus y unan los corazones, pues es la unión el pedestal granítico en que se asientan el porvenir y grandeza de los pueblos.

Art. 21. — El Directorio expulsará de su seno o de la sociedad a las personas que se coloquen en algunas de las situaciones siguientes:

Inciso A — La mala reputación notoria.

B — El haber sufrido una pena infamante.

C — *El ser un elemento de discordia, porque para que progrese "La Unión General del Progreso" se requiere, en primer término, que sus coasociados comprendan los beneficios de la unión y la armonía, dos alas formidables que llevarán a esta asociación hasta la misma cumbre de sus sacrosantas aspiraciones, al son de los aplausos y de las bendiciones de los pueblos* (1).

---

(1) En homenaje de gratitud, estampo aquí que recibí fervorosas felicitaciones de parte de los siguientes ciudadanos: Ministro de Gobierno, Antonio Herrera; diputado Alcides Grecca, Carlos Ameghino, Raúl Villarroel, Mariano A. Quiroga, R. Villadecants, Jorge Sourigues, Agustín Péndola (h.), A. Grüning Rosas, J. J. Lossada, Luis Bonaparte, Máximo L. Coria, Alejandro M. Giménez, Edmundo Fernández, Juan B. Nigro, E. Zenón González, José Espíndola, Francisco Vitali, Miguel Espósito, F. Alcázar Campos y Avelino Zalvidé.

Dejo constancia expresa de que exceptuando los nombres de los señores Herrera, Grecca, Villarroel y Quiroga, no recibí felicitación alguna de los radicales que, habiéndose encumbrado, pasarán a la historia como *eminentes*. ¡Cosa verdaderamente extraordinaria!

¡ESCUELAS! ¡ESCUELAS! ¡MAS ESCUELAS!

Yo, como Goethe, como Sarmiento, como Rivadavia, como Avellaneda, como Pestalozzi, tengo la obsesión de la luz...

El de la luz, y no otro, fué el pecado divino de Satán. Prometeo, el dios más dios que ha producido la humanidad, era la misma luz hecha dios.

Quede esto estampado para recordar que mi primer pensamiento, como Presidente del Directorio de la Unión General del Progreso, consistió en mandarle, en el mismo momento de su constitución, la siguiente carta al Inspector General de las Escuelas Láinez de la Provincia de Santa Fe:

De mi mayor aprecio:

''Tengo el agrado de dirigirme a usted para hacerle saber que, en este aniversario glorioso, ha quedado constituída en Ceres una vasta asociación bajo el nombre de Unión General del Progreso, con la elevada misión de encauzar y dirigir el progreso, por decirlo así, del departamento de San Cristóbal.

''Habiéndoseme honrado con la presidencia de la misma y abrigando el convencimiento que tuvieron Lebnitz y Rousseau de que el único medio de perfeccionar a los hombres es educarlos, he creído que me haría digno del

honor que se me ha discernido dedicando mi primer pensamiento a los niños, cuyo juicio — diré siguiendo un pensamiento de Marnix, — es necesario cultivar con el mayor esmero, no perdiendo jamás de vista esto en todos sus estudios, en todas sus acciones, en todos sus ejercicios y hasta cuando reunidos jueguen, griten y rían, formando algo así como bandadas de parleras avecillas.

"Juzgue usted ahora si no veré con profundo dolor que no funcione actualmente ninguna escuela particular o del Estado en esta desventurada cuanto importante colonia, en cuya sola planta urbana existe una legión de niños que no reciben los sagrados beneficios de la educación.

"Urge, pues, que usted se digne tomar todas aquellas providencias que juzgue oportunas para que vuelva a funcionar en debida forma la escuela nacional de la Colonia.

"A este propósito, recuérdole que en sus propias oficinas me prometió usted un día acoger con simpatía y con empeño cualquier solicitud mía que tuviera por objeto beneficiar en alguna forma la instrucción general del Departamento de San Cristóbal.

Saluda al señor Inspector con su consideración más distinguida,

Eduardo Isla.

Ceres, Mayo 25 de 1913.

REDENCION Y PROGRESO

Mas no solamente una de las obsesiones divinas tengo yo... ¡Yo las tengo todas: la de la ciencia, la de la belleza, la de la justicia, la del amor, la de la salud, la del bienestar, la de la alegría, la de la indemortalidad, la de la felicidad; todo eso sobre el astro estupendo en que vivimos: Infierno Purgatorio y Paraíso, todo a un tiempo mismo!

Por eso fué, que como Presidente del Directorio de la Unión General del Progreso, en el mismo día de su constitución, le dirigí la siguiente carta a mi buen amigo el Ministro Herrera:

"Tengo el agrado de poner en su conocimiento que en este día, rindiendo altísimo homenaje a la memoria augusta de Moreno y Rivadavia — los dos héroes del pensamiento que dotaron de alma nueva a nuestra patria, — hemos constituído en este pueblo, con el beneplácito entusiasta de diversos vecindarios del Departamento de San Cristóbal, una vasta y hermosa asociación con el nombre de "Unión General del Progreso".

"Habiendo usted tenido la gentileza de favorecerme con su representación, he creído necesario manifestar a estos pueblos, de acuerdo con las conversaciones y correspondencia que hemos mantenido en diversas ocasiones,

que los elevados anhelos y propósitos de la nueva institución contarán con la cooperación decidida y entusiasta de ese Ministerio.

"Tales promesas causaron honda impresión en estos pueblos, hasta hoy abandonados en absoluto por todos los gobiernos.

"Cuando ya estos pueblos habían retrocedido al enervamiento antiguo, con todas las ilusiones perdidas y con todas las esperanzas muertas, he podido realizar el milagro de infundir en las poblaciones tal confianza, que hoy todos los habitantes de estos lugares están convencidos de que en adelante tendrán en usted un decidido campeón de sus grandes y elevadas aspiraciones.

"Ruégole quiera usted coronar mi obra recibiendo esta nota con benevolencia y simpatía, poniendo fervoroso empeño en la fundación de una escuela provincial e interponiendo su alta influencia a fin de que la inspección de escuelas Lainez de Santa Fe se sirva proveer, con extrema urgencia, al funcionamiento de la escuela de este lugar, pues pongo en conocimiento del Poder Ejecutivo de la Provincia que, a pesar de las exigencias de la época progresista en que vivimos, no hay en la actualidad, en este importante distrito, ningún establecimiento docente — del Estado o privado, — cuando sólo en su planta urbana hay más de cuatrocientos cincuenta niños que no reciben enseñanza escolar alguna, lo que en mi concepto constituye un crimen de lesa civilización.

"No pueden continuar las cosas así ni un día, ni una hora, ni un minuto. Espero de su gentileza y de la

elevación de su alma, quiera poner *inmediato* remedio a tantos males.

"Con el propósito de impresionar su espíritu, qué ocasión mejor que ésta, señor Ministro, para volcar a sus pies muchas flores literarias; pero prefiero, en este día sagrado de la patria, remontarme en espíritu a los albores de nuestra independencia para traerle aquella palabra cálida, solemne y elocuente de Rivadavia, cuando elevándose sobre su época con clara visión del porvenir, presentándose como un artífice máximo de civilizaciones y de pueblos, les dijo a los hombres todos de mi tierra: "Basta ser hombre para amar la libertad; basta un momento de coraje para sacudir la esclavitud; basta que un pueblo se arme de cólera para derribar a los tiranos; pero la fuerza, la intrepidez y el mismo amor a la independencia no bastan para asegurarla, mientras el error y la ignorancia presidan el destino de los pueblos, y mientras se descuide el fomento de las ciencias. Nos resta destruir las tinieblas en que hemos estado envueltos por más de tres siglos; nos resta conocer lo que somos, lo que poseemos y lo que debemos adquirir; nos resta, en fin, sacudir el fardo de las preocupaciones y absurdos que hemos recibido en patrimonio".

"Dígnese el señor Ministro aceptar las manifestaciones de simpatía de la asociación que tengo el honor de presidir, así como el testimonio de mi mayor aprecio.

Eduardo Isla.

*
* *

El señor Ministro Herrera tuvo la gentileza de contestarme en los siguientes términos:

"Me es grato acusar recibo de su nota del 25 de Mayo último por la que se sirve participarme la constitución de "La Unión General del Progreso" y las manifestaciones formuladas por usted en ese acto, interpretando mis propósitos de cooperar a los elevados anhelos del nuevo instituto.

Ratifico aquéllas y ofrezco mi cooperación en servicio de la obra tan amplia como desinteresada que se inicia en Ceres.

Todas las dificultades con que tropiece, no impedirán el éxito si los autores del programa de la "Unión General del Progreso" tienden a realizarlo con el espíritu de suprema bondad que a usted lo inspira, y si los pueblos en cuyo beneficio se inicia tan gran esfuerzo saben recoger y prestigiar el pensamiento directriz que usted condensa en la oportuna cita de un innovador como Rivadavia.

Mientras llega la oportunidad de comunicarle el resultado de las gestiones hechas en el sentido de facilitar de inmediato algunos de los fines de la "Unión General del Progreso", acoja esa institución, con la bondad que su programa revela, mi ofrecimiento de cooperar en la obra; y quiera usted expresar a todos los asociados los sentimientos de amistosa simpatía con que le saludo.

Antonio Herrera.

Nota. — Debo significar que entre las cartas de felicitación que recibí, había algunas brillantes por el fondo y por la forma... No transcribiré, sin embargo, ninguna de ellas. Me limitaré a transcribir dos párrafos de la que me enviara uno de mis secretarios del comité radical departamental, Don Jorge Souriges, a quien le debo este recuerdo por la lealtad con que procedió conmigo en varias ocasiones. Hélos aquí:

''Me llena de gusto ver encaminados en la vía del progreso a los hombres bien intencionados e inteligentes que, como usted, sienten bullir en su cerebro ideas de progreso y bien general.

''No veo en sus ideas e iniciativas el deseo legítimo de cosechar aplausos, y sí veo al hombre sencillo y de talento, que sólo va buscando sembrar una semilla fructífera para provecho de la humanidad y en beneficio de todos. No se arredre por nada, no mire para atrás; marche con todo el peso de su sana conciencia, que ella se encargará de premiar sus desvelos y sacrificios en días no lejanos''.

ITURRASPE NO HABIA NACIDO PARA REDENTOR...

Menchaca había resultado Gobernador... ¡por un aborto de la casualidad!

¿Quién se atreverá a decir que ésto no constituya un derecho legítimo como otro cualquiera? ¿Cuándo se ha visto el caso de que el divino Dhemos se preocupe de buscar hombres perícleos para llevarlos al poder? Al pueblo no le preocupa más que seguir viviendo... Es un ciego de nacimiento que *no puede ver* a los grandes hombres; dicha sea la frase en sus dos sentidos. París mismo, entre el sabio Bertelot, que *después de su muerte figuró en el Panteón de los Inmortales,* y un modesto obrero de una manufacturería de cigarros, no podía vacilar: ¡se decidió por el último!

Aborto de la casualidad — decíamos, — fué Menchaca. La cosa fué de este modo...

Menchaca no había contribuído con *nada* al triunfo del partido. No había figurado, hasta entonces, en *las heroicas y denodadas huestes reivindicadoras.* Provenía directamente del *régimen,* según decían. Iturraspe, en cambio, era un veterano y un campeón del radicalismo. Había perdido una pierna en una revolución y tenía,

sobre todos los méritos, el de ser un hombre acaudalado que había abierto su bolsa en favor del partido. Luego..., a él debía, sin ninguna duda, corresponderle la prebenda máxima.

En las sociedades plutocráticas, no hay derecho más alto, ni más sagrado, para escalar las cumbres, que el dinero, que tantos milagros hace en la tierra, como ya en la España vieja lo reconocía el Arcipreste de Hita:

"Sea un ome nescio, et rudo labrador,
Los dineros le fasen fidalgo e sabidor".

Al que compra, justo es que se le dé... En nuestra época no hay más patriotismo que ése. Por otra parte, el millonario, para el consenso público, lo sabe todo... ¡No hay ciencia humana ni divina que escape a la percepción de su *áureo talento!* ¿Acaso esta misma prodigiosa palabra: *talento,* no empezó por ser en Roma el nombre del vil metal (1)?

Mas el destino, que es *más veleta* que el viento, no estaba dispuesto a obrar en conformidad con los deseos del señor Iturraspe ¡En la hora decisiva, le falló la Convención!

Buscóse, entonces, una solución conciliadora... Una delegación presentóle una considerable lista de candidatos (2). A todos los desechó olímpicamente don Ig-

(1) Entre los persas, en tiempo de Ciro el Mayor, el talento era tanto cierta cantidad de peso como cierta cantidad de moneda.

(2) El Doctor Andrés Ferreyra, del Rosario, era el candidato de mayores probabilidades, según se decía.

nacio. Propusiéronle, en último término, a su propio secretario, el doctor Manuel J. Menchaca, que había tenido el buen cuidado de no contrariarlo nunca, de decirle a todo... ¡amén!

Don Ignacio, urgido por la fatalidad, *pisó el palito*. Se decidió por él creyéndolo un inofensivo corderillo. Aquél no sabría hacer otra cosa que obedecerle.

Estas cosas siempre han sido justas y corrientes en el irigoyenismo. Así, don Hipólito, muy ingenuamente, cree, como lo creía Rozas, que él tiene el derecho indiscutible de dirigir a todos los gobernantes, desde su domicilio, *tirando de una cuerdita*. "*¡Oh, tempora! ¡Oh, mores!*"

Mas los cálculos de don Ignacio fallaron de punta a punta...

—Yo tengo sangre de vasco — Menchaca me decía. — Yo no me voy a convertir, por darle gusto a él, en muñeco de paja.

Y tuvo, dicho sea en honor a la verdad, la noble entereza de cumplir su palabra.

Mas en cuanto ocupó el gobierno, los fuegos empezaron a cruzarse.

El doctor Domingo Frugoni Zabala — otro de los secretarios de la Junta de Gobierno, — le era adicto en cuerpo y alma, al parecer, al señor Iturraspe. Este al menos, según me lo dijo, lo creía así.

Este señor Frugoni Zabala redactó un *pacto de armonía* que, en el fondo, no implicaba otra cosa, que la subordinación del señor Menchaca al señor Iturraspe;

capitis deminutio que dignamente rechazó el señor Gobernador (1).

El señor Iturraspe, despechado, empezó a refunfuñar... El irigoyenismo todo era una mistificación. Componíase de una recua de cobardes, incapaz de hacerle algún bien al país. Había que crear un radicalismo nuevo, para que estuviera capacitado para realizar una vasta obra de civilización y cultura. Debía lanzarse, inmediatamente, un manifiesto a toda la República, "sacándole a todo el mundo los cueritos al sol". Y si el ídolo debía caer en el arrastre, que cayera y se hiciera mil pedazos. "¡Lo único en que había que pensar era en la salvación del partido y en el bien de la República!" Es claro, entonces, que estas magnas intenciones dimanaban del despecho; pero también es claro que el radicalismo, aunque parezca paradoja, cuanto más ascendía, más se iba barranca abajo...

Propúsome que yo escribiera tan *famoso* manifiesto, no, sin duda, por encontrar méritos excepcionales en mí, sino porque es ley de mi vida que cuando hay que crucificar a alguno, todos encuentren muy natural que yo cargue con el insigne honor de ser la víctima expiatoria... ¡Estupenda manera de *apagar* faroles!

Aunque sobresaturado de excepticismo, propúseme embarcarme en la aventura por curiosidad, por experimentación y, ¿por qué no decirlo?, por espíritu de sacrificio.

---

(1) Idéntica maniobra quiso realizar Irigoyen con el Presidente Alvear.

El señor Iturraspe, conforme a lo que convinimos, me esperaba a las diez de la noche cubierto con un rod-de-chambre, en su casa de la calle San Martín, a puerta cerrada, *solito su alma,* según me dijo, para dedicar toda la noche a la confección de aquel manifiesto, destinado a convulsionar la opinión de la República entera.

El lírico proyecto ya se me había empezado a ser carne... Sí, lo iba a escribir... Estaba resuelto a lanzar uno que eclipsara aquel tan noble y tan bello de Sáenz Peña, en que él pedía al pueblo, desde la Presidencia, que votara, sereno y confiado, haciéndole honor a su solemne promesa de otorgarle comicios libres.

Un pensamiento inspirador revoloteaba sin cesar en mi mollera: aquel verso famoso del poeta mejicano que decía que su penacho era como el plumaje de esas aves que cruzan el pantano y no se mojan...

Mas en cuanto lo vi al Redentor, noté, en los firmes rasgos de su fisonomía, que andaba en su alma mariposeando la volubilidad... Algo había ocurrido que lo estaba haciendo vacilar.

Nada me dijo, sin embargo... Mas yo, inquieto, preocupado y profundamente desganado, *intuía el peligro* al través de su hermética reserva.

Conversamos mucho y nada hicimos. La inspiración había huído de mí. No me sentía capaz, ni con ánimo de escribir una línea. Ya tenía sobre mis ojos las lápidas del sueño. ¿Para qué íbamos a perder lastimosamente el tiempo? Aquella gran cruzada libertadora, presto se iba a desvanecer como una nube pasajera.

Quedamos citados para el día siguiente a primera hora.

Aún tuve la paciencia heroica de volver a ser puntual a la cita, a pesar de que todo el entusiasmo se me había ido a los talones, como vulgarmente se dice.

En cuanto llegé, ví, de una manera súbita, aclarado el gran misterio, no sin maravillarme, al propio tiempo, de que no lo hubiera visto la noche antes. ¡Era tan fácil aclarar aquel enigma!

El doctor Frugoni Zabala departía cordialmente con el señor Iturraspe. Este, simulando que su gran amigo no estaba enterado del asunto, le levantó una punta del velo.

—No — respondió dicho señor, — no conviene precipitar los acontecimientos. El Gobernador *no va a tener más remedio que aflojar*...

¿Aflojar qué? — pensé yo. — No se trataba de que el Gobernador aflojara nada. El señor Iturraspe había dicho: "¡Lo único en que habría que pensar era en la salvación del partido y en el bien de la República!" ¡Eso era lo único que a mí me interesaba! Mas el Redentor inclinó la cabeza *satisfecho* y lo escuchó deferentemente. Consecuencia: encantado con su grande y leal amigo, a *mí me mandó de cabeza,* como la cosa más natural del mundo.

El doctor Domingo Frugoni Zabala se fué *ipso facto.* Mientras se alejaba, por su manera de cojear tan diversa a la por él acostumbrada, saqué la conclusión de que le había molestado mi presencia, como si yo, al cruzarme en su camino, fuera un estorbo para sus planes.

Todavía tuve la soberana cuanto peregrina ocurrencia de intentar quebrar una lanza en pro del gigantesco proyecto. De pie, fervorosamente, le dije al Redentor:

—Ese hombre lo engaña... Está jugando a cara y cruz a un tiempo mismo. Es tan amigo suyo como de Menchaca. Lo único que lo preocupa a él, es su situación personal. Ya verá cómo dentro de poco lo veremos, gozoso, figurar en el presupuesto.

—¡No sea tan severo y temerario en sus juicios!—afablemente me respondió.

—¡Sea! — le dije. — Me inclino estoicamente ante lo irremediable. No me iré, sin embargo, sin decirle que ha perdido usted una ocasión única de hacerle un gran bien al país.

Y sucedió lo que tenía que suceder. Pocos días después, Menchaca *premiaba* al doctor Frugoni Zabala designándole Fiscal de Estado. Más tarde el señor Iturraspe era ungido senador nacional. Todo había salido bien. El señor Menchaca, es claro, había *aflojado,* sí, el eterno hueso con que dejan de ahullar los perros de la política.

¡Qué diablo! ¡la cuestión es medrar en esta vida, harto corta y adolorida!

El doctor Frugoni Zabala, hasta ahora se ha de estar refocilando por la cordura y sano juicio que desplegó en la ocasión aquella. ¡Qué duda cabe, si a ello le debe el cargo ya recordado, el haber sido después diputado por Santa Fe y ocupar ahora una alta magistratura

en el foro nacional! Tontos, imbéciles a más no poder, son los que *no saben hacer otro tanto,* y yo, por cierto, el más tonto e imbécil de todos.

¿Pero a quién se le ocurre, también, suponer que un ciudadano, ha de estar capacitado, por el mero hecho de estar enfunfurruñado, para realizar cosas divinas...!

¡Oh, visto está...! ¡Don Ignacio no había nacido para ejercer el oficio de Redentor, que es oficio de titanes!

HIMNO AL PROGRESO (1)

Señoras, señores:

En estos vecindarios del demasiado extenso Departamento de San Cristóbal, siempre hubo un virus purulento, un morbo cruel que inficcionara todas las manifestaciones de la vida colectiva. El virus purulento, el morbo cruel, es esa desunión que ha venido entorpeciendo la evolución progresista de estos pueblos; es esa desarmonía que debiera causaros más zozobras que la nube de langostas cuando en los cielos se diseña con sus tintes cárdenos; es ese espíritu díscolo de rencillas y chismografías que se enseñorea de las aldeas y villorrios y que a los hombres que amamos el progreso nos causa más alarma que si repercutiera otra vez, por estas llanuras interminables, el imponente alarido de la horda indómita y salvaje.

No sin razón temían los habitantes de estas campañas desamparadas, que el árbol del progreso nunca en ellas diera sus frutos de oro. Por suerte, en un país joven, pletórico de savia como el nuestro, nada puede cristalizarse *ab eterno* o estancarse indefinidamente.

---

(1) Este discurso fué pronunciado en Ceres, en el salón de la Sociedad Italiana, el 25 de Mayo de 1913, en el mismo acto de la fundación de la Liga General del Progreso.

Las grandes obras reclaman el concurso noble y generoso de todos los hombres de buena voluntad, y no merece la menor estima quien, siendo ciudadano o extranjero, no quiera elevarse por encima de las miserias de la vida para pensar en el porvenir y grandeza de los pueblos.

Nada más grato a mi espíritu, ante esta magna asamblea que contemplo con emoción y entusiasmo, que indicaros a todos, a hombres y a mujeres, que el reloj del tiempo está marcando en este instante la hora precisa en que columbrando estos vecindarios vastos horizontes de progreso y elevándose a las regiones serenas del amor y la concordia, han determinado estrechar filas y unirse en un solo block, ligados por lazos inquebrantables, forjados al calor de la fragua de las verdaderas aspiraciones populares, en el yunque de las más premiosas necesidades de la vida.

Empiezo por hacer notar que en ningún punto de la República existe una verdadera legislación agraria. Es verdad que se han dictado códigos y leyes que versan sobre agricultura y ganadería, pero todas son verdaderos cernidores al través de los cuales se escurren los verdaderos intereses del colono, el cual ya es tiempo que salga de la situación vaga, incierta e insegura en que se encuentra, como lo reclama el anhelo ferviente de los pueblos de la República, virilmente exteriorizado en la huelga agraria que acaba de tener por teatro diversos pueblos de la provincia.

¿Tiene el colono al alcance de su mano algún medio fácil para obtener crédito sin recurrir al chaleco

de fuerza de la hipoteca? En los *años malos,* que es precisamente cuando se ve forzado a recurrir al empréstito, en vano es que recurra a los bancos oficiales, pues los gerentes acojen sus peticiones frunciendo el ceño y con el corazón de piedra. Yo sé de ricos agricultores que para subvenir a las necesidades más primordiales de la existencia, tuvieron que vender a precios irrisorios los bueyes que labraron su campo y su fortuna, no sin derramar lágrimas de sangre al consumar el magno sacrificio. Yo sé de casas de negocios que llevan una vida anémica, entecada, porque los grandes terratenientes hacen sus compras en Buenos Aires y Rosario, y porque no circula el numerario en estas plazas, ese *vil metal* que hoy por hoy, en el complicado engranaje de la máquina económica, viene a ser cual el aceite lubrificante y el motor que imprime movimiento a todas sus piezas y resortes. ¿Habrá alguien, por ventura, que en presencia de estos males, no piense que es de extrema necesidad implantar perentoriamente en Ceres una institución creditoria, ya sea una sucursal bancaria o una caja rural que haga operaciones de Warrant y prenda agrícola, a semejanza de las que funcionan admirablemente en Francia y Alemania?

Uno de nuestros afanes deberá ser combatir el alcoholismo y el juego: al primero, porque causa la degeneración física y moral del individuo y de la raza; y al segundo, porque en la tierra que baña el Plata y que limita el Ande, nada debe ser aleatorio, supeditado al acaso o al azar, sino que en todos los casos debe em-

plearse la mayor energía en la labor honrada, enaltecedora y proficua, que da gustos ambrosíacos al pan de cada día amasado con levadura de esperanzas.

Debemos establecer hospitales o salas de primeros auxilios donde fuere menester, considerando que el deber más trascendental del hombre es el de conservar la salud, fuente perenne de goces inefables. Si se implantara en Ceres un hospital, prestaría beneficios importantes y trascendentales a una zona inmensa, que abarcaría no sólo la vasta red de pueblos que en este Departamento cruza el Central Argentino con sus rieles, sino también aquellos otros, no menos numerosos, que circundan la localidad por el Oeste y por el Norte, en un radio de treinta leguas, dentro de las provincias de Córdoba y Santiago del Estero, cuyos enfermos acaudalados se costean hasta los hospitales y sanatorios de Rafaela, Santa Fe y Rosario, que como vulgarmente se dice, quedan por la loma del diablo o al otro lado del mundo. Me refiero solamente a los enfermos ricos, porque los enfermos pobres — ¡ya se sabe!, — no teniendo en esas regiones más amigos y protectores que el mistol y el algarrobo que les prodigan su fruto y su madera, cuando no recurren para todas sus dolencias, cual si fuera la suprema panacea, a la clásica cataplasma de harina de lino que preconizaban con entusiasmo nuestras abuelas, se dejan morir estoicamente, prendiendo velas al pie de litografías que representan santos milagrosos, que el huracán del progreso aventará cuando pase por esos sitios abatiendo la salvaje imponencia de sus montes seculares.

Debemos establecer bañaderos de hacienda donde fuere menester para que la ganadería de esta zona pueda desenvolverse libremente al hallar fácil salida para todos los mercados de la República y para que no continúe supeditada al mercado tucumano, donde algunas haciendas son vendidas, con harto frecuencia, a precios irrisorios, lo que en ciertos casos se explica cuando la oferta excede a la demanda, pero no en otros que parecen acusar la existencia de trusts o de especulaciones innobles. Yo sé de muchos invernadores, algunos presentes en este recinto, que al oirme se han de rascar la oreja recordando sus continuos fracasos en la plaza tucumana, donde a veces obtuvieron precios sólo suficientes para cubrir los gastos de flete por novilladas que les habían costado un ojo de la cara.

Debemos instalar bibliotecas en todas partes... El libro tiene de común con el sol en que ambos iluminan inmensidades: el libro al alma y el sol al mundo. Dotar a un pueblo de biblioteca es como dotarlo de alma. Para las mentes juveniles, pletóricas de ensueños y esperanzas, los libros son las estrellas que han de guiar su marcha por el mar proceloso de la vida. Son los libros para el mundo el mayor bien de los bienes. Esta vida de luchas y sinsabores no valdría la pena de ser vivida, si el libro, bálsamo para todas las heridas, no pudiera, sobre sus alas potentes y magníficas, transportarnos en espíritu a aquellos cielos sin medida en que irradian luz esplendorosa esos astros magníficos que se llaman ciencia y arte.

Muchas y grandes cosas llevaremos a la práctica, porque todo se lo merece el colono, sabio o torpe, que ha suplantado a la lanza, pendón de la barbarie, por el arado, emblema del progreso; al colono, que roturando campos, ha hecho más por la grandeza y prosperidad de la República que muchos hombres funestos, sobre cuyas frentes estrechas, la gratitud nacional, en parodia innoble, ha colocado coronas de laureles hechas con papeles pintados del color del oro.

Yo estoy plenamente convencido del porvenir inmenso de la zona norte de la provincia de Santa Fe, que han mirado por encima del hombro muchos hombres necios que se consideran sabios. La bondad incomparable de sus tierras, hanme revelado que tan grande como sus desiertos actuales será su destino. El fresco verdor de sus alfalfares, al cautivar mis miradas, ha hecho nacer en mi corazón la esperanza y entrever un porvenir próximo y brillante en que florezca en todos los campos la industria lechera y ostenten su gallardía los ganados de más alta mestización, desplazando a esos animales criollos y degenerados, producto natural de las praderas de pastos duros, que el orgullo porteño ha clasificado de este modo: "vaquitas puro hueso y puro cuero", "ovejitas livianitas como plumas", "caballitos de alfiñique chiquititos como lauchas".

Todo lo hará la unión como por arte mágico, pues tiene ella por sí sola más fuerza y más pujanza que los genios. No podrán los gobiernos poner oído de piedra al público clamor, porque el mismo grito, repetido por

cien bocas al unísono, deja de ser grito para convertirse en trueno. Por otra parte, puedo aseguraros de antemano que mi iniciativa tendrá en el seno del gobierno y de las cámaras la más simpática y la más honda de las repercusiones. Asegúroos también que ningún representante parlamentario de los tres partidos políticos que actúan en la provincia, ha de oponer el menor obstáculo al desenvolvimiento de nuestros ideales, porque han de saber, con altura y patriotismo, ponerse de acuerdo con esas apremiantes exigencias progresistas que son el signo distintivo de la época, que se manifiestan en todo el mundo en mil diversos modos, que pasan de uno a otro hemisferio veloces como las ondas herzianas y que han hecho irrupción hasta en ese antro de barbarie que se llama la Gran China.

Si le fuera dado a mi palabra, cual paloma discreta y amaestrada, pasar volando por encima del enjambre humano que me escucha hasta llegar a las mismas ventanas de la Casa de Gobierno, llevando el mensaje de los hombres humildes que en esta provincia han convertido la reja y el disco en lábaro bendito del trabajo y del progreso, yo les diría a los hombres que rigen los destinos del pueblo santafecino: ¡Prestad la mayor atención a la tierra, santa madre común de todo cuanto vive, en cuyo seno fecundo, todo nace, todo muere y todo renace incesantemente a impulsos de su eterna gestación creadora! ¡No olvidéis nunca que Zoroastro, en tiempos antiquísimos, en los mismos albores de la civilización del mundo, ya había columbrado que no podría haber

gobierno más grande que aquel que lograrà que en su patria se arrancara de la tierra el mayor producto con el menor esfuerzo (1).

Eduardo Isla.

---

(1) ¡Tanta semilla de oro tirada al viento...! Mi palanca no tenía, como ya he dicho, más punto de apoyo que mi buen amigo el Ministro Herrera. Mas estaba escrito que la nave santafecina navegaría con poca suerte. Ya empezábamos Alcides Grecca, Raúl Villarroel y yo a formar planes para el futuro, propiciando la candidatura de Herrera para Gobenador, cuando el destino aciago truncó de un hachazo nuestros proyectos. Un día en que Herrera iba en carruaje con el Gobernador Menchaca, — en procura, entre otras cosas, del Teatro Municipal para que yo diera en él una conferencia a fin de darle vida intensa y *principista* al radicalismo, — se sintió de súbito enfermo... Pocos minutos después era cadáver.

Esa muerte me afectó intensamente... Me pareció que la Provincia iba derecho al precipicio, y que el radicalismo, brutal y grosero de aquellos días, sería el destinado a entronizarse en toda la República...

¡Con Herrera perdí la última esperanza! ¡Son estas palabras el homenaje más grande que puedo rendirle a aquel amigo sincero, que tanta fe me prodigó, y deseaba ardientemente verme en la cumbre del poder y de la gloria!

IMPOTENTES ALETAZOS DE UN CONDOR ENJAULADO

Buenos Aires, Septiembre de 1913.

Al Señor Gobernador de la Provincia de Santa Fe,
Doctor Manuel J. Menchaca.

En el día de la fecha he resuelto dar a la publicidad un opúsculo impregnado de justicia, en que hago la apología del tristemente célebre doctor Don Fulano de Tal, que usted, sin duda alguna, considera como a uno de los funcionarios más dignos y talentosos de su sabia administración por cuanto acaba de premiarlo con un ascenso por los servicios "que debía haber prestado" a la causa de la civilización y del progreso (1).

Me parecería que no cumpliría mi deber como caballero, ciudadano y radical si hoy mismo no pusiera mi opúsculo en las manos de usted, como una fruta exquisita, aunque exótica, dentro del sibaritismo actual, digna de pasar por las hiperestésicas papilas gustativas del más alto magistrado de mi provincia.

---

(1) Suprimo el nombre del Fulano de Tal, porque resulta noble para mí, darlo por olvidado, y porque toda esta obra no tiene otro objeto que demostrar que hay un radicalismo cien mil veces más grande y más bello que el del señor Irigoyen...

Hay agravios en mi opúsculo que son del dominio público, y sobre los cuales ya los pueblos han dado su sentencia definitiva; pero hay uno fundamental que, en mi sentir, debió ser la base inconmovible de la interpelación acusadora que en cierta ocasión formulara el señor senador don Moisés Leiva. Me refiero, señor Gobernador, al hecho positivo, real e incontrovertible de que el ''intelijudo'' cuanto famoso inspector de jefaturas don Fulano de Tal, es un extranjero no naturalizado que, rindiendo un culto ferviente a su patria y un formidable menosprecio por la mía, aplicó sus labios vampirescos a la ubre del presupuesto, obteniendo, para mistificar en política y engañarlo a usted, una libreta en que consta que es ciudadano argentino porque él así lo dijo sin poderlo comprobar, acogiéndose a una disposición de la ley de la materia, estatuída especialmente para los habitantes de las selvas que no pudieran justificar por ''medio alguno'' la edad ni el lugar del nacimiento.

Es evidente, palmario, axiomático — permítaseme el uso indebido a un tiempo mismo de esos tres cuasi sinónimos para expresar la misma idea, pues creo que esta redundancia me resulta saturada de elocuencia; — es evidente, palmario, axiomático, repito, que un médico jamás, en ningún caso, puede encontrarse en la situación especialísima de los analfabetos que habiten los desiertos y las selvas.

El alegato del señor Leiva fracasó porque el señor Gobernador se dió por satisfecho con la exhibición de una libreta que, en el presente caso, nada prueba ni

justifica. Yo, como ciudadano y como radical — ¡ay de mí! ¡no puedo dejar de serlo ni en esta época en que el radicalismo se ha transformado en una farsa grosera y en una vil mentira! — tengo la obligación de propender al saneamiento y profilaxis de mi partido, ya que tantos y tan cruentos sacrificios le he prodigado a éste durante toda mi juventud, durante mi vida entera, con un desinterés y con una altura que no describo aquí porque no quiero darle al trivial y mezquino radicalismo de mi provincia el derecho de llamarme tonto por el hecho de que nunca quise tirar a un estercolero la bandera inmaculada de mis ideales para izar, en cambio, el vil estropajo del logrerismo y del exitismo que encumbra a hipócritas y fariseos.

Hay un medio, extremadamente sencillo, que a nadie se le ha ocurrido, para comprobar mi imputación de una manera indubitable, instantánea, fulminante, que usted verá vale tanto como el "fiat" bíblico, que mucho ensalzan creyentes y poetas. No se me diga después de sabido que el tal medio era banal y baladí, al alcance de todas las molleras, ni se me recuerde el "ridículus mus" de la célebre fábula de Esopo, porque entonces me vería obligado, para defenderme, a traer a colación el famoso y clásico ejemplo del huevo de Colón.

¿En qué consistirá el medio tan sencillo que se me ha ocurrido? Por cierto, no podría usted exigirle la fe de bautismo a su ilustre empleado por cuanto el pueblo de su nacimiento, aunque las crónicas hayan guardado al respecto un silencio de piedra, debió desaparecer en medio de desastres apocalípticos. Para todo el mundo

sería un argumento incontestable contra la existencia de tales desastres el silencio absoluto de las crónicas de nuestros tiempos, pero bien puede ser que usted no piense del mismo modo recordando el hecho portentoso de que Ameghino — hoy está de moda el gran sabio que nadie apreciara en vida, — demostró científicamente la existencia de aquella Atlántida que Platón presintiera, pero de la cual no nos han dejado ni el más mínimo recuerdo historiadores tan antiguos como Hesiodo y Herodoto, ni aún el "Código" de Hummarabi que se reputa el documento auténtico e histórico de más antigua data de los que nos han suministrado, en los últimos años, las ruinas de Asiria y de Caldea.

Mi idea es completamente sencilla... Es elemental en grado sumo. Tenga usted la gentileza, señor Gobernador, de exigirle al doctor Fulano de Tal que tenga la bondad de exhibir ante usted su diploma de médico, otorgado por la Facultad de Medicina de Buenos Aires el 23 de Agosto de 1905, en el cual verá usted, "como yo lo he visto", que el tal señor es extranjero y que estaba perfectamente fundada la interpelación del señor Leiva.

Es evidente que el caso es grave... Espero y le pido a usted se sirva pasar los antecedentes al señor Fiscal de Estado a los fines consiguientes y que, al mismo tiempo, obligue usted a su ilustre amigo a acusarme por calumnia bajo pena de ser exonerado sin más trámite.

Eso pido en nombre de la justicia, sintiéndome acompañado por una legión de hombres probos y conscientes

de toda la provincia, que se han sentido regocijados al ver que todavía hay radicales de pundonor y de carácter. Sólo agregaré para terminar, señor Gobernador, que lamento profundamente no me sea lícito pedir que se le exija al doctor don Fulano de Tal un certificado de estudios, pues con él a la vista comprobaría usted su mala estrella en la elección de amigos y funcionarios, pues todas las clasificaciones de ese hombre tan preparado y talentoso prueban que fué un estudiante pésimo, lo peor entre lo malo, hecho médico, como quien dice, por la gracia de Dios y para mal de los pecados de los pobres enfermos que caigan en sus manos.

Al llegar a este punto una duda me asalta, me obsesiona y me persigue a semejanza de un ave de rapiña potente y proterva que en los aires, dando mil revuelos, persiguiera a una paloma incauta e indefensa... ¿Con esta carta no perderé mi tiempo lastimosamente? ¿No es siempre para los gobiernos lo más cómodo poner oídos de piedra a la viril protesta? ¡Por la arcilla con que en la Fócida fabricara Prometeo al primer hombre; por los mágicos huevos de Leda, de los que surgieron Pólux y Helena, Cástor y Clitemnestra; por la celebérrima coraza sármata hecha en Atenas con cascos de caballo; por la primorosa copa modelada en Eubea sobre el seno izquierdo de la divina Helena!, ¿habré una vez más de tascar el freno y confesar, rumiando mi impotencia, que la lealtad, la verdad, el patriotismo y la justicia se han alejado tanto de la tierra, han volado a tal altura que ni aún los dioses podrían divisarlas desde la misma cumbre del Olimpo!

Eduardo Isla.

¡QUE SE ROMPA, PERO QUE NO SE DOBLE!

Al pueblo del Departamento de San Cristóbal

Tres hombres se disputarán el triunfo en los próximos comicios...

Uno de ellos es don Moisés Leiva.

No debe triunfar porque es un representante del antiguo régimen de las oligarquías que sumieron a esta provincia en la abyección y la vergüenza. Estos tiempos de gran civilización y de gran cultura exigen hombres nuevos, capaces de sustentar con tremenda valentía los grandes ideales democráticos de los pueblos libres.

Nada diré contra la persona del señor Leiva, quien ha tenido en varias ocasiones la gentileza de hacerme manifestaciones de simpatía, que tanto más me obligan cuanto que emanan de un adversario, individualmente digno de mi consideración y mi respeto.

Otro de los candidatos es don Fulano de Tal, neurótico, extranjero, judío, y delincuente, quien tiene la vana y torpe pretensión de creer que el radicalismo de San Cristóbal votará por él, cuando no cuenta con las simpatías de nadie, cuando no es más que un mísero usurpador de posiciones oficiales que otros hombres mere-

cían por su honradez y patriotismo, cuando en su ingrata actuación de jefe político del departamento no ha dejado en ningún pueblo — lo aseguro bajo la fe de mi palabra, — ni la más leve huella de un pensamiento noble de alta civilización y de gran cultura.

El radicalismo nada le debe a don Fulano de Tal, el cual no ha sido más que un vulgar simulador de estrella singular, que, contando con el beneplácito incomprensible de algunos, se engulló de un bocado toda una situación política que otros hombres habían sabido crear a fuerza de carácter, de perseverancia y de cruentos sacrificios. ¿Para qué? ¿Para propender al bienestar general fundando instituciones protectoras de la vida, civilización y cultura de estos pueblos? ¡Nada de eso! Para rebajar el nivel moral y político de estos pueblos, para que todo se desorganizara y desquiciara y, en plena indiferencia pública, pudiera imponer al departamento su candidatura de senador, una candidatura que abominan todos los hombres conscientes y que será repudiada, a buen seguro, por todos los radicales de verdad, que aún esperan que surjan de las filas populares hombres con la ilustración y el empuje necesarios para hacer de cada votante un ciudadano libre y consciente, y de cada villorrio un pueblo hermoso y grande por su civilización y sus riquezas.

Don Fulano de Tal es un neurótico afortunado, sin preparación, sin inteligencia, sin capacidad para nada que tenga atingencia con el gobierno de la cosa pública, no ya para una creación filosófica o jurídica, para confeccionar una ley o pronunciar un discurso, sino ni si-

quiera para escribir una nota familiar con mejor estilo y con menos errores de ortografía que un niño de tercer grado de nuestras escuelas elementales. Varias fobias características hay en su espíritu: la del mamboretá, la del perro y la de los radicales conscientes. En las noches de estío, cuando un mamboretá se posa sobre su mesa, salta eléctricamente de su asiento como un muñeco de sorpresa arrojando la sopa al rostro de los comensales. Si un perro lo toca con la punta de los pelos de la punta de la cola, gesticula y profiere más gritos que si le hubiesen aplastado un callo. ¡Ah! ¡y si se encuentra al paso con un radical de buena cepa, se santigua y tiembla como un azogado que hubiera visto la luz mala! ¡Y conste que nada de esto digo par causar hilaridad, pues todo esto es la expresión de la verdad, como cientos de personas podrán atestiguarlo! ¡No se requiere ser psicólogo ni psiquiatra para descubrir estos "tics" o "fobias" de su neurosis, pues todos conocen éstas y otras anomalías de este enfermo del sistema nervioso, incapaz de nada bueno ni de nada grande, incapaz de representar a este departamento en el senado de la provincia, a menos que el sumum de la elocuencia consista en aplicar a todos los debates el viejo aforismo: en boca cerrada no entran moscas.

Don Fulano de Tal es extranjero y delincuente... Eso todo el mundo lo sabe. Yo, por mi parte, tengo la prueba de ello. Pareciéndole al doctor don Fulano de Tal que se rebajaría en adoptar por patria a la República Argentina, no quiso naturalizarse antes de las últimas elecciones, y siéndole necesario para sus planes

políticos una libreta que lo acreditara como ciudadano argentino, no vaciló en cometer el delito de obtenerla, fingiéndose nativo, recurriendo a aquellas famosas actas azules que la previsión nacional creara a última hora para los indios del Chaco y otros pobres diablos que no supieran ni pudieran justificar la edad y el lugar de su nacimiento.

En cierta ocasión, presidiendo yo el comité departamental, habiéndole pedido varias veces que ingresara en el radicalismo y habiéndome manifestado que de buena gana así lo hubiera hecho a no mediar su condición de extranjero no naturalizado, invitélo, en presencia de varios caballeros, a que contribuyera con su dinero en una lista de subscripción destinada a la adquisición de un cuadro artístico con el busto de Alem, con el cual se pensaba ornamentar el salón del comité departamental. Don Fulano de Tal se subscribió con la enorme suma de... dos pesos moneda nacional, que no le devolví instantáneamente porque su espléndida dádiva fué acompañada de protestas de pobreza y porque pensé, para mis adentros, con honda benevolencia, que poco o nada podía saber de radicalismo un extranjero que jamás había sido "radical", ni siquiera en su patria, y que se había casado por el rito judío en la colonia rusa de Moisés-Ville, como todo el mundo lo sabe. ¡Dos pesos! ¡El colmo de la esplendidez y el patriotismo! ¡Es como para que el pueblo, rendido a sus pies, le entone hosannas!

Antes de las elecciones pasadas, aprovechando un lapso de tiempo en que yo estuve enfeermo, recorrió este departamento pretendiendo forjarse una aureola de presti-

gios, "de arriba", no luchando con el cerebro y el cora zón, sino empleando la mísera habilidad de mistificar y calumniarme, adulándome, al propio tiempo, en diversas formas, dándoselas de gavilán y creyéndome paloma incauta, sin darse cuenta de que yo le "daba soga" y que desde el primer momento, y en todos los momentos, me d exacta cuenta de su espíritu maquiavélico y de los cubileteos de su juego siniestro y execrable.

Después de las elecciones, llevado Don Fulano de Tal indebidamente y con toda injusticia a la jefatura de San Cristóbal, convirtió en autoridades a los enemigos a muerte del radicalismo, desechó ignominiosamente, cuando no dejó en la calle, a los radicales que habían luchado a mi lado, llegando a escribirle a algunos con perversidad y sarcasmo: ¡Ahora, que los ayude Isla!

Un día le dijo al doctor Bustamante: ¿Quién va a ser partidario de Isla, un utopista que sueña con progresos y bibliotecas en este departamento? ¡Eso es como para reirse!

¡Sí, sí! Yo bien sé que todo su odio hacia mí dimana de su odio a todo progreso, a toda civilización, a toda cultura. Yo bien sé que su ideal sería hacer un gaucho ignorante de cada ciudadano consciente. El diría como Maquiavelo: "Si queréis un pueblo manso, sumiso y obediente, no pongáis libros en sus manos... ¡ni siquiera el mío!"

"¡Ecce homo!" Este es el hombre que pretende representar en el Senado al pueblo de San Cristóbal. ¡Oh, indignación! ¡oh, vergüenza! ¡un hombre que después que un fiscal de estado le dice, en un dictamen, que

ha deprimido a un comisario y "se ha deprimido a sí mismo", ni siquiera se da por aludido y continúa aferrado con uñas y dientes a la ubre del presupuesto, de donde, en la hora de la justicia, lo ha de arrancar la protesta de los pueblos, virilmente exteriorizada en comicios libres!

¡Ah! Yo he permanecido tranquilo cerca de dos años sabiendo que en este caso, estando mi férrea voluntad de por medio, no iba a fallar el proverbio español que dice que no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague. Inútil es que Don Fulano de Tal recorra el departamento ofreciendo puestos a los verdaderos radicales en puntos lejanos de su residencia para desembarazarse de todos los hombres de carácter, de pundonor y de vergüenza que hay en el departamento. En vano es que crea que conquistará el triunfo en los comicios con policías mansas, sumisas y obedientes. Ya se han pasado esos tiempos. Hoy nuestro criollaje es altamente consciente y no está dispuesto a qué se le arree a los comicios como a manadas de ovejas. Por otra parte, mi distinguido amigo el doctor Herrera, en carta que tengo a la vista, me manifiesta el ferviente anhelo de que resulten los comicios cristobalenses altamente democráticos, lo que en buen castellano decir quiere que el Ministro de Gobierno de la Provincia, sabrá, en su oportunidad, aplicar todas aquellas medidas que su talento y patriotismo le sugieran para que las elecciones próximas se desenvuelvan en un amplio ambiente de pureza y libertad, digno de los tiempos en que vivimos y de los altos ideales del radicalismo.

El otro candidato... ¡El otro soy yo!

Yo, que hace más de veinte años vengo realizando esfuerzos y sacrificios por el triunfo de nuestra bandera, hoy convertida en estropajo por la ambición inmoderada de muchos fariseos del radicalismo; yo, que desde Buenos Aires he sido uno de los organizadores del radicalismo en toda la República; yo, que no he tenido jamás una hora de claudicación ni de desfallecimiento; yo, que en un teatro de Santa Fe, en una conferencia que dí ante el gobernador de la provincia y todos los dirigentes del radicalismo, reclamé el honor de que se me considerara el radical más antiguo de la provincia, no he de permitirle a este departamento la vergüenza de que un extranjero sin corazón y sin alma, vaya al congreso ungido senador por el partido radical, el partido de todos los amores y de todos los entusiasmos de mi juventud, al que le he prodigado mis energías, mis ilusiones, mis esperanzas y mi vida entera.

Contando con las simpatías de los radicales más prestigiosos del departamento, bajo a la arena del combate, llevando en mis manos, con todo el fervor de mi alma, la gran bandera del radicalismo, en cuyo paño de color de aurora, están escritos todos los grandes ideales de los pueblos libres. El que se considere con derecho para ello, que venga a arrebatármela de mis manos en singular combate. Yo soy un hombre consciente y altivo, hecho de una sola pieza, que en todas las circunstancias de mi vida sé anteponer mi deber a toda otra consideración y decir como Alem: ¡que se rompa, pero que no se doble!

Sepa el que quiera honrarme con su voto que yo, en

todas las circunstancias de mi vida, contra viento y marea, desde la altura o desde el llano, he de sostener siempre que orden y probidad en las finanzas, patriotismo en la vida pública, justicia recta, educación bien entendida y adecuada distribución de riquezas y progresos, harán que una nueva vida penetre en nuestras instituciones inertes para transformarlas en organismos poderosos que levanten nuestro departamento a gran altura y hagan de esta provincia un emporio de civilización, de bienestar y de cultura.

Después de dichas estas palabras en estilo familiar para que todos las entiendan, ya pueden los fariseos del radicalismo ir aguzando clavos y preparándome una cruz. Yo, siguiendo el grandioso consejo de mi amigo Sourigues, no me he de arredrar por nada, no he de mirar nunca para atrás y he de marchar siempre hacia adelante con todo el peso de mi sana conciencia.

Eduardo ISLA,

Ceres, Agosto de 1913.

UN BELLISIMO ENSUEÑO HECHO PEDAZOS (1)

La política santafecina. — El falso y el verdadero radicalismo

Al doctor Mariano A. Quiroga.

Santa Fe.

Mi ilustre amigo:

He leído en "El Parque" su carta, hermosa, noble y grande como todo lo suyo.

Si mi carta pasó por las mustias y pálidas flores del jardín de su alma como una brisa tibia y húmeda que llevara vigor y lozanía entre sus ondas; si mi carta

---

(1) Don Mariano A. Quiroga, abogado, periodista, ex juez del crimen, camarista y presidente del Consejo Nacional de Educación, me había honrado con esta noble carta:

"Oportunamente recibí su muy grata y favorecida misiva, la que fué, para mí, bálsamo que cayó sobre mis hondas heridas a cada instante renovadas, como la lluvia benéfica que cae sobre la planta próxima á extinguirse porque los ardorosos rayos del sol canicular la agostan a porfía.

"Aquí tiene a este soldado de las ideas redentoras por usted enseñadas, siempre recluta y cada día más torpe en el manejo de las modernas armas, siempre dispuesto a inmolarse en obsequio de los ideales, no siendo más que una parodia ridícula de un Quijote criollo que no alcanza a ser ni una caricatura de Sancho tan siquiera, y, según voy sospechando, ni tampoco del rucio.

"Su carta, mi apreciadísimo amigo, vino a alentarme y a darme bríos para continuar en la "áspera vía". Su carta ha

cayó sobre su testa, cubierta por la nieve de los años, como el sol del medio día sobre las altas cumbres; la suya — ¡oh, sumo patriarca de los modernos ideales! — será para el radicalismo el faro que indique la vía venturosa por la que se vá, no a "la ciudad doliente del dolor eterno" en que aún gime la humanidad entera, sino a la ciudad sagrada del progreso — que todo lo encumbra, — y la alegría — que todo lo ennoblece, —

---

sido para mí faro luminoso que me ha señalado la ruta del deber ciudadano.

"He vivido siempre enamorado de grandes ideales que, a mi entender, iban a reportar mejoras trascendentales en la vida de la patria, tales como la adopción del sistema unitario, en substitución del federal; la separación de la Iglesia del Estado y la proclamación de la tolerancia de todos los cultos por igual; la supresión del senado nacional; la nacionalización de todos los servicios públicos como consecuencia del sistema de gobierno; la celebración de tratados de arbitraje para dirimir nuestras cuestiones internacionales; la conclusión de tratados de equivalencia de los ejércitos de mar y tierra; la abolición de la ley de conscripción y de Defensa Social y Residencia; la educación integral, laica, obligatoria y gratuita, encargándose la escuela primaria, media y superior, de formarnos el futuro soldado argentino a semejanza de la Suiza (la familia militar, mi amigo, recibía un golpe formidable); ley de divorcio; introducción de nuevas industrias; fomento a la inmigración; voto universal y obligatorio; representación de las minorías; subdivisión de la propiedad, dividiendo los latifundios por causa de utilidad pública; supresión de impuestos a los artículos de primera necesidad y aumento de los que gravan los artículos de lujo o de mero entretenimiento; guerra al juego, al alcoholismo y a la prostitución; creación de colonias de menores; cárcel o colonia correccional de mujeres; colonias de tuberculosos, sifilíticos, alienados y penados en general; conservación y explotación de bosques; pesquerías y aumento de viveros; escuelas de agricultura, fruticultura, floricultura y en general creación de escuelas para la cría, cruzamiento y perfeccionamiento de toda clase de ganado; avicultura, apicultura y..., etc., etc.

en la que los hombres se sentirán grandes como dioses y realizarán la proeza que intentara Prometeo, el más grande de los dioses que soñaran los pueblos...

Hoy triste y desolado me parece el cielo... Los prados me parecen mustios... Un vaho de tristeza todo lo enturbia y descolora... Dentro de mi alma ya no entona su endecha arrobadora la calandria... Es que ha caído mucho cierzo en el jardín de mi alma: sobre

---

''No es cuestión que abuse de la paciencia del ilustre amigo a quien me dirijo. Su muy reconocida ilustración me exime de que continúe enumerando los propósitos y aspiraciones que desearía que el partido radical realizase si, para bien del país, triunfara en toda la República.

''Usted bien sabe, mi excelente amigo, que para realizar estos o semejantes propósitos, se necesitan hombres de su saber y de su talla moral, de su carácter austero y enérgico, y se me cae el alma a los pies cuando lo veo a usted alejado y con usted a amigos de valer. Si acaso tengo la suerte de hablar en estos días con usted, ha de convenir conmigo en que si no se los hubiese tenido alejados y muchos de ellos comiendo el pan amargo del desterrado voluntario, la suerte de la provincia, en las circunstancias actuales, sería muy distinta, porque yo, más que un creyente, soy un convencido de que la solidaridad humana ejerce una influencia colosal en la suerte de las sociedades.

''Cuando soñaba en la posible realización de estas alucinaciones de patriota — entiendo hablar de la gran patria humanidad, por más que se hubiese comenzado por la argentina — ¿cómo no he de estar triste y acongojado al ver alejarse el momento de llevar al terreno de la práctica lo que fué el embeleso de toda mi vida? Bien puedo decir como el poeta:

''Tengo el corazón crivao
De mordeduras del mundo''.

''He sabido que usted ha remitido a la Redacción de ''Espíritu Nuevo'' una carta abierta para mí, que no ha sido publicada por muerte cobarde y alevosa de ese noble paladín de los ideales modernos.

los lirios blancos de la ilusión, sobre las rosas azules de la esperanza. No obstante, mi ilustre amigo, sigo siendo siempre el mismo. Vivo con fiera independencia dentro de mi rancho como un soberbio emperador en su palacio. Desde el abrupto peñasco de mis desilusiones y desesperanzas, bajo una vez más a la arena del combate con una sola piedra en mi pluma como en una honda: la piedra de la verdad, para lanzarla noblemen-

---

''Como conozco a usted siempre bondadoso y afable para conmigo, se la agradezco sin conocer el contenido de su carta, pues es usted, lo repito, todo bondad para éste, su admirador.

''El enemigo común es capaz de todo y él es, sin duda alguna, el que con estos o aquellos medios, ha disuadido a los impresores para que continúen editando aquella hoja que, por cierto, le causaba mortales escozores.

''Ignórase mi modo de pensar, según entiendo, y hasta hay quien me juzga indiferente si no hostil al propósito de adquirir una imprenta; sin embargo, mi opinión es que se la adquiera y se la regale al Centro de Librepensamiento.

''Es usted la primera persona a quien hago esta confidencia, porque estoy observando hasta qué punto nuestros amigos saben de abnegaciones y sacrificios en pró del sostenimiento de sus convicciones.

''Pidiendo a usted mil disculpas, que me consta me las ha de otorgar, por las dimensiones kilométricas de la presente, lo saludo con el respeto y cariño que usted se merece, pongo a su disposición las columnas de mi diario, que no dudo ha de tener a bien honrar alguna vez con sus conceptuosas y sesudas producciones, y me subscribo su admirador y amigo. — *Mariano A. Quiroga''*.

Nota del autor. — Quiero rendirle un alto homenaje a aquel anciano diciendo, paladinamente, que a nadie conocí en Santa Fe que pensara más alto que él, razón por la cual fué honrado con la envidia y el rencor de muchos de los que se creían *grandes* radicales.

te contra todas las frentes... Con esto tal vez logre solamente que la intriga y la calumnia — las armas de los impotentes y los viles, — hagan de mi espalda el blanco de todos sus dardos envenenados. ¡No importa! Yo me siento tan fuerte con mi pluma como David con su lira o con su honda... Por lo demás, no siempre la calumnia es un eclipse; a veces dá lustre a un hombre, cual deja la babosa un surco de plata sobre las flores, sin amenguarles la color, ni quitarles el perfume.

Todo el mundo sabe, y parece ridículo consignarlo aquí, que ha triunfado el partido radical en la provincia... Nadie lo ignora. El eco de nuestras clarinadas triunfales, en alas de la electricidad, ha dado la vuelta al mundo. Radicales se llaman los miembros del Poder Ejecutivo. Hay un buen número de radicales en las cámaras. Asegúranme — y debo creerlo aunque yo no haya podido constatarlo, — que dentro del enjambre de hombres del antiguo régimen que rigen los destinos de la provincia, hay unos cuantos radicales. Todo esto pone en evidencia y hace indiscutible el hecho de que en este pedazo de la patria existe un gobierno radical. Pero, por ventura, ¿alguien se atreverá a sostenerme que han alcanzado igual victoria los principios fundamentales del radicalismo, por los que suspira casi la masa entera de los ciudadanos que habitan la provincia? ¿Acaso cambiar de traje equivale a adquirir un nuevo temperamento?

Mudan las cosas externamente por la sola voluntad del tiempo; mas ¡cuánto no cuesta avanzar al hombre sólo un paso en el orden moral! — decía Edgar Quinet, el

ilustre historiador de la Revolución Francesa. "Ahí está el verdadero obstáculo. Si consideráis una tras otra todas las revoluciones, veréis que las más grandes hánse propuesto cambiar el hombre interior. Mudar las cosas no es lo más difícil, pero hacer otro tanto con los sentimientos, adquirir otros nuevos, enriquecerse en lo invisible, he aquí el problema. Un sentimiento no experimentado aún, una nueva manera de considerar la vida, cosas son estas que para alcanzarlas háse requerido pasar sobre torrentes de sangre. Cuando tratéis de indagar si una revolución ha tenido buen o mal éxito, no os fijéis en las cosas, sino en los hombres, pues para éstos se operan las revoluciones. Si halláis que el hombre no ha sido transformado por dentro, que su interior no ha sido modificado, decid atrevidamente que dicha revolución no está terminada o que su autor le ha sido infiel".

Si es evidente que existe un paralelismo entre la sociedad y el Estado porque éste, en realidad, no es otra cosa que la identificación de la sociedad constituída por la delegación de derechos individuales, instituído con los fines primordiales de mantener la integridad soberana, de consolidar la paz interna y fomentar el progreso, resulta aún más evidente que el gobierno que deba su existencia al partido radical deberá ser la expresión viviente de las grandes aspiraciones y de los férvidos anhelos que forman el alma ardiente del radicalismo.

Hubo un día aciago en que un rey de Francia, como consecuencia de un sistema de absorción y acaparamiento, se consideró autorizado para decir que el Estado era él; pero no se concibe que en las grandes evoluciones

democráticas de los pueblos modernos, pueda llamarse radical un gobierno que no sea el reflejo del alma del radicalismo, en su actividad siempre cálida y despierta, en su energía imponderable, en su tendencia redentora.

A despecho de todos los desfallecimientos y de todas las deslealtades, no obstante las versatilidades de hoy en día y las crisis espamódicas de antaño, guarda en su seno el radicalismo una fuerza dinámica siempre constante y eternamente renovada, que no zozobrará nunca en el turbión de las agitaciones populares, que flotará siempre por encima de todos los desastres como un fanal supremo para mostrarle al mundo la vía santa por donde mi patria ha de lanzarse — como un águila por encima de las montañas — a la conquista de todas las libertades y a la consumación de todas las redenciones.

¿Existen, acaso, concordancias, paralelismos o armonías entre un partido lleno de ensueños y esperanzas; entre ese partido en que parece se hubiera encarnado, por extraño fenómeno de metempsícosis, el alma misma del inmortal manchego; entre ese partido digno de colosales destinos y los poderes que gobiernan la provincia, a los que clasificaremos en el orden de los tardígrados porque han adoptado la teoría retardataria y antiradical del "poco a poco", como si no cruzáramos por la vida como una exhalación; como si el mundo no fuera para nosotros como un salón que un ave maldita atravesara de un volido, al través de dos puertas, una atrás y otra adelante, abiertas ante dos noches insondables; como si la teoría del "poco a poco" no equivaliera, en cierto modo, a la célebre divisa del "laisser faire, laisser pa-

ser'', que nunca ha producido un beneficio y que no puede ser otra cosa que la divisa de los egoístas, de los cobardes y de los impotentes?

Ya se ha celebrado el primer aniversario de los comicios que nos dieran el triunfo... Magnas asambleas los precedieron. Hízose entonces derroche de energías y estalló por todas partes la pirotecnia de una oratoria de barricada que auguraba para todos los hombres los dones excelsos y los beneficios inefables de una democracia libre y soberana, que, entonando un himno a la libertad, marcharía majestuosa y marcialmente por la senda del progreso a la conquista de todas las cumbres. Fué generosa con nosotros la victoria; pero después del estrépito de un partido que se desploma como un templo en ruinas y de otros dos que se levantan robustos como titanes, si desde el alero de mi rancho dirijo mi mirada imparcial por toda la extensión de la provincia para observar con delicia el resultado político de tantos esfuerzos realizados y de tantas esperanzas ensoñadas; si pongo el oído al viento para escuchar el eco palpitante de tantas promesas empeñadas y de tantos acentos fervorosos; si penetro con el alma entera en lo hondo del alma de la provincia buscando filosóficamente el nuevo temperamento que produzca enjambres de nobles pensamientos como innúmera bandada de aves blancas, como torrencial lluvia de estrellas, como búcaro inmenso de flores de ideal; si alzándome sobre mí mismo extiendo la diestra para palpar con célica fruición los frutos benditos del árbol gigantesco del civismo ¿qué encuentro? un árbol seco cubierto de espinas que hieren mi mano, y al-

guno que otro pensamiento noble como una flor del aire perdida entre sus ramas.

¡Cuán triste me es consignar que, a pesar de nuestro triunfo, es todavía una quimera la justicia con que soñara Ulpiano! Las leyes siguen siendo cual las vanas telas que constituyen las arañas, que el audaz milano atraviesa sin sentirlas, pero que aprisionan a la mosca incauta.

Es todavía la política un pantano, en cuyo légamo fermentan las corrupciones y sobre cuyas aguas la sierpe del egoísmo levanta la cabeza cargada de mortal ponzoña.

Sí, aun está de pie el castillo feudal de las oligarquías santafecinas, el cual sólo ha cambiado en la leyenda de su frontispicio. En sus vastos salones se quema el mismo incienso de adulaciones y mentiras que antes se ofrendaba a los dioses falaces de la rutina y del obscurantismo. Aunque algunos pretenden que han ornamentado con nuevos pinturrajos su fachada, el pueblo, que ya tiene conciencia hecha, mueve a uno y otro lado la cabeza y murmura con los dientes apretados por el dolor y el desengaño: ¡Nada ha cambiado; todo está como antes era!

No es, mi ilustre amigo, que yo pretenda entonar una oda a las excelencias de un puritanismo político que no estaría en concordancia con la época que nos ha tocado en suerte. ¡Nó! No creo que nuestra legislatura, ni con mucho, deba parecerse a un congreso de filósofos estoicos. ¡Nó! Si pensara de tan extraña manera no le hubiera consagrado mi amor a la humanidad que, al fin y al

cabo, es mitad angel y mitad serpiente como la portera del infierno de Milton; ni amara a todos los hombres sin exclusivismos, desde el criminal nato — la fiera — hasta el gran benefactor — el santo moderno; — desde el idiota — abismo — hasta el genio — cumbre; ni estuviera convencido de que Danton, el gran hombre de Estado, era superior a Mirabeau, el genio maquiavélico, sólo porque a todas horas repetía aquella máxima de Tráseas, el último de los filósofos de la antigüedad: ¡Quien odia los vicios, odia a los hombres!

¡Ah, si Castelar se levantara de su tumba, tendría razón para decir una vez más que en ninguna ciencia, en ninguna, la práctica da un mentís tan doloroso como en la ciencia política!

La política, según reminiscencias castelarianas, es un arte y una ciencia a un tiempo mismo: como ciencia, tiene por ideal el perfeccionamiento de los pueblos; como arte, debe tener puestos sus ojos en la realidad presente. Como ciencia, no cuenta con la exactitud de las matemáticas, ni con la clasificación de la botánica, ni con el laboratorio experimental de la química, ni con el observatorio con que cuentan las ciencias cosmológicas. "La libertad humana no tiene en realidad leyes tan seguras, ni de tan fácil cumplimiento como la fatalidad mecánica u orgánica. Por consiguiente, la ciencia política, que al fin y al cabo, es la ciencia de la humana libertad, no puede tener ni axiomas tan claros ni teoremas tan perfectamente encadenados como las ciencias físico-matemáticas". Hay que contar, como en todas las ciencias sociológicas, con el más grande de los ideales

humanos, que es aquel que tiende al perfeccionamiento de todos los hombres; como en las ciencias físicas, con la observación; como en las ciencias exactas, con el cálculo; como en todo lo que se refiere a la vida misma, con lo posible, con lo oportuno y con lo práctico. Tantos factores entran, por tanto, en sus problemas, y los complican de tal modo, que a veces para resolverlos se requieren la clarividencia del genio o la clara percepción de un gran talento. De ahí resulta que cuando una provincia carece de hombres extraordinarios, su redención debe ser la obra de todos los hombres de buena voluntad, siempre que haya en un partido hombres altruístas y conscientes que sólo puedan cifrar su dicha en ver dichosos a todos los mortales.

Aun cuando no pertenezco al gremio de los impacientes en política que pretenden llegar al término en cuanto el tren se ha puesto en marcha, yo me pregunto a mí mismo, ante la triste realidad presente, si será posible que la heroica tierra santafecina, que engendró un Nicasio Oroño por quien aún hoy llora la república, haya visto agotarse en su seno las fuentes de la vida, y estéril, infecunda, ya no pueda engendrar al hombre que requieren estos tiempos, al Teseo formidable que bajando de la montaña del progreso, le tienda la mano al pueblo para ayudarlo a subir hasta la cumbre?

¡Los genios!... ¿Qué son los genios? Ya lo dije en una de mis últimas conferencias. Son los pastores del rebaño humano, que deben conducirlo por la senda indefinida del progreso, enseñándole, al propio tiempo, a desconfiar de los que, con el solo objeto de satisfacer sus

ambiciones personales, continuamente halagan sus vanidades y arrojan combustible a sus pasiones, diciendo siempre, no lo que creen, sino lo que creen necesario decir: "Non quod sentiunt, sed quod necesse est dicunt" Los genios — preciso es comprenderlo, — sólo alcanzan la verdadera gloria cuando interpretan los sentimientos vagos, las ideas embrionarias y los poderosos instintos de la muchedumbre, la cual siempre ha sufrido tartamudez incurable, y necesita, a fin de que todos los latidos de su gran corazón encuentren un eco en la pluma del genio, que éste venga a poner sobre él su oído capaz de percibir los diferentes ruidos informes y misteriosos que entran en la formación de los rumores más sordos y caóticos; que venga a redactar con claridad sus dolores, sus angustias, sus alegrías, sus secretas esperanzas y sus aspiraciones santas y sublimes.

En las altas esferas oficiales reina el mutismo de los museos estatuarios. Todo es allí silencio, enervamiento, muerte, como en las ruinas de Pompeya. Yo, como los habitantes de la Hélade, tan ensoñada cuanto famosa, entiendo que la vida humana es fuerza, es movimiento, es acción. Yo quisiera que en todas partes estuviera en continua eclosión el pensamiento, y ver a todos los hombres rompiendo lanzas por altos ideales, con arte o sin gracia, con talento o neciamente, puesto que ni el talento ni el arte pueden ser patrimonio de los hombres todos. "Quien no quiera pensar, es un fanático; quien no pueda pensar, es un idiota; quien no ose pensar, es un cobarde" — decía el ilustre filósofo de Ilchester.

A mí no me satisface en modo alguno la calma letal

de los pantanos corrompidos. No me son odiosos los estallidos de las pasiones nobles, por más bruscos, impetuosos y desbordantes que resulten. El torrente salta de peña en peña cual fiera enloquecida; sus aguas, envueltas en cendales de espuma, pónense turbias y confusas, pero el bacilus de la pestilencia no habita en sus entrañas; sólo cuando inmóviles se tienden en la laguna se abomban y encenagan.

¡Ay, amigo mío! El orgullo está perdiendo a más de cuatro de los que antes fueran tan humildes ciudadanos que nunca osaron lanzar una piedra contra el castillo de las oligarquías santafecinas. ¡Oh el necio orgullo de los impotentes, de los fariseos de todos los tiempos, de los enanos del sentimiento, de los liliputienses de la idea! El orgullo jamás aqueja a los sabios, a las almas grandes; es una enfermedad moral que aqueja a los pigmeos y cuyos síntomas son la presunción, la necedad, la suficiencia, la altanería, el desdén y la arrogancia. "El orgullo — dijo el autor de "El Genio del Cristianismo", que no en todo desbarraba, — el orgullo es el principio del mal, en cuanto se complica con las varias enfermedades del alma; brilla en la sonrisa de la envidia; se muestra en los excesos del deleite; cuenta el oro de la avaricia; chispea en los ojos de la ira y sigue las gracias de la molicie".

Así como no todos los hombres pueden resistir los efectos del vino, del mismo modo no todos los espíritus pueden cernirse en las cumbres del poder sin perder el equilibrio y la chaveta. ¡No es para todos soportar el mareo de las altas cumbres!

Mucho barro tienen en el alma aquellos de nuestros magnates que no piensan en otra cosa que acrecentar su fortuna, madre de todos los placeres banales de la vida. La historia no reservará un pedazo de bronce para esos mercaderes corrompidos por el oro. Séneca decía: ¡Feliz quien desprecia la fortuna!

La libertad no consiste en hacer lo que se quiera, sino lo que se deba. Los mandatarios del pueblo, llámense radicales, coalicionistas o liguistas, no pueden, no deben hacer otra cosa que preocuparse noche y día, no en intrigas insidiosas y míseras rencillas, no en regionalismos inconcebibles y aspiraciones menguadas, sino en que en este pedazo de la patria nos sea a todos más fácil y llevadero el fardo de la vida, por medio de una mayor civilización y de una mayor cultura, por cuanto habiendo sido desalojados del cielo los dioses inmortales, todos deben comprender, a menos de ser idiotas, que la felicidad hay que buscarla aquí en el suelo, reemplazando la metafísica e incomprensible Trinidad que algunos hombres necios forjaran con vagas reminiscencias del Gólgota, con aquella Trinidad, sublime y humana a un tiempo mismo, que pregonan los más grandes pensadores del mundo como el lábaro bendito de todas las redenciones: la Trinidad de la Libertad, la Fraternidad y la Belleza, escalas de luz por donde el hombre llegará hasta los cielos mismos, escrutará todos los misterios y tratará de resolver todos los problemas.

¡Qué lejos, pero qué lejos estamos, mi ilustre amigo, de las doradas ilusiones y de los ensueños azules que forjáramos en más de veinte años de luchas y rebel-

días! Nuestro triunfo en la provincia de Santa Fe debió tener el arte mágico de asegurarnos por sí solo el triunfo en toda la República, porque todos los pueblos están hambrientos de luz, de civilización, de verdad y de justicia, si la obra nuestra no hubiera resultado un hervidero de menguadas ambiciones personales, sino la obra de la redención del pueblo, una obra de facetas más límpidas y brillantes que el brillante más perfecto. Pensando en ello ¡cuántas noches he sentido gran congoja en el alma y he visto al amanecer mojada mi almohada, cual si una gotera invisible del techo se hubiera propuesto bañar mi frente! No tengo reparo, mi ilustre amigo, en hacerle esta confidencia, porque pienso con Montalvo "que la esterilidad de los ojos indica muchas veces esterilidad del corazón: un alma plebeya, seca, torpe, no se sentirá humedecer con el dulce rocío del amor, ni la compasión caerá sobre ella en forma de lluvia celestial. Terneza, lástima, vivo encendimiento del espíritu, son agentes misteriosos que empapan las entrañas de los hombres delicados en quienes los afectos de primer orden no duermen ni un instante. Los desprovistos de sensibilidad, los soberbios y vanidosos, los tontos, lloran si se les zurra, si se les quita algo, si les duele la cabeza, y es punto de honra en ellos no llorar donde lloran los hombres".

Los gobiernos estériles ignoran en absoluto que Benthan diría que el único objeto de los gobiernos debe ser procurar la mayor felicidad posible a todos los hombres, y que el mismo Bossuet, a pesar de su conservantismo, afirmaba que el verdadero fin de la política es

hacer cómoda la existencia y felices a los pueblos. Los gobiernos estériles siempre culpan de sus inepcias al mismo pueblo y a los mismos hombres que los llevaron a la cumbre. Yo les acuso en cambio y defiendo al pueblo, que sigue siendo el mismo que en otrora escalara las altas cumbres de los Andes para llevar la libertad a medio continente. No son de mis simpatías los gobiernos ingratos e impotentes que hasta ignoran que Napoleón I, que debía ser bien entendido en la materia, dijera un día la verdad innegable de que "no hay pueblo malo para un buen gobernante, como no hay malos ejércitos cuando los jefes son buenos". Por otra parte, Plutarco hubiera dicho que "la ciencia más esencial al que desea gobernar con sabiduría, es hacer a los hombres capaces de ser bien gobernados". Thiers hubiera agregado que "el deber de los gobiernos, al mismo tiempo que reprimen los excesos de la muchedumbre, consiste en calmar sus pasiones, disipar sus prejuicios y hacer oir la voz de la razón y la verdad". Y Solón, aquel hombre justo y severo de la antigua Grecia, exclamaría alzando un hombro y con gesto despectivo: "Nò hagas o presumas de príncipe, si no has aprendido a serlo. Aprende a gobernarte a tí mismo antes de gobernar a los otros".

Yo bien sé, mi ilustre amigo, que alguna razón tenía Rojas cuando decía: "todo lo puede el dinero; las peñas quebranta; los ríos pasa en seco; no hay lugar tan alto, que un asno cargado de oro no lo suba". Fundado en ello sin duda, algunos magnates surgidos de nuestras filas, abroquelados en su necio orgullo, y juzgando a

los verdaderos radicales por sí mismos, han tenido el tupé de pregonar a voz en cuello que los radicales intransigentes, "la chusma radical", es una jauría hambrienta cuyos ladridos se acallarían con zoquetes del presupuesto.

Esos tales magnates, encumbrados, no por sus merecimientos, sino por obra del acaso, nada saben de abnegaciones y sacrificios, ni se dan cuenta de que el ave de los grandes ideales, cerniéndose olímpicamente en las alturas, cruzando serenamente el cielo, forma con el aleteo de sus alas una brisa bonancible que pasa como una fresca y dulce caricia rozando la frente de los verdaderos seres superiores que habitan las cumbres de las montañas sin conocer las pestilencias de la llanura. Esos tales magnates viven enamorados de Plutón y hasta ignoran que hubo una Venus, radiante de esplendor y de belleza, y una Minerva que surgió armada de la cabeza de Júpiter tonante. Algunos de ellos tendrán la bolsa llena, pero todos tienen, de seguro, vacía la cabeza.

Esos epicureístas de nuevo cuño, esos radicales que se hicieran "turronistas" al día siguiente de la victoria, esos nuevos gozadores de la vida que no resultan tirios ni troyanos, que están tirando "pa tras" en vez de tirar "pa delante", que adoran a Dios o al Diablo pensando tan sólo en su provecho, no son aptos para lograr el bien del pueblo, porque ni nacieron radicales, ni modelaron su carácter en la cruenta lucha por la vida, por lo cual jamás sintieron dentro su pecho al progreso batir sus alas blancas, formadas de esperanzas y de ensueños.

Indice del tomo tercero

INDICE DEL TOMO TERCERO

NOTA.—Para que esta obra refleje el modo de sentir y de pensar de los hombres más destacados del país, el autor ha creído hacer obra sana y bien inspirada solicitándoles juicios breves y sintéticos, sobre Don Hipólito Irigoyen, a los hombres más destacados de la política, del foro, la ciencia, las letras, la industria y el comercio, los que serán publicados al final del tomo tercero.

Están ya en prensa muchos de ellos, escritos con un patriotismo y talento verdaderamente extraordinarios. Puede decirse que gracias a tan esclarecidos ciudadanos, esta obra aparecerá como nimbada con la estupenda gloria de un arcoiris... — *El Autor.*

He aquí la nómina de los ciudadanos a quienes se les ha pedido honren la obra con sus juicios:

Joaquín Castellanos, Francisco Barroetaveña, Lisandro de la Torre, Leopoldo Melo, Vicente C. Gallo, Tomás A. Le Bretón, José Camilo Crotto, Juan B. Justo, Rodolfo Moreno (h.), M. G. Sánchez Sorondo, Eduardo Holmberg, Julio Méndez, Leopoldo Lugones, Ricardo Rojas, José Nicolás Matienzo, Gregorio Aráoz Alfaro, Benjamín Villafañe, Julio A. Roca, Carlos F. Melo, David Peña, Martín Gil, Arturo Goyeneche, Ramón Cárcano, Félix Bravo, Arturo Capdevila, Mora y Araujo, Enrique B. Mosca, Manuel J. Menchaca, Salvador Madariaga, Rodolfo Lheman, Miguel Sussini, Fermín Lejarza, Carlos Ibargueren, Norberto Piñeiro, Juan M. Obarrio, Nicolás Repetto, Antonio Sagarna, Eufemio Uballes, Adolfo Dickmann, Agustín P. Justo, Lucas Ayarragaray, Miguel Lauren-

cena, José A. Amuchástegui, Leónidas Anastasi, Alejandro Bunge, Carlos Torquinst, Luis Colombo, Raúl Villarroel, Antonio Zacagnini, Federico Pinedo, Florencio Parravicini, Severo G. del Castillo, Pedro F. Pagés, Leonardo Pereyra Iraola, Enrique Santamarina, Federico Martínez de Hoz, Joaquín S. de Anchorena, Vicente R. Cásares, Enrique Uriburu, Luis Duhau, Pedro Molina, Mario M. Guido, José Arce, Mariano de Vedia, Luis Zuberbüller, Daniel J. Cranwell, Damián Torino, Eliseo Cantón, Rafael Herrera Vegas, Pablo Richeri, Luis E. Vicat, Herminio J. Quirós, Enrique Larreta, Pedro E. Martínez, Jorge Mitre, Manuel J. Guerrero, Pedro Larlús, Luis Mitre, Estanislao López, Angel Acuña y Miguel Angel Cárcano.

¡Extraña condición la humana! Sólo el dolor es capaz de engendrar los grandes hombres. El dolor es el gran estimulante de la vida y el aguijón que impulsa los progresos de los pueblos. Las gentes dichosas pasan por la vida sin conocerla: con la faz sonriente, pero con vendas en los ojos. Los autodidactas que hemos pasado por las aulas universitarias, sabemos que poco o nada enseñan dichas aulas; el dolor es el gran maestro de la vida. Los que no sufrieron, no amaron ni sintieron: el dolor provee de alas a la inteligencia y llena, hasta rebalsar, la fuente del sentimiento. "El hombre que no conoce el dolor, no conoce la ternura de la humanidad, ni la dulzura de la conmiseración" — decía Rousseau, aquel genio de la República que fulgurara en Francia; pero nadie, en frase tan pequeña, ha expresado una verdad tan grande como la que lleva en sus entrañas la célebre sentencia del inmortal cuanto adusto gibelino: ¡Quien sabe de dolor, todo lo sabe!

Emilio Zola, en la más bella de sus obras, nos presenta a Lucas, el gran humanitario, inclinándose enamorado hasta el oído de su amante para susurrarle al oído la frase magnánima con que quiere disculpar todas las falacias y miserias de los hombres: "¡Si es que no aman!" Yo he estudiado uno a uno a casi todos los magnates del radicalismo y no les he encontrado en la flor del alma ni una gota de ese néctar de los dioses que se llama poesía, de ese sentimiento sacrosanto, impulsor del progreso e inspirador de las obras grandes. La excelencia de la poesía — el gran Cervantes es quien lo dice, — es tan limpia como el agua clara, que a todo lo no lim-

pio aprovecha; es como el sol, que pasa por todas las cosas inmundas sin que se le pegue nada; es habilidad que tanto vale, cuanto se estima; es un rayo que suele salir de donde está encerrado, no abrasando, sino alumbrando; es un instrumento acordado que dulcemente alegra los sentidos, y al paso del deleite, lleva consigo la utilidad y el provecho''. ''La poesía es húmeda, olorosa — es Montalvo quien habla ahora; — está manando de una fuente viva; en sus ondas se rejuvenecen y embellecen los hijos de las musas. Poesía es la perfección del alma; elevación de pensamientos, profundidad de sensaciones, delicadeza de palabras; luz, fuego, música interior, ésto es poesía''. ¿Cómo, ilustre amigo, no decir entonces de nuestros politicastros, parodiando a Zola y por disculpar miserias y flaquezas: ¡Si es que no tienen en el alma poesía?

Quizás el pueblo, con gesto airado y levantando en alto los puños, exclame con voz tonante: ¡Nó, no es eso! ¡Es que nunca fueron radicales! ¡El temperamento radical no se improvisa en veinticuatro horas! ¡Se trae al nacer en la sangre y se templa en las luchas del civismo!

¡Ah! Yo bien sé que no es radical quien se contenta con marchar tranquilamente por la eterna y honda huella que dejaron los egoístas que pasaron por el mundo. Radical no es el cordero que balando tristemente va sin saber por dónde detrás de la manada. Tampoco es radical el hombre que de miedo tiembla y se santigua cuando revienta el trueno en el azul esfera. Radical es el cóndor que posa su vuelo en la misma cima

de los Andes. Algo de radical hay en el león melenudo, hirsuto y fiero que, poniendo su garra sobre la presa humeante aún, lanza un alarido imponente y salvaje que los ecos del bosque repiten como estridentes clarinadas en son de guerra. Ser radicad en esta hora suprema de los desalientos y amarguras, es tener en las venas una gota de la sangre de aquel Prometeo que Esquilo cantara en versos inmortales; es ser capaz de lanzar, por encima del horrísono fragor de las pasiones mezquinas encontradas, un grito de amor y de concordia, y entonar, sobre la ruina de las más caras ilusiones, una oda triunfal al progreso, enérgica y vibrante, cual sobre olvidada y mísera tapera lanza el hornero su canto alborozado como pregonando a todos los vientos la libertad de sus alas.

Oh, los que gobernáis creyéndoos dignos representantes del radicalismo, no siendo en general radicales ni por vuestra idiosincracia ni por haberos formado en las cruentas luchas del civismo; si no queréis merecer el baldón del pueblo que puso en vuestras manos su corazón, volved sobre vuestros pasos que aún es tiempo todavía; arrepentíos de vuestra inercia y de vuestra falta de ideales; prestad atención al inmenso clamor de la "chusma radical" y sabed que, para satisfacer su hondo anhelo, debéis tener presente a todas horas aquel consejo que Marco Aurelio, gran filósofo y emperador romano, daba al mundo en tiempos en que los antiguos dioses no habían aún perdido sus prestigios: "El medio más seguro de vivir libre y tranquilo es hacer cada acción como si hubiese de ser la última de la vida, sin te-

meridad, sin repugnancia alguna a la razón, sin hipocresía, sin amor propio y en una perfecta conformidad con las órdenes de los dioses''; órdenes que, en nuestra época, emanan de los grandes ideales de los pueblos libres, las cuales, obedecidas, elevarán la patria hasta las mismas cumbres de la gloria y el progreso.

Suyo y de la causa,

Eduardo Isla (1).

---

(1) A pesar de tantas angustias, la esperanza no se resignaba a morir dentro de mí... Aún soñaba que el radicalismo irigoyenista pudiera transformarse en el gran partido con que ahora mismo sigo soñando...

Mi corazón no abrigaba rencores contra nadie. Véase, sino, lo que digo la siguiente carta.

Buenos Aires, Octubre 12 de 1913.

Doctor José Camilo Crotto (Pte.):

Estimado correligionario y amigo:

Ayer estuve en el Comité de la calle Cangallo a objeto de saludar a usted y a Don Hipólito.

Tuve el sentimiento de no encontrar a usted y el placer de departir largamente con Don Hipólito respecto a la política radical de Santa Fe.

Don Hipólito me escuchó con deferencia y complacencia porque era la *primera* vez que llegaba a sus oídos una versión sincera, leal, sin acritud, más bien benévola y afable de la política que en mis nuevos lares está dando, en vez de flores, punzantes espinas y frutos ácimos.

Mañana partiré para mis pagos para entregarme a la lucha con más denuedo y decisión que antes, si es ésto posible.

Llévome la esperanza de que el Comité Nacional o Don Hipólito, por sí solo, infiltren en el gobierno santafecino buena dosis de virus radical, indicándole al Ministro Núñez, suavemente, algunas orientaciones luminosas. Tengo la esperanza, también, de

que usted, en sus paseítos con Menchaca por el Rosario, haya tenido el cuidado de poner delicadamente en el cerebro de él alguno que otro germen político...

¡Verdaderamente yo no sé qué diera por ver a nuestro radicalismo reemprender la marcha por la ruta, toda luz, de las grandes inspiraciones!

Suyo y de la causa,

Eduardo Isla.

S|c. Saavedra 1038.

LA CRISIS Y EL GOBIERNO DE LOS INUTILES (1)

Ya hace algunos años que la ciencia viene soplando sobre el mundo a dos carrillos, aventando los errores de los siglos. En lo alto de los tejados, ya hace rato que ha enmudecido el gallo señalavientos. Ocultó la cabeza bajo el ala al despuntar la aurora de los tiempos nuevos. ¡Pronto caerá desde lo alto, inerme como una piedra!

Estudiando la influencia de la ciencia en lo que atañe a la riqueza — base y fin de la economía política, — diremos que a fines del siglo XVIII la agricultura estaba en pañales como en tiempos de los Faraones; se prensaba la uva con molinos de madera, movidos penosamente por palancas y cuerdas; el arado, moderno pendón del progreso y orgullo de nuestras llanuras, era todavía un arco de madera con una reja de piedra o hierro. Bajo Luis XVI, Daubenton inaugura la crianza metódica de los merinos, que han hecho después la gloria de Rambouillet. La Francia y la Inglaterra entablan luego una competencia ganadera y envían a todas partes magníficos ejemplares de todas las razas domésticas, desde la canina a la vacuna. El algodonero, modesto pro-

---

(1) Este juicio lapidario recorrió toda la Provincia de Santa Fe en forma de opúsculo.

ductor de aceite, conviértese en rey de las plantas textiles a consecuencia de la invención de nuevas máquinas. La máquina triunfa en todas partes; se introduce en los campos: labra, siembra y cosecha. Ante los vastos cañaverales de Tucumán, ¿quién creería hoy que el azúcar, el gran energético, el sublime motor de las almas, se vendiera, bajo el reinado de Luis XIV, solamente en las farmacias y en cantidades minúsculas, casi como hoy se venden los polvos de antipirina? ¿Cuál de nuestros abuelos del año 40, criadores de vacas sin carne pero con cornamenta de ciervos, pudo sospechar que para el Centenario se exhibieran toros magníficos, cuyos lomos eran bastante amplios, como para tender en ellos un mantel con diez cubiertos?

En materia industrial, el agente esencial de la transfiguración contemporánea, ha sido la ciencia, la gran libertadora, la que de los hombres de barro hará semidioses en el futuro. El espíritu de invención de los humanos — tan poderoso como aquel otro que según la leyenda bíblica flotaba sobre el caos originario, — actuando en un mundo agrandado por el descubrimiento de nuevos continentes, fué estimulado por la intensidad de necesidades nuevas y se alejó de los inciertos tanteos del empirismo. El hombre moderno, economizando sus propios músculos, se empeña en domesticar las fuerzas de la naturaleza: el aire, el agua, la electricidad y esas vibraciones misteriosas por medio de las cuales se realizan las maravillas de la radiografía y de la telegrafía sin hilos. Una vez dominadas esas fuerzas, surge su concentración en vastas usinas; esta concentración es

financiera, técnica, social, todo junto. Alguien ha dicho que ya no es un sueño utópico el imaginar todo el trabajo de una usina realizado por un solo hombre, sentado delante de un teclado igual al de las máquinas de escribir.

La razón de todo esto es que hay tantas ideas luminosas en el mundo como estrellas en el cielo y que la humanidad, aunque aun esté pisando en el lodo de los siglos que pasaron, es un titán que, pese a todos los retardatarios o misoneístas, vencerá todos los obstáculos y escalará todas las cumbres.

Si todo esto es cierto hasta la evidencia, ¿cómo puede explicarse satisfactoriamente la crisis económica que gravita actualmente sobre el mundo como una montaña de plomo? Y, sobre todo, ¿cómo se explica la crisis en nuestra tierra, siendo que la balanza comercial arroja para nosotros un saldo favorable? ¿Tendremos, acaso, que suponer que nuestra tierra, a la manera de la Niobe del poeta, habrá de sucumbir bajo el peso de su propia fecundidad?

Analicemos las cosas para llegar al conocimiento de la verdad, aunque zumbe en mis oídos el consejo de Bartrina: "Si quieres ser feliz como me dices, no analices, muchacho, no analices".

Ante todo no se trata de la crisis de un país: es la de todos. Esto ha sido puesto en evidencia en las deliberaciones actuales de La Unión Económica de la Europa Central, que se reune en Berlín, enérgica en las recriminaciones tanto como incapaz de aconsejar soluciones luminosas.

Los gobiernos inútiles de casi todas partes, sintiéndose cómodos porque navegan en mares áureos que les parecen de ellos por extraña ilusión de óptica, adoptan un excepticismo indolente, dejan rodar al tiempo libremente, rompen la brújula de la previsión y del deber confiando en que la providencia les conducirá su barca a puerto seguro, aunque desde la orilla tiemble y gima el pueblo pidiendo misericordia con las manos en alto. Pero en contra de esta indolencia antihumana, miserablemente egoísta en el fondo, se elevan las cifras de las deudas públicas como fantasmas espeluznantes: España, 9.982 millones de francos; Italia, 14.089; Inglaterra, 18.103; Austria-Hungría, 19.075; Rusia, 24.038; Alemania, 24.239; Francia, 33.039. Esta deuda colosal pesa sobre cada habitante, en su respectivo país, con el gravamen que sigue: Rusia, 200 francos; Alemania, 373; Austria-Hungría, 385; Inglaterra, 399; Italia, 406; España, 509; Francia, 835.

Estas cifras son de una elocuencia abrumadora, más aún si se tiene en cuenta, que, a principios del siglo pasado, la deuda pública de la Europa entera era de 25 mil millones, es decir, inferior a la deuda que hoy gravita sobre Francia, embarazando su desenvolvimiento económico al punto de producirse, solamente en el año retro-próximo, más de 12 mil quiebras.

Todos los pueblos civilizados, todos, sin excepción alguna, viven en situación angustiosa, precaria o sumamente molesta. Todos tienen que recurrir al empréstito, y el mercado internacional vacila ante la demanda como si se agitara en sus entrañas la lava de un volcán. Mé-

jico clama por 800 millones; Turquía por 700; Bélgica, por 800; Servia, Grecia, Bulgaria y Rumania, por 300 cada una; Rusia, por 1.000. ¿Dónde aplicará sus tentáculos el pulpo hambriento del empréstito? Méjico ofrece el interés usurario del 12 por ciento. El caso es que en busca de oro habrá que atravesar la tierra de parte a parte o establecer placeres en los astros mismos. Es menester e ineludible encontrar esos 5.500 millones de francos que sólo parte de la Europa exige, cueste lo que cueste y proteste quien proteste. Pero, ¡bah!, la solución es harto fácil... Está al alcance de todos los gobiernos autocráticos. ¿Por ventura no hay un gigante bonachón que se llama pueblo, a cuyas robustas espaldas, para remediarlo todo, no hay más que arrojarle la carga de un presupuesto formidable? El gigante contraerá el ceño, bufará como un jabalí acosado por la jauría, sudará copiosamente... Cada gota de sudor que se desprenda de su frente, equivaldrá a un diamante de valor inestimable. ¡Ese recurso, en mano de los Menchaca de todo el mundo, es siempre más eficaz que la famosa lámpara de Aladino!

Circunscribiéndonos a nuestro territorio, diremos que aún cuando nuestra cosecha puede contarse como excelente en cantidad y calidad de mieses, navegamos en pleno mar de suspicaces inquietudes económicas, que han traído, como consecuencia lógica e inmediata, el estancamiento de todas las transacciones.

En los diarios, en el Congreso Nacional, en todas partes, se dice y se repite hasta el cansancio, como un axioma, que la causa de todos nuestros trastornos econó-

micos estriba en el uso excesivo de las transacciones de bienes raíces a pago aplazado.

Esta explicación de nuestra crisis, aunque muchas veces ha estado suscrita por pensadores distinguidos, nos parece trivial y baladí en grado sumo. ¿Cómo puede creerse seriamente que una sola clase de transacciones, por importante que sea, pueda inficcionar todas las manifestaciones vitales del organismo económico en una nación tan rica y poderosa como la nuestra? Además, en cualquier cartilla de economía política se enseña que no son las propiedades las que, en definitiva, suben o bajan de valor; es la moneda la que aumenta o disminuye, y cuando la moneda es de oro, según ocurre en nuestra tierra, ella sufre las alternativas de la cotización de los metales preciosos con una sensibilidad extrema. El metal es el patrón de los precios, pero no un dueño absoluto por cuanto oscila al vaivén de las circunstancias, como oscila el alma humana al impulso de las agitaciones populares en el mar de la democracia. Se compra oro a cambio de tierra lo mismo que se compra tierra a cambio de oro, y como éste, al fin y al cabo, es una mercadería como otra cualquiera, su valor, su poder adquisitivo que dicen los economistas, depende de la relación que existe entre las cantidades de metal necesarias para el transporte de las riquezas y las cantidades ofrecidas a la circulación.

Los signos característicos y reveladores de la crisis, son la depreciación de los valores, la elevación de los artículos de consumo y la restricción de los créditos. Luego, en el fondo y en síntesis, una crisis no es otra cosa que la carestía del medio circulante.

La moneda, al igual que otra mercadería cualquiera, tiene sus alternativas de alza y baja, influenciada por circunstancias sociales y económicas, como el azúcar, como el arroz, como la yerba. Una guerra internacional o intestina, un terremoto, una lluvia oportuna para las cosechas, un cataclismo cualquiera, tienen influencias decisivas en el valor de la moneda, que se manifiesta tan sensible a esos acontecimientos como el hierro a la acción del frío o del calor. La prueba irrefutable de ello está en la guerra de los Balcanes, cometa pavoroso surgido en el horizonte europeo, visto desde aquí por el capital con el poderoso telescopio del espanto.

Nuestra crisis, en pleno apogeo de la riqueza, es de carácter monetario e intelectual. Tiene estrecha relación con nuestra deficiente organización de la circulación, que no puede llamarse fiduciaria sino en reducido grado, y es consecuencia necesaria del pésimo, del absurdo agenciamiento del crédito, que si hubiera inteligencia en nuestros gobiernos debería ser amplio y generoso para que en el organismo económico evitara todas las catástrofes, como los fagositos, en el organismo humano, tienen por fin librar batallas contra todas las enfermedades.

Urgido por las circunstancias, sintiéndome muy enfermo — del cuerpo, no del espíritu, dispuesto hasta el último suspiro a lidiar por el progreso, — deseando emplear en este ligero estudio un par de horas a lo sumo, transcribiré algunos conceptos luminosos aparecidos en el diario *"La Nación"*, dejando para ocasión más propicia lanzar a todos los vientos un estudio más vasto y

más complejo que tal vez tuviera las proporciones del libro, en el cual me permitiría dar — con las debidas excusas por mi osadía, — consejos para conjurar la crisis, señalando nuevas orientaciones a la economía nacional y provincial. Un mundo de ideas me sugiere el tema, y en este momento tengo que hacer un esfuerzo soberano para resistir el impulso imperativo de mi alma toda, que se sentiría aliviada de extraña agitación y de enorme peso, si vertiera ese enjambre de ideas sobre el papel (1).

La ley de la demanda y de la oferta, rige soberana sobre la moneda, y la demanda y oferta de ella es lo que constituye, en el fondo, la circulación. Cuando las transacciones se multiplican y se aceleran a favor del progreso general, se requiere una cantidad mayor de ese instrumento de transporte de la riqueza, lo mismo que se necesita mayor número de vehículos para la traslación de una multitud en día de fiesta. Empero, puede ocurrir que se aumenten considerablemente los negocios o la importancia de ellos en un país, sin que aumente la moneda de oro, el metálico circulante, y aun puede suceder que disminuya su demanda. Pero eso acontecerá cuando las necesidades de la circulación se provean por medio de otros instrumentos de cambio, billetes de Banco, cheques, efectos negociables y al portador, moneda de papel o papel moneda, siempre moneda representativa de capital o de crédito. El uso creciente de esos títulos

(1) Esta obra la escribí después a petición del presidente Irigoyen. Pero, más adelante, se verá lo que sucedió...

en lugar y en reemplazo del metálico, atenúa la demanda de éste. La organización más o menos perfecta de la circulación fiduciaria tiene, en consecuencia, una influencia señalada sobre la demanda de metálico.

Ahora bien; nuestra circulación es de oro; los billetes de la Caja de Conversión son certificados de depósitos de oro; cada peso papel representa la posesión de 7.0968 gramos de oro de 9|10 de fino. Las transacciones que se realizan por medio de los instrumentos de crédito, se basan justamente en la existencia disponible de oro, y cualquiera retracción o alza de ese metal, repercute inmediatamente sobre los instrumentos de crédito, hasta el punto de reducir considerablemente su número, ya sea por el alza del interés o por el alza de la tasa de descuentos. Ese oro nos viene del extranjero en forma de saldos favorables de la balanza comercial, en forma de capitales para invertir, en forma de empréstitos públicos y particulares. Si la afluencia de oro es grande, su oferta lo deprecia, baja el interés, bajan los descuentos, suben los precios de los valores que constituyen bienes, cada propietario y cada comerciante ve elevarse su patrimonio contado en forma de moneda. Si la corriente de oro se paraliza, como acaba de pasar durante este año, o aun si retira de la plaza una parte del oro disponible, ocurre todo lo contrario, sube el interés, los valores bajan y el propietario o el comerciante inscribe en sus libros una pérdida en el valor de sus bienes.

Yo tengo fe absoluta en el porvenir de mi patria... Me parece estar viéndola, en un futuro muy próximo, a la vanguardia de todos los pueblos del mundo. Dentro

del hermoso florecer del alma nacional, potente de sabia y de fecundidad, la crisis actual se irá desvaneciendo lentamente en el transcurso de muy poquitos años. ¿Por obra de nuestros gobiernos? Nó, porque ellos viven apoltronados en sus palacios en plena indolencia musulmana mientras los pueblos se debaten en la impotencia y la amargura. Si es grande la riqueza ganadera de nuestra patria, decía un paisano, no es por la sabia previsión de los gobiernos, sino porque las vacas tienen toros. Aún no han sido estudiados los problemas de la moneda, de la reglamentación bancaria, del establecimiento del crédito amplio, sabio y generoso para que todo el pueblo contribuya, con su confianza, a la consolidación de la economía por medio de la elasticidad que da al numerario la circulación fiduciaria. Los hombres que nos gobiernan, como si no fuesen hijos de esta tierra, se han cruzado de brazos y, con la misma indolencia con que los augustanos en el circo de los Césares, veían despedazarse a las fieras y los hombres, contemplan el esfuerzo violento y titánico que está realizando nuestro país por sostenerse en pie, impávido como un coloso andino al embate de violentos huracanes.

Si no es cierto lo que afirmo que levante la voz de protesta, si se atreve, el mísero gobierno santafecino, surgido de un partido que debió jugarse por entero a una sola carta: la carta del progreso, si Menchaca hubiera tenido alas en el corazón o en el cerebro. El gobierno inconsciente de Santa Fe, tan ajeno a las angustias porque pasa la provincia como si viviera en la luna, para obsequiar con prebendas a todos esos hom-

bres con espina dorsal mucilaginosa que deshonran el radicalismo, ha extorsionado despiadadamente al pueblo, lo ha puesto en un alambique para arrancarle hasta la última gota de su sangre generosa.

En esta época, en presencia de la crisis mundial, son las cuestiones financieras la preocupación intensa y angustiosa de todo el mundo..., menos del ilustre gobierno de Menchaca. El ruido de déficits formidables sale de los presupuestos de los Estados y de las familias, llenando la vida de sombras y de inquietudes. ¿Subir los impuestos? ¡Nó, por Júpiter y todos los dioses inmortales! ¡Ni pensarlo! No se puede exigir más al contribuyente exhausto, al proletario de las ciudades y campañas, mal remunerado o sin trabajo. Los verdaderos estadistas lo saben y no se atreven a imponer a los pueblos nuevas gabelas, que barrerían de un golpe las situaciones y los prestigios de los partidos y de los hombres. Eso equivaldría a desencadenar huracanes en los mismos palacios de gobierno. Pero a lo que nadie se atrevería, se ha atrevido Menchaca, porque ni es radical, ni sabe lo que es nobleza de sentimientos, ni se da cuenta de la época en que vive, ni alcanza a comprender siquiera sus propias conveniencias. Procede con el azogamiento de los inconscientes. A él háblenle solamente de fiestas con champagne y de aparecer en las revistas ilustradas colgado del brazo de alguna mujer hermosa y exhuberante, cual si buscara los prestigios de la belleza femenina porque le faltan en absoluto los prestigios de esa nobleza masculina, que no se lleva en el rostro, que se lleva en el alma. Sentado en su cómoda poltrona guber-

namental, contempla con indolencia despreciativa todos los males que aquejan a la provincia y, sin duda para mofarse del pueblo que insensatamente lo elevó a la cumbre, le obsequia con un presupuesto formidable, experimentando vesánicas fruicciones al verle al pueblo la espalda hundida, el rostro cejijunto y la frente sudorosa bajo el peso de ese presupuesto inconcebible.

En los tiempos actuales, para confeccionar sabiamente un presupuesto, es menester determinar el estado del tesoro al empezar el ejercicio con relación a los gastos pendientes, incluso los créditos suplementarios y gastos que podrían economizarse; estudiar todos los gastos y recursos, procurando simplificar la ley sin disminuir su claridad; observar con detenimiento el curso que siguen las rentas generales del Estado como pauta para fijar los gastos futuros. ¿Podía hacer esto el gobierno de Menchaca? Nó. ¿Para qué tanto trabajo? Más fácil es hacer lo que ha hecho: autorizar a dos empleados subalternos para confeccionar un presupuesto extorsionando al pueblo, sin importarle un bledo sus dolores, llenando de oro las arcas fiscales con el sudor del pueblo, convirtiendo en oro hasta el pan del pobre, el cual tendrá que arrancárselo despiadadamente a sus hijos de la boca.

Este es el grande, el sublime gobierno de Menchaca, que debió gobernar con el radicalismo que lo llevó a la cumbre, en una hora cien veces infausta para la provincia y para el destino del partido que ostenta en su bandera grandes y hermosísimos ideales.

Yo pienso que los incapaces, los egoístas, los desleales, los ineptos no son los más adecuados para go-

bernar esta provincia. Ese derecho lo adquieren solamente los hombres que tienen alas, ya sea en el cerebro, ya sea en el corazón, o en las dos partes, que es lo que caracteriza a los grandes hombres. Por esto, todos los que anhelamos el bien de la provincia y de la patria, nos hemos unido en un solo block y en los próximos comicios destruiremos al oficialismo, a ese mísero oficialismo nepótico y oligárquico como nunca lo fueron los gobiernos de antaño, a ese inútil oficialismo que ya he clasificado en un discurso diciendo que es semejante a una incubadora llena de huevos sin galladura.

Eduardo Isla.

Santa Fe, Febrero de 1914.

Nota. — Como mi propósito es la verdad y la justicia, remito al lector al capítulo intitulado ''La reforma de la Constitución de Santa Fe'', en el tomo tercero, en que bato cien palmas en honor del señor Menchaca, por la sencilla razón de que entonces se hizo digno del radicalismo principista y de la patria. Sirva esta nota de lauro anticipado...

MENCHACA, SEPULTURERO DEL RADICALISMO (1)

Señores:

No pienso pronunciaros un discurso... No remontaré, por tanto, el vuelo de mi imaginación hasta las regiones etéreas para traeros del jardín literario flores vistosas y perfumadas, lo que no obstará para que con hierro candente marque, con una flor de lis, alguna frente innoble.

Ante tanto *criollazo viejo* como me circunda en esta magna asamblea, sólo corresponde hablar en criollo, dejando para otras ocasiones los discursos de ateneo o de academia. Me limitaré, por tanto, a hablaros con el corazón en la mano, a expresaros todo mi pensamiento con suma sencillez, escogitando las palabras más comunes y comprensibles, sin que puedan sellar mis labios las amenazas de muerte que revolotean sobre mi frente como bandadas de cuervos al siniestro conjuro de un oficialismo corrompido hasta la médula de los huesos, si no resulta gentileza insigne de mi parte suponer que el oficialismo tenga huesos, puesto que hasta hoy sólo ha de-

(1) Este discursillo fué pronunciado en Ceres, importante pueblo del Departamento de San Cristóbal.

mostrado estar hecho con substancia mucilagosa, como la del caracol, que se arrastra por los suelos, como la de la medusa, que tal vez se crea pepa de oro por su color ligeramente ambarino y porque irradia cierta luz, cuando sólo es una vil pelota condenada a rodar eternamente al impulso de todos los oleajes.

Aunque implique vulgar recuerdo recordar el apóstrofe viril del gran Quevedo — aquel poeta de musa picaresca y retozona que floreciera en la tierra ibérica, — yo he de gritarle al oficialismo con todas las fuerzas de mis pulmones:

> No he de callar por más que con el dedo,
> Ya tocando los labios, ya la frente,
> Silencio avises o amenaces miedo.

Como un relámpago, señores, cruza por mi mente, en este instante, el recuerdo de que en el banquete que le dimos a Menchaca en Santa Fe antes de que asumiera el mando — ¡estaba usted presente, señor Iturraspe!, — al ofrecerle yo aquella demostración de simpatía, no empleé aquella literatura ramplona con que se adula y se ensalza siempre a todos los triunfadores, sino que quise incrustar en su mollera, incapaz de luminosa y noble concepción, el consejo que el gran filósofo de Kœnigsberg daba a los políticos diciéndoles: "Sed prudentes como la serpiente y puros como la paloma". El mísero sietemesinos microcéfalo que hoy tiene en sus manos el timón de la provincia, cuyo diámetro craneano es menor que el de los bebés que adormitáis en vuestras cunas, entendió mal ese consejo, o pasó veloz por su mollera cual

la golondrina que pasa volando sobre las aguas rozándolas apenas de cuando en cuando con la punta de sus alas.

En vez de adoptar Menchaca para sus blasones la prudencia de la serpiente y la inocencia de la paloma, enroscóse como una víbora ponzoñosa en la misma cuna de la democracia que surgía. Convirtióse en enemigo acérrimo del radicalismo, que, cargándolo sobre su mismo corazón, lo había llevado hasta la cumbre misma. Fué ingrato, fué cobarde, fué desleal... Justo, cien veces justo es que merezca el anatema de los que desde la primera hora hemos luchado en el radicalismo sin ninguna claudicación, sin ningún desfallecimiento, realizando magnos sacrificios que aquel hombre insignificante no podría comprender, dado que él fué ungido por la victoria sin ningún merecimiento, sin haber consagrado una hora de su vida al noble apostolado de la democracia.

Siempre fueron peligrosos, como se dice en Buenos Aires, los piojos "resucitados"; y éste nos ha resultado un piojo grande como un novillo. El radicalismo tiene el deber de reventarlo entre sus manos, sin asustarse aunque suene como un tiro. La democracia santafecina, mecida en su cuna por auras de grandeza y libertad, debe extrangular entre sus hercúleos brazos, cual un nuevo Alcides, a esa víbora ponzoñosa que dormita sobre su seno como una amenaza de muerte. Justo es que caiga sobre la frente de Menchaca, cual un rayo, el anatema del verdadero radicalismo, en cuyas filas no pueden militar sino los que nacieron radicales o llegaron a serlo en las cruentas luchas de la democracia, en las que los

hombres de buena fe casi siempre no alcanzamos otra cosa que no sea la palma del martirio o una copa llena de hiel de desencantos.

Desde este gran pueblo de Ceres — cuna del radicalismo cristobalense y baluarte del civismo, — ante el enjambre de ciudadanos que me escucha, yo he de decir en voz bastante alta para que se oiga en toda la provincia, que no existe dentro del radicalismo, ni aún entre los hipócritas y fariseos que giran ante Menchaca como satélites de un astro obscuro, un hombre, un ciudadano cualquiera que no lance un anatema contra Menchaca, que ha hecho de esta provincia el sarcófago en que quiere enterrar al radicalismo de toda la República, el cual, después de tanto noble apostolado, no puede aceptar muerte tan mísera con la resignación de aquellos romanos que saludaban al emperador levantando la diestra y le decían:

Salve, ¡oh, César Imperator!

Morituri, te salutam.

Yo no he encontrado jamás en la provincia de Santa Fe ni en la misma Buenos Aires, entre los hombres de primera fila del radicalismo, ni aún en el pequeño círculo de fariseos que circundan al gobierno, ni aún en la masa del pueblo que muchas veces lo ignora todo, un hombre, un hombre solo, por ventura, que ante mí se haya atrevido, no digo a convertirse en panegirista entusiasta del gobierno, porque eso es tan imposible como que un nuevo Orfeo bajara a los Infiernos, sino tan sólo a proferir una sola palabra de alabanza para el hombre hipócrita y desleal que rige los destinos de la provincia. Y tengan

presente, señores, que esta rotunda afirmación la hago involucrando hasta los íntimos amigos de Menchaca, hasta aquellos que al calor del oficialismo sueñan en este momento con llegar a asentar el vuelo de sus fementidas ambiciones en las mismas bancas del Congreso Nacional.

Uno de los principales menchaquistas me decía el otro día: "¿Qué se puede pretender del reinado de la mediocridad? Ya no tenemos más remedio que aguantar la mecha". Yo le repuse al punto: "¿De la mediocridad? Es usted muy generoso, señor mío. ¡Nada se puede esperar del reinado de la tilinguería y la deslealtad!"

Estas terribles afirmaciones, las lanzo a los cuatro vientos de la República, y espero que si algún hombre me hubiera alguna vez insinuado tan siquiera una alabanza al gobierno de Menchaca, me haga saber, de donde quiera que se encuentre, que en una ocasión cualquiera tuvo ante mí palabras encomiásticas, en la seguridad de que, si fuese cierto, mi lealtad no ha de trepidar en ponerse al servicio de la verdad haciendo retractaciones públicas.

¡Ah! ¡bien sé que en el vasto escenario de la República, no habrá nadie que levante la mano en son de protesta ante mis palabras, que todo el pueblo de esta provincia ha lanzado ya su justiciero veredicto condenatorio y que estas palabras, que estoy pronunciando en este momento, tan sencillas y tan modestas como son, han de tener honda repercusión en la provincia y han de gravarse en el frontispicio del palacio de gobierno, como aquel fatídico Manes, Tezel, Phares que, según la le-

yenda, un dedo misterioso grabó en los muros del palacio de Baltasar, en medio de un pantagruélico festín, para anunciarle a aquel soberano inepto que sus días estaban contados. ¡Oh, sí, ilustre gobernador de la provincia; pocos días te quedan de reinado! ¡De las urnas de los comicios de Marzo próximo, la Concentración surgirá terriblemente vengadora, porque todas las fuerzas de la provincia, que antes parecían heterogéneas, se han unido y amalgamado para tomarte en sus brazos, arrancarte de la cómoda poltrona gubernamental y arrojarte por el balcón al medio de la calle, como se arrojan por inútiles los trastos viejos, polvorientos y apolillados!

Si yo quisiera en forma sintética juzgar al gobierno funesto de Menchaca, de los mil y un ejemplos que podría presentar, bastaría escoger dos: uno que afecta directamente a este departamento y otro que afecta a la provincia entera.

El primero consiste en la pretensión absurda y grotesca de querer imponernos la candidatura de un extranjero repudiado por todo el mundo, de una candidatura que yo, como verdadero radical, he hecho trizas entre mis manos, de un pajarraco que hubiera volado muy alto si yo no le hubiera arrancado una a una todas las plumas de sus alas. ¡Reclamo, señores, para mí solo toda la honra de haber aniquilado y destruído al oficialismo del departamento de San Cristóbal, sin que nadie en el futuro pueda inyectarle nueva vida a ese cadáver!

El otro ejemplo a que voy a referirme, es de índole puramente económica. Cuando una especie de terremoto financiero está convulsionando la vida económica de la

tierra entera produciendo desequilibrios y cataclismos en todo el mundo, derrumbando hasta palacios cimentados con portland sobre montañas de oro; cuando hasta los gobiernos más despóticos de países inferiores han aliviado sus presupuestos como quien arroja lastre al mar para salvar la nave, nuestro famoso gobierno de todas las regeneraciones y de todos los ideales, embrutecido al último límite, sin clara percepción de las cosas ni serena visión del porvenir, viendo al pueblo subir fatigado y sudorosamente la áspera cuesta de la vida, le ha colocado despiadadamente sobre la espalda el formidable peso del presupuesto actual, para agobiarlo y rendirlo en la jornada, convirtiendo al pueblo en un nuevo Cristo que, con la frente coronada por las espinas de todos los dolores, va macilentamente al Calvario, cargando sobre sus hombros la pesada cruz de todos los desencantos!

Todos los partidos se han unido para que el oficialismo no lleve al pueblo al lugar del sacrificio, como se lleva la bestia inerme al matadero; para que el pueblo no sucumba en un nuevo Gólgota en manos del fariseísmo oficialista; y para que aires libres, puros, saturados de perfumes capitosos — aires surgidos de la selva obscura y misteriosa que llevan en el cerebro los pensadores, — refresquen y purifiquen el ambiente político, den amplitud y libertad a los pulmones de ese bonachón atleta que se llama pueblo, al cual los hombres de Estado tienen la misión sacratísima de llevarlo bondadosamente de la mano hasta la misma cumbre del progreso.

Creo que nadie dudará si afirmo que mi candidatura estaba auspiciada por excelentes y numerosos ele-

mentos del departamento, en cantidad suficiente para obtener *fácilmente* los laureles de la victoria. Aunque creo, sin jactancia, que en el Senado no me hubieran faltado energías para realizar una misión trascendentalísima en bien de la provincia, declaro que, sin haber sido solicitado por nadie, por un acto libre y espontáneo de mi voluntad, desisto, en este momento, públicamente, de mi candidatura, me pliego a la Concentración de cuerpo entero con todos mis elementos, armas y bagajes, y le pido al enjambre humano que me escucha que acepte mi renuncia y proclame al candidato de los partidos que hasta ayer fueron antagónicos y que hoy se unen patrióticamente para salvar la provincia del piélago profundo en que quiere sumergirla un grupo de fariseos, de logreros, de piratas audaces de la democracia; de un oficialismo al que honro mucho diciendo que es como una incubadora de huevos sin galladura, porque en realidad, los prohombres que lo forman son lauchas que han echado grandes alas, por lo que resultan, no águilas capaces de remontar el vuelo hasta los cielos, sino míseros murciélagos que sólo pueden voltejear a la altura de los campanarios.

Estas mismas palabras, señores, se las dirijo a todos mis amigos del departamento, ante quienes, en esta hora solemne de mi vida, presento mis armas con emoción y respeto, deseándoles con lágrimas en los ojos la mayor ventura en este mundo, pidiendo, al mismo tiempo, a los hados invisibles que rigen los destinos de los hombres y los pueblos, que tengan misericordia de esta provincia insipirándoles a los ciudadanos que en los comicios sur-

jan ungidos por el voto de los pueblos, la más clara visión de la grandeza de la patria, para que la bandera azul y blanca flamee honrada por la admiración de todas las naciones del mundo y marque a la tierra entera las rutas luminosas por donde todos los pueblos pasen para llegar a la culminación de sus progresos.

¡Oh, mis buenos y leales criollazos de todo el departamento! No será estéril mi espontáneo sacrificio... Ya veo cercano el reino de la justicia — grita la voz de la esperanza desde el fondo de mi corazón.

El hacha — por hacer una cita bíblica, — ha llegado ya hasta la raíz del árbol, y todo árbol que no produzca buen fruto debe ser cortado y arrojado al fuego. Mas no creáis por lo que digo que el oficialismo pueda compararse al robusto quebracho seco de nuestras selvas, roído por diversas alimañas, en el seno de cuyos profundos huecos labran los loros el nido de sus amores. No; el oficialismo es como una osamenta tendida en la mitad del campo de la provincia, descarnada a picotazos por los hambrientos caranchos de todas las concupiscencias, que ya está mostrando al sol sus huesos blancos.

Ya está pronto el carro de la democracia para levantar el "hueserío"... Después la Concentración lo arrojará al osario... ¡Esa es la obra, señores, que el destino ha encomendado a nuestro patriotismo (1).

Eduardo Isla.

(1) La Concentración honróme con el nombramiento de Presidente Honorario, que no acepté.

De inmediato me di cuenta de que el nuevo partido no era más que un conglomerado de torpes y menguadas ambiciones.

Entristecido al último extremo, le volví la espalda a los nuevos *campeones del queso de Holanda*, como en rueda de amigos se me ocurrió llamarlos.

Y tan les volví la espalda, que no quise mantener con ellos ni el más mínimo trato social.

Entonces fué cuando empezó a gestarse en mi espíritu la idea de abandonar para siempre a aquella provincia ingrata, no llevándome adherido al suelo de mis zapatos ni el polvo de sus praderas, olvidándome de todas mis angustias y dolores, pero llenando el espacio de carcajadas como bramido de tigres o de leones...

¡Oh, tierna y laboriosa avecilla, la del palacio de barro! ¡cómo te recordaba a todas horas! ¡cuán digna me parecías de un canto épico, tú, que al ver tu albergue despedazado por el rayo, habías lanzado al espacio estridentes y triunfales clarinadas como pregonando a todos los vientos la libertad de tus alas...!

MI UNICA RECOMPENSA

Ceres, Febrero 25 de 1914.

Al señor Gobernador de la Provincia de Santa Fe,

Doctor Manuel J. Menchaca.

Confirmo el telegrama que le envié al rayar el alba, en el que le comunicaba a usted que, a altas horas de la noche, había sido asaltado a balazos en pleno pueblo, en mi propio domicilio, y en el que le pedía garantías para mi vida y para mi hogar.

Bien sabía yo que tenía que expiar en alguna forma el horrendo crimen de expresar bajo mi firma lo que pienso y lo que siento con entera independencia, sin otro afán que el de rendir culto a la justicia y la verdad.

Yo bien sé que el oficialismo, que en ningún caso ha tenido la entereza de responder con altura a mis justas apreciaciones, había de recurrir al crimen político para sellar mis labios para siempre, como no ha mucho pretendieran hacerlo *eminentes prohombres* del coalicionismo.

De tiempo atrás venía recibiendo anónimos de San Cristóbal, con los que se pretendía castrarme el alma con infames amenazas de muerte, prometiendo dejarme la espalda cribada a puñaladas. Yo le escribí varias cartas confidenciales al señor Ministro de Gobierno, explicando detalladamente las cosas de este departamento, haciéndole saber que gente sospechosa había rondado mi casa a altas horas de la noche y que hace tres días descerrajaron un tiro al pie de mi ventana, sin duda para hacerme salir afuera y fusilarme a mansalva. También le escribí sobre la sugestiva desaparición del soberbio mastín que guardaba mi casa y Tigre se llamaba (1).

El señor ministro Núñez estaba en autos de los procederes asaz incorrectos de la policía, en general, del departamento, y de la policía de Ceres, en particular. Creo que en tres o cuatro ocasiones le pedí garantías para mi vida, narrándole acontecimientos que están en abierta

---

(1) Debo consagrarle a ese perro un recuerdo de ternura... Era él un inmenso terranovense, de largo pelo crespo de un color verde apizarrado, con ojos incoloros y cabeza tan grande como la de un ternero. Manso era como una oveja, fuerte y corajudo como un tigre, feo hasta causar espanto, bueno como el pan, tan educado y tan culto como un gran hombre...

En cierta ocasión cuidóme, toda una noche, una vaca recién carneada, sin osar incarle los dientes, ni permitir acercarse a ningún otro perro. ¡Oh, si hubieran muchos hombres que se le parecieran!

Mi cochero, Juan Goldaraz, que pesaba setenta y cuatro kilógramos, montaba en él a caballo. Era, pues, todo un señor perrazo. No obstante, cualquier chico podía jugar con aquel titán. Mas, en la ocasión, demostraba la fiereza indomable de los leones y los tigres.

pugna con todos los principios democráticos y de los más elementales principios de civilización y de cultura. El señor Ministro se circunscribió a gastar amabilidades para conmigo, pero desoyó el consejo de la escuela criminológica italiana: ¡Más vale prevenir que castigar!

Yo, ni estoy enamorado de la vida, ni le tengo miedo a la muerte, señor Gobernador... Soy estoico a la manera de Zenón y Marco Aurelio, por naturaleza y por razonamiento. Con éso lo digo todo... Mis petates están listos a toda hora para emprender el viaje del que no se vuelve. Por otra parte, en el fondo, si bien se examina, todas las muertes son iguales. Lo mismo da morir de un empacho que de una puñalada, de un balazo que fulminado por un rayo. Además, yo he penetrado en los dominios de Atropos y sé que la parca inexorable nos circunda con un número de hoces infinitas: está agazapada en el fondo de la taza con alimento que el hombre lleva confiadamente a los labios y luego en veneno se le transforma en el estómago; se oculta en el hueco del casco del caballo para hacerlo rodar en una vizcachera tratando de arrebatarle la vida a su jinete; toma la forma diminuta, invisible del microbio; cabalga en las corrientes de aire frío; se cuela por la rendija de una puerta; baja hasta nuestro cráneo por la escala luminosa de un rayo ardiente de sol. El mismo tirante que en lo alto, paralelo a nuestro lecho, parece con su tiesura y solidez proteger la calma marmórea de nuestro sueño, es, en realidad, por disposición artera de Atropos, una formidable catapulta suspendida sobre nuestro cráneo

con un cabello que siempre está rozando el filo de una hoz implacable...

Lo malo es que esta filosofía estoica, surgida de un profundo conocimiento de la mísera insignificancia de nuestra vida, no puede ser comprendida y asimilada por los seres que me circundan. Juzgue usted, pues, con cuánta angustia contemplará mi familia una situación tan execrable. Ello, solamente ello, muéveme a pedirle garantías para mi vida y para mi hogar, pues sin jactancia, sin fanfarronería, yo creo — como es común entre los hombres que gozan de exuberancia sanguínea y de la plenitud de sus energías, — que con el sereno metal de mi voz o con mi tranquila mirada haré siempre temblar el pulso de los asesinos, fatalmente ruines y cobardes, como sucedió anoche y me ha ocurrido en otras ocasiones. A mi grande y pobre amigo Lallana, honra y prez del radicalismo, que ya en diversas formas había sido víctima de los prohombres del oficialismo actual, — cien veces mediocres por la inteligencia y por el corazón, — nunca hubieran podido asesinarlo de frente, porque el asesino no hubiera podido soportar el rayo de su mirada, llena de hidalguía y de noble entereza.

No estoy entonando una *geremiada*, señor Gobernador... ¡Geremiadas yo, que ni aún quisiera para mi tumba epitalamios elegíacos! ¡Mi pecho es una jaula de leones que braman noche y día, mientras el oficialismo, que usted preside, se divierte en el carnaval de la política santafecina!

No estoy tampoco mojando mi pluma en cólera violenta, que todos justificarían... Me he puesto por en-

cima de esta situación insólita; pero, en presencia de una provincia en estado caótico, donde no se ve brillar la inteligencia y la lealtad, pero se ven fulgurar puñales en las tinieblas, quiero dejar constancia de que tengo el derecho, como ciudadano y como hombre, de preguntarle al señor Gobernador de la Provincia, si estamos en plena regresión al año 40; si el oficialismo — a esa *mascarada política,* yo no la llamo *partido radical,* — es un jamelgo esqueletoide que va cabresteando de mala gana tras del carro de la civilización y el progreso; si el oficialismo ordena y santifica el crimen; si él ha tirado a un estercolero los ideales democráticos y si sobre la tumba, que le ha cavado al radicalismo — triunfe o no triunfe en los próximos comicios, — no habrá más recurso que atronar el espacio con sarcásticas y estridentes carcajadas dignas de Rabelais.

¡Ay de mí! El alma pánica y grandiosa de la patria, que se extiende muellemente a lo largo de nuestras pampas, que se baña en la linfa pura de los torrentes de la montaña, que arrobada canta en las sonoras liras de sus cataratas, que mira por la pupila azul de sus lagunas, que se aduerme tranquila en la misma cresta olímpica del Ande, no ha de sentirse ufana viendo pulular en la provincia liliputienses y cacasenos como se cubren de hongos los prados después de las grandes lluvias.

En verdad que era de esperarse mayor grandeza en un partido lleno de aspiraciones nobles y de magnos ideales, sobre todo en una tierra grande, fecunda y hermo-

sa, enaltecida por el Ande gigantesco que hunde su frente en el mismo cielo, acariciada noche y día por el crespo cendal de los oleajes del soberbio mar Atlante... (1)

Eduardo Isla.

---

(1) Víme precisado a pedirle garantías al Gobierno Nacional, el cual, como era natural, se limitó a darle traslado de mi petición telegráfica al Gobierno Provincial, el cual, por fin, agigantando demasiado los acontecimientos, remitió a aquel lugar diez soldados del Guardia Cárcel al mando de un teniente.

Debo dejar consignado que en aquella ocasión fuéme eficaz Angel Pascasio con el parejero que montaba, así como que Don Romualdo Kisner, espíritu valiente y noble, empuñó un mauser y, al frente de un puñado de hidalgos ciudadanos, vino a custodiar mi casa, rasgo éste que no puedo pasar en silencio.

Ignoro si vive aún, pues nunca tuve después noticias de él... Sólo sé que se trasladó a otro punto, si mal no recuerdo, a Estación Gálvez. Si algún día leyere estas líneas, reciba de mí el homenaje que su lealtad merece.

LOS DOS REDENTORES

Los de mi cuento, no eran, por cierto, San Martín y Bolívar...

El *radicalismo principista* estaba en agonía... Era el otro, el de los sin principios, el que estaba triunfante. ¡Preciso era darle a aquél una inyección de vida!

En ese radicalismo que empezaba a sentar sus lares en los palacios de gobierno, yo no tenía papel alguno que desempeñar. Entre él y yo existía un antagonismo irreductible. Si él era la noche, yo era el sol; o al revés, si queréis.

A las constelaciones de ideas que yo sentía resplandecer en el cielo de mi alma, aquel radicalismo carecía de telescopio para alcanzar a divisirlas... ¿Debía yo dejar indiferentemente morir a mi partido, para que algún día la demagogía inficionara toda la República? ¿*Estaría escrito,* acaso, que el radicalismo tuviera que terminar en un régimen nefando, mil veces peor que el que habíamos condenado siempre con frase fervorosa, lapidaria y altisonante?

¡Jamás el médico debe cruzarse de brazos aunque esté en presencia de lo que se ha dado en llamar casos perdidos...! Los organismos suelen tener reacciones súbitas que escapan a la previsión de nuestra ciencia. Por

otra parte, ésta puede, de un momento a otro, darnos una sorpresa. Lammenais, fervorosamente había dicho: "Aunque la perdáis siete veces, siete... ¡no perdáis nunca la esperanza! Almafuerte aconsejaba confiar en ella hasta cinco minutos antes de perder la vida. Yo, en mis tremendas rebeliones prometeicas contra lo que los selénicos llaman *la ley más justa*, proclamaba: No pierdas nunca la esperanza... ¡ni aún cinco minutos después de muerto!, porque ya está muy cercano el día en que la ciencia pueda infundirle vida a los cadáveres (1).

Echéme, en aquella ocasión, una profunda mirada hacia adentro... Llegó hasta el fondo de *todas mis conciencias*. Lo sentí a Prometeo titilar, dentro de mí, cual una estrella... En las axilas de mi alma veía, sin lugar a dudas, alas tan amplias como para empollar, debajo de ellas, a la misma tierra cual si fuere un huevo, para que de ella surja, mediante el calor de mi corazón, una sociedad nueva presidida por el ángel Israfil (2); vale decir, riente, feliz, exenta de los actuales dolores cuotidianos de la vida y del dolor espantoso de la muerte...

Un recuerdo temblequeó a mi vista como una luz agitada por el viento...

Tenía yo tan sólo siete años...

---

(1) Ya publicaré una obra al respecto, abriendo nuevos y prodigiosos horizontes en ese sentido. ¡Permítaseme que, por el momento, no diga ni una palabra más! ¡Todo tiene señalado su hora en el reloj del tiempo! Por ahora sólo me apresuro a decir que no todo cadáver está muerto. La muerte es un proceso de desintegración de la vida, que se opera en los cadáveres; verdad ésta que se le escapó al gran sabio Le Dantec, no obstante la profundidad con que estudió este tema.

(2) El angel de la felicidad en el París de Mahoma.

El fenómeno que voy a relatar parecería asaz inverosímil que me hubiera ocurrido en esa edad, en la que nada se toma en serio ni profundiza; no obstante, es absolutamente cierto.

Un hombre de gran barba negra, haraposo, desgreñado, de aspecto asiático, en estado de morbosa exaltación mística, se detenía en las esquinas, y, accionando patéticamente ante una muchedumbre imaginaria, anunciaba, delirante, incongruente y apocalíptico, la destrucción del mundo...

Como jamás me he esquivado ante lo horrible, corrí a escucharle con el alma abierta...

Alcancéle a oir estas palabras:

"¡Raza podrida de Adán! ¡Oid, oid y haced penitencia! Dios ha decretado vuestro exterminio... Satán sedujo una vez a Eva y a Adán, y les hizo probar el fruto del árbol del conocimiento para que se hicieran iguales a Dios. ¡Horrendo pecado! Dios no tolera que alguien quiera parecérsele. Los gusanos deben ser gusanos y los pájaros, pájaros. Bien hizo Dios en desterrarlos para siempre del Paraíso, y en imponerles a ellos y a su descendencia el sufrimiento eterno. Mas los hombres no se arrepintieron. Para conducirlos por buen camino, les mandó al Cristo, a su propio hijo, y lo clavaron en una cruz. La sangre del Mesías debía de redimir a los mortales. Pero la raza maldita de Caín, no se arrepiente nunca... Sugestionados por Satanás, estudian y más estudian para descubrir el secreto de la inmortalidad. Mas Dios no quiere que hombre alguno se iguale a él... Preciso es que el mundo entero desaparezca. ¡Oíd,

raza podrida de Adán! ¡Oíd, oíd y haced penitencia! Va a estallar una catástrofe peor que la que aniquiló a Sodoma y Gomorra. Dios pondrá en sn houda una estrella, y la enviará contra la tierra. Todo será aplastado. Nada quedará en pie: ni una casa, ni un árbol, ni un hombre. Las montañas se reducirán a polvo. Las aguas saldrán de sus cauces. La tierra misma estallará en pedazos. ¡Todo será un cementerio horrible en que muerto estará todo! ¡Oíd, raza podrida de Adán! ¡Oíd, oíd y haced penitencia!

La tremenda profecía de aquel apocalíptico: ¡Todo será un cementerio horrible en que muerto estará todo!, parecía taladrarme los sesos. Una congoja infinita se apoderó de mi corazón... Me puse más lívido que la muerte... ¡Cómo! ¡Iba a morir mi madre! ¿Dios lo había resuelto así! ¡Y todo porque en el mundo se estudiaba! Todos tenían la culpa. Y yo más que ningún otro chico, puesto que me pasaba los días estudiando, comía leyendo, leía en la cama al acostarme, me levantaba obscuro, hasta en invierno, aterido de frío, por leer el *Teatro*, de Shakespeare, y la *Historia de La Alambra,* de Fernández y González.

Apesadumbrado, triste a más no poder, me acosté... Y aquí viene lo extraordinario. Tuve, esa noche, lo que el poeta norteamericano Walt Whitman llama una *visión del alma;* una visión a estilo *místico rebelde,* por decirlo así, que hubiera merecido la bendición de Prometeo. El espíritu de ella era muy diverso del de la visión, un tanto semejante, que tuviera Jacob en el desierto, cuando soñó en la escala que al cielo conducía...

Ví, entonces, dormido, el amplio panorama de la vida... El mundo era un trágico manicomio, en el que los hombres, gimiendo y llorando, soñaban a todas horas con bellas ilusiones. Todos corrían desesperadamente, con los ojos vendados, tras de encantadoras mariposas multicolores.

De improviso el cielo adquirió una luz intensa, tan extraña, tan deslumbrante, como no he podido ver nunca nada que se le asemeje. Yo la *ví* a esa luz y, al mismo tiempo, un anciano, de cabellera y barba blanca, que *era Dios,* me dijo:

—No tengas miedo, muchacho... Todo lo que dijo el otro, es mentira. Estudia tú tranquilo. El pecado de Adán y Eva no consistió en querer ser como yo, sino en no haberlo sabido ser. Ellos quisieron ser sabios como yo, sin estudiar... ¡Imposible! Pero tenían razón en creer que es la sabiduría lo que hará del hombre un ser semejante a mí... ¡Esta es la verdad! Proclámala bien alto. Vé tú, pues, por el mundo, de pueblo en pueblo, anunciando esta buena nueva... Tú — no lo dudes, — has nacido para ser el *verdadero* Redentor... ¡Bendito seas, hijo mío!

Al oir tales cosas, poco faltó para que yo no quedara muerto, como fulminado por un rayo... Por suerte, desperté, y, haciendo un tremendo esfuerzo, conseguí que el *corazón no se me saliera por la boca.*

Hasta hoy estoy asombrado del contenido de verdad que encerraba aquella visión colosal... En efecto: la sabiduría — en su amplio sentido de ciencia, hermosura, justicia y bienestar, — es, y lo será siempre, la suprema

Redentora de los hombres y los pueblos, por la superrazón de que ella obra como estrella polar sobre el inconmensurable piélago de los instintos.

Asómbrame también, al infinito, el hecho portentoso de que yo, a esa tierna edad, pudiera darle *instintivamente*, sin el más pequeño antecedente ilustrativo, una *interpretación prometeica* al génesis bíblico, en abierta pugna con la de todos los místicos que ha producido la cristiandad, como si yo, por un fenómeno ascentral, así como el monstruo nato reproduce la antigua humanidad troglodita, reflejara yo, a mi vez, un destello del alma de Esquilo o de Epicuro, sabios que, de tal modo son substancia de mi alma, que un palingenético fervoroso se creería autorizado a afirmar que los llevo encarnados dentro de mí... O mejor aún: ¿será cierto, evidente que, cual lo sostengo en otra obra, todo hombre lleva, en el seno de su espíritu, dormido o en potencialidad, un ser celeste..., el cual, cuando la *sabiduría*, precisamente, lo ponga en plena actividad, marcará, sobre la tierra, el reino de los hombres-dioses...?

Lo que yo había tenido, en suma, era uno de esos momentos extraordinarios que Amiel, *no pudiendo darles más que una interpretación mística*, describe así: "¡Fantasías grandes e inmensas, inmortales, cosmogónicas, en las que se tiene a Dios en el propio pecho, se tocan las estrellas y se posee el infinito! Momentos divinos, horas de éxtasis, en que el pensamiento, volando de mundo en mundo penetra el gran enigma, respira a pulmón lleno, con respiración tranquila, profunda como la del océano, serena y sin límites como el firmamento azul; visitado de

la musa Urania, que dibuja, en torno de la frente de sus elegidos, el nimbo fosforescente de la potencia contemplativa, vertiendo en el corazón la embriaguez tranquila del genio cuando no su autoridad; instantes de intuición irresistible en los que nos sentimos grandes como el universo, tranquilos como un dios''.

Y bien: la fantasía que me *había visitado* en la niñez, ¿no podría, por un esfuerzo de mi voluntad, transformarse en una vívida realidad? Era cuestión, simplemente, de quererlo... No había más que poner la voluntad en consonancia con el ensueño. Colón encontró un mundo porque lo soñó... Hasta los pueblos pueden lograr lo que sueñan... La Judea soñó un Cristo, y Cristo... fué.

Don Hipólito Irigoyen se titulaba a sí mismo *el Redentor*. El se proclamaba por sí y ante sí una especie de Mesías. Dios lo había mandado a este mísero mundo con la santa misión de *redimirnos*, como más tarde lo proclamara por escrito ante la Nación entera, muda de asombro.

De misterios está llena la vida... — me decía a mí mismo. — El fenómeno más insignificante, comporta, en realidad, un misterio portentoso... El átomo encierra un misterio, para la mente humana, tan grande como el universo. El hombre tal cual es, surgido de un germen prolífico, es algo que abisma al genio, por más prometeico que sea, porque no le es dado ni columbrar la relación que existe entre la causa y el efecto. ¿Cómo ese germen uniforme contiene la diversidad infinita? ¿Qué misteriosa cuanto divina evolución es esa que hace que

una célula contenga en sí, en potencialidad, ese microcosmos que se llama ser humano, con su *forma* siempre diversa, regida siempre por leyes ascentrales? Bien se sabe y bien se vé que la naturaleza *puede todo lo que hace* y que es una puérpera infinita; pero esa evolución tan portentosa constituye el misterio elevado a la potencia enésima.

Y, para decirlo todo de una vez: ¿por qué don Hipólito y yo no seríamos los dos redentores de la hora presente? Yo sabía que él era el *antiestadista por excelencia.* Ni una idea de gobierno podría germinar en su cerebro. Por eso mismo era el símbolo del alma ciega de la multitud. Con ese barro es con el que las muchedumbres ignaras constituyen siempre los ídolos ante los cuales se prosternan. Mas él era el *poseedor* del radicalismo de aquella época; lo tenía en sus manos como masa, como fuerza. Esa piedra informe requería el buril del artista. La estatua habría menester, luego, el soplo vivificador de Prometeo. ¿Por qué no podía ser yo el encargado por el destino para dotarla de alma, para inyectarle fuego y luz solar en las venas, para darle, por cerebro, una constelación de ideas?

Otra *visión del alma* — pero esta vez despierto, — me estaba obsesionando... Quise espantarla de mi cerebro cual a un ave inoportuna... A este efecto, epicúreamente, me eché a andar por un parque pleno de sol, en que ostentaban su gloria cien mil flores y entonaba una salve de alegría una inmensa bandada de *flautas* de pluma...

*

* *

¡Oh! Aunque me esté muriendo, dejad que inunde mi estancia el divino perfume de las flores y que suene, junto a mi ventana, la políglota y triunfal algarabía de los pájaros...

¡Oídme! No sólo la ciencia y el arte son mis amores... ¡También lo es la alegría!

En la primera redada de luz que el sol echó generosamente sobre el mundo, quedaron en libertad sobre la tierra el enjambre infinito de las flores y los pájaros que el buen padre Apolo había hurtado ingenua y picarescamente de los astros para entretener sus ocios divinales... ¡Por eso es que el alma se siente inundada de gozosa beatitud en presencia de las flores, y que las aves, cuando vuelan o cuando trinan, nos traen venturosos mensajes de la alegría de otros mundos...!

*

* *

Flores y pájaros infundiéronle a mi alma un aliento herácleo-dionisíaco... El ensueño era tentador... ¡Bien valía la pena de un ensayo! ¡Por lo visto, en este mundo, muere un Quijote y nacen mil!

Dicho y hecho... Sentado en mi gabinete de estudio al lado de una incubadora en función, a la que vigilaba constantemente con singular curiosidad y amor cual si creyera que de ella iban a surgir las huríes maravillosas del Paraíso de Mahoma; medité un plan y escribíle a don Hipólito Irigoyen, al Redentor ya consagrado, pro-

poniéndole, — así, como lo estampo, — que los dos, tomados del brazo, echáramos a andar por todas las ciudades de la República, corriendo de mi cuenta dar, en todas, conferencias, de acuerdo con un programa formulado de antemano. ¡Cosa verdaderamente extraordinaria! El señor Irigoyen aceptó de plano, sin oponer el más mínimo reparo. Yo quedé encantado..., más que si me hubiese sacado la lotería del millón.

Ahí no más me puse a escribir sin parar mientes que el calor que despedía la incubadora bañaba de sudor mi frente en aquellos días caniculares, según lo advirtieron los demás...

Una de esas conferencias se la mandé por correo al *otro Redentor*, por ver si estaba conforme. Pero aún hice más... Mandé imprimir, en hoja suelta, el programa de las arengas, discursos y conferencias que iba a dar en todo el país (1).

Consultado en larga carta don Hipólito, dió aquiescencia, y me pidió, en telegrama que conservo hasta ahora como una reliquia, que *bajara* a Buenos Aires a efectos de dar principio a la obra magna.

Todo iba a las mil maravillas, pues. En consecuencia, empecé a alistarme. Mandé preparar la indumentaria pertinente (2). Empezaron a funcionar los baúles...

---

(1) El tal programa fué impreso en Ceres, en la imprenta de Don Pablo Santa Cruz.

(2) Esta fué obra de Don Leopoldo Vitti, hermano de Don Romualdo Kisner.

Consigno estas minucias, carentes de todo valor, a riesgo de parecer harto pueril, porque tanto Santa Cruz como Vitti fueron leales conmigo.

Mi satisfacción era muy grande. ¡Una aurora de ensueños y esperanzas se abría en abanico dentro de mi alma!

La empresa me parecía la cosa más fácil y hacedera del mundo... Puesto que él y yo lo queríamos, todo estaba resuelto.

Pero he aquí que me ocurrió un percance singularísimo...

Yo no sé cómo diablos fué que corrió por todas partes, con rapidez vertiginosa, la noticia de que yo iba a abandonar para siempre la provincia...

Un buen día, sin anuncio previo, se me presentó en mi casa, de visita, el ciudadano don Máximo L. Coria, a la sazón jefe de taquígrafos de la Cámara de Diputados.

Venía en misión oficial, según me dijo, con el propósito de evitar mi partida, pues yo podía prestarle a la provincia importantes y señalados servicios.

Debo advertir que el señor Coria me era afecto, no porque yo militara en el radicalismo, sino por mis ideas, más de una vez expuestas en la tribuna, en los diarios y en el Comité de Librepensamiento, del cual era él un miembro destacado.

Yo había tenido la rara suerte de poder conciliar a todos los librepensadores de Santa Fe. Lo curioso era que cuando yo fijaba mi residencia en la Capital, la paz y la armonía se mantenían por sí solas, sin el menor esfuerzo de mi parte: por simple acción de presencia, como decían... Mas en cuanto yo me alejaba, se desencadenaba la tormenta. La paz de varios meses, que parecía firme e inquebrantable, desaparecía en un minuto. El centro de los hombres libres, transformábase en una vul-

gar bolsa de gatos. Es que de inmediato entraban a actuar, en forma disolvente, viejos antagonismos, fundados en míseras vanidades (1).

El señor Coria creía, como muchos otros, que en mis manos el liberalismo podría llenar en nuestro país una misión extraordinaria. Esto fué, sin duda, lo que lo impulsó a aceptar una misión tan delicada.

Parece ser, según creí vislumbrar, que algunos personajes conservadores le habían pedido que me sondeara con el fin de proponerme algún acuerdo ventajoso para mí; pero el visitante tuvo el buen acierto, al leer en mi rostro una suprema indiferencia, de guardar un prudente silencio, que yo tuve buen cuidado de no interrumpir (2).

De improviso, viendo que ninguna argumentación era capaz de hacerme apear de mi designio, cambiando de táctica, tornándose *hombre práctico,* recurrió a la tentación, y, oficiando de Demonio, sacó de su bolsillo un presupuesto provincial impreso, lo abrió ante mis ojos, y me dijo:

—No se vaya... Es necesario que se quede usted y bien ubicado en el presupuesto. Elija el cargo que más

---

(1) El anciano Gismondi, jefe de la Oficina de Marcas, garibaldino y liberal fervoroso, solía decirme con afecto paternal: "Sin usted, no puede haber liberalismo en Santa Fe... Si usted llegara a radicarse de nuevo en Buenos Aires, no quedaría aquí ni una sombra de liberalismo".

Desgraciadamente la profecía se cumplió.

(2) El senador Moisés Leiva, suegro del que fué gobernador Lheman poco después, debió ser uno de ellos. Lo induzco del hecho de que el señor Coria pusiera en mis manos un retrato de él, con amable dedicatoria.

le agrade y cuente con la seguridad de que Menchaca se lo otorgará sin objeción alguna.

Yo le contesté olímpicamente:

—¡Por los cuernos de la luna! La provincia entera no tiene qué ofrecerme a mí. En el supuesto de que toda su tierra y toda su agua fueran oro del más alto quilataje, todo él no alcanzaría para comprarme.

Hasta ese momento, yo no le había dado a la propuesta, importancia alguna. Pero a partir de ese instante, la conversación tomó un giro interesante.

El me contestó:

—Si mal no recuerdo, creo que usted, en cierta ocasión, estuvo a punto de ser Secretario de la Cámara de Diputados y, después, Director de la Cárcel.

—¡A punto! ¡a punto! — le repliqué. — No tanto, no tanto... Lo que hubo fué que algunos diputados correligionarios míos, carentes de alma, con su presidente Fougere a la cabeza, se propusieron brindarme ese cargo, teniendo asegurada la mayoría de votos para triunfar. Mas, cuando llegó el caso, llenos de miedo ante un demócrata porque levantó la voz (1), confirmaron al existente. Los dos únicos diputados radicales que demostraron algún carácter en esa emergencia, fueron los señores Mendieta y Gallo (2).

---

(1) El tal diputado demócrata lo era por Caseros, y es actualmente director de ''La Capital'', según creo, en reemplazo de su señor padre, que falleció. (No estampo aquí su nombre, porque se me escapa de la pluma en este momento).

(2) El primero fué después vicegobernador, y el segundo, si no estoy mal informado, ocupa hoy una banca nacional.

En cuanto a la Dirección de la Cárcel, todo lo que hubo fué una propuesta que me hiciera don Atanasio Péez, secretario privado del Gobernador, la que debió haber partido de su propio corazón y nada más, por cuanto no tuvo trascendencia por parte del Gobernador, ni de su ministro Mosca, encargado interinamente de la Cartera de Gobierno. ¡Sin duda no les fuí persona grata!

Adelántole que, en aquella ocasión, ese cargo lo hubiera desempeñado con agrado, para apartarme para siempre de la política activa y entregarme por entero al estudio, del cual no me será dado nunca poder apartarme.

Tan a lo serio tomé aquel ofrecimiento, que estaba dispuesto a hacer una de las mías. ¡Asómbrese de lo que va a oir! El día que asumiera el mando, iba, ante los miembros del gobierno que asistieran, a dar una conferencia llena de *diabólica benevolencia y de perdón* para todos los criminales, convencido de que los *buenos* que pululan fuera de las cárceles, están tan llenos de lacras y miserias como los *malos* en ellas encerrados y custodiados por fuerzas de línea.

Hay muchas maneras de delinquir en la vida, amigo mío... ¡Cuántos grandes criminales andan sueltos y enaltecidos, sencillamente porque sus crímenes están fuera de la sanción penal, pues fueron los *buenos* de todos los tiempos los que confeccionaron los códigos penales, teniendo buen cuidado de castigar solamente los crímenes de los *malos!*

El que entendía bien estas cosas era Nietzche, el cual decía que él le tenía más miedo a los *buenos* que a

los *malos*. Salvo que se olvidó de confeccionar este terrible cuanto sarcástico aforismo que a mí me ha enseñado la vida: ¡De los *buenos*, líbreme Dios, que de los *malos* me libraré yo!

Fíjese qué interesante y dramático iba a resultar el caso... A todos les iba a dar una sorpresa de padre y señor mío. ¡Hubiera tenido escogido al criminal más feroz, al más miserable, al más repelente, vale decir, al matricida, y, al terminar mi peroración, como en símbolo de reconciliación suprema, llamándole hermano mío lo hubiera... estrechado entre mis brazos y besado en la frente! Y... ¿sabe por qué? Porque en este mundo nadie es autor de sí mismo. Cada uno es como sus padres lo hicieron. Nadie es responsable de nada. ¡La justicia de los grandes corazones no puede ser más que una benevolencia y una piedad para todos!

El señor Coria, a pesar de la larga disgresión, reemprendió la lucha:

—Usted podría elegir ese mismo cargo u otro cualquiera mejor rentado. Esto le digo en el caso de que su situación económica no fuera muy satisfactoria.

El había puesto el dedo en la llaga. Yo acababa de perder un capital, para mí respetable. Noventa días de lluvias consecutivas, por una parte, e inundaciones que duraron cerca de un año, por otra, habían, en diversas formas, dádole recios golpes a mis finanzas.

La proposición me tomaba en mal momento... La oferta venía en hora oportuna... Eran como las doce meridiano. El día estaba un tanto fresco. No obstante,

yo sudaba a mares. El instante era decisivo. No sabía qué hacer... ¿Debía jugarme el destino a la cesta y ballesta? ¿Era posible que yo renunciara a mi ensueño de redención? ¿Era admisible que le faltara a la palabra a don Hipólito Irigoyen? ¿Acaso la obra que proyectábamos los dos Redentores, no merecía que yo, de antemano, le sacrificara hasta el pan de cada día?

¡Cosa rara! De improviso, bruscamente, *mi alma se volvió hacia Rivadavia,* hacia aquel estadista honra y prez de nuestra patria y de la humanidad, que, según mi creencia, era de la misma pasta que aquel Pericles, que fué, por decirlo así, el numen de los legisladores.

El me dió la respuesta al punto. El fallo fué fulminante, férreo, irrevocable. Aquella no era una cuestión de pan para mi hambre y de agua para mi sed. Pertenecía al orden de las cosas divinas, que están, por ende, por encima de la vida, por encima de la muerte. Consecuencia: yo no debía permanecer ni un día más en Santa Fe.

Así se lo manifesté a mi interlocutor, rotundamente.

El hecho culminante era éste: que me sentía ahogar en las inmensas cuanto fértiles praderas santafecinas...

Dos días después, con el mismo fervor con que Colón se fué a buscar un mundo, yo me lancé, alegre, confiado, a entrevistarme con el señor Irigoyen y a establecer mis lares en la gran Capital del Sud.

Llegué a mi casa materna... Pocos minutos después, el señor Irigoyen me envió su automóvil a buscarme, por intermedio del señor Scarlato. Le hice decir que a las

tres p. m. del día siguiente, lo iría a visitar al comité de la calle Cangallo (1).

Concurrí a la cita... El señor Cabrera, deferentemente, me hizo pasar acto seguido (2). Don Hipólito, en ese momento, conversaba con el señor Ferrer (3). Yo me senté tranquilamente en un rincón; pero él, en cuanto me vió, vino diligentemente hacia mí.

Hízome algunas preguntas sobre la política santafecina, con tanto más interés, cuanto que ya conocía varias publicaciones mías, entre otras: *¡Un bello ensueño hecho pedazos!*

Me escuchó sin pestañear, como es su costumbre. Todo iba excelentemente; pero, ¡ay!, mi *demonio particular* me incitó a hacerle, a mi vez, preguntas claras y precisas sobre esa misma política, que en nada se diferenciaba de la conservadora, o sea, de la del *régimen*.

Evidentemente él, *monárquico o absolutista como es,* no estaba acostumbrado a tolerar interrogaciones, ni sus adláteres, a decir verdad, se atrevían a tamaña irrespetuosidad. Lo grave es que ese *pecado* era, para mí, la cosa más fácil y natural del mundo. Soy hecho de una

---

(1) Jamás he conocido al señor Scarlato. Mil veces me han dicho que este influyente personaje tenía, frente al domicilio del señor Irigoyen, una agencia de lotería donde se lustraban botines.

Por uno de esos rasgos tan comunes en los déspotas, el dios, para humillar a Buenos Aires, lo hizo nombrar nada menos que elector en las últimas elecciones presidenciales... "¡Cosas veredes, amigo Sancho...!"

(2) El señor Cabrera fué diputado.

(3) El señor Ferrer fué Jefe de Policía de la ciudad de Santa Fe.

pasta tal que, si hubiese un juicio final, yo me veré fatalmente constreñido a interpelar al mismo Dios, arrostrándole la tremenda injusticia de haber implantado el dolor, sin piedad, sobre la tierra.

A Don Hipólito no le hizo ninguna gracia eso de tener que dar su opinión francamente. Eso no entraba en su método político. No es prudente comprometerse condenando a aquéllos de que podemos necesitar mañana. Contrariado, moviendo el cuerpo con inquietud, en una forma un tanto reticente, no tuvo más remedio que hallarme *razón en todo.*

Mas, esa manera un tanto vaga, imprecisa, verleniana, por decirlo así, de hacerme justicia, me produjo un efecto desastroso. No era eso, nó, lo que yo esperaba y tenía el derecho de esperar... Mi carácter resuelto y más leal que la misma lealtad, no puede tolerar ambigüedades..., ni aun en materia científica. Cuando un enigma se presenta ante mi inteligencia, me empeño en aclararlo con el mismo tesón y coraje con que defienden sus brazales los campeones.

Mi *demonio particular,* irritado sin que yo me diera cuenta, quiso forzar al caudillo a ser explícito y categórico como corresponde entre caballeros y más aun... ¡entre Redentores!

Entonces, empleando un recurso dialéctico, le dije sin ambajes:

—¡Muy bien! Estoy satisfecho... Quedamos en que Ud. reconoce, clara y terminantemente, que yo he tenido *razón en todo.*

Mas el dios no tuvo para conmigo, para su *Corre-*

dentor, el valor de la lealtad, ni el de la benevolencia, ni el de la justicia. Visiblemente contrariado, *ruborizándose* — es la única vez en mi vida que le he visto teñido el rostro de rojo, — me dijo prestamente:

—Yo no he querido, precisamente, decir tanto... Son asuntos muy complejos...

¡Tableaux! Instantáneamente quedé desencantado. Todo mi entusiasmo se disipó al punto. Ya no tuve más que un deseo: el de retirarme presto. La cruzada redentora había fracasado. Después de *eso,* ¿acaso era posible que él y yo, tomados del brazo como dos amigos, como dos hermanos, recorriéramos la República entonando himnos redentores? ¡Oh, una palabra sola basta a veces para unir o separar dos almas para siempre!

Con el pretexto de que se estaba haciendo tarde, me alejé sin hablar una palabra del plan concertado, ni siquiera de la conferencia que yo había puesto en sus manos ... (1).

El día luminoso, que yo me traía dentro del alma como un pendón de gloria, se había llenado de tinieblas...

Desconsolado, pleno de dolor y de tristeza, me encaminé al estudio del Dr. Crotto, impulsado por desfogar ante él la pena que me ahogaba.

El, en esos momentos, conversaba con el Dr. Vicente C. Gallo. Hacían antesala, esperando turno, el Dr. Aníbal Riú, el Sr. Atilio Larco, el comandante Gustavo Villamayor y seis o siete personas desconocidas para mí.

---

(1) Más tarde, siendo él Presidente de la Nación, me dijo que *todavía la conservaba en su poder.*

Mi amigo Don Camilo vióme al través de la rendija de la puerta. Jamás me había hecho esperar... En cierta ocasión, estando en antesala toda una delegación llegada de Salta, me había hecho pasar al punto y me había retenido una tarde entera, buscando, según me dijo, un descanso para su fatigado espíritu, en mi conversación...

Mas en la ocasión de que hablo, don Camilo, esquivando mi presencia, salió de improviso por una puerta lateral dando saltitos, mal avenidos con su edad y acostumbrada circunspección. Luego, ente el asombro de todos, bajó precipitadamente la escalera.

Los circunstantes me invitaron a hacer otro tanto para alcanzarlo en la puerta de calle. Mas yo, inmóvil como una estatua, les contesté tranquilamente:

—Si huye, algún motivo tendrá. No seré yo el que me ponga a correr tras de él...

Todos, creyendo que era *una broma,* festejaron *mi gracia* riendo alegremente.

El hombre a quien, con riesgo de mi honor y de mi vida, le había prestado un inmenso servicio en una cierta noche trágica, no estaba de humor para escuchar, una vez más, mi eterno *ritornello* de protesta contra el radicalismo que él dirigía en su carácter de Presidente del Comité Nacional y de mano derecha, o si se quiere, de *factotum* de don Hipólito Irigoyen...

Es claro: en aquel momento yo ya nada representaba dentro del radicalismo. No era más que un descontento, un soñador, un lírico, un poeta. Luego, nada valía. Mis luchas y sacrificios, ya habían pasado a la historia.

A los triunfantes, no les interesaba nada de eso. Había llegado para mí la hora del olvido. Yo me encontraba en la situación del rico venido a pobre, que debe, por cierto, heder a muerto, pues todos le dan la espalda.

—¡Ya el destino — me dije — le pedirá cuenta de esto! (1).

Mi desilusión tocó entonces el fondo del abismo...

Bien lo comprendí: Don Hipólito y yo eramos dos seres antipódicos, antagónicos, nacidos para no concordar nunca.

Y de esta triste, burda e insípida manera terminó aquel ensueño famoso que, de haberse realizado, hubiera modificado todas las cosas y producido ambiente para que el país, en la época extraordinariamente propicia de la conflagración universal, hubiera puesto en movimiento todas sus riquezas, y se hubiera constituído en nación prominente, no sólo por sus industrias, sino también por la justicia, la cultura y el bienestar...

¡Oh, pobre Quijote de los tiempos nuevos! ¡Tu Dulcinea del Toboso semejante a un lirio de los cielos por un dios perfumado de belleza y santidad, resultó ser, desvanecido el encanto, una vulgar fregona, torpe, ruin, miasmosa y repelente...!

---

(1) Y bien caro le costó — me volvió a decir — cuando *huyó* de la Gobernación de Buenos Aires. Aquella ingratitud fué pagada con una ingratitud que no tiene nombre, consumada por un dios...

¡DOLOR!

Yo había soñado demasiado...

Desde la cima del Ande, donde mi alma, soñando, había asentado su vuelo, la tempestad la había arrojado al abismo..., cual un cóndor con las alas rotas.

Luego, allí, en el abismo, el piélago de la vida, lanzaba, sin piedad, sobre mi pecho, el turbión rugiente de sus olas más potentes y más negras...

Mas, como el Ayax de la leyenda griega, me erguí cuan alto soy y exclamé heráclео-dionisíacamente: *¡etiansi!* ¡adelante! ¡yo he de vencer... aunque se opongan los hombres y los dioses!

Fué, entonces, cuando, para no morirme de pena y desencanto, echéme a nadar con este *salvavidas,* en dirección a las benditas playas del olvido...

*

* *

Una dama, que yo no sé por qué lloraba, díjome un día: "En tu guitarra, ¡oh, poeta!, siempre vibran cantos triunfales de vida, de fuego y optimismo... ¿No tendrá tu guitarra una bordona donde el dolor exprima sus angustias?"

Yo le contesté al punto: "Yo no soy pesimista ni optimista... Desde una cumbre contemplo la vida tal como es... Está, sin duda, la quilla de mi barca apuntando hacia ese Norte, empujada por el turbulento oleaje de mi sangre exuberante; pero la vida despiadada ha puesto en la brújula de mi alma un astro melancólico".

Entonces me dijo ella: "Quiero oir tus elegías... Canta, si quieres complacerme, como un ruiseñor sobre una tumba".

¡Oh, señora mía, satisfecha quedarás...! Soy el poeta del sentimiento. Hay en mi corazón todo un mundo de ternura. Aunque en el alma-espíritu no creo, todo tiene para mí un alma, una vida... ¡hasta las cosas muertas!

¡Sol, padre eterno de la vida! ¡vos, que llenáis de fuego y luz el mundo y los prados de flores, dadme flores, luz y fuego! Y vos, ¡dulce y pálido astro de la noche!, si son vuestras lágrimas las estrellas, ¡dadme una estrella para mojar mi pluma!

*

* *

¿Qué es el astro en que vivimos?

Un sepulcro que guarda en su seno todo cuanto fué.

¿Y la vida?

En la Grecia pulsa Píndaro su lira desde el fondo de los siglos, y, con voz dolorida y riente a un tiempo mismo que parece reirse bonachonamente de sí misma, nos dice: La vida es el sueño de una sombra.

Desde las caldeadas arenas de la Arabia levanta el viejo Job su figura fatídica y gemebunda, y con voz cavernosa que hiela y que espanta, nos dice: *Sicut nubes... velut umbra... quasi naves...;* nube que pasa, sombra que huye, naves que cruzan el mar... ¡eso es la vida!

Oh, sí, no hay otra cosa tan ligera para huir... como la vida. La vida entera es sólo un día, y el día el soplo de una vida.

Ay, sí, la vida es una ola que va rodando por el mundo con espuma de ilusión, luciérnaga de incierta lucecilla perdida en lo insondable de una noche de misterio, un puente de suspiros tendido entre dos nadas, un cigarrillo que cínicamente se fuma el destino...

*
* *

Triste condición la humana... Parece que estuviéramos mejor organizados para sufrir que para gozar, porque es cosa bien sabida que los dolores recientes hacen reverdecer los dolores pasados, mientras que las alegrías de hoy no devuelven la primavera a las alegrías muertas...

Oh, y al que no haya sufrido intensamente, no le pidáis ternura de humanidad, ni dulzura de conmiseración... Para que un hombre se sienta miembro de la humanidad y sepa comprender el dolor ajeno, es menester que tenga una sensitiva en lugar de corazón y tantas copas de amargura haya libado como son menester para emborrachar al alma...

Las gentes dichosas pasan por la vida sin conocerla: con la faz sonriente, pero con vendas en los ojos. ¡El dolor es el gran maestro de la vida!

¡Oh, dolor! ¡tú eres el gran propulsor de la existencia, la palanca que conmueve los mundos! ¡Tu hijo es el progreso! ¡Las ciudades son tus nietas!

El dolor es cielo y es abismo. Hunde a los pequeños y eleva a los titanes. Es montaña que aplasta o inspiración que diviniza. Padre es del miserable, lo mismo que del genio. ¡Bendito seas porque le diste a Prometeo dos alas tan grandes como el cielo!

Siglos son nuestros dolores; nuestras alegrías son minutos.

Dolor que suspira, es dolor que vuela... Dolor con lágrimas, es noche con estrellas... Dolor sin palabras... ¡oh, dad la palabra al dolor porque sino será un ave maldita que gemirá perpetuamente en el corazón hasta romperlo!

El dolor profundo es como una virgen pudorosa y bella que huye de los indiferentes y se refugia en la soledad como en un templo; pero el rey de los dolores no es el dolor que mata, sino aquél que, ignorado del mundo, vela sin esperanza, frío y cadavérico, en el fondo de un alma...

*

* *

Cuando el alma está sangrando, vierten los ojos lágrimas... ¡Es que sangre del alma son las lágrimas!

Los hombres que más lloran son los grandes hom-

bres... Nunca, sin embargo, se les ve llorar... ¡Es que lloran para adentro!

Es el llanto el mejor hechizo de la mujer que amamos... Son sus lágrimas más temibles que un cañón. ¡Ante ellas no hay valiente que no rinda sus armas!

Hay lágrimas tibias que consuelan, pero hay también lágrimas que queman como gotas de plomo derretido. También las hay de miel... Otras hay que sonríen... Las lágrimas de amor son las más bellas y dulces de las sonrisas... ¡Feliz el hombre que sienta caer sobre su frente el don divino de esas perlas!

*

* *

El dolor es padre augusto de Homero y de Cervantes, de Shakespeare, Dante y Víctor Hugo, por no citar sino las cumbres.

El genio no ha sido consagrado por la naturaleza a la alegría... Su corazón no es puramente un foco de esa riente jovialidad que a manos llenas prodiga al mundo como pudiera hacerlo Flora con las flores de su cesto interminable...

Oh, en el genio no es todo primavera... — luz radiante, flores de incendio, alegría que desborda... — De tiempo en tiempo un astro melancólico ilumina sus vergeles. La violeta soñadora y triste se advierte al pie de todos sus rosales, en los que nostálgicos ruiseñores cantan sus ternuras dulcemente...

En toda divina obra de arte hay un fondo de infinita tristeza...

Inmensamente triste es la musa picaresca y retozona del ínclito Cervantes. Don Quijote siempre en lágrimas bañado tiene el rostro..., hasta cuando dando tumbos de carnero va rodando por el prado...

Larra, que chistes aventaba a todos vientos, confesó que era su alma un cuerpo opaco destinado a dar luz como la luna. Cuando estaba por soltar el llanto... ¡soltaba la carcajada!

No hay pensamiento grande, en cualquiera lengua que sea, que no haya sido engendrado por el dolor... Con razón dijo el inmortal cuanto adusto gibelino: ¡Quien sabe de dolor, todo lo sabe! Es que la tristeza, en que el dolor se disuelve, es fecunda y bienhechora como la lluvia que apaga la sed de los sedientos prados. La tristeza en el alma es lo que la nebulosa en el cielo: ¡una nube que guarda en su seno millares de soles!

*

* *

Decía Napoleón... "Tan valiente es el que sufre con constancia las penas del alma, como el que se mantiene firme ante la metralla de una batería. Abandonarse al dolor sin resistir, matarse por substraerse a él, es abandonar el campo de batalla antes de haber vencido".

Vése en esas palabras el alma arrojada y valiente de Napoleón, toda audacia, toda acción, como el águila toda vuelo.

Cervantes decía... "La mayor cobardía del mundo es el matarse: porque el homicida de sí mismo da señal de que le falta ánimo para sufrir los males que teme. ¿Y

qué mayor mal puede venir a un hombre que la muerte? Y siendo esto así, ¿no es locura apresurarla? Con la vida se enmiendan y mejoran las malas suertes; y con la muerte desesperada no sólo no se acaban ni se mejoran, pero se empeoran y comienzan de nuevo''.

Cervantes era un filósofo lleno de dulzura, de amor y de esperanza... ¿Cómo no iba a pensar así si él mismo era el Quijote?

Larra, otro coloso, fulminaba sarcásticamente a los suicidas... ''Porque al fin — decía — yo les pondría un dilema a esos locos... O la mujer a quien quiero ha de sentir mi muerte, y en ese caso soy demasiado galante para darle semejante sentimiento, o mi muerte ha de serle indiferente, en cuyo caso es preciso ser muy necio para proporcionarle una diversión tan cara''.

Necio razonar el de estas almas grandes... ¡Oh, Larra desventurado! ¡cuando eso escribiste te habías olvidado que otra vez habías escrito que en la pasión no hay obstáculo, no hay mundo, no hay hombres, no hay más Dios, en fin, que ella misma! ¡Tú, no cumplidos aún los veintiocho años, en la plenitud de la vida, cuando ya tus manos de malabarista intelectual jugaban con estrellas, y ante tu genio riente y portentoso se abrían de par en par las puertas de oro del templo de la vida para brindarte sus flores y sus perlas, tú te arrancaste la vida para brindársela a sabiendas a una mujer... — ¡ni aún para ella quiero tener una palabra amarga por cuanto comprenderlo todo es perdonarlo todo!, — a una mujer que no quiso, no supo o no pudo comprenderte y que ni aún siquiera derramaría sobre tu fosa una tierna lágrima de

compasión y de ternura, una tan sola, ni pondría sobre ella la miosotis del recuerdo que ni a un perro se le niega...!

¡Oh, no tengamos gestos desdeñosos ni palabras acerbas para la memoria de los que prefieren, no la ruidosa vida, sino el silencio eterno de la muerte! Ante la tumba de Larra enmudezca Napoleón — mar bravío siempre en lucha contra las peñas de la vida — y calle también Cervantes — cisne desventurado, sin nada para su hambre, cantando dulces quimeras en un dulce mar azul...

No hay ninguna flecha envenenada en mi carcaj para la memoria de aquel que se suicida...

Mi piedad se derrama plenamente sobre esas tumbas como piadoso raudal de ópalos y perlas cayendo lentamente de la luna.

Ante el cadáver del suicida, sólo puedo exclamar con el alma llena de dolor y espanto: ¡Vaya uno a saber qué viento lo tumbó, ni qué borrasca lo arrancó de las playas de la vida!

*

* *

El genio es un ave solitaria e incomprendida que vive allá en lo alto, en la alta y misteriosa región de las estrellas. Cuando extiende, por el mundo, su mirada como un mar, el mundo, cual una flor, al sentir la cálida caricia de su luz, entreabre su corola y le deja beber en su nectario.

Sólo en el amor encuentra el genio la fuerza que ha menester para llegar hasta la cumbre. El don de genio es

supremo don de amor, como lo proclama a gritos su infinita misión de crear y padecer... Y tal vez el amor inmensamente lírico sea patrimonio exclusivo de los genios... Napoleón, aquel Vulcano formidable que blandía sobre el mundo su espada como un rayo, que se hubiera deleitado en hacer sanjuanes con piras de cadáveres humanos, que en sus ansias infinitas de dominio soñó tal vez en jugar a la pelota con la tierra en el frontón del cielo; mientras huraño y cejijunto hundía el taco de su bota encharolada en la frente soberbia de la Roma, suspiraba con la blandura con que los céfiros juegan con las flores y temblaba de amor ante su amada, tímido y cohibido como un paje dulcemente enamorado de su reina...

El genio, sin el amor, no es genio. Si le quitáis el amor, se lo quitáis todo... Ameghino, que le dió vida nueva al mundo muerto, hombre-dios, fuerte y poderoso como era, no podía vivir sin el amor de una mujer y se dejó morir a lo Petronio, sin pena ni amargura, porque se había ido de la vida la mujer que con su amor le daba ambiente y alas a su genio.

Aunque nadie lo haya dicho, yo lo digo: sólo en el amor encuentra el genio el punto de apoyo que ha menester para conmover con su palanca el equilibrio soberano de los mundos.

*
* *

De Ligia un bardo ha hecho una diosa...

Si será fea o hermosa es cosa que yo no sé... Todo lo embellece y magnifica el bardo. La mujer amada siem-

pre es para el bardo una Venus de belleza incomparable. Con la superabundancia de alma y de belleza que siente el bardo, nimba, como con un arcoïris, la frente de la mujer que, por leyes fatales e incomprensibles de la existencia, se ha convertido en la vívida y palpitante entraña de su alma.

Muere Ligia o, lo que a diario ocurre, no comprendiendo al bardo, brinda sus amores... a cualquiera, menos a él. ¡Oh, dolores acerbos de la vida!

En el nostálgico silencio de las noches de plata, llévase el bardo una mano al corazón como para contener su angustia, levanta la cabeza lentamente, fija su melancólica mirada en las estrellas y, como esperando que a su eterna invocación baje del cielo la consoladora imagen de sus ensueños, plañideramente llama:

—¡Ligia...!

La expresión con que el bardo pronuncia ese nombre es una mezcla singular de amor, de recuerdo y de tristeza; expresión no concebible para el que nunca vió, como él, desaparecer súbitamente, cual las fantásticas imágenes de un sueño, la mujer de cuyos ojos había colgado la hamaca ideal de sus grandes ensueños de poeta.

Nuevamente el bardo interrumpe el silencio de la noche:

—¡Ligia...!

Al dulce ruego... ¡no responde nadie! Sus ojos no lloran, entonces, aquel llanto amargo, pero dulce a un tiempo mismo, del desgraciado, y que parece mitigar el dolor del infortunio que nos hiere; aquel llanto que lloramos cuando al través de la densa bruma de nuestra tris-

teza columbramos de la esperanza la estrella rutilante; aquel llanto que lloramos cuando, una vez heridos por la desgracia, sentimos que el corazón nos dice: "¡habéis perdido un bien..., pero hay otros en el mundo que os esperan!" Una convulsión sin lágrimas es la que agita el pecho del poeta. Siente que se le hace pedazos el corazón, el cuerpo entero. ¡Es que no lo halaga la esperanza del futuro! ¡Es que las lágrimas no pueden endulzar su pena! ¡Es que la mujer aquella es irremplazable porque era la vívida y palpitante entraña de su alma! ¡Es porque la diosa aquella era la Beatriz del Dante, la Laura del Petrarca, la Catalina de Camoens! ¡Porque así... ¡oh, fatalidad!, es la trágica y divina ternura de los poetas!

Siéntese el bardo, entonces, tan pequeño y pobre de espíritu como los demás hombres que un volcán no tienen por corazón, ni sintieron jamás arder en el cerebro el fuego sagrado del genio.

¡Oh! Cuando a un bardo le arrancan las entrañas del alma, le privan, en realidad, de su musa inspiradora, le arrancan el numen, le quiebran las alas... ¿Qué otra cosa puede hacer, entonces, que dejar caer desmayadamente la cabeza sobre el pecho y murmurar: ¡Todo está acabado? *¡Consumatum est!*

¡Oh, la vida es amarga, muy amarga! Anhelando ser felices, amamos y deseamos ser amados... En la mujer que llena el horrible vacío de nuestros corazones ansiamos hallar la vida, la alegría, el ensueño, la ventura, una dicha sin par y eterna... De su cuello colgamos el collar de perlas de nuestras ternuras y sobre su frente ponemos las rosas azules de nuestras esperanzas. La convertimos

en reina y diosa: le damos el corazón para trono y el alma para cielo. Sus ósculos de miel caen sobre nuestra frente, caldeada por todas las angustias, como dulcísima lluvia de bendiciones celestiales. ¡Oh, y nuestros pulmones se ensanchan y parécenos que respiramos un aire de otro mundo mejor cuando sentimos en nuestra boca el divino contacto de sus labios!

¡Ay, dulces y embriagadoras ilusiones de la vida que pasan por nuestras almas como lluvia de estrellas dejándonos tan solo la estela luminosa pero inmensamente triste del recuerdo! ¡Qué tremenda maldición de algún dios implacable pesará sobre la vida y sobre el mundo para que casi siempre llegue el día en que el amor despliegue sus alas, tienda el vuelo y se desvanezca en el azul de nuestros idealismos como un angel dulcísimo en el cielo!

Aspiramos, entonces, a la gloria... Deseamos que Apolo o que Minerva coloque sobre nuestra frente, tan pálida y tan triste, caldeada por todos los sinsabores, una corona de laureles inmortal, y bien pronto comprendemos ¡ay!, que la gloria consiste en un par de rosas en las sienes y millones de espinas en la frente.

Nos da luego sus alas la ambición... Llegamos a la cumbre — ¡si llegamos! — y encontramos, ¡ay!, como premio, un campo de nieve, desolado y triste...

¡Oh, mundo! ¡en un mar de lágrimas mojamos nuestras risas! ¿Será ley fatal e inexorable que los más caros afectos del alma humana deban conquistarse a fuerza de dolor? ¿No dice el libro de los libros que Dios le dijo a Eva: "¡Parirás con dolores!"? ¡Oh, fatalidad! ¡hasta el más sublime de los sentimientos, el amor de madre, no

es más que una maravillosa flor de loto que emerge meciéndose débilmente sobre un tremendo oleaje de dolor...!

¡Belleza y poesía soberanas que endulzáis la vida con vuestras mieles! ¿de qué vale vuestro díctamo inmortal si sabemos que navegamos con inútil afán en un proceloso mar de hieles que tiene a la muerte por riberas perpetuas e inmutables, donde cada ola rumorosa que va pasando... se va llevando un momento de nuestra existencia, un pedazo de nuestra vida!

El amor, la gloria, la ambición: todo eso es la dulce embriaguez de un día. Los hombres somos locas libélulas girando en torno de una luz engañosa en la que quemamos nuestras alas impotentes. Y si acaso alguna vez la suerte — dulce, riente, nimbada de luz — nos brinda generosa las mieles de su boca, presto todo desparece como una estrella errante y acaba en nada en el fondo de un sepulcro entre hedores putrefactos y gusanos... ¡Oh, dolor! ¡sobre la trágica nada de la vida se extiende la trágica nada de la muerte...!

*

* *

¡Ay, señora mía! ¡no podréis decir que no he volcado a vuestros pies flores de tristeza arrancadas de las tumbas, yermos corazones oprimidos por la angustia como aves sin canto, muertas de frío, temblando de espanto en medio la borrasca!

Lo grave, ¡oh, señora!, es que mi alma en este instante se encuentra sacudida por todos los dolores que

he descrito, como un ombú sin savia en brazos del huracán... ¡Me siento en agonía! Como el Hijo del Hombre en la cruz, inclino la cabeza sobre el pecho y murmuran mis labios: ¡tengo el ánima triste hasta la muerte!

De pronto... ¡oh! ¡silencio! Siento que algo extraño se agita, como las olas de un mar lejano, en el fondo obscuro de mi alma. ¡Ah, es que en ella aún no han muerto las canoras aves de la ilusión! ¡Parece que aún quisieran ensayar su canto y sus alas en una dulce aurora de amor y de esperanza!

Extraño antojo me asalta... ¡Quiero verme el alma por entero! Vacilante me acerco a un espejo y contemplo mi faz anublada por el llanto. ¡Oh, qué inmensamente triste está mi rostro! ¡Diríase que en mis ojos está muriendo la última mirada de un agonizante, y que por mis labios, apenas entreabiertos, pasa sin ruido su último suspiro. De pronto las aves, las que en mi alma anidan, prorrumpen en triunfal algarabía. Por mi melancólica cara pasa, entonces, un reflejo de luz espiritual, un reflejo victorioso, un arcoiris de ilusión, de ensueño, de esperanza y de ternura.

Entonces me pregunto dulcemente una vez más: ¿qué es la vida! El viejo Job, desde la vieja Arabia, vuelve tristemente a responderme: *Sicut nubes... velut umbra... quasi naves...;* nube que pasa, sombra que huye, naves que cruzan el mar... Mas, sintiéndome de pronto con garras y melena, rechazo con fiereza el gemido que eternamente llora, como un alma en pena, en las caldeadas arenas de la Arabia; me yergo cuan alto soy contra las amarguras de la vida como un náufrago

titánico contra las olas de un mar embravecido; y, cual un Neptuno de nueva estirpe, apaciguo la trágica borrasca de mi espíritu lanzando a todos los vientos un grito, un terrible grito de amor y de esperanza... ¡Oh — exclamo, — la nube que pasa... no muere, nó, porque se perpetúa en la planta que su lluvia fecundó! ¡la sombra que huye... deja libre el paso al día luminoso y bello! ¡las naves que cruzan el mar... pueden llevar tesoros escondidos con rumbo al puerto que anhelamos, donde la dicha nos aguarde ansiosa para cubrirnos de flores, para estrecharnos con dulzura entre sus brazos y brindarnos, en sus labios, ambrosía...!

¡Oh! ¡Sepamos amar la vida enérgica y estoicamente, por lo que tiene de bueno, de grande y de hermoso! ¡Amémosla a pesar de sus dolores y por sus dolores mismos, que son ellos, al fin y al cabo, los que la ennoblecen, dado que ellos son los hijodalgos de los pensamientos generosos y de los grandes deseos! ¡Amémosla haciendo de ella la palestra sagrada del mérito y el templo augusto donde adoremos, como a driadas arquetípicas, cuanto haya en el mundo de cierto, de bello y de bueno!

¡Estallen hosannas y aleluyas en la tierra y en los cielos...! ¡Surja una aurora en medio de la noche de mi alma...! ¡Abra ante mí la esperanza sus alas de zafir...! ¡Sea para mí la vida un mar azul que yo surque en un bajel de ensueño y de ilusión...! ¡El dios Pan, generoso, ponga en mis labios un pámpano exhilarante arrancado de las mismas divinas viñas del Olimpo, y, al estrépito infernal de castañuelas y pan-

deretas, estallen jotas y muñeiras, de la alegría desbordante, en la mágica rondalla...!

Olvidarme quiero del mundo y sus dolores, y cuando llegue mi hora despedirme de la vida con un canto a la belleza, a semejanza de los cisnes de Eurotas, consagrados a las Musas que, según Pitágoras, experimentaban en su última hora una visión del Olimpo, por lo que, embelesados, prorrumpían al morir en gozosos y dulcísimos cantos.

¿Cómo no amarte, ¡oh, belleza!, si cuando abres de par en par las puertas de la aurora llenas de luz el mundo, las aves cantan alborozadas en el bosque y las flores entreabren su corola para recibir el beso del sol, tibio y fecundo!

¿Cómo no amarte, ¡oh, belleza!, si eres diosa magnánima que deslíe un sol en el tintero del poeta y convierte su amplia frente en cielo?

¿Cómo no amarte, ¡oh, belleza!, si el universo es una flor de maravilla, y tú eres la esencia perfumada, que como nube de incienso, de su cáliz te levantas?

¿Cómo no amarte, ¡oh, belleza!, si la humanidad es un Cristo clavado en la cruz de todos los dolores, y tú eres la mística paloma que bajando del cielo viene, piadosa, a quitarle una a una todas las espinas de la frente?

¿Cómo no amarte, ¡oh, belleza!, si en los ojos y en los labios de la mujer tiemblas y palpitas como un corazón enfermo de ternura? ¡Por eso es que vemos un cielo en su mirada y parécenos su beso la misma gloria eterna!

¡Oh, belleza! ¡Dichosos los escogidos que te oyen y te ven, los que sienten dulces congojas en tu presencia, los que te buscan para sorber la luz divina de tus ojos, los que lloran amargamente tu ausencia, los que a toda hora te sueñan y te aman...!

En tu cuna de oro, ornada con mágica pedrería, sobre tu mullido colchón hecho con la pluma de todos los pájaros; sobre tu almohada dulce y blanda, hecha con los pétalos de todas las flores, yo quisiera ser mecido cual un niño en el regazo dulce y tibio de una madre....

¡Oh, ya me parece verme y sentirme mecido en esa cuna! ¡Que el universo entero gire en puntillas en torno de ella imponiendo silencio con el índice puesto sobre el labio! ¡Que nadie ni nada interrumpa mi sueño aún más dulce que el suspiro de una virgen! ¡Qué dicha inefable! ¡qué deleite supremo! Al través de los párpados cerrados (a la realidad, se divisa plenamente un mundo de esplendor... Mi alma se siente dulcemente acariciada por arrullos orquestales que estallan en los cielos. Una gota de miel me brinda cada estrella. Inocentes angelitos, riendo con una risita alegre y retozona que pone en evidencia los minúsculos jazmines de su boca, se divierten desde lo alto escanciando a raudales sobre mi frente sus ánforas de flores. Siéntome besado dulcemente en los labios por una diosa con un beso que nunca se acaba... ¡Oh, así quiero dormir, dormir, siempre dormir... no despertar nunca... y que, cual si estuviera muerto, piadosamente crucen mis manos sobre el pecho y me pongan entre ellas una lira... a manera de crucifijo!

EL PLINTO DE LAS PATRIAS (1)

Señor Presidente de la Comisión de Fiestas del Centenario de la Independencia:

El Congreso del Librepensamiento, que acostumbraba, en son de protesta, a celebrar el culto de la luz y del progreso en los obscuros días de la Semana Santa, como se propone la misión trascendental y sacratísima de obtener la redención del espíritu humano esclavizado por la vil mentira de los dogmas, celebra en esta fecha grandiosa sus sesiones, queriendo, de este modo, honrar los manes de los patricios que consagraron su vida a la libertad de la Nación.

El plinto, sobre el cual las patrias de este siglo han de alzar la majestad de su grandeza, debe estar constituído por tres piedras inconmovibles como montañas: lo Verdadero, lo Bello y lo Bueno.

---

(1) En ejercicio de la presidencia del VIII Congreso del Librepensamiento, por ausencia de su presidente, el señor Paz, director de ''La Prensa'', cúpome la gloria de dirigirle este mensaje al Presidente de la Comisión de Fiestas del Centenario de la Independencia, el 9 de Julio de 1916. Debo agregar que al redactar esa nota tuve una de las más grandes satisfacciones de mi vida... Véase cómo, en medio de mil angustias y quebrantos, volví a ser el hornero de mi símil heráclео-dionisíaco...

Este Congreso espera que el pueblo argentino, honrando de la manera más digna y más noble la memoria de las grandes figuras de su historia, rompa este mismo año las cadenas diamantinas de la mentira religiosa, sustentada y sostenida por el Estado; rompiéndolas, no por otra razón que por haber alcanzado el convencimiento pleno de que el pensamiento humano requiere, para progresar, libertad en todo, así como el águila, que cierne su vuelo por encima del Aconcagua y del Tupungato, requiere aire bajo las alas para sostenerse y avanzar en las alturas...

Este es el pensamiento, el ferviente anhelo y el voto solemne que el VIII Congreso del Librepensamiento formula en este Centenario, en el ara sagrada de la patria y ante la faz de la República, con el mismo patriotismo, la misma convicción y el mismo valor con que nuestros abuelos inmortales declararon la Independencia Argentina ante la faz del mundo...

Eduardo Isla,
Presidente.

CONTRA LA CANDIDATURA DE DON HIPOLITO IRIGOYEN PARA PRESIDENTE DE LA NACION

Las líneas estaban tendidas...

La gran batalla comicial iba a ser librada sobre el escenario nacional.

Cual una nube acongojante, cerníase, sobre el horizonte de la patria, la tremenda amenaza del gobierno *ejemplar*.

La candidatura de mi buen amigo Gallo para Presidente de la Nación, estaba descartada. El astro sin luz la había eclipsado. De nada le valía a aquél el talento, el carácter, la integridad, el patriotismo y la amplitud de miras. Estos altos valores no se cotizan en el seno de las muchedumbres ignaras, dirigidas por piratas de la política, simuladores de excelsitudes patrióticas, míseros adoradores de su mísero *ego*.

El candidato de las adversas huestes, era Don Lisandro de la Torre, *radical intergérrimo* durante toda su vida, no obstante figurar al frente del partido Demócrata Progresista, agrupación política surgida en el Rosario, segunda ciudad de la República.

Lisandro de la Torre se había visto constreñido por

la fatalidad a construir *rancho aparte,* campeando solo por sus cabales, porque no podía avenirse — él, el amigo de Alem y su compañero de la Junta Revolucionaria del 90 — al rango inferior de subordinarse a un caudillo obcecado, sin ninguna condición de orden superior, que se había grangeado el aborrecimiento de su propio tío, el noble mártir, en amor del cual se había visto precisado aquél a tener un lance de honor con él.

De la Torre era, verdaderamente el tribuno, el campeón y el apóstol del radicalismo principista, digno de ser recordado a la par de sus viejos compañeros Francisco Barroetaveña y Joaquín Castellanos; gloriosas reliquias los tres, del antiguo radicalismo que Alem creara para combatir, en primer término, a los Unicatos; los tres envueltos en el mismo implacable odio que el señor Irigoyen tiene por todos los hombres grandes.

De la Torre, de quien Guillermo Ferrero, célebre jurisconsulto e historiador italiano, había dicho que era el verdadero *leader* de la democracia argentina, estaba exhornado con todos los atributos del estadista.

Declaro, en honor a la verdad, que en aquella época sólo existían en el país dos hombres que tuvieran la visión clara, como economistas y financieros, de las leyes que necesitaba nuestro país para llegar a la cumbre de su grandeza. Estos eran: Lisandro de la Torre y don Adolfo Dávila, jefe de redacción del diario ''La Prensa''.

Lógico era, pues, suponer que de la Torre, mi ilustre amigo, se hubiera hecho digno, en la Presidencia de la Nación, del aplauso de sus contemporáneos y de la posteridad. Mas la mayoría del electorado argentino,

presa de una obsesión morbosa, se inclinaba a exornar al señor Irigoyen con atributos divinos, considerándole el primero de los patriotas, el primero de los oradores, el primero de los sabios y el primero de los apóstoles, cuando jamás había abierto la boca para decir una palabra en público ni haya hecho otra cosa en su vida que adorarse a sí mismo, afrentar a su pueblo con fantásticos cuanto ridículos mesianismos, titularse a sí mismo "el Unico ante su patria, la América y el Mundo", sin que haya producido hasta ahora ni una obra, ni una luz, ni un simple pensamiento digno de loa. ¡Oh, páramos frígidos, estériles, de desolación y *selenismo* son su cerebro y su corazón...! Su panegirista, en cambio, ha osado, quién sabe por qué terrible inversión del sentido de la justicia, endiosarlo con un fanatismo que espanta.

"Si fuéramos, — dice él, — a definir en una fórmula al doctor Hipólito Irigoyen, diríamos que es el máximum del talento, dentro del máximum del equilibrio mental. Ya sabemos lo difícil, lo providencial que importa que se realice este dualismo, esta verdadera entelequia. Cuando ella aparece concentrada en la frente de un hombre, ese hombre es un iluminado que lleva en sí el fuego que caldea y el freno que contiene, la vela hinchada del ideal y el timón que la orienta; es a la vez fuerza y serenidad, empuje y resistencia, terquedad gloriosa, empecinamiento magnífico, fuego y luz, lluvia y germen.

"Tener un gran talento y una ponderación igual a ese talento, servidos ambos por una fe en el ideal que

colinda con el misticismo, es un verdadero milagro. En nadie se ha realizado tan cabalmente en nuestra historia, como en este hombre, todo sencillez y todo austeridad.

"Ante la historia que ha de recoger nimbada de luz su silueta pensativa, cuando su alma quede en sus obras y en sus ejemplos, podrán clamarse las palabras de Shakespeare para Bruto: En él se han combinado en tal forma las virtudes y los talentos, que la naturaleza, irguiéndose, podría exclamar orgullosa: ¡Este es un hombre!"

Este era el hombre extraordinario, superior, como se ve, a Rivadavia y San Martín, a quien la Convención Nacional de la Unión Cívica Radical deseaba otorgarle la suprema magistratura de la República. Mas él, que *no ambicionaba el cargo como no lo ambiciona ahora,* renunció su candidatura en estos términos: "Tengo la convicción de que haría un gobierno *ejemplar;* pero un gobierno no es nada más que una realidad tangible; mientras que un apostolado es un fundamento único, una espiritualidad que perdura a través de los tiempos, cerrando (1) un ciclo histórico de proyecciones infinitas".

Entonces los delegados de la Convención reclamaron del señor Irigoyen, "como el último y más grande de los sacrificios que debía a su causa y a la patria, la aceptación de su candidatura a la futura presidencia de

(1) El dios, en su manía egolátrica, no se dió cuenta que al escribir *cerrando* en vez de *abriendo*, decía precisamente lo contrario de lo que pensaba... Estos *lapsus calami* son habituales en él y característicos de sus incongruencias, cosas que ya examinaremos al estudiar el caso a través de la psiquiatría.

la República''. Y, claro está, el apóstol, resolvió, como es natural, *sacrificarse* en aras de la patria, cuando lo que debió haber dicho era que iba a *sacrificar* la patria por seis años en el altar de sus propias miserias...

¡Pero me encanta dejarle la palabra a su panegirista! Oigámosle una vez más...

''Entre aquel grupo de delegados se encontraban algunas de las personalidades de mayor prestigio, de mayores sacrificios y de influencias más decisivas en muchos estados argentinos. Casi todos ellos eran viejos compañeros del doctor Irigoyen. Habían realizado la áspera jornada juntos; habían combatido en las mismas revoluciones; habían llevado a los destierros el dolor de la patria ausente, y habían permanecido años y años en el baluarte de la obstención, donde se había replegado, incendiándose como en una inmensa pira, el espíritu rebelde de la nacionalidad.

''En aquel breve intervalo de tiempo todas las frentes palidecieron y sobre los corazones abroquelados transmigró, como una peregrinación de luces y de sombras, toda nuestra historia.

''Fueron aquellos de esos minutos progenitores, especies de semillas maravillosas que prolifican en el tiempo y en las épocas, cosas magnas, verdades insorprendidas, eficacias remotas, ascensiones interminables e imperecederas.

''Se estaba allí, en el cuarto pequeño como una trastienda, como en el rancho de Tucumán; como en el ve-

tusto Cabildo colonial; como en la Agora del Paraná; se estaba allí resolviendo los destinos futuros de la República. Y cuando sobre la emoción de todos los espíritus, que se abrillantaban húmedos en los párpados, resonó la frase que ha de quedar y que ya fué el anticipo seguro del triunfo: ¡hagan de mí lo que quieran!, los lindes de dos épocas acabaron de demarcarse, la magna contienda estaba decidida, y la bandera sagrada, izada por el brazo más fuerte, envalentonaba todos los pechos y, en su tremolación augusta, era serenidad sobre las tumbas fraternas!''

¡Todo eso es muy encantador! Mas a mí, el dios, no podía engañarme. Yo lo conocía mejor que la misma madre que lo engendrara. ¡En vano era que proclamara que su *ejemplarismo* consistiría en realizar todo lo que no había hecho el régimen y en no hacer nada de lo que el régimen había realizado! ¡Yo sabía, sin la más mínima duda, que toda su obra consistiría en imitar el régimen, pero no en la parte noble y buena que sin duda tuvo, sino en la proterva, en la maldita, en la demagógica, en la corruptora de todas las cosas! ¡Yo sabía que el dios, contemplándose a sí mismo en muda adoración, iba a permanecer hierático, impasible, petrificado en su egoísmo ante las cien mil cosas bellas que demandan la evolución y perfeccionamiento de nuestra grandeza!

La triste realidad era que Irigoyen *procedía del régimen*... Fué el discípulo, el émulo del General Roca. El no ha tenido otro programa ni otro ideal que el de

imitarle, por supuesto sin el patriotismo y la gran visión del general, quien, por lo menos, tuvo el talento y el acierto de escoger los colaboradores que debieran salvarlo de la fulminación de la historia.

A otro que imitó fué a Rozas, quien supo engañar como ninguno a la plebe con el ruido de palabras saturadas de odio. El tirano encabezaba hasta sus cartas privadas y documentos oficiales con estas palabras sacramentales: ¡mueran los salvajes unitarios! ¡viva la santa causa de la federación! "¡En todo cuanto escriba, estampe esas palabras!" — le aconsejaba al otro bárbaro que imperaba en Santa Fe.

Ese es el lenguaje de los *tiranos del mal*. Estos dioses de la chusma, saben bien cómo arraiga y germina en el corazón de ella la letanía eterna del insulto. Por eso el prócer de los próceres ha repetido tantas veces la palabra *régimen* como Rozas *los salvajes unitarios*, y tantas veces las de *reparación* y causa como don Manuel *la santa causa de la federación y la restauración de las leyes.* ¡Bien se ve que son gemelas las almas de estos dos encumbrados sembradores de odio!

Esta es, precisamente, la política nefanda que mi gran amigo, el doctor Villafañe, actual Gobernador de Jujuy, fustigaba de este modo: "Quisiera tener una voz bastante poderosa para hacerme oir desde esta tribuna, de todos los maestros de la República, para pedirles, en nombre de la patria en peligro, que junto con el abecedario, enseñen a los niños que el odio es el metro con que se mide la grandeza o la ruindad de las almas. Que las más violentas, impulsivas y rencoro-

sas, son las que lindan con las bestias feroces. Que las almas nobles no conocen lo que es el rencor y que cuando luchan, pueden hacerlo con la violencia que se quiera, pero siempre de frente, a cara descubierta. Y desde el momento en que el adversario cae y se da por vencido, el brazo se siente desarmado y la mano se alza para ayudarlo a ponerse de pie o para el apretón de una conciliación caballeresca. Solamente los espíritus cobardes son rencorosos, desconfiados y malos; luchan con la astucia y la mentira y se ensañan con el caído a quien ultrajan en el suelo y lo persiguen con el salivazo del insulto en su retirada y hasta después de muerto''.

Y en otro lugar:

''En el fondo de su *reparación* no hay otra cosa que el avatar o revivencia del alma de la pampa y del desierto. Peor que eso: lo malo de la ciudad con lo malo del campo, cambiado el sistema de la lucha varonil del gaucho, por la hipocresía y la mentira; el arma del puñal reemplazado por el ataque aleve de la pluma mercenaria, y la adulación de la plebe con daño de todos: del comercio, de las industrias, de las clases conservadoras y, más que de nadie, de la misma plebe''.

Público y notorio es que el señor Irigoyen no iba a ascender a la cúspide con las credenciales bien limpias... Allá por el año 80 había sido comisario del régimen, lo que no deja de ser un baldón para el apóstol de la reparación. Más tarde ocupó una banca en el Parlamento al mismo tiempo que don Marcelino Ugarte; ambos electos por los comisarios de campaña y los jueces de paz que volcaron en honor de ellos los padrones.

Ugarte, más honesto y puro que él, renunció esa representación que comportaba una progmática de ignominia. El apóstol, en cambio, se sintió feliz en su banca, votando siempre por la afirmativa — eso sí, sin pronunciar nunca un discurso, — todos los proyectos gubernamentales que auspiciara aquella mayoría regimentada que no hizo más que sembrar males a todos vientos.

De otra talla y de otra integridad era el gran Alem... Compararlos sería comparar el pingüino con el águila. Alem fué la encarnación de la protesta hecha hombre. Era *hélico,* como su sobrino era *selénico.* Por eso el sobrino siempre detestó al tío. Había nacido con el destino de odiarlo. Su misión en la tierra era crucificarlo. El fué el que le produjo, en primer término, el ambiente de desencanto, desolación y desamparo que acibaró sus días y produjo el aciago minuto trágico.

Alem puso su verbo, ardiente como un volcán, al servicio de la Nación, y su coraje de titán, al servicio de la patria. Con su arenga encendió la sangre del pueblo, y con sus ideales políticos despertó la conciencia de las muchedumbres. Fué, en una palabra, hombre-cumbre, pauta, metro, línea. Su mala estrella quiso que en la parábola gigantesca que describiera, arrastrara en la cadena del éxito a Hipólito Irigoyen, su sobrino, el mismo apóstol que en estos últimos años, desde la Presidencia de la República, le volviera a renegar diciendo que el noble mártir no había sido, al fin y al cabo, más que un político vulgar, razón por la cual se había matado. ¡Ah, yo no podía renegar de mis grandes ensueños! ¡Yo no podía, en ninguna forma, de ninguna

manera auspiciar esa candidatura que *la sabía* ungida por esa fatalidad que lo mismo hace surgir un mundo del seno de las aguas que se lo hace tragar como a una píldora, que corrompe la atmósfera para que no pueda volar en ella ni respirar siquiera un Rivadavia y pueda, sin embargo, vivir, sentirse dichoso y prosperar indefinidamente un bárbaro tirano como Rozas, cumbre del *selenismo,* o sea de la *fatalidad del mal sobre la tierra.*

Yo, poco o nada, podía hacer para oponerme a la sentencia del destino. Mas me propuse salvar, aunque más no fuera, mi responsabilidad ante mí mismo. ¿Qué cosa puede hacer un hombre solo para impedir un aluvión?

Mas, preciso es decir que la culpa de la calamidad que iba a plastar a la Nación, debe recaer, principalmente, en el pueblo argentino. La presidencia del dios era producto natural de cien mil factores, cuya síntesis se llama destino. El emperador Federico II, historiador y filósofo de alto vuelo, decía con tanta amargura como razón: ''Me entrego al destino que dirige el mundo a su capricho; los políticos y los guerreros no son más que juguetes de la providencia. Instrumentos necesarios de una mano invisible obramos sin saber lo que hacemos; muchas veces el producto de nuestros afanes es todo lo contrario de lo que esperábamos''.

Esto es, como se ve, la confesión de la impotencia del héroe para dirigir a su arbitrio los destinos de la colectividad. Pero el sabio se equivocaba cuando sostenía que las tres cuartas partes de las cosas de este miserable

mundo, son hechas por su majestad. la casualidad. Una palabra parecida es, en realidad, el nombre de la emperatriz del universo. Esa palabra es... *¡causalidad!* ¡Oh, sí, en este mundo todo es efecto de todo! (1).

Así como la geología ha descubierto que las verdaderas fuerzas creadoras y modificadoras de la corteza terrestre, no se hallan en último término, en los cataclismos violentos que tanto impresionan nuestra imaginación, sino en agentes a veces imperceptibles como la gota de lluvia, las alternativas de la temperatura, la influencia *tan lejana como próxima* de los astros, los pólipos que construyen, grano a grano, arrecifes, islas y continentes; así, también en el orden sociológico, la vida es el producto acumulado por todos los seres, la obra común y solidaria cuyo impulso parte de la masa y no de las figuras prominentes, reducidas, por el análisis, a simples vértices de la inmensa pirámide cuya existencia y posición débense, en suma, al cuerpo y ancha base que la sustenta.

La ignara muchedumbre era, pues, la principal culpable. El pueblo, una vez más, iba a tener el gobierno que merecía. El dios — yo estaba seguro de ello; — se iba a ocupar solamente de manosear hombres, de usufructuar el poder y de endiosarse. En ningún momento de su vida iba a reconocer la verdad divina que encierra, cual si fuese un sol, esta fórmula digna de ser grabada en el frontispicio de todos los palacios de gobierno

---

(1) A la *ley de causalidad* la estudio ampliamente en mi obra *Agerpericleísmo*, creando, según creo, la teoría definitiva.

del mundo, creación sublime de Ives Guyot: "El progreso está en razón inversa de la acción coercitiva del hombre sobre el hombre y en razón directa del hombre sobre las cosas". Y esa es, en efecto, la divisa de los hombres hélicos. Ese es el ideal, también del hombre-dios sobre la tierra (1). Una vez logrado, el hombre será el *teoídeo*: ¡el igual de los dioses! ¡Todo ello porque habrá escalado el Olimpo acumulando, como montañas sobre montañas, la verdad, la hermosura, la justicia, el bienestar y la *indemortalidad...!*

No estaba en mis manos, repito, detener el aluvión. No obstante, celebré varias entrevistas con el señor de la Torre. Me dispuse a secundarlo en todo lo que me fuera posible. Prometióme él no transigir nunca con el régimen, ni aceptar figurar él en el binomio, en primer o segundo término, si don Marcelino Ugarte lograba entrar en él, imponiéndose con los electores de la provincia de Buenos Aires.

Yo mismo fuí, de esta manera, un agente más, pero en crucifixión de la fatalidad del mal, pues fué precisamente, este propósito, esta circunstancia, la que *perturbó* la obra del conglomerado con envidias y rencores, convirtiéndose en un factor de éxito a favor de la fórmula Irigoyen-Luna, cuyo segundo término, a que no me he referido todavía, tenía bien puesto el apellido, pues era,

---

(1) En mi obra *Agerpericleísmo,* en el capítulo intitulado *Los diez mandamientos humano-divinos del hombre-dios,* doy la teoría completa de lo que en lo sucesivo deberá considerarse verdaderamente como *el progreso.*

también, como el dios, *selénico* (1), y lo era en grado tan eminente, que ningún servicio le prestó a su patria, la que de él tan sólo recordará que festejó su victoria, en su provincia, en su propia casa, poniendo en un trono un cuadro representando, según él, el corazón sangrante de Cristo, en torno del cual desfiló una caterva de frailes, sin percatarse que esta forma grosera de culto, ya estaba anatematizada por la misma Iglesia Católica.

De la Torre me decía:

—Ugarte y yo somos dos fuerzas irreconciliables. Me tiene más miedo a mí que a Irigoyen. El, según me dicen, aceptará mi Presidencia en el caso de que yo le dé la seguridad de que nunca puedan alcanzarlo los efectos del artículo 5º de la Constitución Nacional. Pero yo, consecuente con mi tradición de principios, me haré pedazos antes que transar con lo que pueda ser pernicioso para la salud de la Nación.

Y este gran caballero, este eminente ciudadano, este ilustre repúblico, cumplió su palabra sin ninguna vacilación...

Un azar del destino quiso poner en las manos del Gobernador de Santa Fe, don Rodolfo Lehman, jefe del radicalismo disidente, la resolución del problema presidencial. Sin los diecinueve electores de esa agrupación, el señor Irigoyen no podía ser consagrado Presidente. Con ellos, alcanzaba a tener la mayoría indispensable, o sea la mitad más uno de los electores.

---

(1) *Selénico,* significa, al pie de la letra, *lunático,* proveniente de la luna, uno de cuyos nombres, en la mitología griega, era Selene.

Con el derecho que me daba mi actuación en esa provincia, mi condición de padre del radicalismo, y la más valiosa aún, de ciudadano argentino, traté de influir en el ánimo del señor Lehman a fin de que, sin vacilación alguna, teniendo presente el bien de la patria influyera en el ánimo de dichos diecinueve electores, en el sentido de que votasen, no por Irigoyen, de quien estaban muy enojosos y distanciados, sino de don Lisandro de la Torre, que acababa de darles una prueba de alta consideración política y que tenía la gloria, por su actuación ante el Presidente Sáenz Peña, de haber sido uno de los factores más eficientes del triunfo radical, sin que mediara, sin embargo, la voluntad de él, pues era sólo el destino el que lo había constituído, en aquella ocasión, en *agente de la fatalidad del bien.*

Con estos propósitos, le escribí al señor Lehman la siguiente carta (1):

Buenos Aires, Abril de 1916.

Señor Rodolfo Lehman.

Santa Fe.

Distinguido ciudadano y antiguo compañero de jornadas cívicas:

Con el alma toda inquieta ante el magno problema

(1) Debo hacer constar que no solamente le escribí al señor Lehman, sino que escribí algunos artículos en diversos diarios, enviándoles cartas también a los siguientes electores: J. Zaballa, Santiago Werrly, Angel Masjoan, Carlos Sutter (hijo), Justo J. del Barco, Juan Caruza, Carlos Berly, Alfredo Acosta, Doroteo Cubielo, F. Remonda Mingrand, José Abalos, Enrique Hugentobler y Santiago Carabelli.

presidencial, invocando mis veinte años de radicalismo que significaron otros tantos años de sacrificios, amarguras y desencantos, escríbole con el corazón firme aunque con mano trémula para pedirle, para rogarle, para suplicarle que medite larga y hondamente antes de entregarle el gobierno de la Nación a un radicalismo sin programa, sin ideales y sin hombres, cuyo candidato, si pudo haber sido eficaz, en algún sentido, por su perseverancia, al menos, para luchar con los otros partidos también sin programa, sin ideales y sin hombres, no es, en el fondo, más que un ser absolutamente inepto, pobre de inteligencia y pobre de corazón, obsedido por esa monomanía del poder que caracteriza a los tiranos.

Nada vale el partidismo, ni las viejas simpatías políticas, ni las grandes amistades personales ante la formidable borrasca que azota sin piedad el velamen del mundo...

En esta hora trágica en que todos los valores políticos, religiosos, económicos y sociológicos se pulverizan y desbaratan, todos debemos despedazar valientemente, aunque mucho nos duela, esas cadenas diamantinas que ligan los corazones...

Sólo debemos tener presente la salvación y el bienestar de la patria. ¡Démosle espacio al alma nacional para que despliegue a todos los vientos la libertad de sus alas! ¡Pensemos que por designio inexcrutable del acaso debe nacer en nuestra tierra una nueva civilización sin cobardías, con una nueva filosofía, con nuevos mirajes ante los misterios de la vida y de la muerte!

A usted le consta como a mí mismo que el partido

radical irigoyenista carece de alma... Es una masa híbrida y amorfa de pueblo que lleva en sus manos, con ardimiento, una bandera de odio y de rencor. Ignora ese irigoyenismo en absoluto — ¡usted lo sabe como yo! — las excelsitudes, los goces etéreos del pensamiento soberano que aspira a posar su amplio vuelo sobre todas las cumbres del progreso.

Ahí está, entre ustedes mismos, codeándose con ustedes a toda hora, el *leader* de la democracia moderna, el corazón sano, la inteligencia superior, el *radical* sin mácula, el alma grande que necesita nuestra tierra para empezar a realizar sus destinos, tan bellos y tan grandes como su pampa y sus montañas.

Olvídese usted de ese radicalismo que habiendo colaborado eficaz y santamente en la obra de la redención política de nuestra tierra, hoy, en manos del señor Irigoyen, ya no es más que una fuerza retardataria, saturada de animosidades, *incapaz en absoluto* de poner sobre los caldeados labios del pueblo una gota sola de la fresca miel de los progresos...

En esta hora trágica en el orden mundial y en el orden nacional, sepan ustedes, los disidentes, romper con inmenso valor moral todo cuanto los ate políticamente al pasado, así como los lazos que arteramente quiera el irigoyenismo echarles hoy al cuello para uncirlos a su desvencijado carro de batalla, olvidándose él de que ayer mismo marcó sin compasión la noble frente de ustedes con un baldón de fuego y que endiosó torpemente a un menchaquismo que después de la victoria demostró ser un rebaño de réprobos, de cobardes, de desleales, de in-

capaces que ni siquiera sabrán nunca lo que es tener un alma radical.

En nombre de la patria y del porvenir, por los hombres que hoy formamos la gran nación argentina y por nuestros hijos que deberán formar un futuro mucho más grande y glorioso que el presente, concito a usted para que, en la actual emergencia, se eleve sobre todas las miserias de la vida y propenda, con su alma entera, a que el sagrado sol del centenario de nuestra Independencia alumbre una patria dirigida por hombres eminentes, que sepan con inteligencia, unción y patriotismo conducirla por la ruta indefinida del progreso... ¡que es una ruta de flores nimbada por el arcoiris de todas las esperanzas!

Lo saluda con su consideración más distinguida, y le augura muchos laureles para su frente al que fué su correligionario en tiempos en que era dable soñar con un radicalismo de verdad, pletórico de grandes ideales (1).

Eduardo Isla.

*

* *

Mas los días pasaban y pasaban, y el fallo no rompía el cascarón. Un destello de esperanza empezó a animarme. Empezaba a creer que el señor Lehman y sus

---

(1) A esta carta le dí publicidad en el diario "La Unión", de la ciudad de Lomas de Zamora, con el fin primordial de contar con un cierto número de ejemplares de ella. La remití a "La Gaceta" y a "La Capital" del Rosario, y siguiendo los dictados de mi lealtad, el primero a quien remití el diario "La Unión", fué a don Hipólito Irigoyen: un ejemplar bajo sobre, a su estancia, y otro en la misma forma, a su casa de la calle Brasil. Bien quisiera hoy endulzar los términos de la misma; pero el deber histórico me impone el deber de estamparla tal como fué escrita.

amigos se estaban orientando en el sentido de la salvación de la República, cuando entraron a desempeñar oficiosamente un papel predominante en el drama, dos respetables caballeros, convertidos en *instrumentos de la fatalidad del mal.*

Estos fueron: don Eleodoro Lobos, muy versado en economía política y en finanzas; y don Adolfo Dávila, a quien antes ya he nombrado, jefe de redacción de ''La Prensa'', que tenía el talento de un verdadero hacendista, pues con gran frecuencia, publicaba en las columnas de dicho diario, extensos cuantos medulosos artículos que ponían en evidencia su clara visión intelectiva.

Entiendo que la intervención de estos caballeros fué puramente oficiosa, como acabo de decir y no que los miembros del gobierno de Santa Fe se valieran de ellos para que interpusieran su intervención amistosa ante el candidato a fin de arribar a un acuerdo, cosa que asegura el panegirista del dios.

Sea lo que fuere, lo cierto es que estos dos distinguidos ciudadanos, ejercieron una influencia poderosa en el ánimo del señor Lehman, quien creyó prudente, falto del debido carácter y de la debida comprensión de aquel gran momento histórico, *lavarse las manos* y eludir toda responsabilidad, convocando la convención provincial para que resolviera el conflicto.

Este es el único punto de mi obra en que no puedo hablar con la debida propiedad, pues no tengo, ni creo que nadie hasta ahora haya tenido, los debidos elementos de juicio. Sentiría en el alma equivocarme, insistiendo una vez más en decir que al señor Lehman le faltó la

entereza que requería la *trágica* situación y que su actitud ante los electores y ante la Convención, fué abúlica, incolora, sin substancia alguna. Y me permito pensar así, no obstante tener a la vista el libro del panegirista del dios, el cual, deseando sin duda empequeñecer la figura de Lehman, en realidad la levanta en los siguientes términos: "El gobierno de Santa Fe hizo todos los trabajos imaginables — luego que vió fallidos sus deseos de aproximarse al doctor Irigoyen — para que la Convención defraudara los anhelos de la opinión nacional y desertara del cumplimiento de su deber, abocando a la República a las contingencias más pavorosas. A pesar de todos los esfuerzos y de los recursos oficiales, el gobierno de Santa Fe consiguió sólo que votaran a favor de sus deseos siete convencionales en un total de cuarenta y ocho".

¡Ojalá fuera cierto lo que dice el panegirista! ¡Tendría una satisfacción muy grande en ver confirmada, justificada, en debida forma, tal aseveración! No me es grato ser temerario en mis juicios, que procuro siempre, trátese de lo que se trate, — de mí, de los otros o de los dioses, — que estén santamente ajustados a la verdad.

Bien quisiera — lo diré por última vez — que no pesara sobre la frente de mi antiguo amigo Lehman el anatema de la historia por haber sido, sin darse cuenta de ello, agente decisivo de la fatalidad del mal, de seis años de *reparación maldita,* en plena prolificación de males.

Demás está decir, que el dios creyó prudente mostrarse inmensamente ingrato con sus tres benefactores:

Lehman, Lobos y Dávila, al primero de los cuales — según creo sin temor de equivocarme, — ni las gracias le dió; a Lobos, a pesar de la versación de éste en economía política y finanzas, nunca lo consultó; y al señor Dávila no creyó oportuno brindarle el Ministerio de Hacienda, en que hubiera podido colmar de bienes a la República poniendo en movimiento, como se requería, todas sus riquezas, porque le pareció mejor brindárselo al señor Salaberry, para remontar juntos el cauce de la historia y abrevar bárbara, locamente, — ¡por todos los dioses inmortales!, — en la fuente maldita de todos los errores económicos y financieros del régimen, precisamente, que él fulminara a toda hora con su odio, pero que, sin embargo, no ha hecho hasta ahora otra cosa que tratar de sobrepujar para hacerse digno, más y más, de la execración de la historia...

*
* *

Una palabra más para epilogar aquel gran tumbo de nuestra nave, aquel tremendo fracaso de la patria...

En cuanto los disidentes santafecinos, en un momento de incomprensión o de insanía, diéronle su voto a la fórmula Irigoyen-Luna, tomé la pluma y le envié este sarcástico apóstrofe al diario ''La Gaceta'', que se publicaba en el Rosario...

INFERTIL ES TODO HUEVO SANTAFECINO...

NINGUNO DE LOS DIECINUEVE ESCAPO DE LA LEY FATAL...

Magno espectáculo de civismo acaba de ofrecernos la República...

Correrá por el mundo, loado por todos, el prestigio de nuestra democracia, no ya incipiente, sino orlada de méritos y laureles.

A su hermosa y amplia frente una mancha le restará esplendor... Mas los *snobs* dirán que hasta el mismo sol que, según dicen, lo hizo un dios, también tiene sus manchas.

Vaya si ha resultado *horaciano* el largo y famoso parto santafecino... ¡Con un poquillo de barro va a hacer creer a todo el mundo que ha fabricado un dios!

La tragicomedia no merecería más que una carcajada homérica, si no fuera que la patria va a tener que soportarlo sobre sus hombros... ¡sudando sangre!

¡Oh, los hechos me han venido, a todas horas, corroborando con su elocuencia de bronce, que no me equivoqué cuando en *illo tempore* profeticé que del radicalismo santafecino nada grande y bueno podría surgir, porque era como una incubadora llena de huevos sin galladura!

Vedlo, si no: ¡ni uno de los diecinueve ha podido escapar de la ley fatal!

Eduardo Isla.

NOCHE TRAGICA

Era la noche del 11 de Octubre del año 1916...

Al día siguiente, el prócer, iba a dar comienzo a su gobierno ejemplar...

La mayor parte del electorado argentino, confiaba en él como en un dios...

La historia repetía el caso... Rozas, el monstruo, había sido amado hasta por hombres ilustres. Los hombres *eminentemente selénicos* (1) suelen tener ese destino. En cambio, los *eminentemente hélicos,* los nacidos para *la fatalidad del bien sobre la tierra,* suelen tener por única recompensa la cruz... Ejemplos: San Martín y Rivadavia. ¡Oh, bárbara y espantosa justicia de los pueblos!

Todas las circunstancias le eran favorables al nuevo dios... Jamás un presidente argentino se encontró dentro de un ambiente interior e internacional más propicio para realizar uno de esos gobiernos magnos, dignos de que los poetas de todos los siglos los inmortalicen con sus odas, más preciadas que los bronces y los mármoles...

---

(1) Los eminentemente selénicos son los *representativos* de los instintos, amoralidad y bajas pasiones del *alma inferior* de las muchedumbres ignaras; vale decir: selénicas también. En este sentido, Rozas e Irigoyen son *eminentes,* indiscutiblemente.

Con *sólo quererlo* podría realizar milagros estupendos... ¡Oh, con amor hay que incubar al bien para que eche las alas color de cielo, del ángel Israfil! (1).

Pero él no lo iba a querer... Había nacido sin la entraña correspondiente. Nó, no lo iba a querer. ¡Yo bien lo sabía! ¡No podía equivocarme! Yo había echado la sonda del análisis hasta el fondo de su alma. Fofo era su cerebro, fofo era su corazón... El dios se libraría muy bien de cometer el inmenso cuanto imperdonable pecado que cometiera el General Rodríguez, el cual fué, sin duda, vano y mediocre en muchos sentidos, pero tuvo, no obstante, el raro talento y patriotismo de gobernar con el concurso de hombres extraordinariamente esclarecidos como Rivadavia, por lo cual la patria, reconocida y justiciera con él al menos, lo considerará siempre como uno de sus hijos más amados e ilustres, reservándole un lugar en el Panteón de sus inmortales.

¡Oh, él, en el gobierno se empeñaría en no ser más que el vano, el egocéntrico, el *sábelo todo,* por todo ignorarlo, el venenoso por tener el corazón vacío para el amor, el déspota, el demagogo, el "tragediante", el sempiterno adorador fanático de su *yo*, de su yo pequeño, insignificante como esos enanitos de vidrio que las mujeres frívolas suelen llevar colgados del cuello como dijes propiciatorios de la buena estrella!

¡Horriblemente desconsolado me encontraba yo...! Mas, si cual el agobiado por el dolor fuere otro... yo, desdoblándome desde una prominente altura heráclea-

(1) Israfil simboliza la felicidad en el Paraíso ensoñado por Mahoma.

dionisíaca, me inclinaba contemplando a ese otro... piadosa, misericordiosamente. ¡Oh, ya el radicalismo triunfante era cadáver..., triunfante siempre!

¡Fenómeno extraordinario...! Un radicalismo había triunfado, convirtiéndose simultáneamente, *más y más, en cadáver*... Nada tiene el fenómeno, sin embargo, de paradójico, aunque muchos no lo puedan abarcar porque hay prejuicios que secan las fuentes de la visión. Por otra parte, es bueno no olvidar que hasta los muertos pueden ganar batallas... El Cid, frígido ya, montado por sus soldados en su corcel y recubierto con su armadura, impuso pavor, con su presencia, a las huestes enemigas, y una vez más se cubrió de laureles.

Mas la esperanza en mi patria y en mi partido, no morirá..., ni aunque yo muera, pues continuará palpitando, como un corazón pleno de ternura, en el misterio de mis obras...

Yo sabía que, con el andar del tiempo, *mi radicalismo* resurgiría prepotente y excelso de sus propias cenizas, porque lo que es de esencia divina no puede morir nunca... ¡aunque la adversidad lo convierta en cadáver! (1).

Yo hubiera querido huir de mí mismo, como del peor de los enemigos... ¡Quién pudiera, en ciertos momentos tétricos de la vida, cual los fakires de la India, sumergirse voluntariamente en un nirvana, en el estado cata-

---

(1) Para la mejor comprensión de estas palabras, creo oportuno remitir al lector a mi teoría sobre la muerte, a que hago referencia en un capítulo anterior.

léptico, si los frutos de la tal *inmersión en la nada* fueran, realmente, el olvido, el descanso, la renovación...

No habiéndoseme dado recurrir ni a la religioteantropía (1), ni al alcohol, ni al alcaloide, buscando a mi manera, sin embargo, cual diría Balzac, un *paraíso artificial,* ausentéme, concordando con Schiller, al *país de la hermosura,* transportado sobre las alas prometeicas de esa *estupenda Biblia de treinta páginas,* Biblia de las Biblias, que comporta *El Prometeo,* caña con la que Esquilo, el cuasi numen, hurtó a su vez del cielo *la fuente oculta* de la luz de todos sus astros...

Bien se sabe que "el hijo sublime de la sabia Themis", en una *caña hueca* había arrebatado del mismo Olimpo la *oculta fuente del fuego,* y que *el dardo vigilante, el rayo, se había precipitado, respirando la llama.*

¡Oh, el don era soberbio...! Es que el fuego, para el antiguo, era el alma del mundo; la caña hueca, el mismo cráneo del hombre; y la fuente oculta de la incandescencia, el contenido del cráneo, o sea el cerebro. Pero a este fuego, alma del mundo, no se le veía llama dentro del cráneo. Era que el dardo vigilante, el rayo, o *sea el pensamiento,* se había precipitado respirando la llama: fuerza transformada en otra fuerza, diríamos hoy. Así, lo que constituyó el verdadero don fué la naturaleza recóndita del fuego, el principio del mismo, asimilado a la mente y, a la vez, alma animadora de todo cuanto existe.

Todo ello, en una palabra, no era, según mi creen-

(1) Así denomino al aberrante, místico y mítico culto universal, del cual *cada religión* es una secta.

cia, más que la alegoría del proceso de superiorización o de *helicización* (1) de la humanidad terrígena, fatal como la bestia, *selénica* por haber actuado sobre ella solamente la luna. La *helicización* comenzó cuando apareció el sol sobre la tierra, o, mejor aún, cuando éste se le acercó tomando en el universo, más o menos, la ubicación actual (2).

Nuestro gran Lugones se empina sobre sí mismo, cual sobre el monte Everer, cuando gloriosamente nos dice:

"Las tragedias de Esquilo producen el efecto de arquitecturas colosales en su ordenación que los siglos no han podido conmover. Sus palabras repiten como bóvedas el paso de sus heroicos pies que vuelve sonoros la sandalia de bronce. Los coros recuerdan columnatas armoniosas como flautas parejas. Los personajes parecen torres por donde sale una voz de ejércitos. En aquella estrofa, como en el sillar de un muelle, viene a estrellarse el océano y habla. Por aquel exámetro métese el viento y en son de clarín perora. El corazón antiguo está clamando ahí la tempestad de las pasiones eternas. Pero la tranquilidad que infunde el concepto seguro del objeto: el equilibrio de la sabiduría, subordinan aquella grandeza a la ley que enfrena desesperaciones y tempestades. Y la bella alma griega, que animó a los héroes embellecidos de serenidad, a los mármoles también heroicos en

(1) Palabra que hago derivar de Helios, el dios-sol. Helización equivaldría a algo así como a *impregnación de sol.*

(2) Explico esta teoría ampliamente en mi *Psicología antropogenética.*

su realización sobrehumana de la vida perfectamente noble, está dominándolo todo sin esfuerzo visible, por la propia seguridad de su armonía, a la manera de una alondra matinal que, suspensa en el éter, forma como el vértice de la aurora, sobre los bosques todavía nocturnos, sobre el claro mar nivelado por el sol naciente''.

Y en otro lugar, refiriéndose exclusivamente al Prometeo:

''Y porque refería verdades eternas, clavadas en la inmensidad como letrero de bronce por la rueda de los zodíacos; porque su obra cimentábase en el origen de la vida como un árbol primordial en el nudo mismo de las montañas y de las aguas; porque ella se adelantaba a la muerte del propio Zeus, con su alma desintegrada en polvo cósmico sobre los abismos futuros — el inmenso poeta cuyos coros de Euménides costaron la vida a muchos espectadores en el teatro antiguo, tal de terribles fueron; el sublime Predecesor, casi numen también, proscripto del sol él mismo en su grandeza desconocida, pudo dedicar sin jactancia ''al tiempo'' su poema impar como el astro, único monumento poético digno, ante los siglos, de aquel frontispicio de eternidad... (1).

Estos pasajes son, sencillamente, admirables... Lástima grande que su autor, profeta de todos los tiempos, de los aún no nacidos tanto como de los ya muertos, ande por ahí, por entre el laberinto de la vida, errando su gloria al cantarle, muchas veces, a cosas fútiles,

---

(1) Doile cabida a tales *hermosuras*, aunque comporten una disgresión, porque esta obra persigue, ante todo, el propósito de ser eminentemente civilizadora.

versillos ingenuos, o al traducir sabiamente la Iliada o la Odisea, modelos de belleza, sin duda, pero que no tienen, como el Prometeo o el *De rerum natura,* diluído el sol en su alma. Lo que él debiera hacer para superarse a sí mismo, para convertirse en cumbre entre las cumbres de todos los siglos, es traducir y comentar a Lucrecio y *reconstruir* el *Prometeo encendedor* y el *Prometeo libertado* de la trilogía del eleusino inmortal, cuya pérdida para la cultura del espíritu humano, debía ser más lamentada que si dos continentes se hubieran hundido en el océano; acontecimiento que, bien mirado, ha sido tan nefando y tan trágico como la desaparición del mundo atlántico...

En tales ensueños estaba sumergida mi alma, así libertada de las ruines cadenas de la miseria humana, cuando un matrimonio, pariente y amigo, hizo irrupción en mi gabinete de estudio... Ambos esposos venían alegres —¡oh contraste!—como un repiqueteo de campanas en día de pascua, como una jota punteada por castañuelas y panderetas.

Y, abrazada a mí, besándome, me dijo ella:

—Lo felicito por *su* triunfo... ¡Por fin lo veremos en la cumbre!

¡*Mi* triunfo...! ¡*Yo* en la cumbre...! ¿Estaría soñando?

—¡Cómo *mi* triunfo...! — le contesté. — ¡Al decir *cumbre,* habrás querido decir *abismo!*

—Sí, naturalmente, el triunfo suyo, el de usted... ¡Mañana será presidente *su gran amigo!*

¡Mi gran amigo! ¡Mi triunfo! ¡La cumbre! Sin du-

da el destino, carente de entrañas, se había dispuesto a jugar conmigo a los sarcasmos. Era cuestión de llorar a lágrima tendida o de reir a carcajadas.

Aquella mujer, *sabiendo todo mi drama* — por lo menos en sus exterioridades, — desplegaba conmigo, sin darse cuenta de ello, la misma *inocente alegría* que despliega el gato ante la tremenda agonía del ratón por él mismo condenado a muerte...

¿Qué misterio envolvía todo eso? Ella no tenía la intención de hacerme daño. Buena era; su corazón estaba siempre en floración de ternuras. Me estimaba en grado sumo. De esto no tenía yo ni una sombra de duda. Su entusiasmo, su efusión, revelaban que se sentía dichosa con el magno acontecimiento y que esperaba, anhelantemente, que él se transformara para mí en ruta de oro.

No acerté ni a disgustarme, ni a alegrarme... El corazón, sin embargo, en muda protesta, se revolvía dentro mi pecho como una serpiente de improviso partida en dos.

—¡Ya verán! ¡Ya verán! — exclamé, sin acertar a decir nada. — ¿Cómo puede ser...! En fin, esperen... Pero no ven que... No se precipiten... Los acontecimientos no serán como ustedes... En fin, en fin, yo a mi vez los felicito a ustedes por el hecho de verlos tan contentos... ¡La cuestión en esta vida, es sentirse dichoso, aunque el mundo se esté viniendo abajo!

No dije más... Una cortesía, de índole superior, selló mis labios. Nadie percibió ni el rumor del huracán que, cual una sierpe alada, giraba sobre sí mismo dentro mi cráneo. ¿Qué iba yo a remediar con agriarles la

fiesta con intempestivas hurañeces? ¿No estaban ellos gozosos con mi dolor? ¡A reir, pues...! Por otra parte, mis reticencias, mis incongruencias casi delirantes, no podían ser comprendidas por nadie. ¡Eran el fruto ácimo del drama, no revelado, de mi alma crucificada!

Se fueron...

Ya no era posible pensar en dormir... El sueño había huído completamente de mi noche aquella.

A larga y honda meditación entreguéme...

¿Por qué la mujer es un agente ciego de aquella fatalidad que Jehová, el Bíblico, y Zeuz, el Olímpico, simbolizaban? ¿Por qué siempre vive enamorada del mal..., aún la más buena, haciendo inversión de los valores, en plena cristalización del mal sobre la tierra? ¿Por qué la esposa de Sarmiento se divorció de Sarmiento conceptuándolo, al propio tiempo, el más bueno de los hombres? ¿Por qué la esposa de Víctor Hugo, no pudo seguir amando a un hombre que, cual el ideal de Platón, era extraordinariamente bello, tanto por el cuerpo como por el alma? ¿Por qué la raza de titanes es sólo raza de machos? ¿Por qué mujer alguna siente halago en encaramarse sobre la cumbre de la ciencia y sacar la cabeza por encima de las nubes para escrutar los cielos? ¡Oh, el sexo femenino sólo puede producir santas afables, inteligentes y simpáticas como Teresa de Jesús; pero *no más santidad ni más inteligencia que ésa;* selénica, egocéntrica, petulante, instrumento ciego de la fatalidad, sin un rayo de luz prometeica dentro del alma! (1).

---

(1) Este problema lo estudio y soluciono en mi obra *Agerpericleísmo,* que espero poner pronto en prensa.

Pero no; me equivoco: también hubo una Aspasia en cuyos divinos labios Pericles abrevó inspiraciones celestiales de legislación, y una heptaira que, con eslabones de tiernísimos besos formóle a Fidias la escala por do éste titán subiera al Olimpo y escrutara, para sus mármoles, las divinas facciones en los mismos rostros de los dioses... ¡Ah, nó, que también me ha sido dado conocer — la única en la tierra, — a una mujer de esa estirpe: alta, escultural, gallarda, esbelta, de líneas impecables, *glaucopis* (1) como Atena, pues sus ojos, por el color y la amplitud de su mirada, eran cielos; iluminada por aquella sonrisa *eginética* que era lo que divinizaba las facciones de los dioses; su cuerpo era digno búcaro de su alma, en plena floración de santidades. Era, pues, dos veces diosa porque en ella se ensamblaban las formas de Afrodita y el alma de Atena; misterio que sólo a mis ojos les fué dado el don de percibir; titana mártir, muerta, sin ninguna enfermedad (2), del dolor de la vida, sin haber sido favorecida en el mundo con otra cosa que no fuera el dolor, esponja avinagrada don-

---

(1) A la diosa Atena se la apodaba *glaucopis*: la de los ojos azules.

(2) Yo les dije a los médicos: ¡se está muriendo! — Contestaron ellos: ¡Absurdo! No tiene nada. El cerebro, el corazón, los pulmones, los riñones: todo funciona admirablemente. Todos los análisis han dado un resultado negativo. El frío que experimenta debe atribuirse a la baja temperatura reinante y a algún pequeño malestar nervioso. — Yo les repliqué: ¡está en agonía! ¡Ese frío es el de la muerte!—Y así fué... Pocos minutos después estaba muerta, sin exhalar ni una queja, ni un suspiro, ni hacer un gesto...

de a veces sólo les es dado a los prometeicos aplicar los sedientos labios, caldeados, resquebrajados, sangrantes en su sed infinita de bien... ¡Ay de mí! ¡aquella mujer era mi madre!

Fuéme muy cruenta aquella noche, según iba diciendo. Al describirlo, un dolor, aún mayor, se está tragando a aquél como una tremenda boa a una serpiente...

Velando en pie mi agonía sorprendióme el alba...

Todo el cuerpo me dolía como si me lo hubieran magullado...

Tiréme sobre la cama... En ella dí varias vueltas sobre mí mismo no encontrando nunca blandura en mi blando colchón...

Púseme otra vez de pie.

Observé entonces que, así como cuando murió mi gran amigo Portos, el capitán del barco que conducía a Aramis — estimado amigo mío también, — vió sobre la cubierta, en el sitio mismo en que éste para dormir había apoyado la cabeza, un gran parche de humedad, por lo que dedujo con extrañeza que durante la noche, contrariando las apariencias, había caído un fuerte rocío; observé, decía, que mi almohada estaba empapada, por lo que un observador cualquiera, bien podría haber colegido que en el techo de mi habitación, justamente a la *altura* de mi cama, debía haber habido en la noche aquella, una copiosa gotera...

¡Consumatum est! — me dije. — Tomé una pluma y le escribí, al flamante Presidente, la siguiente carta...

Estimado don Hipólito: (1).

Un millón de congratulaciones recibirá usted en este día... ¡No tengo la menor duda de ello!

Mas la mía... ¡no!

El destino me impone el dolor de mandarle un pésame...

¡Sí, pésame su Presidencia, porque ella será fatal para la República! ¡Usted no va a gobernar, como debiera, con la inteligencia de todos los hombres! Usted tiene predilección por los ineptos. Usted no va a imitar al General Rodríguez. Usted sólo se va a preocupar de su propio encumbramiento, soñando siempre con poderes vitalicios...

Ni por lo que pueda tener de grato para usted su encumbramiento, quiero felicitarlo...

Es posible que usted se sienta dichoso como el que más, al ver colmadas sus aspiraciones. Mas yo abrigo la intuición de que sus errores y jactancia algún día le acibararán la vida. Si lágrimas de sangre le va a costar al país su Presidencia, usted, en su hora, que tendrá que llegar, también las verterá...

Con estos columbramientos, excúseme usted de que no lo felicite, y que, sin acrimonia, impulsado por una sinceridad sobrehumana, inclinándome estoicamente ante la fatalidad que rige cuanta cosa existe en el universo y

---

(1) Así lo llamábamos en aquella época. Obsérvese que aún, fraternalmente, lo llamaba *estimado*.

al universo mismo, le envíe mi más sentido pésame, por la patria y por usted mismo.

Suyo aún... y del progreso.

Eduardo Isla.

*

* *

Encontréme después en la calle con mi antiguo compañero de estudios secundarios, el mayor Zavaleta, hoy coronel y jefe de policía en Salta, según me dicen.

Llevaba él un diario en la mano. Sin ningún fervor, tranquilamente y con cierta displicencia me mostró el primer decreto de la *Reparación*, concebido en Acuerdo de Ministros.

Lo leí... Tratábase de un decretillo, mal confeccionado, en que se declaraba en comisión a todo el personal administrativo. Bien se veía que los firmantes no eran los inventores de la pólvora. Esas *celestes luminarias* no podrían hacer otra cosa, durante los seis años fatales, que llenar de adefesios legislativos toda la extensión de la República. De una manera fulminante se había cumplido la profecía de mi carta, en lo que se refería a los eximios pensadores que él llamaría a colaborar para realizar un gobierno ejemplar...

Entonces le dije al mayor Zavaleta, textualmente:

—Basta conocer ese decreto y las firmas que lo subscriben, para que yo me permita profetizarte que el gobierno de don Hipólito Irigoyen será desastroso en todos los sentidos... Acuérdate de esta profecía, que se cumplirá, evidentemente, al pie de la letra, sin que se requiera la inspiración de los antiguos profetas de la

Palestina para vaticinarlo... ¡a ciencia cierta! El único que no está bien ahí, es Becú. Dotado está de suficiente inteligencia y carácter como para que Irigoyen no pueda transformarlo en escoba.

No volví a encontrarme en la vida con el mayor Zavaleta. El destino es así: es como un mar que acerca y aleja a los hombres caprichosamente y luego los arroja sobre las playas del eterno olvido Mas él, si ha sabido interpretar bien las calamidades que el dios arrojó a montones sobre el escenario de la patria cual un sembrador protervo, más de una vez ha de haber recordado con asombro la profecía del más joven de los padres del radicalismo, del *único* que no podía refocilarse con la victoria... ¡del mal!

*

* *

Ya nada había que hacer...

¡Todo estaba consumado!

¡Al *cadáver* del radicalismo *triunfante,* había que apresurarse a enterrarlo..., o dejar que se enterrara solo..., cual en la naturaleza ocurre con todo lo que muere!

¡ALMA DESAMPARADA!

Yo amo en los dioses... ¡lo que tengan de divino!

Epicuro, el más grande y santo de los filósofos, pensaba del mismo modo..., ¡para inmensa gloria mía!

Este pensador insigne, cumbre entre las cumbres, contrariamente a Aristóteles, enseñó formalmente, en nombre de la ciencia, que el movimiento de los astros no dimanaba del deseo o impulsión de un ser divino, sino que ellos están regidos por un concierto eterno que produce el nacimiento y la muerte alternativamente. La investigación de las causas de ese eterno concierto, es el objeto de quien estudia la naturaleza; deleitosa fuente aquél en que pueden abrevar, sin nunca hartarse, los seres que duran... ¡lo que dura el día!

Los dioses, según él, no tenían realidad corpórea... Existían tan sólo dentro de nosotros mismos. Pero no por ser cierto esto debía amárseles menos, pues eran, en suma, divinos elementos del ideal humano. Dentro de nuestras almas desplegaban ellos su hermosura, cual ornamentan los cielos la soberbia majestad y la luz esplendorosa de los astros...

*

* *

El espíritu del mal, con apariencias de bien, había vencido...

Una vez más sobre la tierra, la fatalidad imperaba, cual lápidas de plomo, sobre los radiantes ojos azules de Atena y Afrodita...

La República entera le servía de mesa, bien tendida y bien repleta, al radicalismo... Trinchando plácidamente en la cabecera codornices y faisanes, estaba el dios... Yo sólo tenía que estar excluído del pantagruélico banquete. Para mí no podía haber sitio en esa mesa (1). ¡Yo debía ser el paria de la victoria! ¡Oh, sí, pero, en cambio, también fuí, porque también lo quise, el augusto emperador de mi propia alma! ¡Gloria *in excelsis* para los hombres hélicos, porque de ellos es el reino de la olímpica dignidad humana...!

*

* *

Rebalsado de dolor, atenaceado el corazón por cien mil dardos, pensando en un todo como aquel sabio esclarecido, que juntamente con Esquilo, Demócrito y Lucrecio, daranle, como el sol, eterna luz a la humanidad, lancé, entonces, al viento este canto heráeleo-dionisíaco de angustia, desolación, protesta y rebeldía, en que mi alma se tendió primero como un mísero gusano sobre la tierra, se hundió después en el Hades como un ser pre-

---

(1) No vaya a creer algún suspicaz que eso me pese... He vivido siempre y sigo viviendo en la sobriedad y frugalidad grata a Platón. Valga, pues, la frase sólo como un sarcasmo.

cito, irguiéndose luego cual la montaña..., ¡concebida ésta por mí como santa aspiración de la misma tierra por escrutar y conquistar los cielos!

*

* *

¿Por qué será, Dios mío, que yo, cual Atlante, he sido condenado a llevar el peso de un mundo sobre mis hombros?

¿Por qué será, Dios mío, que ya no me parecen bellas las estrellas, ni encuentro perfumes en las flores, ni el sol inunda de luz y de alegría la noche lóbrega de mi alma?

¿Por qué será, Dios mío, que aún en medio de las fiestas llevo bajo el cráneo una inmensa tempestad de dolor y de tristeza que en mis mejillas se deshace en lágrimas?

¿Por qué me diste, mi Dios, tanta alma si no me pudiste brindar, a un tiempo mismo, el mundo que la comprendiera? El ruiseñor tiene el bosque frondoso para su canto; el águila tiene el espacio inmenso para su vuelo; el río tiene el mar para volcar sus aguas; Tú mismo tienes el universo para recrearte... Compadecido de la soledad de Adán, le formaste una Eva con una lágrima que vertiera una estrella... ¡Sólo yo no tengo nada, ni a nadie! Sólo para mí no hay en la tierra bosques, ni espacio, ni mar... ¡ni siquiera una almohada en que reclinar mi ardorosa y fatigada sien...! ¡Sólo yo estrecho entre mis amantes brazos el helado cadáver del

mundo! ¿Habré, tal vez, cometido un gran pecado antes de haber nacido? ¿O estará agotada tu piedad, oh Dios? ¿O será, por último, que yo no seré, como todos los demás, una obra tuya? ¿Qué dicha, qué placer, que halago le tienes reservado, por ventura, al eternamente incomprendido, al náufrago maldito de todas las alegrías de la vida? ¡Oh, quizás, para que la medida sea colmada, también ocurra que te hayas olvidado, mi Dios, de reservarme, aunque más no fuere, el último rincón de tu Paraíso, destinado, sin duda, a tarántulas, tigres, cocodrilos y serpientes?

Tentado estoy, oh Dios, de tenderme a lo largo, con extraña e inmensa fruicción, sobre la mullida y verde alfombra de los campos, darme por olvidado de mí mismo cual si fuera una osamenta, y dejarme extinguir al sol de hambre y de sed, devorado al mismo tiempo, por el insaciable pico de los caranchos...

¡Oh, Señor, Dios-padre de todas las cosas! ¡escucha, por piedad, la oración del hombre triste, del alma desamparada, del más olvidado de todos tus hijos...! Rendido de dolor, humillada mi frente en el polvo, invoco tu infinita bondad para suplicarte que tiendas, por fin, bajo mi cráneo, como en la escena bíblica, un iris de paz y de esperanza... ¡Ya no puedo vivir, oh Señor, sin sentir posada sobre mi frente, como la misma aureola de la gloria, la beatísima caricia de la mano marfilínea de esa Venus estupenda que es la Vida...!

*
* *

Mas, ¿a qué seguir rugiendo dulcemente cual un viejo bisonte solitario? ¡Quede la vil impotencia para todos los Jobs menguados de todos los tiempos! ¿Acaso la tierra toda no está desamparada y proclama, gime, ruge con la evidencia de todas las cosas, con el gemido de todas las almas, con el rugido de todas las bocas, que todos los antiguos cielos se han apagado, que todos los dioses ya están muertos...?

Sólo los titanes modernos, revestidos de todos los atributos y de todas las fuerzas, surgidos de la mente humana cual Minerva del propio cráneo de Júpiter Tonante, tendrán la virtud suprema de tender sobre la tierra el iris de la paz, apoyando sus extremos, no en locas fantasías, sino en la realidad, sagrada y bendita por el hecho sólo de ser...

¡Bah! ¡Por Palas Atenea, ya podéis, oh Señor, continuar eternamente sordo, indiferente e impasible como una piedra...! Quedáis redimido de toda obligación para conmigo... El dolor no manchará nunca el azul de mis alas... Será tan impotente contra mí cual el huracán contra el Ande. ¡Sabedlo, por fin...: yo tengo a Prometeo dentro del alma! ¡Dentro de ella estoy sintiéndolo titilar cual una estrella! ¡De brújula le sirve mi propio ser al dios...! Es El quien os grita por mis labios: ¡Caiga sobre mí el afilado rizo del fuego; conmuévase el éter con el estampido del trueno y el huracán de los vientos desatados; que la tormenta sacuda la tierra en la raíz misma de sus hondos cimientos; que

invadan las olas del mar los celestes caminos de los astros; que arrastre mi cuerpo el torbellino de la fatalidad hasta el fondo del negro Tártaro! ¡De todos modos eres tan impotente para matar mi idea, como para aniquilar la substancia de un astro...!

*

* *

¡Oh, Nietzche, profundo como un abismo, luminoso como el sol! ¡Sólo yo comprendo tus angustias sobrehumanas! ¡sólo yo sé que tú, períncito hijo de Prometeo, soñabas a toda hora con una humanidad en que cada hombre fuera como un dios...!

¡Oh, tú gemías de dolor pensando que quizás, ni aún después de tu muerte, pudiera haber sobre la tierra un hombre que te comprendiera...! ¡Eureka! ¡eureka! ¡He aquí que ha llegado el día de tu gloria! Tu alma no tiene secretos para mí... Yo comprendo todo lo que dices y aún todo lo que callas... ¡Pena indecible y gloria suprema es confesarme a mí mismo que nuestras almas son gemelas!

¡Ven tú, hermano mío, a recorrer conmigo la áspera senda, tomados de la mano...! Aunque sudando sangre, entonando hosannas y aleluyas marcharemos por el mundo celestial de la ciencia y la hermosura, soñando siempre, cual Satán, con una humanidad mejor en que cada hombre sea un *Teoídeo*: ¡oh, sí, un igual de los dioses! (1).

---

(1) Y tan fiel he sido a este pensamiento, que tengo escrita en esbozo una tragedia con este título: *¡La hora es llegada del hombre-dios...!*, destinada, sin duda, a conmover intensamente el alma del mundo.

¡SALVE, OH JUSTICIA...!

No obstante, la gran consolación, como bendita paloma mensajera de otros mundos, no venía...

Acosado por todos los lebreles del dolor, iba marchando por mi ruta...

Cual siniestros cuervos, las Erinas implacables de mi fiero destino, giraban en torno de mi frente, riendo lúgubremente como chacales al tiempo de roer los huesos putrefactos de los muertos...

Sentíame más desafortunado que el mismo Orestes de la tragedia esquíléa, porque él, al fin y al cabo, tuvo un Apolo sabiamente consejero y una benévola cuanto encantadora Atena que trocara a las Erinas furiosas en cordiales y dulces Euménides.

Un bálsamo requerían mis úlceras... Como Cristo clamó por agua en su agonía, mis labios clamaron por justicia. Necesario es, de todo punto, extirpar de la tierra la iniquidad, cual la peor de las serpientes. El hombre jamás alcanzará la dicha mientras no haga de su propia alma un templo de la justicia.

¿Dónde encontraría yo el hecho o la palabra bendita? ¿No habría por ahí, en la tierra, un ángel Israfil, que cultivara otro árbol de felicidad, del cual pudiera yo escoger una flor que me perfumara toda el alma?

Ojeé entonces, con avidez, cual una biblia, el *Prometeo,* de Lugones, obra que es honra y prez de los humanos, pues en ella este gigante levanta heráclea-dionisíacamente una punta del velo que encubren los enigmas del universo y de la vida...

Mis ojos se detuvieron en este pasaje, todo luz, todo amor, que es todo un pedazo de cielo... (1).

*

* *

"La paz del espíritu consiste esencialmente en la posesión de la justicia. Sin semejante bien, todo comporta en la vida desabrimiento o amargura. La civilización es imposible cuando falta; porque ella realiza la conformidad con los principios superiores cuyo imperio mejora a los pueblos. La patria muere con su ausencia, al carecer en ésta de razón para existir, pues la fundación de toda patria obedece a la necesidad que experimentaron sus primeros hijos de asegurarse la justicia, por haberles sido negada o disminuída. La justicia es el fundamento de toda patria, y por lo mismo es la iniquidad lo que destruye las naciones. No hay para éstas muerte física, sin esa previa defunción moral. Por ello coexisten la pequeña república anidada entre cuatro peñascos, y el imperio formidable en cuyo plato de horizonte es tajada la mitad de la tierra, en cuyo vaso de

(1) Sin embargo, debo decir en honor a la verdad, que esta obra, plena de hermosuras, contiene un error colosal: *todo lo que se refiere a los mitos de Venus y de Dionis.*

abismo la mitad del mar forma el trago correspondiente. Por ello también, húndense en el menosprecio de los hombres el país insignificante y la nación colosal con sus escuadras y ejércitos. Así es como han desaparecido Atenas y Roma. Las naciones viven por la justicia en esa conformidad con los principios superiores que constituyen la paz espiritual; y esto es una realidad, aunque no se vea. Así los astros permanecen en el éter, sin punto de apoyo, a la sola virtud del equilibrio que comporta la armonía de sus gravitaciones. La materialidad de la riqueza y de la fuerza, es peso inerte destinado a rodar por los abismos, si un ideal permanente de justicia no le infunde el soplo vital que ha de darle apoyo en el propio vuelo. Después, ¿qué importa de dónde haya éste arrancado, matorral o árbol, guijarro o montaña; y quién va a preguntar a las águilas libres en su eminente igualdad de firmamento y de alas, si el nido originario tiene por parapeto una rama seca o un trozo de cuarzo aurífero. ¿No podrían ellas contestar a la vez, que tanto la piedra como el leño, si algo significan es por ser nidos de águilas?

"El ideal, o sea el impulso interno del bien desinteresado, concrétase ahora, para la humanidad, en sed de justicia. Es una nueva organización de justicia, lo que reclama la augusta y formidable protesta del trabajo.

"Ya no es el culto del pobre, preconizado por el cristianismo, lo que exige la humanidad, sino la supresión del pobre. No para que todos sean ricos, sino para concluir con la inquietud de la necesidad. Y esto no ha de conseguirse sin asegurar a cada uno la justicia: el efecto

correspondiente a sus acciones, empezando por el rendimiento de su trabajo.

... ...

"El error fundamental del egoísmo, está en creer que es posible conseguir la felicidad individual con olvido de las ajenas; que la felicidad es un estado personal y no colectivo. A nadie se le ocurre, sin embargo, que la higiene de su casa baste para asegurarle la salud. Preocúpase, por el contrario, de reclamar ese beneficio para el barrio y para la ciudad, porque sabe que el aseo de su casa no evita los contagios si falta el de las vecinas. Mucho es ya que los hombres hayan aprendido esta verdad. Menester es enseñarles que lo mismo sucede con el espíritu. La felicidad, o sea la salud del alma, es un negocio colectivo. Y así como la solidaridad de la higiene comporta *un interés eminente*, porque de lo contrario las plagas infecciosas son el castigo del egoísmo, la solidaridad de la dicha constituye *el supremo interés* para las sociedades cuyo porvenir amenaza el egoísmo con un castigo peor: el del odio convertido en tentadora voluptuosidad para los débiles y en vengativa satisfacción para los fuertes.

"Esta solidaridad en la dicha, que constituirá el fundamento de la sociedad futura, cuya iniciativa corresponde a las patrias jóvenes, predestinadas para tener a la humanidad por clientela — las *Argentinas y los Eldorados* de la Era Social; — este comunismo del bienestar interno, es lo contrario de la caridad cristiana. El don que a ésta constituye, será derecho en aquél: reconocimiento de que la felicidad es un estado colectivo.

"Todo el que ahora trabaja, lo hace pensando en adquirir riquezas para ser feliz. Riquezas consigue, pero no felicidad; porque habiendo prescindido del bienestar ajeno, las desdichas de los otros han contaminado su ambiente, obligándole a un esfuerzo tan excesivo, a una concentración tal de facultades para ganar su fortuna y para defenderla, que cuando quiere gozarla ya no sabe sino continuar penando en aquellas tareas constitutivas de su segunda naturaleza; o encuéntrase arruinado en medio de su poderío. La fábula del Rey Midas, o sea el imbécil del dinero, tiene una formidable perennidad.

"La sociedad actual no es más que una imponente organización del egoísmo, que ahora se vuelve contra ella bajo un concepto de libertad negativa, o sea destructora de la iniquidad, del deber, y temible, no como amenaza, sino como error, al tener por único objeto satisfacciones materiales. Lo malo no está en que sea destruída, puesto que es inicua; sino en que los destructores quieran substituirla por otro egoísmo. Hay que socializar, ante todo, el ideal de la dicha, haciendo entender a los hombres que no es posible la felicidad aislada de uno solo entre una mayoría de desdichados. Porque la felicidad es ante todo una satisfacción de justicia; mientras ésta no exista en realidad, tampoco habrá verdaderos dichosos.

"Preguntaban a Solón, aquel legislador extraordinario que hace dos mil seiscientos años suprimió en Atenas el pago corporal de las deudas y la transmisión hereditaria de esta iniquidad — abolida por varias naciones

modernas sólo en la segunda mitad del siglo XIX, — cuál era en su opinión la ciudad mejor constituída. Aquella, — respondió, — donde todos los ciudadanos, *perjudicados o nó,* persiguen y castigan igualmente la injusticia.

"Atenas del Plata, oye bien esta palabra antigua.

... ...

"La nación que adoptara al nacer el sol por emblema, impúsose con ello una existencia de heroísmo sin término. Que no otra cosa significa mantener al sol mismo de lámpara en el portal y de lumbre en el hogar generoso. En su excelencia suma, semejante acto plantea un dilema proverbial: el de lo sublime y lo ridículo. O adoptamos la realidad del sol, con voluntad heroica de ser como él para los hombres, o caemos en la apoteósis de opereta que la exageración de una miserable parodia acarrearía: sol cuyo fuego exigirá para ser mantenido, todo el aliento de nuestras almas, toda la esencia de nuestras vidas, todo el bien de nuestro trabajo; o escandalosa estampilla de nuestra incapacidad, pegada sobre la bandera para mayor resalto, en sacrílega bufonada.

... ...

"La justicia es una sed y la civilización una siembra. Asegure el país al continente la justicia de su derecho y de su espada. Tiéndale el vínculo de sus rieles y de sus aguas transeuntes, en nudo fraternal, así como el buen labrador forma, para toda la familia, el haz de espigas. Viva de hacer el bien por su dicha inherente. Vaya ofertando, en noble gratuidad, donde sea menester,

el *cántaro lleno.* La luz de su astro heráldico, le da el concepto de la justicia. A ésta aspiran por igual el árbol formidable y la brizna ya encorvada bajo su gota de rocío. Y es porque saben que ese vasto fuego, es tan prudente con el árbol como con la hierba. Esa florecilla que parece un suspiro, hállase tan gloriosa de sol como el rudo tronco que a impulsos del viento rema cielo con sus palmas.

... ...

"Tal en la aurora del nuevo siglo, la patria reemprende la marcha hacia el porvenir bajo una dulce gloria de sol naciente. Con su delantal blanco y su cinta azul de joven pastora que vuelve de la fiesta, pasa a la orilla de los verdes rastrojos donde impera como una sólida seguridad, la mansedumbre de los grandes bueyes. A lo lejos el mar celeste, fregado de plata matinal, propone una brisa intrépida a las barcas alegres. Del otro lado, la cordillera ofrece en prodigalidad de tesoro maravilloso, la cristalería colosal de sus manantiales y de sus hielos.

"La doncella es hermosa al ojo del vecino. Por sus colores de simbólica sencillez, llámanla *Blanca Azul* como en los cuentos. La doncella Blanca Azul que jamás niega su cántaro generoso. Perfuma sus pies el trébol ya dorado de madurez. El sol le ofrece plata y oro en el agua del arroyo paralelo y en el polvo de la senda reposada.

"Y a través de los trigales, a la vera del bosque donde son fe, esperanza y caridad la madera sana, la hoja fresca y la sombra persuasiva, la joven pastora va

hacia la vecindad, soñando su bello dios de mañana, a la cadera el *cántaro de agua* gratuita y en los labios esa canción de los pozos campestres, donde duerme en la quietud de la obscuridad húmeda, una promesa de consuelo para la tierra, de recreo para el cansancio y de plenitud para la sed''.

*

*   *

El pasaje, verdaderamente, es azucarado y jugoso como un racimo de uvas cosechado en el Paraíso... Colmárale de placer al mismo ángel Israfil y a sus portentosas huríes con labios de coral y ojos como diamantes negros...

Mas mis heridas continuaban chorreando sangre... El milagro no surgía. Era menester que brotara de la peña un manantial, que el desierto se llenara de rosas y de lirios, que en paloma se transmutara la serpiente... Sólo así mi corazón tornaría a ser montaña de flores.

De improviso... me acordé de mis muertos... ¡Oh, la muerte es, en sí misma, un templo de sabiduría infinita! Lucrecio, en sus versos inmortales, no agotó, por cierto, el tema.

¡Oh, sí, los muertos podrían consolarme con inmensa elocuencia muda...!

Y allá, a la mansión pavorosa, llevóme el destino...

Luego de intenso diálogo con los que *ya no son*, con los eternamente sordo-mudos, volvíme a mi hogar y escribí estas líneas, henchidas de inmensa bondad, que es como decir: de suprema justicia...

*
* *

No me satisfacen los teólogos que suponen un Dios que concede a algunos mortales pensiones graciables de dicha y santidad, que hace y que deshace eternamente sin otra razón ni otro impulso que el que dimana de las papilas gustativas de su paladar excelso...

Me quedo con Plutarco que decía que es tan poderosa y necesaria en el mundo la justicia, que el mismo Júpiter no tenía derecho de ser injusto una vez establecidas las leyes del universo.

Ni en la tierra ni en los cielos puede haber ponderables armonías si no les pulsa con ciencia y arte la batuta de oro de la justicia.

Con razón Sócrates, fuerte, estoico por excelencia, prefería más sufrir una injusticia que cometerla.

Antes que desaparezca del pecho humano el sentimiento de la justicia, que es el sol del mundo moral aunque manchado y turbio, preferiría una y cien mil veces que se rompiera de improviso la sublime armonía que rige la vida de los astros, y que el mismo sol que nos da luz, calor y vida, obscurecido y yerto rodara por los mundos sin nombre y sin historia...

Y bien... ¡Sepamos en qué consiste la justicia!

Ulpiano, con toda la soberbia imperialista de la Roma de los Césares, dictó para el mundo una sentencia que todavía nos rige: La justicia es la constante y perpetua voluntad de dar a cada uno lo que es suyo.

Mas yo le preguntaría a Ulpiano: ¿qué hombre infinitamente osado podrá haber en el mundo que pre-

tenda saber lo que es de cada uno: de Dios, de sí mismo y del prójimo!

¿Qué es, entonces, la justicia? Esa inmensa pregunta me la he formulado ayer en la misma tumba donde duermen el sueño eterno mi padre y la legión de mis mayores. Parecióme, entonces, que *mis* muertos, apiadados de mi congoja, me decían a coro dulcemente: ¡La justicia es bondad, equidad y tolerancia, y el derecho no es nada más que la solución provisional y transitoria que permite vivir en paz a los intereses opuestos!

¡Oh, qué inmensa es la elocuencia de los muertos! ¡Cómo la muerte nos da la norma de la vida! ¡Yo proclamo que templos de sabiduría son las bóvedas!

Después, vacilante, ebrio de bondad y de ternura, sentíme magnánimo como un dios, y, al llegar a la amplia puerta de la ciudad de los muertos, desafiando la cólera de los hombres y los dioses, llevado mi pensamiento hasta los cielos sobre las alas soberbias y magníficas del estro, queriendo sobrepujar a Ulpiano, dije en voz alta, para el mundo, estas sentencias:

La benevolencia tiene que ser el fiel de la balanza de la justicia humana, y, si hay un dios, ¿qué otro fiel puede tener su balanza que no sea el de la dicha como premio para los buenos y los malos, ni qué otros platillos que no sean la misericordia y el perdón...? ¡Oh, aceptando, por un momento, el simbolismo de un Nerón — *Cristo del mal,* — y de un Jesús — Cristo del bien, — afirmo que juntos, y tomados de la mano en reconciliación suprema, deben de estar en el cielo a la

diestra del Dios Padre! ¡¡Oh, sí, el Infierno sería el más grande y monstruoso de los crímenes!!

Iba ya a alejarme de la ciudad triste y pavorosa de los muertos, cuando, de improviso, llegó a mi oído el murmullo de cien voces... A mi espalda, en la capilla en que un Cristo desfalleciendo en una cruz increpaba su abandono al dios-monstruo que dicen que fué su padre y lo inmoló, mascullaba una plegaria una bandada o grupo del colmenar enjambre humano...

¡Oh, plegaria más absurda y más extraña no oyeron los siglos...! La había escrito el Papa Benedicto sin inspiración alguna, con el alma desmayada y triste cual también la tuvo cuando agonizaba el Cristo; con los ojos desmesuradamente abiertos y espantados ante la horrenda visión de una milenaria Europa zozobrante, convertida en un bajel sin brújula ni timonero, azotada por huracanados vendavales de odio, donde los cañones rugen truenos y el mar encabritado es un inmenso mar de sangre...

¡Oh si era singular la plegaria aquella...! ¡No era otra cosa que el lamento inconsolable del cristianismo impotente expirando en la cruz de sus errores...! Empezaba por destronar a Jehová y darle al pobre Cristo, sin duda por compensación, el dulce reino del cielo, dado que San Pablo, conforme vió sucumbir a su maestro en la afrentosa cruz, le robó con genial audacia de judío el reino de este mundo en que vivimos, pues bien sabido es que a partir de aquel apóstol el cristianismo, como su autor lo concibiera, no conquistó un prosélito en el mundo; ¡nació con Cristo y expiró en la cruz!

Luego la plegaria le contaba al nuevo dios las cuitas por que pasa el mundo y le demandaba tristemente piedad, porque los dioses de todos los pueblos y de todos los tiempos, son unos menguados y aborrecibles tiranos que no prestan atención a lo que pasa en sus dominios y no sienten compasión sino cuando el hombre o la humanidad se envilecen como esclavos agobiados de dolor y de miseria, pidiéndosela de rodillas con el corazón triturado por la angustia...

La plegaria temía que aún así no se ablandara la roca que tienen por corazón los inmortales, pues de la pobre madre negada por Jesús, hacía una diosa prepotente para suplicarle que se apiadara del mundo... ¡aunque fuera contra la voluntad del Dios!

¡Oh, si es fantástica y absurda esta plegaria...! Por ella la Iglesia omnímoda, por primera vez, hace de la interceptora, de la simple abogadilla de antes, la más alta autoridad del cielo, una diosa que sin celebrar consejos de familia, hasta contrariando la voluntad de Dios, puede obrar libremente en juicio suplicatorio de instancia segunda y última, sin importarle un bledo que el Jehová, como un perro marrullero, se apreste a la revancha mostrando los dientes desde algún rincón del cielo.

¡En vano es que la Iglesia desesperada destrone a un Dios por viejo y haga de un genial cuanto desventurado idealista muerto en un patíbulo, un dios omnipotente que tenga que doblar la cabeza ante las decisiones inconmovibles de una diosa madre! ¡Todo en vano! El cruento volcán de guerra que cubre a la Europa

con la ardiente lava de su sangre, no se apagará si no cuando estén saciados los *odios cristianos* y los pueblos se sientan morir de hambre. Esta oración es tan innocua como aquellas bulas clásicas que amenazaban con la cólera divina a las orugas que las huertas devastaban, las cuales siempre, ¡cómo no!, obedecían sin chistar la orden divina de marcharse a otra parte con sus estragos... pero sólo en el momento en que echaban alas y dejaban de ser gusanos para convertirse en mariposas.

Esa ardiente lava de sangre humana que está cubriendo el suelo de la Europa, le dará a ésta una nueva y potente fecundidad, y en él solo podrá, más tarde, crearse y prosperar un ideal de verdad, sin ensueños, sin quimeras de ultratumba, que pregone que el cristianismo es inmoral porque contraría a la vida; que nos enseñe a todos los hombres a aspirar, en santa paz y armonía, al bien y a la felicidad aquí en la tierra y no en un mundo fantástico y absurdo.

En la Europa desolada y triste, sobre las ciudades y fortalezas deshechas o derruídas por el cañón, se alzará el espectro imponente de la guerra para condenar ese cristianismo mentiroso que destruyó la dulce y riente civilización helénica y la severa y estoica civilización romana, de cuyo maridaje algún día surgirán los hombres-dioses que depararán la ventura para todos los mortales porque ellos tendrán por cerebro un cielo cuajado de estrellas; ese cristianismo que, por haber invertido el concepto de la vida y de la dicha, hizo del mundo un infierno, nos obsequió con una noche lóbrega de mil quinientos años y con una inquisición que la historia recuerda con espanto;

ese cristianismo que hoy está por expirar junto con su última y más terrible obra de sangre y exterminio: esa menguada conflagración casi universal, donde la fatalidad lo condena a morir ahogado en sangre como en horrenda expiación por la sangre inocente que derramara en todos los calvarios de pensadores e idealistas.

¡Ay! Así pensaba yo en la capilla aquella mientras mascullaba la oración papal una bandada del colmenar enjambre humano... De pronto sentí que mi espíritu volaba y que iba a asentar su vuelo en no sé qué alta cumbre de la Europa. La montaña parecióme, entonces, un mástil magnífico del viejo continente zozobrante en un mar de sangre humana... ¡Y ya no pude resistir...! Mirando hacia los cuatro puntos cardinales de la tierra, puse en la montaña, en el mástil o en lo que fuera, la bandera azul de mis ensueños, en cuyo paño están escritos estos ideales con un rayo de luz del mismo sol:

"Aquel Dios creador y artista que asentó su trono allá en lo alto, extendiendo a sus pies el azur como una alfombra, desparramando en él, como si fuesen flores, las estrellas, es hoy un dios caduco, un mísero dios de los ejércitos tumbado a los pies de un káiser que se sueña omnipotente; un dios que ya no se deleita en contemplar el universo con el enjambre luminoso de sus mundos, ni escucha embelesado la música soberbia por ellos producida mientras van rodando eternamente en lo infinito... Ahora se deleita oyendo el pavoroso fragor de los obuses, y contempla con la boca abierta el continuo revolar, en vez de astros, de enjambres de aves carniceras en torno de montañas de cadáveres humanos que han

enrojecido con su sangre el agua de los ríos, en los que han naufragado una vez más la fraternidad pristina y la dulce igualdad paradisíaca.

"Cristo en la cruz es un cóndor vencido que pliega las alas e inclina la cabeza bajo el peso del destino; prefiero al Prometeo que, amarrado a una roca, encadenado y exangüe, lanza contra el cielo la clarinada triunfal de sus ensueños desafiando la cólera soberbia y el poder inmenso del padre de los dioses. Prometeo es el mismo rugiente océano de la vida, que soñando en el bien y en el progreso se agita y se revuelve y se sacude en el trágico lecho de piedra de la despiadada fatalidad, protestando contra el mal con la imponente y salvaje sinfonía de sus angustias y sus cóleras.

"La vida, esto es, la realidad — en el sentido de verdad, — como resultante de leyes biológicas y económicas, se le impondrá a la vida con la soberana sencillez con que el pararrayos de la ciencia, en lo alto de los templos, asienta su imperio sobre la cruz del fanatismo; con el mismo desdén a nuestros terrores pueriles con que la tempestad abate la soberbia de los montes seculares, silba diabólicamente entre las frondas y se lleva como robado entre sus ondas flores en enjambres, con todos sus colores que fascinan nuestros ojos, con todos sus perfumes que arroban nuestras almas. El progreso pasará sobre las sociedades y los pueblos abatiendo añejas, arraigadas y formidables preocupaciones, aventando y esparciendo a todos vientos, gratos perfumes de ensueños, lucientes pétalos de ilusión, arrancándole a la vida los tules engañosos recamados de oropel, presentándonosla

desnuda y pura, soberanamente hermosa y grande como una nueva Venus hechicera, para nuestro beso toda frente, para nuestra ternura toda diosa...

Tengamos una visión total de la vida por la belleza y la verdad... Habéis oído que fué dicho por San Agustín: ''creo en el absurdo precisamente porque es absurdo''; pero yo os digo que la religión (1), desde hoy en adelante, consistirá en sentirse bien en el seno de la verdad..., como una abeja en el cáliz de una flor, como un cisne en el azul de un lago, como un águila en lo alto de una peña azotada por el viento...

*

* *

Así lo pensé, así lo escribí, y así lo estampo ahora aquí...

No se me oculta, sin embargo, que este pasaje puede lesionar las mentes débiles, sistematizadas por el error, que sólo pueden volar a ras de tierra...

Si esta obra tuviera por finalidad alcanzar el fácil aplauso de la multitud ignara, debería ser suprimida; pero mi destino tiene decretado que no pueda haber fuerza humana ni divina capaz de torcer el recto curso de mi pensamiento, en perpedicular eterna sobre el centro de la verdad...

Demócrito, Epicuro, Esquilo, Lucrecio y hasta Sócrates y Platón — con quienes riño muy a menudo, —

---

(1) Esta es la *religiociencia* que he creado, que llegará a ser común a todos los hombres y a todos los pueblos...

por haber dicho ésto extenderíanme las manos desde el fondo de los siglos... ¡Ese es mi honor! ¡esa es mi gloria!

El pensador, el hombre que ha consagrado su vida al estudio, no puede ni debe hablar de otro modo... Así, el sabio Lange, al terminar su egregia y magna obra *Historia del materialismo,* pone un timbre de santidad científica sobre la misma, más valioso que si lo hubiera sellado con un astro, cuando dice que ''jamás el pensador que observa tiene derecho a callar porque sepa que han de escucharle contadísimas personas''.

MI VENUS

Mas el alma no se me reentraba...

El ideal de la justicia, estupendo como es, no podía ser aún la panacea para los grandes dolores espirituales, porque no depende de la voluntad individual soñarlo y, al mismo tiempo, implantarlo en todos los corazones...

Era menester que yo *naciera de nuevo,* como diría un cristiano revivalista. Ello me imponía entregarme en cuerpo y alma a la hermosura... Schiller, consultado, hubiera puesto ese virgiliano ramo de oro entre mis manos... Iluminado por lampos emergidos de los divinos ojos de Atena y Afrodita, besado en los labios por sus labios de miel, yo, con sólo quererlo, podría poner, entre el Hades y mi alma, una cortina de azur recubierta de estrellas...

Mas si tales ternuras empezaban a conmover mi corazón, era, sin duda, porque el alba venturosa estaba ya alboreando dentro de mi alma...

Sentéme al piano... Las Ninfas cantaron en coro en torno de Lohengrín, que emergía del seno de las aguas cabalgando un cisne blanco...

¡Bastó eso...! Mi vitalidad se acrecentó al punto. De mi corazón empezó a brotar un aura de valor, compasión, generosidad, amor, entusiasmo; todo lo cual se

condensó en un sol, que ahuyentó al instante todas las tinieblas de mi congoja.

Mis afanes políticos huyeron con raudo vuelo... Limpio de toda inquina quedó mi espíritu... En adelante, cruzado de brazos, con alma de estatua contemplaría a los partidos viéndolos girar dentro de sus egoísmos cual los astros dentro de sus órbitas. Todo el fuego de mi corazón, capaz de engendrar cien mil volcanes, lo pondría en holocausto en el ara de Atena y de Afrodita, las incomparables, las divinas...

Entonces fué cuando, para *sellar* ese pacto que le abría a mi vida un nuevo ciclo, púseme a modelar con la pluma, recordando aficiones escultóricas de mi más temprana edad, esta nueva cuanto esplendorosa diosa de la hermosura...

*
* *

No acertó el emperador Adriano cuando mandó erigir sobre el Gólgota una Venus esplendorosa para borrar con su belleza hasta el recuerdo de la tragedia infame...

Aquellas trágicas tinieblas requerían *mi* Venus cual un ósculo de eterna luz: una Venus más divina y humana que la que deificaron Homero y Hesiodo con su canto y Fidias con sus mármoles blancos como la leche, puros como la nieve, ardientes como un volcán, diáfanos e insondables como el azur...

¡Héla aquí...!

Casta y desnuda, magnífica y bella, toda ella en la afable y sumisa actitud de recibir en los labios y en el

cuello la caricia de otros labios, cual la rendida paloma los dulces besos de su palomo; oprimiendo en la siniestra, delicada, inefablemente contra el corazón una tímida tortolita, emblema del amor todo ternura; brindando gentil y afable con la diestra la divina rosa azul de Arabia, emblema de la esperanza y del amor; con el pie derecho pisando ufanamente un cisne eucarístico con las alas abiertas para significar que es la base de la dicha el amor hecho belleza, hecho ideal; el pie izquierdo descansando firme sobre el orbe para evidenciar que el amor es el dios dominador del mundo; granadas y manzanas rodando a sus plantas, simbolizando las primeras las glorias de la maternidad sagrada y estupenda, simbolizando las segundas que la ciencia sin el amor no vale nada y que sólo en el amor encuentra el genio el punto de apoyo que ha menester la palanca de la idea para conmover el equilibrio soberano de los mundos y trasladar gozoso a la tierra... ¡el mismo empíreo!

NOTA FINAL

¡Ah! El destino nos había señalado, como se ve, rutas antipódicas: yo, en plena descensión de la montaña de mis ensueños, por el camino obscuro y solitario del olvido universal; él, en plena ascensión hacia la cumbre del poder, por el camino asoleado de la gloria.

Ni él ni yo, al volvernos la espalda con rumbos tan diversos, podíamos sospechar que por tan opuestos caminos nos habríamos de encontrar de nuevo, poco tiempo después, para volver a repetir la misma separación, y que ahora, al cabo de diez años, nos volviéramos a encontrar, transformado yo, esta vez, en la montaña inaccesible con que el destino ha resuelto interceptarle el paso para que no pueda volver a escalar la cumbre... (1).

Lo que *la otra vez no pudo ser* — ¡yo bien lo sabía!,— esta vez está escrito que sea — ¡bien lo sé!

¡Ni él ni nadie podrá alterar este *decreto,* esencialmente inmutable..., como lo son siempre los decretos

(1) En realidad tres son las montañas: los tres tomos de mi obra.

de ese destino que rige cuanto existe en el universo y... hasta el universo mismo!

Mas no se crea que esta obra mía esté cargada de miasmas deletéreas, cual esos hálitos de fuego que suelen enviarnos aquellos fétidos pantanos de las regiones del Norte donde, para vergüenza nuestra, se incuba la malaria. Mi obra, cual un bólido procedente del mismo sol, cae sobre nuestra tierra, conteniendo estupendos mensajes de otros mundos mejores, ensoñados... Toda ella es de esencia divina, cual dirían los sabios eleusinós. Por eso en ella nada respira orgullo, venganza o cólera. Solamente miel de amor existe en sus nectarios, donde podrán abrevar magníficas inspiraciones los hombres superiores.

Verdad es que al ídolo de barro lo estoy viendo tendido a mis plantas, porque a natura plúgole que mi mirada, cual un dardo de luz, pudiera horadar las sombras del futuro, para casi todos los demás hombres opacas y sólidas como el carbón. Mas esto en modo alguno quiere decir que mi corazón, en este instante, salte y brinque de alegría como un hirco retozando a pleno sol sobre una pradera de bien macolladas yerbas, o que cante alborozado cual el hornerito aquel que *al ver su nido despedazado por el rayo, lanzó al espacio estridentes clarinadas como pregonando a todos los vientos la libertad de sus alas...*

Ningún dolor ajeno prodúceme alegría..., ni aún el de los *tigres humanos* que, indefectiblemente, al leer mi obra, querrán, como se estila, *santamente* devorarme. Mi felicidad no se alimenta con el dolor de nadie. Mi alma

es toda hélida cual si Hœfœstos, con substancia solar, sobre el mismo sol la hubiera forjado. Por eso no me ha sido dado encontrar divinamente justa ni aún la muerte de las sierpes. Bien se echa de ver que si yo hubiera fabricado el orbe, hasta a ellas las hubiera hecho inmortales y felices cual un dios o, mejor aún, no hubiera hecho otra cosa que poblar los mundos de ángeles y flores.

La pura verdad es que, ante la seguridad del triunfo, siento que mis ojos se humedecen con un rocío de piedad infinita... En vez de aniquilar entre mis brazos al ídolo de barro, cien mil veces más grato para mi espíritu fuera que me hubiera sido dado infiltrarle en el ánima un rayo, aunque más no fuere, del estro divino de un Rivadavia o de un Pericles, para que resultara capaz de convertir a nuestra patria en la *eleusina universidad* donde, a fuerza de ciencia, hermosura, justicia, bienestar y felicidad, se elabore el hombre-dios, el *homus-deus indemortalis*, el *Teoídeo,* que constituyó siempre, consciente o inconscientemente, el ensueño supremo de la humanidad.

Oh, sí, Irigoyen; vencido *estás ya,* más que por mí, por el destino, que es, al fin y al cabo, el que con la divina batuta o vara mágica de la causalidad, todo lo rige y lo gobierna, desde el átomo a la estrella. ¡Sabedlo! ¡el destino es como una red de plomo que, cual a un pajarillo, envolviera y aprisionara al universo entero, como los granitos, los basaltos y los pórfidos envuelven el núcleo ígneo del astro en que nos pasamos la vida soñando

sin cesar, cual míseros sonámbulos nostálgicos de empíreo...!

Cuando mi profecía, oh, Irigoyen, esté cumplida y no te quede más recurso que acatar estoicamente la derrota, y te veas constreñido a imitar a Creso, yo, en ese grandioso instante, no seré otra cosa que el igual de Ciro...

Oyeme... Cuéntanos Jenofonte que el rey Creso, del gran Ciro, rey de Persia, prisionero, en cuanto a él se le allegó, le dijo:

—¡Dios te salve, Señor, porque a Dios le plugo concederte la fortuna de verme a tus pies!

Mas Ciro, iluminado al punto por un rayo de luz solar, convirtióse en augusto emperador de la sabiduría y la magnanimidad al darle esta respuesta olímpica:

—Y a ti también, Creso, Dios te salve..., ¡porque tú y yo, al fin y al cabo, no somos, aún siendo emperadores, más que hombres sometidos a los mismos dolores, a las mismas torturas, ensueños y esperanzas que, en la hilandería eterna del destino, tejen y entretejen con supina indiferencia... la vida!

ADVERTENCIA. — En breve aparecerán los tomos segundo y tercero, los que ya están en prensa. Después de leídos por todo el electorado de la República, éste se sentirá despierto, desentumecerá sus brazos, se arrancará de la memoria la siniestra pesadilla de la futura Presidencia de Don Hipólito Irigoyen, la dará contra el suelo y la aplastará... ¡cual a una tarántula! — *El Autor.*

FIN DEL TOMO PRIMERO.

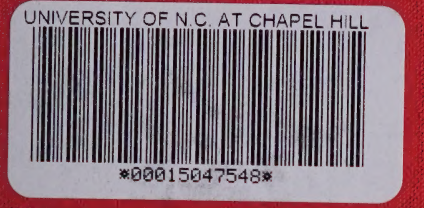
Indice del primer tomo

FE DE ERRATAS PRINCIPALES

Página:	Línea:	Dice:	Debe decir:
13	20	estatura	*estatua*
27	10	el Pericles	*el Perícleo*
71	15	conferencia	*circunferencia*
122	8	detenía	*detendría*
122	22	pobre	*propio*
124	13	antes	*ante el de*
172	13	prejuicios	*principios*
266	6	comunicación	*conmoción*
334	27	milagrosos	*milagreros*
356	7	hombre	*nombre*
373	3	político	*prolífico*
400	1	con	*por medio de*
404	34	París	*Paraíso*






UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00015047548